

BRENNA WATSON

*El
futuro
tiene
tu
nombre*





BRENNA WATSON

*El
futuro
tiene
tu
nombre*



EL FUTURO TIENE TU NOMBRE

Brenna Watson



1.^a edición: septiembre 2017

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-809-9

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[Epílogo](#)

*A mi abuela Irene,
de quien heredé los sueños y
el amor por las palabras.*

1

Inglaterra, 1820

«Ojalá se caiga del caballo y se rompa el cuello —pensó Marian—. Ojalá le alcance un rayo y lo parta por la mitad». Se odiaba a sí misma por tener ese tipo de pensamientos, que seguro la conducirían derechita al infierno en cuanto sus días en la Tierra hubieran concluido. Al paso que iba, eso no iba a tardar mucho en suceder.

Se quitó el camisón y lo dejó sobre la cama revuelta. Luego se volvió y contempló su delgado cuerpo reflejado en la superficie del espejo. El moratón del muslo había comenzado a adquirir un tono amarillento, igual que el que adornaba su costado derecho. En el brazo izquierdo resaltaba, casi como una ofensa, el más reciente, al que hacía compañía uno de igual color en la muñeca. Odiaba aquella maldita vara que siempre llevaba encima el barón. Ya había perdido la cuenta de todas las señales que habían adornado su cuerpo durante los seis últimos años. Al final todas acababan desapareciendo, excepto aquellas que habían horadado su piel hasta hacerla sangrar. Esas siempre estaban ahí: una cicatriz bajo la ceja izquierda, otra en el mentón, una más en el dorso de la mano derecha y otra que cruzaba su espalda de lado a lado, la más dolorosa de todas y también la más antigua. Esa la había recibido la primera vez que trató de escapar de aquella casa.

Se dio cuenta de que había pasado demasiado tiempo contemplando su paliducho cuerpo en el espejo. Si no se apresuraba no tardaría en recibir algún otro tipo de castigo y los golpes recibidos la noche anterior aún dolían demasiado. Se vistió a toda prisa su ropa sencilla y se peinó con presteza. Hacía tiempo que había renunciado a disponer de doncella; que una extraña pudiera ser testigo de su sufrimiento le producía dolor de estómago. No le quedaba otro remedio que aguantar. Debía hacerlo por Richard.

Bajó presurosa la escalera y en el recibidor se encontró con su cuñada, lady Hamilton, que le lanzó una mirada despectiva que conocía demasiado bien. El

tono de su voz, tan agudo y chirriante que le erizaba la piel, barrió de golpe el sol que entraba por los ventanales.

—Es tarde, Marian. Muy tarde. Por tu culpa se enfriará el desayuno y eso es algo que no se puede consentir. En esta casa hay unas reglas y deben acatarse. — El tono de voz bajó una octava—. Ya lo sabes.

—Sí, lady Hamilton —contestó cabizbaja. Jamás, en los seis años que hacía que había desposado al barón de Hartford, se había atrevido a llamar a su cuñada por el nombre de pila. Aquella mujer podría ser su madre, incluso su abuela, y, en otras circunstancias, habría resultado un alivio contar con una aliada en la casa. Pero Ellen Hamilton era tan cruel y déspota como su hermano. De hecho, el moratón que marcaba su costado era obra suya, por no haber supervisado con suficiente esmero la cena del jueves anterior.

—Mi hermano ya ha salido a caballo —anunció irguiéndose y precediéndola hasta el comedor—. Debía inspeccionar unas tierras al norte de la propiedad y ha decidido no esperarnos.

—Está bien, milady —asintió Marian, feliz de no tener que contemplar el rostro de su marido esa mañana.

Ambas comieron en silencio. Marian apenas probó uno de los panecillos, que pellizcaba sumida en sus pensamientos.

—¡Vaya manera de desperdiciar la comida! —espetó su cuñada con acritud—. ¡Cómo se nota que tú no tienes que pagarla!

—Discúlpeme, milady —susurró la joven tratando de volver a concentrarse en su plato.

En realidad le habría encantado poder responderle, decirle que hubiera preferido morir de hambre antes que compartir un pedazo de pan con ella; que, ciertamente, no había pagado un penique por la comida que entraba en aquella casa, pero que, en cambio, había pagado con creces su derecho a desmenuzar un panecillo a la hora del desayuno. Volvió a pensar en Richard, y se preguntó qué estaría haciendo y si al menos él era feliz.

Reprimió con un gesto de la cabeza las lágrimas que amenazaban con subir por su garganta, como si de ese modo pudiera ahuyentarlas. Lady Hamilton le dirigió una mirada reprobatoria mientras sorbía un poco de té, frunciendo aquellos pálidos y rígidos labios en un mohín que a Marian le producía arcadas.

Estaban a punto de finalizar cuando se oyó el ruido de la puerta en el exterior y una serie de voces airadas. Se preguntó a qué se debía el alboroto y temió que alguno de los criados hubiese sufrido la ira del señor. Al paso que iban pronto no habría en Inglaterra personal disponible para el barón de Hartford. En el tiempo

que llevaba allí, había conocido a siete mayordomos, cinco cocineras, cuatro palafreneros y un número interminable de sirvientes y criados. Nadie aguantaba mucho tiempo bajo el mando del barón y todos acababan escapando. Incluso ella lo había intentado, dos veces.

Lady Hamilton se irguió y dirigió su mirada hacia la puerta del comedor, como si con ella pudiera atravesar la gruesa madera y fulminar a quien estuviera interrumpiendo el desayuno. Marian observó durante un instante el rígido moño que siempre adornaba la coronilla de su cuñada, obra de su doncella. Se preguntó si no le dolería la cabeza de llevar el pelo tan estirado hacia atrás. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta se abrió con brusquedad y el caballero apareció en el umbral.

—Pero ¡¿cómo se atreve?! —chilló lady Hamilton, colocando ambas manos sobre la mesa, dispuesta a levantarse.

El gesto quedó interrumpido cuando observó el rostro desencajado del hombre, vacilante en el umbral. Las miraba a ambas de forma alternativa, como si no supiera a quién dirigirse. Tal vez así fuera, apenas llevaba tres semanas en la casa. Finalmente decidió optar por la señora mayor, que parecía tener más autoridad.

—Es el señor —balbuceó—. Se ha caído del caballo. Parece estar muy grave...

Lady Hamilton se incorporó como si su silla hubiera entrado en combustión espontánea y cruzó unas palabras con el hombre, que hacía gestos y respondía como buenamente podía. Pero Marian fue incapaz de oír ni una sola de ellas. Otras, mucho más sonoras, habían llenado su cerebro: «Perdóname, Dios mío. Perdóname».

Derek Hamilton llevaba dos meses en Inglaterra. Había abandonado su casa y sus negocios en Boston para pasar una larga temporada en su país natal, cerrando una serie de tratos comerciales que lo habían llevado a Liverpool y a Manchester. Llevaba ya unos días en Londres, donde esperaba poder ultimar algunos acuerdos y visitar a la familia de su madre. Su primo, Lionel Wates, conde de Bridgeport, se iba a comprometer en unas semanas y tenía pensado permanecer allí al menos hasta entonces.

Su primera intención había sido alojarse en un hotel, pero al final optó por alquilar una casa, no muy lejos del domicilio de su tía, Charlotte Wates, condesa viuda de Bridgeport, la hermana de su difunta madre. Hacía diez años que no la veía, desde que había abandonado Inglaterra y todo lo que en ella tenía para

buscar fortuna en América. Las cosas le habían ido francamente bien, y había quintuplicado la herencia materna que recibiera al cumplir los veintiuno; la misma que le había permitido abandonar la casa familiar para siempre. No se había arrepentido ni una sola vez.

Londres parecía haber cambiado mucho en la última década. Nuevos edificios, parques, jardines, trazado de calles..., pero cuando esa tarde enfiló la avenida donde se encontraba la casa de su tía fue como regresar a la niñez. Solo recuerdos felices estaban asociados a aquel lugar, donde había podido ser un niño durante las escasas visitas que su padre había permitido a su madre. Hasta que cumplió los ocho años, cuando ella murió y él pasó el resto de su infancia internado en la escuela de Eton, de donde no le habían permitido salir más que en Navidad.

El carruaje se detuvo frente a la verja y, antes de haber conseguido bajarse de él, la puerta principal se abrió y una señora elegante y encantadora bajó los escalones y se dirigió con premura en su dirección. Se echó a sus brazos riendo y llorando al mismo tiempo y Derek sintió un extraño nudo en la garganta mientras besaba el cabello cano de aquella mujer que se aferraba a él como si el mundo se estuviera haciendo pedazos.

—Derek, mi pequeño Derek —balbucía Charlotte Wates entre hipidos.

—Ya estoy aquí, tía. —La sujetaba con firmeza, tratando de calmar los temblores de aquella mujer.

—Te he echado tanto de menos... —decía la mujer, que recuperó un poco la calma. Se apartó, se secó los ojos y lo miró de arriba abajo—. Estás hecho todo un hombre, querido.

—Tía, ya he cumplido treinta y dos años —aclaró él con una sonrisa.

—Como si no lo supiera —le recriminó—. Te recuerdo, jovencito, que estuve presente el día en que viniste al mundo.

—Lo sé, tía, lo sé —respondió limpiando con el pulgar los restos de lágrimas de aquel rostro que aún notaba lozano. Un pensamiento fugaz cruzó su mente en ese instante y se preguntó qué aspecto habría tenido su madre entonces si aún estuviera viva. Aunque era cinco años mayor que lady Bridgeport, intuía que su aspecto no habría sido muy distinto.

—¡Estás muy guapo, querido! —le dijo ella, volviendo a echarse hacia atrás.

—Hace que suene como un reproche —advirtió él, divertido.

—Oh, me temo que así es —aseguró ella—. No quiero ni imaginar los estragos que causarás en los jóvenes corazones de esta ciudad.

—No tengo intención alguna de hacer algo semejante —aseguró con

convicción.

—Tengas o no intención de hacerlo, créeme, así es como sucederá —anunció ella, categórica—. Y tal vez entre ellos lata el de la futura baronesa de Hartford.

Acompañó sus palabras de un guiño cómplice, pero su rostro se empañó al comprobar cómo se envaraba el cuerpo de su sobrino. A esas alturas ya debería haber contraído matrimonio, o al menos haberse comprometido con alguna mujer de buena cuna. Era evidente que en América no iba a encontrar candidatas adecuadas, pero allí en Londres, con la temporada recién estrenada, había un sinfín de posibilidades. Y Charlotte Wates estaba dispuesta a hacer todo lo posible para que Derek encontrara a alguna mujer que le conviniera y le hiciera feliz.

Lo tomó del brazo y lo acompañó al interior de la casa, parlotteando sin cesar sobre los preparativos del compromiso de su hijo mayor, Lionel, con la joven hija del conde de Devonshire. A Derek no le interesaba de forma especial aquella información, pero la escuchó tratando de poner en ella toda su atención. La mujer parecía feliz y sin duda no necesitaba escuchar sus opiniones acerca del matrimonio.

Se detuvo cuando alcanzaron el umbral. El interior de la mansión no parecía haber variado mucho y un cúmulo de recuerdos lo golpearon en el pecho. Sospechaba que algo así podía ocurrir, pero no estaba preparado para la avalancha de sensaciones que lo embargó de repente. Su tía pareció darse cuenta de ello, porque apretó el brazo de su sobrino, lo miró con ternura y lo guio hasta el pequeño salón donde solía reunirse la familia.

Por fortuna, aquel cuarto sí era totalmente diferente. Lo recordaba vestido de tonos azules y grises. Ahora, en cambio, predominaban los verdes y amarillos, proporcionando aún más luminosidad a la estancia. Allí había visto por última vez a su tío, lord Bridgeport, y a su madre, muerta dos años antes que su cuñado. Agradeció que el lugar fuera tan distinto que le costara imaginarlos allí.

Su tía dio orden de que sirvieran un poco de té y ambos tomaron asiento. Ella le preguntó cortés por el viaje y por su vida en América. Él no se extendió mucho, solo le dijo que las cosas le iban muy bien y que pronto le iban a ir aún mejor. No quería hablar con ella de negocios.

—¿Cómo están Lionel y Thomas? —preguntó por sus primos, a los que recordaba con gran afecto. Durante su infancia, muchas veces fantaseó con la idea de que ellos eran sus hermanos pequeños y que vivían todos juntos en aquella casa donde siempre parecía respirarse la alegría.

—Lionel por fin ha sentado cabeza, como te decía en mis cartas —respondió

ella—. Anne es una joven encantadora y ambos forman una pareja excelente.

—¿Y Thomas? —inquirió.

—Parece tan poco proclive al matrimonio como tú. —Hizo un ligero mohín con la boca que a Derek le produjo un vuelco en el corazón. Recordaba haber visto ese mismo gesto en el rostro de su madre infinidad de veces.

—No creo que tenga ninguna prisa —aseguró él.

—Ya ha cumplido los veintisiete, Derek. Es cierto que aún dispone de tiempo —reconoció a regañadientes—, pero me gustaría que se lo tomara un poco más en serio.

No añadió nada más, aunque en su fuero interno acariciaba la idea de que aquel año tanto su hijo pequeño como Derek encontraran a una mujer decente, educada y bonita que compartiera con ellos el futuro. Era consciente de que con su sobrino resultaría más difícil, pues él tenía claro que no deseaba volver a instalarse en Inglaterra y no creía que hubiera muchas mujeres dispuestas a emigrar a América, dejando atrás todo lo que habían conocido hasta ese momento. «En fin —se dijo—, ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él».

Derek observaba cómo su tía sorbía el té, ensimismada en sus pensamientos, como si hubiera olvidado que él estaba allí. Intuía que tenía que ver con la conversación que estaban manteniendo y no le alegró en lo más mínimo. Durante los diez años que llevaba fuera se habían escrito con asiduidad y ella había mencionado en más de una ocasión la idea del matrimonio. Él siempre había contestado con vaguedades, era un tema que no pensaba tratar con ella. Tenía muy claro lo que deseaba, y una esposa no entraba dentro de sus planes. Ninguno de los dos oyó el sonido de la puerta y a ambos les pilló por sorpresa la irrupción de su primo Lionel, solo dos años menor que él y tan parecido que podrían haber pasado perfectamente por hermanos.

Derek se incorporó de un salto y se fundió en un abrazo con el hombre, tan corpulento y ancho de hombros como él. En ese instante, durante una breve fracción de segundo, sintió que verdaderamente había vuelto a casa.

—Me temo que no tengo buenas noticias, Derek —anunció Lionel un rato después. Había estado postergando el momento y ya no podía alargarlo más.

—¿Qué ocurre, querido? —preguntó su madre, inquieta de repente.

Pero Lionel no apartó la vista de su primo y Derek supo que tenía que ver con su padre. Una bola de bilis ascendió por su garganta.

—Se trata del barón —anunció, y volvió a quedarse callado, como si fuese incapaz de encontrar las palabras para continuar.

—¿Qué ha hecho esta vez? —El tono de Derek estaba tan cargado de amargura que Charlotte tuvo que hacer un esfuerzo para no alargar el brazo y acariciarle el pelo, como hacía cuando era niño y sufría alguno de los desplantes de aquel hombre.

—Bueno, en realidad, no sé si ha hecho algo... —comenzó a contestar su primo, antes de volver a detenerse.

—Lionel, suéltalo de una vez. —La tensión de Derek iba en aumento.

—Al parecer ha sufrido una caída del caballo y está muy grave —pronunció por fin.

—¿Aquí en Londres? —preguntó su primo.

—No, hace años que no viene por la ciudad —contestó Lionel—. Al parecer ha sido en su propiedad del campo.

Derek no dijo nada. Se repantigó en el sillón y fijó la vista en la taza de té que sostenía entre las manos. Cuando había decidido regresar a Inglaterra había supuesto que, en un momento u otro, oiría hablar de su padre. Era incluso probable que sus caminos se cruzaran. Pero se había preparado para ello. Llevaba diez largos años haciéndolo.

—¿Qué piensas hacer, querido? —preguntó lady Bridgeport al fin, viendo que su sobrino no reaccionaba.

—Nada, ¿qué se supone que debo hacer? —inquirió con cierta sorpresa.

—Deberías ir a verle —contestó ella, como si la respuesta fuese obvia.

—¿Por qué razón?

—Porque es tu padre —respondió ella—. Podría morir en las próximas horas.

—El mundo sería un lugar mejor, sin duda alguna.

—Derek, no te consiento que hables así —le reprendió ella.

—Perdone, tía Charlotte. Pero ya sabe que corté todos los lazos con esa parte de mi familia cuando me marché de aquí —aclaró.

—Soy consciente. Y me consta que motivos no te faltaban.

—Y no sabe usted ni la mitad —susurró él.

—Hijo, me he hecho mayor, pero conservo un oído excelente —le recriminó—. Sé que hubo diferencias entre ambos y que nunca fue lo que se dice un padre modélico, pero ese hombre es tu familia y le debes un respeto.

—Ese hombre no merece ningún respeto por mi parte, tía.

—Pero yo sí, y era el marido de mi difunta hermana. —Su voz sonó estrangulada.

Derek le sostuvo la mirada, incapaz de negarle nada a aquella mujer y sabiendo que tenía razón. Si su padre se hallaba al borde de la muerte, su deber era acudir, despedirse y retomar su vida donde la había dejado, aunque no le apeteciera en absoluto volver a encontrarse con el hombre que había convertido en un infierno su existencia y que, estaba convencido, había conducido a su madre a la muerte.

2

La noche se había hecho larga, muy larga. Marian tenía los músculos entumecidos tras haber permanecido toda la noche sentada en una butaca, vigilando el estado de su marido. Pese a los sesenta y tres años recién cumplidos, William Hamilton, barón de Hartford, gozaba de una excelente forma física. Podía cabalgar horas sin descanso, comía con apetito y poseía una fuerza que ya la hubieran querido hombres treinta años más jóvenes, su propio cuerpo era testigo de ello. La recorrió un escalofrío cuando recordó la última vez que él había acudido a su lecho. «Eso fue ayer —se dijo—. Solo ha pasado un día».

Se incorporó y se sacudió la falda. Se aproximó al cuerpo dormido y comprobó que aún respiraba. Sentía una necesidad imperiosa de acudir al baño, pero temía dejarlo solo. El médico había sido muy claro al respecto. Durante las siguientes horas debían vigilarlo y avisarle si se producía algún cambio. ¿Y si se moría justo cuando ella se encontraba aliviando su vejiga? O lo peor, ¿y si se despertaba y se encontraba solo, con ella desatendiendo sus deberes de buena esposa? Se retorció las manos, barajando la posibilidad de llamar a alguien del servicio, solo unos minutos, el tiempo suficiente como para ir al baño, hacer sus necesidades y tal vez refrescarse y cambiarse de ropa.

Como si sus pensamientos hubieran sido escuchados, la puerta se abrió y lady Hamilton entró en el cuarto como si se tratara del suyo propio. Había pasado parte de la velada allí, para retirarse poco después de la medianoche. No tenía buen aspecto, con el rostro macilento y unas profundas ojeras rodeando su mirada de halcón, pero sin duda lucía mucho mejor que el suyo, a juzgar por cómo se sentía.

La mujer se aproximó al lecho y observó con detenimiento el rostro de su hermano. Ambos guardaban gran parecido, aunque en ese momento no resultara evidente. Marian no dijo nada, se limitó a permanecer allí de pie.

—Me quedaré un rato con él —anunció lady Hamilton sin dignarse mirarla.

—Voy a asearme un poco y volveré tan pronto como pueda.

—Desde luego que sí. Eres su esposa y tu deber es estar aquí con él. —Clavó

su mirada rapaz en la joven, que abandonó la habitación con la cabeza baja y el corazón latiendo con furia en su pecho.

Tras la visita al baño decidió bajar a desayunar antes de asearse y cambiarse de ropa, porque una vez regresara al piso de arriba era probable que lady Hamilton volviera a recordarle sus deberes y la obligara a permanecer en la habitación durante todo el día. Tal vez incluso pudiera dar un breve paseo por el jardín, solo para desentumecer los músculos y recibir un poco de aire fresco. Seguro que a lo largo del día lo iba a necesitar.

Unos minutos después, mientras subía la escalera de regreso al piso superior, sonaron unos golpes en la puerta. Miró por encima de la barandilla, pero el mayordomo —no recordaba cuál era su nombre— no aparecía por ningún lado. Se dijo que tal vez se tratara de algún vecino que venía a preguntar por su marido. El día anterior habían recibido algunas visitas y un poco de charla con cualquiera de ellos sería una excusa más que aceptable para permanecer ausente de la habitación de su marido. Decidió que, dadas las circunstancias, podía permitirse abrir la puerta en persona.

El hombre que se encontró al otro lado no era, desde luego, ninguno de sus vecinos. Alto, fuerte, con el pelo castaño y un poco largo, y unos ojos oscuros que parecían dos abismos, la recorrió con la mirada antes de cruzar el umbral y plantarse en el recibidor, como si fuera el dueño de la mansión.

—¿Es usted el ama de llaves? —preguntó mientras le tendía el abrigo y el sombrero y lanzaba una mirada fugaz hacia la escalera.

—¿Cómo dice? —preguntó ella, pasmada, recogiendo las prendas como una autómata.

Él volvió a recorrerla con la mirada y se detuvo un momento más del necesario en sus ojos. Ella sabía que eran uno de sus rasgos más significativos. Grandes, expresivos, rodeados de espesas pestañas y de un color gris oscuro poco usual y muy llamativo. El escrutinio le pareció poco menos que ofensivo, pero no pudo evitar que un estremecimiento la recorriera por entero.

—Demasiado joven para ser el ama de llaves —dijo él—. ¿Alguna de las criadas?

Se inclinó ligeramente hacia ella y Marian pudo percibir un atisbo del olor que emanaba aquel hombre, una mezcla de cuero, sudor y caballo, parecido al que desprendía su marido en muchas ocasiones pero que, a diferencia de aquel, provocó en ella un cosquilleo imposible de explicar.

—¿Va a quedarse ahí plantada? —le preguntó él con sorna.

—Pues no, no tenía intención de hacerlo —contestó ella en el mismo tono—.

¿Quién es usted?

—¿No está lady Hamilton? —inquirió, como si no hubiese oído su pregunta, lanzando otra mirada en dirección a la escalera.

Antes de que Marian pudiera contestar, el hombre hizo ademán de dirigirse precisamente en aquella dirección.

—Oiga, ¿se puede saber qué cree que está haciendo? —preguntó ella tratando de interponerse en su camino.

—He venido a ver a mi padre —respondió él clavando en ella una mirada despiadada—. Soy Derek Hamilton.

Marian se quedó sin palabras. Enarcó las cejas y observó con atención aquel rostro, a escasos centímetros del suyo. No pudo vislumbrar en él ninguno de los rasgos de su marido y eso, no supo bien por qué, le produjo cierta satisfacción.

—¿Está arriba? —preguntó él.

—Sí, en su habitación —contestó ella, aturdida.

El hombre subió las escaleras a grandes zancadas y ella se quedó allí, incapaz de moverse, con el sombrero y el abrigo entre las manos.

Derek no tenía ninguna prisa por encontrarse con su padre y, al mismo tiempo, sentía la imperiosa necesidad de comprobar si realmente se encontraba tan mal como le habían dicho. Su tía Charlotte había logrado convencerle de que lo mejor era presentarse y no había querido dejar pasar más tiempo del necesario. Cuanto antes acabara con todo aquello, mejor para todos.

Durante el camino, que hizo a caballo hasta casi reventar al animal, se había preguntado qué sentiría al volver a entrar en aquella casa. Ya no era el niño asustado e inseguro que había pasado allí cada Navidad, ni el adolescente que había recibido el último golpe de su padre, ni siquiera el joven que había acudido a despedirse cuando decidió poner tierra de por medio. Ahora era un hombre hecho y derecho, fuerte y seguro de sí mismo. Pero, conforme se aproximaba a su destino, los viejos miedos infantiles lo asaltaron de nuevo y tuvo que hacer acopio de toda su entereza para no dejarse vencer por ellos.

Y entonces, aquella criatura le había abierto la puerta del que había sido su hogar. A pesar de su aspecto fatigado, era tan delicada, tan incongruente con aquella atmósfera malsana que parecía envolverlo todo, que todos sus miedos se esfumaron de repente. Era consciente de que no había sido muy cortés, aunque se tratara de una de las criadas, pero la urgencia por ver a su padre y acabar de una vez con aquel trámite no había dejado lugar para los buenos modales. Se

prometió que luego se disculparía con ella.

La mansión no había cambiado en nada. Sus ojos volaron hasta la habitación del final del pasillo, la que había pertenecido a su madre, y luego hasta la que había ocupado él mismo durante sus visitas navideñas. Se preguntó en qué estado se encontrarían, si aún conservarían algo de sus antiguos propietarios. El hilo de pensamientos se interrumpió cuando sus ojos se posaron en la puerta del dormitorio de su padre, en el otro extremo del corredor. Se quedó inmóvil unos segundos, tratando de acompasar su respiración. Se dirigió hacia ella, pero no puso la mano en el pomo hasta que estuvo convencido de haber dominado todas sus emociones, y de haberse vaciado por completo.

El cuarto estaba en penumbra y le costó un instante adaptar la vista. Allí estaba su padre, el poderoso barón de Hartford, tan inmóvil como una estatua, y junto a él, la figura medio encorvada de su tía Ellen.

—¡Derek! —exclamó ella, cubriendo con su huesuda mano la boca—. ¡Has venido!

A diferencia de su tía Charlotte, en aquellas palabras no había ni un atisbo de afecto. Eran solo la constatación de un hecho. La mujer acudió a su encuentro y le dio un breve abrazo, tan seco como un sarmiento, y Derek no pudo evitar una nueva comparación.

—Casualmente estaba en Londres —dijo a modo de explicación.

—Vaya, ¿desde cuándo? —inquirió ella con resquemor.

—Llegué hace solo unos días —aclaró él.

Derek se aproximó hasta el lecho, donde su padre parecía dormir de forma apacible. Veía su pecho subiendo y bajando acompasadamente. El tono de su piel era tan pálido que apenas contrastaba sobre las suaves sábanas de hilo.

—¿Cómo está? —preguntó.

—¿De veras te importa?

Derek le lanzó una mirada que podría haber partido una piedra en dos. Ya no tenía edad para dejarse amilanar por aquella arpía que jamás lo había defendido y que no le había dedicado ni una sola palabra de afecto en toda su vida. La mujer le sostuvo la mirada unos instantes y al final pareció vencida por el fuego que veía en aquellos ojos.

—El médico dice que es poco probable que pase de esta noche —respondió ella, con un temblor en la voz que no le pasó desapercibido.

Sabía que ambos hermanos siempre habían estado muy unidos y que su padre había cuidado de ella desde que eran niños. Recordaba a una mujer estricta, rígida hasta el fanatismo, que no dudaba en darle un pescozón si consideraba que

se había saltado una de las innumerables reglas que parecían regir aquella casa.

—Imagino que eso te hará feliz —añadió ella con desdén.

—No imagina cuánto —respondió él, y se dio la vuelta para abandonar la habitación.

Una vez en el pasillo se apoyó contra la pared, tratando de volver a recuperar el control. Era consciente de que las últimas palabras que había pronunciado no eran del todo ciertas. Durante un breve instante se recordó siendo niño, tratando en vano de conseguir el afecto de su padre, esforzándose por destacar en todo y por no quebrantar las reglas. «No solo eres un Hartford —le decía—, tienes que parecerlo». Así era como justificaba su estricta educación, sus palizas cuando hacía algo indebido, sus palabras secas y cortantes cuando lo defraudaba. Hasta que dejó de importarle.

Una vez recuperadas las riendas de sus emociones, su mirada volvió a clavarse en la puerta de la habitación de su madre. ¿Y si le echaba una ojeada? Tal vez aún conservara aquel ligero olor a lavanda que asociaba a ella, o aquel cepillo con mango de nácar que siempre reposaba encima del tocador. «Solo un vistazo rápido», se dijo. Y, antes de tener la oportunidad de vacilar, recorrió los escasos metros que lo separaban de ella y la abrió con determinación.

Una mujer se hallaba sentada en el tocador de su madre, arreglándose el pelo. Al principio no la reconoció, pero cuando ella se levantó de golpe al oír la intrusión, se dio cuenta de que era la misma que le había abierto la puerta un momento antes.

—¿Qué diantres está haciendo aquí? —bramó él, preso de una furia que le costaba mantener a raya.

—¡¡Eso mismo iba a preguntarle yo!! —contestó ella en el mismo tono airado, incorporándose de un salto—. ¿Cómo se atreve a irrumpi...

—¡Esta es la habitación de la baronesa de Hartford!

—¡Yo soy la baronesa de Hartford! —le espetó ella.

—¿Qué?

Marian se dio cuenta de inmediato de que aquel hombre estaba tan aturdido que era incapaz de reaccionar. Su mano aún permanecía sobre el pomo de la puerta y sus ojos, con las pupilas dilatadas, recorrían la habitación como si buscara algo... o a alguien.

—¿No lo sabía? —preguntó ella en un tono más suave.

—¿Qué? —volvió a preguntar él, posando de nuevo sus ojos en ella.

—Que su padre había vuelto a casarse —contestó Marian, en un tono mucho más dulce del que había empleado hasta entonces.

—No es asunto de mi incumbencia —replicó él, que parecía haber recuperado el control y que la miraba con intensidad.

—Tal vez no lo sea, pero creí que al menos habrían tenido la deferencia de comunicárselo.

—Pues, como ha podido comprobar, no ha sido así. —Hizo una pausa y calibró de nuevo a la mujer. Era menuda y muy delgada, pero era hermosa y tenía unos ojos que le hacían evocar tardes de tormenta. El viejo seguía teniendo buen gusto—. ¿Cuánto tiempo hace...? Quiero decir... ¿Desde cuándo...?

—Hace seis años —respondió ella a la pregunta aún no formulada.

—¿Seis años? —Su sorpresa era sincera—. ¡Debía usted ser una chiquilla!

—Acababa de cumplir diecisiete —reconoció ella y carraspeó mientras dirigía la vista al suelo, avergonzada de repente.

—¿Y su familia consintió el matrimonio, a pesar de la diferencia de edad? —Estaba convencido de que el abultado patrimonio del barón habría sido un reclamo más que eficiente a la hora de encontrar nueva esposa. Era posible que aquella mujer no fuese más que otra cazafortunas, igual a muchas otras con las que se había cruzado a lo largo de su vida.

—Sí, por supuesto —contestó ella alzando el mentón—. Mi padre es un caballero y posee una extensa finca no lejos de aquí. Él y el barón eran viejos amigos.

—¿Y cómo se llama el padre de usted?

—Fillmore, Trevor Fillmore —contestó ella, volviendo a bajar la vista.

—Fillmore... no, no me suena. No debían de ser amigos tan antiguos después de todo —apuntó con un mohín.

Marian intuyó que aquello era poco menos que un insulto, pero no se atrevió a contradecirle, porque sabía que tenía razón. Su padre y el barón apenas se conocían, aunque compartían una gran afición por los juegos de azar y las apuestas que la habían convertido en moneda de cambio.

—Hace mucho tiempo que usted se marchó, según tengo entendido —respondió Marian, tratando de no dejarse amilanar por aquel hombre que la enervaba y, al mismo tiempo, la encendía de un modo que no habría creído posible. Su sola cercanía le aceleraba el pulso, y aún no sabía por qué. ¿Miedo, tal vez?

—Sí, más de diez años —contestó él—. Y, la verdad, no tenía intención de regresar.

Ninguno de los dos añadió nada más. Se mantuvieron la mirada, como si se tratara de un duelo, y Derek retrocedió un paso, dispuesto a abandonar la habitación.

—Siento haberla molestado —se excusó.

—No se marche todavía —le dijo de forma impulsiva, avanzando en su dirección.

Él enarcó una ceja, como si sopesara las palabras de la mujer. ¿Se trataba acaso de una invitación? ¿Con su padre moribundo al otro lado del pasillo? Sus elucubraciones no dieron para más, porque entonces ella aclaró el motivo de su petición.

—Creo que tengo algo que le pertenece —susurró ella, que sintió el rubor ascendiendo hasta sus mejillas.

—¿Algo que me pertenece? —inquirió—. No creo que haya nada en esta casa que me interese lo más mínimo.

Marian no hizo caso de sus palabras y se acercó hasta él para cerrar la puerta. Luego se volvió y caminó hasta el armario, de donde sacó una voluminosa caja de madera taraceada, que colocó sobre la cama.

—Cuando me instalé aquí, el barón me dijo que podía tirar todo lo que había en el cuarto, lo poco que quedaba en él, en realidad. Pero, no sé muy bien por qué, fui incapaz de hacerlo.

Derek la miró y luego posó la vista en la caja, que no le sonaba de nada. Estaba a punto de repetir sus últimas palabras cuando ella la abrió y del interior emanó una fragancia a lavanda que lo sacudió por completo. Parecía provenir de un chal que había en la parte superior y que cubría lo que fuera que hubiera allí dentro. No le costó imaginarlo sobre los hombros de su madre; era su favorito.

—Creo que eran cosas de su madre —aclaró ella—. Pensé que algún día usted querría recuperarlas.

Derek volvió a clavar la vista en aquella mujer, que no había dejado de sorprenderlo desde que había puesto un pie en la mansión. ¿Había guardado aquellas pertenencias por si algún día él preguntaba por ellas? ¿Por qué? Trató de encontrar algún motivo oculto, pero aquella mirada era tan diáfana y tan honesta que fue incapaz de hallarlo.

—Gracias —balbuceó, no sabiendo qué más decir.

—Creo que será mejor que lo deje a solas, para que pueda mirarlas con tranquilidad. Lléveselo todo, si quiere. Yo no he usado nada de lo que contiene.

—¿Por qué no? —inquirió él, sin conocer aún qué escondía aquella caja.

—No me pareció correcto —respondió ella con timidez.

Derek sintió el impulso irrefrenable de tomarla de la mano, de agradecerle aquel gesto tan considerado con dos completos desconocidos como habían sido su madre y él.

—Me gustaría que se quedara, si no le importa —dijo él.

—Como guste. —Marian se retiró unos pasos y se sentó en la misma silla que ocupaba frente al tocador cuando él había irrumpido en su habitación. Sintió un ramalazo de vergüenza al recordar la escena y sacudió la cabeza, como si tratara de quitársela de encima.

Derek cogió la caja entre las manos y recorrió la habitación con la vista. No le parecía apropiado sentarse sobre el lecho a mirar su contenido. Vio dos sillones junto a la ventana y le pareció el lugar ideal.

—¿Nos sentamos allí? —le preguntó un tanto nervioso.

—¿Está seguro de que no desea hacer esto solo?

—Sí, estoy seguro.

Se quedó allí de pie, esperando a que ella se levantara y lo acompañara. La mujer pareció dudar un instante, pero al final se incorporó y lo precedió hasta los asientos, que no tardaron en ocupar.

Colocó la caja en una mesita de centro y retiró el chal. Debajo había un batiburrillo de objetos que le cortaron la respiración y que le hicieron soltar una exclamación ahogada. Allí estaba el cepillo con el mango de nácar, lo primero que cogió. Le dio vueltas entre las manos, asombrándose de que el mango le pareciera ahora tan diminuto. Recordó que, siendo aún muy niño, su madre le permitía que lo usara para cepillar su larga melena castaña y él se colocaba de pie sobre la cama para poder cumplir con su cometido. Lo miró una y otra vez, y descubrió unas hebras de cabello enredadas entre las cerdas. Sin duda eran de ella.

Tragó saliva y tensó la mandíbula, tratando de contener las emociones. Tal vez no había sido buena idea pedirle a aquella mujer que se quedara, después de todo. Odiaba sentirse vulnerable, sobre todo frente a los desconocidos. «Bueno —se dijo—, a fin de cuentas somos familia ¿no? Es mi madrastra». La sola palabra se le atragantó en el pecho. Era bastante más joven que él y, desde luego, no tenía precisamente aspecto de madre.

—Puedo marcharme, si ha cambiado de opinión —susurró ella, como si le

hubiera leído el pensamiento.

—No, está bien —reconoció él, consciente de que no quería hacer aquello solo.

Sacó un pañuelo con las iniciales de Amanda Hamilton bordadas, unos guantes de seda de color burdeos, un programa de la ópera de Londres de veinticinco años atrás, unos botones dorados, una pluma de pájaro con la que él recordaba haber jugado, un frasco de perfume con un tercio de líquido en su interior y que, al destaparlo, inundó la habitación de olores y recuerdos.

—Adoraba este perfume —dijo.

—Es una fragancia maravillosa —corroboró ella, que sintió cómo el aroma a lavanda inundaba sus fosas nasales.

—Creo que se lo hacían expresamente para ella en Londres, un perfumista que seguía una receta exclusiva que ella le había proporcionado.

—¿De verdad? —A Marian la información le resultó de lo más curiosa.

—Sí, creo recordar que me lo contó una vez. Tendré que preguntarle a mi tía.

—¿A lady Hamilton? —inquirió ella con sorpresa.

—¡No! A mi tía Charlotte, la condesa de Bridgeport, la hermana de mi madre. A mi tía Ellen no le preguntaría ni la hora —respondió él con una sonrisa.

Marian se quedó helada frente a aquella sonrisa, que de repente había barrido toda la oscuridad de aquel rostro. Los ojos de él brillaron con picardía al mirarla y ella sintió un vuelco en el estómago, que cubrió de inmediato con la mano, como para evitar que pudiera escaparse de su cuerpo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él alargando la mano hacia ella y tomándola de la muñeca. La mujer hizo un gesto de dolor tan intenso que dejó a Derek desconcertado. Se dio cuenta de inmediato de que él había sido el causante, y una sospecha se cernió sobre él, batiendo sus alas negras.

Tomó la mano de la mujer y le subió ligeramente la manga, sin hacer caso del intento de ella por retirarla. Un cardenal cubría gran parte de la muñeca, de un color púrpura intenso. Lo observó como si pudiera atravesarlo con la mirada, sintiendo cómo la furia le nublabla la razón.

—Ha sido él, ¿verdad? —preguntó, sin atreverse a mirarla.

—Me caí por la escalera —respondió ella en un murmullo.

Derek levantó la vista y sus ojos se encontraron. Aquellas pupilas grises temblaban, ligeramente empañadas, y sintió un irrefrenable deseo de abrazar a aquella menuda mujer y de consolarla. Bien sabía él lo que era vivir en aquella casa.

—Juro que, si no estuviera ya muriéndose, yo mismo acabaría con él en este

momento —aseguró con una voz tan acerada que Marian sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal.

El hombre soltó su mano y ella volvió a cubrir su muñeca, tratando de ocultar la sacudida de dolor.

—Será mejor que dejemos esto para otro momento —señaló Derek, consciente de que en ese instante ella deseaba quedarse a solas.

—Sí, gracias.

La observó un momento más, tratando de volver a encontrar su mirada, que había vuelto a clavar en el suelo. Se levantó con calma y se dirigió lentamente hacia la puerta.

—¿Tiene usted nombre, baronesa de Hartford? —preguntó con la mano ya puesta sobre el pomo.

—Marian —respondió ella alzando la vista hacia él—. Marian Fillmore.

Derek asintió, complacido. Le había gustado mucho que no usara el apellido Hamilton, ni el título que por derecho le correspondía. Sí, sin duda alguna aquella era una mujer muy extraña.

3

Marian todavía podía sentir el calor de la mano de él sujetando la suya. Un tacto suave y cálido, como esos rayos de sol de los primeros días de primavera. Allí sentada, de nuevo en la habitación de su esposo moribundo, se había cubierto una mano con la otra para retener la sensación. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie la tocaba con afecto o siquiera con un poco de consideración?

Dirigió la vista hacia el lecho, donde la respiración de su marido se tornaba más y más trabajosa con el paso de los minutos. En ese momento se hallaba a solas en el cuarto, preguntándose qué iba a ser de su vida después de que todo hubiera finalizado. Suponía que algo heredaría, tal vez lo suficiente para empezar en algún otro sitio y hacerse cargo de Richard. Que Dios la perdonara, pero estaba deseando que aquello finalizase ya y poder alejarse para siempre de esa casa y de todo lo que estaba ligado a ella. Y tenía la intención de alejarse también de su padre, que era quien la había puesto en semejante situación.

Lady Hamilton entró en el cuarto acompañada por su sobrino y por el doctor, que se aproximó a la cama a auscultar al enfermo. Las miradas de Derek y ella se encontraron un instante y vio en aquellos ojos un atisbo de amabilidad, que acompañó con un ligera sonrisa.

Marian se puso en pie y se acercó hasta los pies de la cama, donde el médico finalizaba su examen.

—No hay nada que hacer —les dijo, negando con la cabeza. Lady Hamilton soltó un sollozo y se tapó la boca con la mano, como si quisiera impedir dar salida a la pena que, no le cabía duda, estaba experimentando.

¿Y qué sentía ella? En realidad nada. Alivio, tal vez, por muy culpable que ese sentimiento la hiciera sentir. Observó de reojo a Derek, que permanecía imperturbable, como si no le importara nada de lo que estaba ocurriendo en la habitación. Diez años era mucho tiempo para permanecer alejado de la familia. ¿Acaso él también conservaba recuerdos amargos de aquel lugar?

Se dio cuenta de que él también la miraba, tal vez esperaba que ella mostrara algún signo de tristeza, que sin duda habría sido lo más apropiado dadas las

circunstancias, pero no se sentía con ánimos de fingir un sentimiento que estaba muy lejos de sentir.

El doctor se retiró pasados unos minutos y lady Hamilton se dejó caer sobre una de las butacas, como si la realidad la hubiera vencido de repente. Dejó vagar la mirada y Marian supuso que estaba tratando de recuperar el control de sus emociones.

—Imagino que ninguno de los dos lamentará de verdad esta pérdida —soltó con acritud, sin mirar a ninguno en concreto.

—Lady Hamilton, yo... —comenzó a decir Marian.

—¡Cállate! Jamás deberías haber venido a esta casa. Se lo dije a mi hermano cuando se encaprichó de ti, pero no quiso escucharme.

—Tía, por favor... —Derek no parecía dispuesto a que la mujer descargara su pena en aquella criatura de aspecto tan vulnerable.

—Oh, vamos, ¿y qué me dices de ti? Tu madre tampoco estaba a su altura, todos lo sabíamos.

—No le consiento que hable así de mi madre.

—¿Que tú no me lo consientes? ¡Niño malcriado y egoísta! Te has pasado más de una década fuera de aquí, sin acordarte de que tenías un padre, de que me tenías a mí. Y ahora, de repente, te presentas como si no te importara nada de lo que pueda sucederle al hombre que te crio y te proporcionó una educación y un hogar. ¿Por qué has venido?

—Porque creí que era mi deber —reconoció él.

—¿Tu deber? —replicó con sarcasmo—. Tu deber murió el mismo día que abandonaste esta casa.

Hizo una pausa y entonces sí clavó sus ojos en Marian, petrificada en medio del cuarto. Le lanzó una mirada tan cargada de desdén que la joven no pudo evitar estremecerse.

—Quiero que salgáis de esta habitación —les dijo—. Ninguno de los dos desea estar realmente aquí, así que no hace falta que os quedéis. Yo permaneceré a su lado hasta el último minuto, como debe ser.

—Pero... —comenzó a decir Marian.

—¡Fuera! ¡Fuera los dos!

Marian se dio cuenta de que la mujer estaba a punto de perder la compostura y que no los quería como testigos. Cruzó una breve mirada con Derek, que asintió ligeramente, y ambos salieron del cuarto, cerrando la puerta con cuidado.

Una vez en el pasillo no supo qué hacer. ¿Cómo se suponía que debía comportarse en una situación semejante? En otras circunstancias sería ella quien

tendría que haber permanecido junto al lecho del barón, a fin de cuentas era su esposo. No lamentaba en absoluto no tener que pasar por ese trance, pero se sentía extrañamente culpable. A su lado, Derek Hamilton no parecía tampoco muy sereno. Una mirada de reojo le bastó para comprobar que tenía los puños cerrados a ambos lados del cuerpo.

—Será mejor que me retire a mi habitación —susurró ella, ansiosa por encontrarse a solas.

—Estaré en la biblioteca —dijo él, sin dignarse mirarla.

Marian recorrió el pasillo y se metió en su cuarto. Antes de cerrar la puerta vio por última vez al hombre, que no se había movido ni un centímetro. Y habría jurado que tenía el rostro surcado de lágrimas.

Derek ocupó uno de los sillones de la biblioteca, donde ordenó que encendieran un buen fuego. ¿Siempre hacía tanto frío en aquella casa? No lo recordaba. Se sirvió un vaso de whisky y luego otro. Sentía la necesidad de emborracharse, de sumirse en un estado tal que le resultara imposible pensar. Y, sobre todo, sentir.

Tenía un nudo en el estómago, una tenaza ardiente que le quemaba por dentro. ¿Por qué había venido en realidad? No por contentar a su tía Charlotte, empezaba a tenerlo claro. ¿Tal vez había acariciado la idea de que su padre, al fin, estando tan cerca de la muerte, reconociera que alguna vez lo había querido, que aún lo hacía? Lo cierto era que no había esperado encontrarlo inconsciente y parecía que ya no iba a volver a despertar. En unas horas ese capítulo de su vida se habría cerrado, y comenzaba a estar ansioso de que sucediera.

Recorrió con la vista aquella habitación repleta de libros. Sabía que a su padre no le gustaba leer, y que la mayoría de aquellos volúmenes no habían sido abiertos jamás. Solo estaban allí porque era lo que debía adornar una biblioteca, porque proporcionaban cierto sosiego y distinción. Su madre y él, en cambio, habían pasado muchas horas en aquella habitación, ojeando los libros y leyéndose fragmentos en voz alta. Dio otro sorbo a su bebida mientras pensaba en ella. Apenas si había sido capaz de recordar sus rasgos en los últimos tiempos. Durante los primeros años se fueron desdibujando en su memoria, hasta no ser más que unos trazos borrosos en su mente. Ahora, en cambio, le parecía estar viéndola allí mismo con una nitidez sobrecogedora, junto a una de las estanterías.

Cuando todo hubiera terminado se marcharía y, esta vez, sería para siempre.

No quería volver a pisar aquella casa y, una vez que su padre hubiese muerto, ya nada lo ataba allí. Decidió que visitaría al abogado de la familia y le cedería todas sus posesiones en Inglaterra a su tía Ellen. Pensó que la joven esposa también merecería una pequeña porción, si su padre no había dispuesto algo al respecto. Y luego podría regresar a América y continuar con su vida.

Le dio otro sorbo al whisky, que le quemó la garganta. Su mirada se perdió en el fuego de la chimenea y se preguntó qué estaría haciendo su madrastra en ese momento. En su fuero interno, también se alegraba por ella. Sabía que su vida allí no habría sido fácil. Aún era joven, y muy bonita, y con la fortuna que iba a heredar no le costaría encontrar un nuevo marido una vez finalizado el período de luto.

Un grito desgarrador interrumpió sus pensamientos. Se levantó con calma, se alisó los pantalones y estiró las mangas de su chaqueta. Salió de la estancia con suavidad, como si caminara sobre algodón, mientras en el piso de arriba oía a su tía llamar a su padre.

—¡¡William!! ¡¡William!! —Las súplicas lo acompañaron mientras subía las escaleras.

Todo había terminado. Al fin.

4

Marian no podía dar crédito a las palabras que aquel hombre estaba pronunciando. Sintió cómo la rabia ascendía por su garganta y refrenó el impulso de levantarse y barrer con el brazo todo lo que había sobre la mesa. Miró con atención aquel cabello ralo, la nariz ganchuda y los ojillos, apenas visibles tras los cristales de las gafas. No estaba soñando, ¿verdad? Porque la sensación de irrealidad no la había abandonado desde la muerte de su esposo.

El entierro había tenido lugar dos días después de su fallecimiento, un oficio al que asistió toda la nobleza local y algunos provenientes de Londres. No fue un entierro multitudinario, lo que tampoco la sorprendió. William Hamilton no era una persona muy querida ni siquiera en sus propios círculos.

Aun así, la afluencia de personas fue suficiente como para que se sintiera mareada ante la sucesión de rostros y voces. Derek Hamilton se había marchado ese mismo día por la tarde, apenas sin despedirse. Desde la muerte del barón apenas se habían visto ni cruzado un par de palabras.

Y ahora eso. Esa misma mañana se había presentado en la finca el abogado de la familia, Archibald Jenkins, para poner en orden los papeles y establecer los términos de la herencia. Y todas sus esperanzas se habían venido abajo.

—Disculpe, ¿sería tan amable de volver a repetírmelo? —preguntó con un hilo de voz, tratando de obviar el gesto de satisfacción de lady Hamilton, sentada a su lado.

—Por supuesto, señora. Comprendo que estos momentos deben de ser muy difíciles para usted.

—Desde luego que sí —reconoció ella, aunque se guardó mucho de decir que los motivos eran muy distintos a los que él pudiera imaginar.

—Como le decía, las propiedades adscritas al título son para el señor Derek Hamilton, actual conde de Hartford. El resto de propiedades del antiguo barón van a parar a su hermana, lady Ellen Hamilton, hasta su muerte. Sin embargo, lady Hamilton conservará el trato que usted mantenía con el barón siempre y cuando usted permanezca en esta casa y cuide de ella.

—Comprendo —susurró.

—Cuando lady Hamilton fallezca, las propiedades pasarán a su hijo, el nuevo barón de Hartford, y usted recibirá una asignación de cincuenta libras anuales.

Marian trató de controlar las ganas de soltar una carcajada que acabó convertida en una tos seca. ¿Qué se suponía que iba a hacer con cincuenta libras anuales? Mientras se aviniera a permanecer allí no le faltaría de nada, ni tampoco a Richard. Si se marchaba, los condenaba a ambos a la miseria. Y volver a casa de su padre no era una opción, volvería a casarla con el primero que pudiera ofrecerle algo a cambio.

Su destino parecía estar ligado de forma irremediable a aquella casa. Y eso le causó una desazón tan intensa que le partía el pecho en dos.

—Tampoco a mí me alegra el acuerdo —añadió lady Hamilton con sequedad—. No conocía las intenciones de mi hermano, y no las habría aceptado. Pero su objetivo era que cuidáramos la una de la otra, y no seré yo quien mancille su memoria.

Marian le dirigió una mirada cargada de auténtica sorpresa. ¿Cuidar una de la otra? ¿Desde cuándo eso era posible? ¿Y de qué buenas intenciones hablaba cuando se refería a su difunto esposo? Su único propósito había sido asegurar que su hermana no se quedara sola durante la vejez, atándola a ella a aquella propiedad para hacer de enfermera y acompañante. No, ciertamente su futuro no se presentaba muy halagüeño. Por desgracia, no tenía elección.

—Por supuesto —dijo al fin, inclinando la cabeza—. Se respetará su última voluntad.

El señor Jenkins asintió satisfecho y durante unos minutos parloteó sobre las propiedades y otras disposiciones menores. Pero Marian ya no estaba allí. Se había refugiado en su interior, tratando de hallar consuelo en la imagen de un niño de nueve años que seguía dependiendo de ella.

Derek había regresado a Londres la misma tarde del entierro. No quería permanecer ni un solo día más allí. Odiaba sentirse un hipócrita mientras recibía el pésame de sus iguales y de los vecinos de la zona. Solo quería alejarse lo más posible y olvidar que alguna vez había estado allí, que alguna vez aquella casa había sido su hogar.

Lamentó de veras despedirse de la viuda de su padre, que parecía a punto de quebrarse bajo el peso de todos los acontecimientos, pero intuía que le iría bien y que no tardaría en recuperarse.

Se encerró en su casa durante un par de días, rumiando una extraña tristeza que se había traído consigo desde el norte, y luego visitó a su tía y a sus primos. Ninguno de ellos había acudido al sepelio, por expreso deseo de él.

En los días siguientes, la mansión de su tía Charlotte se llenó de bullicio por los preparativos del inminente compromiso de Lionel, y él y Thomas procuraban pasar el mayor tiempo posible lejos de allí. Acudió a un par de fiestas y a unos cuantos clubs y regresaba a su apartamento a altas horas de la madrugada. Bebió más de la cuenta y, algunas noches, se descubrió pensando en aquella mujer de ojos grises que había dejado atrás.

Durante unas cuantas semanas se olvidó incluso de la razón que lo había llevado a Londres en primera instancia, como si de repente sus negocios hubieran dejado de ser importantes. «Debo recuperar mi vida», se dijo una mañana en la que despertó con una resaca monumental.

Espació sus salidas con Thomas y se concentró en sus asuntos. Y uno de ellos tenía que ver con su herencia y con el título que ahora le correspondía. Era una de las primeras cosas que debía arreglar.

Decidió visitar al abogado de la familia y arreglar aquel asunto cuanto antes. Imaginaba que ninguna de las dos mujeres debía estar pasando apuros económicos por su dejadez, pero quería asegurarse. No le costó encontrar el despacho de Archibald Jenkins, ya había estado allí en alguna ocasión.

No tuvo que esperar mucho. El hombre lo recibió casi en el acto, despachando con prisas al caballero al que había estado atendiendo hasta ese instante.

—Permítame que le presente mis condolencias, lord Hartford —le dijo en tono melifluido e inclinándose ligeramente.

El servilismo de aquel hombre siempre le había provocado urticaria, y la sensación no había menguado con el paso de los años.

—Es usted muy amable, señor Jenkins —contestó en cambio, mostrándose todo lo cortés que sus buenos modales le exigían.

—¿A qué debo el inesperado placer de su visita? —preguntó el hombrecillo indicándole una butaca frente a la mesa, tras la que volvió a sentarse.

—Se trata de mi herencia.

—¿Su herencia? —El hombre alzó una ceja, lo que convirtió su rostro en una grotesca máscara.

—No en la que está ligada al título, desde luego, pero mi padre poseía muchas otras propiedades, que he pensado legar a mi tía Ellen, además del derecho a vivir en Hartford Park siempre que ella lo desee. Y exceptuando, claro está, la asignación que haya destinado a su viuda. ¿Cree que habrá algún problema al

respecto?

El hombre carraspeó, visiblemente incómodo. Parecía no saber dónde posar la mirada, y cierto desasosiego se instaló en la boca del estómago del joven.

—¿No ha hablado usted con lady Hamilton? —preguntó un tanto nervioso.

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Verá usted, milord. —El hombre jugueteó con los papeles que había sobre la mesa, como si le costara encontrar las palabras adecuadas—. En realidad usted no ha recibido ninguna herencia, aparte de la que conlleva el título, que se circunscribe, como bien sabe, a la finca de Hartford Park.

—¿Cómo dice? —Derek se incorporó de golpe—. ¿Acaso mi padre estaba en la ruina?

—Oh, no, por supuesto que no. Su situación económica no era especialmente brillante, pero no tenía deudas importantes.

—¿Entonces? Me temo que no le sigo.

—Su padre dejó establecidas ciertas cláusulas en su testamento.

—¿Qué tipo de cláusulas?

El abogado carraspeó de nuevo y se metió el dedo en el cuello de la camisa, como si de repente sintiera una opresión en la garganta. Entonces le explicó los términos de la herencia, mientras Derek se hundía en su asiento, incapaz de asimilar la información que el abogado le estaba suministrando.

No le sorprendió descubrir que su padre seguía siendo un hijo de puta incluso muerto. No es que a él le importara el patrimonio del barón, que por derecho le correspondía, lo que lo enfurecía era el modo que había ideado para manipularlos a todos. Convirtiendo en heredera a su hermana, se aseguraba la presencia de su viuda en la casa, si no quería vivir en la miseria o volver a contraer matrimonio, y a él lo dejaba ligado a unas propiedades de las que no podía deshacerse hasta que su tía hubiera fallecido. ¿Acaso había pensado que su hijo echaría a su tía a la calle en cuanto él faltara y que la mujer se vería obligada a mendigar para sobrevivir? ¿Tan poco le conocía?

Se despidió del abogado hecho un manojo de nervios y regresó a su apartamento, donde se sumió en una especie de letargo que bañó con abundante whisky. ¿Qué debía hacer ahora?

El primer mes se hizo llevadero. Lady Hamilton permaneció casi todo el tiempo encerrada en su cuarto o en el de su difunto hermano, y Marian se sintió libre por fin en aquella casa donde ya nadie gritaba ni la golpeaba. Parecía casi

como si fuera la dueña de aquellas paredes y de todo lo que contenían. Como debería haber sido, en realidad.

Las visitas de los vecinos dejaron de sucederse al finalizar la primera semana y ella pudo tomar las riendas de su nueva vida. Hacía todas las comidas a solas, lo que supuso una gran novedad. Descubrió que no le dolía esa soledad, era casi preferible. Pasaba largos ratos en la biblioteca, echando un vistazo a aquellos volúmenes. Le costó varios días decidirse a coger uno, como si al hacerlo estuviera saltándose alguna de las muchas reglas no escritas de su cuñada.

No poseía una educación muy amplia, su padre no lo había considerado necesario, pero era consciente de su ignorancia en infinidad de temas. No tenía intención de recuperar todo el tiempo perdido y llenar las muchas lagunas de su educación, pero tampoco le haría daño leer un poco. También le serviría para olvidar las circunstancias de su vida. Porque, por mucho que hubieran mejorado las cosas, seguía sin ser una persona libre.

Se levantaba a la misma hora de siempre y bajaba a desayunar. Luego se ocupaba de los temas de la casa: se reunía con la cocinera para elaborar los menús, con el mayordomo para establecer qué estancias debían limpiarse cada día, con el caballerizo para interesarse por el estado de los caballos... Esas tareas habían recaído hasta entonces en lady Hamilton, que parecía haberse sumido en su pena.

Durante días ni siquiera la vio, aunque sabía que devolvía vacíos los platos que la cocinera preparaba y que su doncella, que tampoco se prodigaba por allí, le llevaba varias veces al día.

Después de comer, Marian daba un paseo por el jardín y se acercaba hasta un pequeño lago que había en las proximidades, luego cuidaba un rato de las rosas de lady Hamilton y más tarde se encerraba en la biblioteca y leía. No se atrevía a entrar en el despacho privado de su difunto esposo, donde se guardaban los libros de la propiedad y otros documentos, y donde de vez en cuando se encerraba el administrador, el señor Casper, que en un par de ocasiones subió a ver a lady Hamilton para consultarle algunas disposiciones. El primer día se había dirigido a ella, como era natural, y Marian enrojeció hasta la raíz del cabello cuando se vio obligada a confesarle que la propiedad no le pertenecía y que debía hablar con su cuñada.

Algunas mañanas, incluso, se sentaba junto al ventanal para bordar un poco. Se le daba bastante bien, y ella misma había confeccionado las cenefas de sus blusas o pañuelos, aunque nadie lo hubiera apreciado nunca.

Debía reconocer que, desde la muerte del barón, su vida había mejorado

mucho. Casi podía decir que era feliz.

Casi.

Una mañana, el mayordomo —Malley se llamaba, se prometió no olvidarlo— anunció una visita no del todo inesperada. Cuando acudió a la salita de recibir, se encontró allí a su padre, al que no había visto desde el día del entierro. En aquel entonces solo habían intercambiado las frases de rigor, había demasiada gente y ella no pudo —ni quiso— dedicarle más atención de la necesaria.

—Vaya, querida, veo que la viudedad te sienta francamente bien —reconoció con cinismo; un comentario tan inapropiado que el rubor tiñó las mejillas de la joven.

—No sé si debo darle las gracias por una observación tan desafortunada —dijo ella, en un tono que pretendía fuera glacial pero que sonó casi como un murmullo.

—Oh, vamos, no te hagas la estirada conmigo. —El hombre tomó asiento como si estuviera en su propia casa, cruzando una pierna sobre la otra y arrellanándose en el sofá—. No te pega nada. Recuerda que te conozco muy bien, yo mismo te he criado.

Marian lo miró de hito en hito y tomó asiento en el borde de uno de los sillones, con la espalda recta y las manos cruzadas sobre el regazo. «No me conoces en absoluto —pensó—. Nunca lo has hecho».

—¿A qué debo el *honor* de su visita, padre? —inquirió al fin, después de ofrecerle una taza de té que Malley había traído a petición suya.

Trevor Fillmore pareció no percatarse del sarcasmo en la voz de su hija, aunque Marian sabía que había muy pocas cosas que se le escaparan a aquel hombre.

—Bueno, veo que las cosas te van muy bien —respondió él, echando una mirada en apariencia desinteresada a su alrededor—. Imagino que el difunto barón te habrá dejado en una buena situación económica.

Marian apretó la mandíbula. Sospechaba lo que vendría a continuación y el estómago se le contrajo en un puño.

—He pensado que podrías compartir un poco de tu buena suerte con tu amado padre, querida —añadió él con una de aquellas falsas sonrisas que tanto la asqueaban—. A fin de cuentas, si estás aquí es gracias a mí.

—Eso no lo he olvidado, puedo asegurárselo —dijo ella, esta vez exactamente en el tono en el que pretendía que sonara.

—Oh, vamos, no me dirás que aún sigues enfadada porque te hice regresar cuando huiste de aquí —le recriminó él—. Era mi deber como padre, lo sabes bien, y como caballero. Había dado mi palabra y tenía que cumplirla.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Tu matrimonio no ha sido muy distinto a la mayoría, jovencita. ¿O acaso crees que la gente de nuestra posición se casa por amor?

—Tampoco lo hacen para convertirse en un saco de arena.

—Oh, vamos, querida, no exageres —la reprendió—. No pretendas hacerte pasar por una víctima. Que un marido le propine a su esposa un cachete de vez en cuando no tiene mayor importancia.

Marian tuvo que morderse la lengua para no replicar, para no contarle que un cachete era lo menos que había recibido de parte de su flamante esposo. «Pero ¿para qué?», se dijo. Esperó pacientemente a que su padre concretara los motivos de su visita. De hecho, descubrió que estaba deseando que lo hiciera. Se moría por ver la expresión de su cara cuando le dijera que no había recibido ni un centavo de la herencia.

—En fin, querida, no deseo entretenerte más. Imagino que debes de estar muy ocupada —añadió echando el cuerpo hacia delante—. Seré breve. Verás, me hallo en una situación, digamos, un tanto comprometida...

—¿Tal vez el mismo tipo de situación en la que se vio forzado a venderme al mejor postor?

—¡No te permito que me hables así! —le espetó—. No te atrevas a quejarte. Gracias a mí alcanzaste una posición impensable para una joven como tú. Ahora eres baronesa —suavizó el tono, Marian imaginó que tratando de conciliarse con ella—. Como te iba diciendo, me hallo en una situación un tanto delicada y he pensado que tú, como buena hija mía que eres, podrías echarle una mano a tu querido padre.

—¿Cómo de *delicada* es la situación? —inquirió ella alzando una ceja.

—De mil libras —contestó él, sin apartar la mirada de ella.

—¡¿Mil libras?! —Marian abrió los ojos como platos—. ¿Y cómo ha llegado a contraer esa deuda?

—Eso no es asunto tuyo, no he de darte explicaciones acerca de mis negocios.

Marian no replicó. Ya conocía el tipo de «negocios» que practicaba su padre, sobre todo en las mesas de juego o en el hipódromo.

—Me temo que no voy a poder ayudarle —le dijo con la voz serena.

—¿Cómo que no? —preguntó él con dureza—. Estoy seguro de que Hartford te ha dejado mucho más que eso en herencia.

—En realidad no me ha dejado nada. —Ahí estaba, por fin lo había dicho. Como era de esperar, el rostro de su padre pasó de la sorpresa a la incredulidad y de ahí, a la rabia.

—¿Pretendes hacerme creer que el viejo no tenía ni una libra? —Su voz sonó tan áspera que Marian casi sintió cómo le arañaba la piel.

—En realidad no tengo ni idea, aunque supongo que dispondría de una buena cantidad de dinero. Aunque no me lo ha dejado a mí.

—¡Maldita sea, Marian! ¿Se puede saber qué has hecho esta vez? —Se incorporó de golpe—. Espero que esto se trate de una broma pesada por tu parte, querida.

—No... no es una broma —dijo con un hilo de voz.

—¿El viejo no te ha dejado nada? —volvió a preguntar, clavando en ella una mirada que pretendía averiguar si estaba escondiéndole algo—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Acaso se lo ha dejado a su hijo? Creí que ya no se hablaban.

—En realidad se lo ha dejado a su hermana.

—¿A lady Hamilton? —inquirió con sorpresa.

—Sí, así es.

—¿Y qué pasa contigo?

—Bueno, si quiero percibir algo de la herencia, debo permanecer en esta casa, acompañándola y cuidándola hasta su muerte. Luego recibiré mi parte.

—¿Y qué parte es esa?

—Cincuenta libras anuales —respondió ella, con cierta satisfacción por primera vez desde que había conocido la noticia.

—No puedes estar hablando en serio.

—Créame, así es como el barón lo dejó estipulado.

Trevor Fillmore se mesó los cabellos y comenzó a moverse nervioso por la habitación. Marian contaba los pasos. Dos a la derecha, dos a la izquierda, dos a la derecha... Al final se detuvo y clavó la mirada en ella.

—¿Te das cuenta de que todo esto es culpa tuya? Si no hubieras sido tan *delicada*, si no te hubieras escapado de aquí dos veces, ahora podrías estar disfrutando de una viudedad entre algodones...

Marian tuvo que contenerse para no arrojarse sobre él. Gracias a su matrimonio con el barón, su padre había eludido dos condenas a prisión por deudas. Su boda saldó la primera. Su devolución cuando se presentó en su casa con la ceja partida y el cuerpo molido a golpes, la segunda. Hasta que el barón encontró en su hermano, Richard, un modo mucho más efectivo de mantenerla dócil y cerró la espita.

—Al menos te habrá dejado joyas u otros objetos valiosos... —insistió él.

—Jamás me hizo regalo alguno —reconoció ella.

Ambos se sostuvieron la mirada durante lo que le parecieron varios minutos. Su padre pareció darse por vencido. Allí no iba a encontrar lo que había ido a buscar.

—Creo que será mejor que me marche. Tengo que arreglar unos asuntos... —masculló antes de abandonar la habitación con cierta premura.

Marian se dejó caer de nuevo sobre la butaca, con el corazón tan acelerado que pensó que le iba a salir disparado del pecho.

Oyó a su padre en el exterior, regañando al chico que había estado cuidando de su caballo. Un instante después, escuchó el galope del animal y pudo relajarse por fin. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su padre ni siquiera había mencionado a Richard. Como si no recordara que aún tenía otro hijo.

La fiesta de compromiso de Lionel Wates, conde de Bridgeport, se celebró al fin, y acudió lo más granado de la sociedad londinense. Él era conde e iba a contraer matrimonio con la hija de un igual. Era uno de los acontecimientos más esperados, y nadie quería perderselo.

En pleno apogeo de la temporada, había gran cantidad de jóvenes en busca de marido, y Charlotte Wates no olvidó incluir ni a una sola de todas ellas. Incluso invitó a las debutantes de años anteriores que aún no habían conseguido su objetivo. Thomas y Derek tendrían un abanico bien surtido donde elegir.

Pero los jóvenes no parecían estar muy por la labor. Charlaban animadamente en pequeños grupos con otros hombres de su edad, sin prestar apenas atención a las muchachas que llenaban el salón, muchas de las cuales lanzaban ansiosas miradas en dirección a ambos. Había que reconocer que eran atractivos y que tenían clase. «Lástima que no les acompañe también un poco de sentido común», se lamentaba la mujer. No era mucho lo que ella podía hacer, dadas las circunstancias. Debía atender a los invitados y permanecer junto a su hijo Lionel, como mandaba la etiqueta. Pero se prometió que, si la velada no mejoraba, iba a tener unas palabras con los muchachos antes de que finalizase la noche.

Derek la preocupaba incluso más que el joven Thomas. Después de la muerte de su padre, y aunque se negaba a reconocerlo, lo encontraba algo alicaído, como si anduviera perdido en un laberinto cuya salida era incapaz de encontrar. Ella sabía que se trataba de una mezcla de tristeza y de culpa, y no podía reprocharle nada. Debería aprender a lidiar con ello y, con el tiempo, perdonarse

por lo que pensara que hubiera podido hacer mejor. No era de extrañar que no estuviera muy centrado en las jóvenes de la fiesta, pensó. En sus circunstancias, tampoco ella lo estaría.

Ajeno a los pensamientos que cruzaban por la mente de su tía, Derek estaba disfrutando de la velada solo a medias. Le agradaba la compañía de Thomas, y también la de sus amigos, pero en realidad habría preferido quedarse en su casa.

Comenzaba a sentirse hastiado de la ciudad, de su encorsetamiento, de sus rígidas normas sociales. En los diez años que llevaba viviendo en América había descubierto un mundo mucho más abierto, donde la gente se comportaba con mayor libertad y donde no era necesario andarse con tanto cuidado para no ofender a nadie. Y en Inglaterra resultaba demasiado fácil dar un paso en falso. Lo había comprobado esa misma noche, cuando le había dirigido unas palabras a una joven bastante bonita que no le había sido presentada formalmente y que casi provoca un altercado con su tutor, un marqués o un conde cuyo rostro ya ni siquiera recordaba.

Dejó vagar la mirada por el mar de sedas y tules que adornaban el salón, la mayoría en tonos claros, como marcaba el protocolo para las debutantes y jóvenes solteras. Muchas de ellas eran bastante bonitas, y un puñado incluso interesantes, pero parecían todas cortadas por el mismo patrón. De hecho, apenas distinguía a unas de otras. Por insistencia de su tía, había bailado con media docena de ellas y ahora era incapaz de reconocerlas entre las demás. Se preguntó si habría sucedido lo mismo si en aquel salón se hubiera encontrado, en otras circunstancias, con un par de ojos grises como la tormenta. Sacudió la cabeza para alejar aquella imagen tan inapropiada.

—¿Sucede algo, primo? —le preguntó Thomas a su lado.

—Nada, nada en absoluto.

—¿Te aburres tanto como yo?

—No —contestó y le guiñó un ojo—. Creo que incluso más que tú.

—Pues Lionel no parece estar pasándose muy bien tampoco —apuntó su primo, señalando discretamente con la cabeza en dirección a su hermano, en la otra punta del salón.

Este se giró justo en ese momento y los vio. Intercambió unas palabras con las personas que lo acompañaban y las abandonó para dirigirse en dirección a ellos.

—Juro que si no me sacáis de aquí pronto, voy a volverme loco —les susurró.

—Pero si creí que estabas encantado con el compromiso con Anne —le dijo su hermano con sorna.

—Con ella sí —reconoció Lionel, al tiempo que se inclinaba en dirección a

uno de los invitados, que lo había saludado al pasar—. Pero toda esta gente me sobra.

—Gracias, primo —replicó Derek, mordaz.

—Tú ya me entiendes —añadió Lionel—. Estoy encantado de tenerte aquí, lo sabes. Nada podría haberme hecho más feliz.

—¿Ni siquiera Anne? —preguntó Thomas con una risita.

—Bueno, vale. Tenerte aquí es una de las cosas que más feliz me hacen —concedió con una sonrisa, encajando la broma con humor.

—Podemos escaparnos si quieres —dijo Derek en un susurro.

—¿Tú quieres verme morir? —preguntó alzando una ceja—. Si me escapo de mi propia fiesta mi madre me arrancará la piel a tiras, después de que Anne me haya prendido fuego y sus padres me hayan arrancado los ojos. No, gracias. Prefiero estar vivo y aburrido.

—Podemos dar una vuelta por el jardín, si quieres. Así te despejarás un poco —añadió su primo.

—Sí, eso estaría bien. Aquí dentro me voy a ahogar.

Los tres hombres caminaron tranquilamente hacia una de las puertas que daban acceso al exterior, deteniéndose a cada momento para que el anfitrión pudiera saludar a todos los que se iban interponiendo en su camino. A Derek no le extrañó que se sintiera agobiado. Lo estaba él y solo era un invitado más. Si estuviera en el pellejo de Lionel, hacía horas que habría salido corriendo.

Solo cuando alcanzaron por fin la terraza fueron conscientes de lo cargado que estaba el ambiente del salón. Muchas personas, muchos perfumes, un batiburrillo de olores que se mezclaban con los canapés y las bebidas, haciendo que el ambiente se tornara irrespirable.

—No quiero ni imaginar cómo será la fiesta de la boda —reconoció Derek.

—Por favor, no me hagas pensar en ello en este momento —pidió Lionel con la voz estrangulada.

Thomas disimuló la carcajada, que le salió de dentro, bajando la cabeza y centrando su atención en los zapatos.

—Mamá está empeñada en que yo encuentre pronto a alguien con quien casarme —le dijo a su hermano—. Pero, visto lo visto, después de la locura que han sido estas semanas y lo que aún queda por venir... créeme, me temo que va a esperar mucho mucho tiempo.

—Si el título no dependiera de mí, tampoco yo me habría metido en este embrollo, Thomas.

Los tres guardaron silencio. De repente, la falta del conde de Bridgeport, el

padre de Lionel y Thomas, se hizo dolorosamente evidente.

—A papá le habría encantado Anne —dijo Thomas con ternura.

—Lo sé —reconoció Lionel—. El conde de Devonshire era de uno de sus más viejos amigos.

—Brindemos por él. —Thomas alzó su copa y los otros dos lo imitaron.

Allí, en la oscuridad del jardín, los tres jóvenes brindaron por la memoria de un hombre al que habían querido, admirado y respetado, y que había sido un padre para los tres.

Derek no pudo evitar preguntarse si alguien brindaría, alguna vez, por el recuerdo del suyo.

—No pensarías que iba a quedarme para siempre encerrada en mi habitación —le dijo lady Hamilton con acritud.

Había bajado esa mañana a desayunar por primera vez desde la muerte de su hermano, hacía ya tres largos meses. La había sorprendido tomando té y un panecillo con mantequilla, y, sin saber por qué, se sintió culpable. La miró con sorpresa mal disimulada, lo que provocó el comentario de la mujer.

—Por supuesto que no, milady —respondió ella incorporándose y yendo a su encuentro. La besó ligeramente en la mejilla; una costumbre que había adquirido poco después de llegar a la casa y que aún no había abandonado. Ambas sabían que el gesto era falso, pero las apariencias eran importantes para lady Hamilton, y por nada del mundo habría consentido que Marian no las respetara.

—Espero que, durante mi ausencia, no hayas cometido ninguna estupidez —le dijo mientras la observaba servirle el té.

—Confío en que todo esté de su agrado —contestó Marian volviendo a sentarse y sintiendo que su etapa de «libertad» acababa de finalizar.

—Eso lo dudo mucho, querida —fue la respuesta de la mujer, que recorrió con la mirada la mesa del desayuno, esperando encontrar algún motivo para criticar el trabajo de su cuñada.

No pudo encontrar nada, por supuesto. Marian había continuado con la austeridad impuesta por lady Hamilton, y procuraba no derrochar los alimentos. Solo se servía lo que iba a ser comido. Nada de opíparos desayunos llenos de un sinnúmero de variedades para que los comensales pudieran elegir a su gusto. Allí se desayunaba té, pan con mantequilla y un poco de miel o mermelada. Los domingos la cocinera preparaba algún bizcocho o una bandeja de pastelillos, era la única concesión permitida. Y Marian había respetado las reglas.

Tampoco se había permitido hacer encargos que no fueran los habituales, aunque comenzaba a necesitar reponer algunas de sus prendas de vestir. La mayoría de sus vestidos tenían los puños y los cuellos algo desgastados, pero no se había atrevido a encargar ropa nueva. El dinero no le pertenecía y no podía disponer de él a su antojo.

—Imagino que estas semanas te habrán servido para habituarte a la idea de tu nueva situación en esta casa —le dijo mientras sorbía un poco de té.

—Desde luego, milady.

—Ya sabes que no estaba de acuerdo con la decisión de mi hermano. De hecho, me habría encantado que te marcharas cuando él falleció. No perteneces a este lugar, nunca lo has hecho.

Hablaba sin mirarla, como si en realidad no estuviera allí, y Marian lo agradeció. Sabía que la mujer lo hacía porque la consideraba inferior, pero en aquel momento el gesto la ayudó a ocultar la desazón que la embargaba. Sabía que tenía razón, igual que sabía que tampoco encajaba ya en su antiguo hogar. De hecho, constató con amargura, no había un *lugar* para ella en ningún sitio.

—Pero sin duda mi hermano era más inteligente que nosotras dos juntas —continuó la mujer—, y tendría buenos motivos para establecer esas condiciones. Estamos obligadas a permanecer juntas y hemos de procurar que la convivencia sea lo más grata posible. A fin de cuentas, es posible que debamos pasar muchos años bajo el mismo techo.

Marian controló el escalofrío que la recorrió entera ante la idea de quedarse allí, con aquella mujer, durante años, tal vez décadas. ¿Cuántos años debía de tener lady Hamilton? ¿Sesenta? ¿Sesenta y dos? Sabía que era algo menor que su hermano, y el barón había fallecido a los sesenta y tres. Lady Hamilton gozaba de buena salud y podía vivir hasta los ochenta, incluso los noventa. De repente, el sabroso panecillo que sostenía, cubierto de una gruesa capa de mantequilla y mermelada de ciruelas, dejó de parecer apetitoso. Lo colocó con cuidado en el plato.

—Sabes que no me gusta que se despilfarre la comida —la reprendió—. Si no ibas a comértelo, no haberlo cogido.

—Sí, milady —contestó Marian, volviendo a tomar el pan.

—Luego me reuniré con la cocinera, con el mayordomo y con el administrador —anunció la mujer—. Y espero no llevarme ninguna sorpresa desagradable.

—Yo también lo espero, milady. He procurado seguir su ejemplo durante estos meses y atenerme a sus reglas.

—Las reglas están para algo, no lo olvides. Una casa en condiciones debe

regirse según unas normas, que todos han de respetar. Solo así se alcanza la excelencia.

—Sí, milady —contestó de forma mecánica al consabido discurso, sin prestar verdadera atención a las palabras de su compañera de mesa.

Un fuerte golpe sobre el dorso de su mano con el mango del cuchillo le arrancó un grito.

—¡Escúchame cuando te hablo! —le espetó la mujer, mientras Marian contenía las lágrimas y se cubría la mano, que le ardía como una brasa—. No creas que te voy a consentir que me ignores o que me trates con condescendencia. Esta es mi casa, procura no olvidarlo.

Sin añadir una palabra más, lady Hamilton se levantó y abandonó la estancia con porte regio, sin dirigirle ni una sola mirada. Solo entonces observó Marian su mano. Una gruesa marca, que iba adquiriendo un intenso tono rojizo, le cruzaba todo el dorso. Y apenas podía mover los dedos.

Durante los últimos días, Derek había recibido un par de cartas provenientes del administrador de las propiedades de su padre. «De mi tía —se obligó a recordar—, al menos algunas de ellas». Al parecer, la mujer no estaba en condiciones de pensar con claridad y había algunas decisiones que tomar. Una de ellas era la renovación de los contratos de los arrendatarios, y su tía no parecía tener una opinión clara al respecto.

Pensó que sería apropiado hacerle una visita y explicarle algunos de los pormenores de la administración de una propiedad de aquellas características. Lo mejor era que confiara en el criterio de Casper, que llevaba ya muchos años con ellos y sabía qué era lo mejor y cómo afrontar los posibles problemas que pudieran presentarse. Nadie esperaba que ella tomara las riendas personalmente, para eso existían personas como Casper. Ante cualquier duda, podía consultar con Jenkins, el abogado, o con él mismo, aunque desde América, adonde tenía intención de regresar en unas semanas, poco pudiera hacer. No le profesaba ningún cariño a su tía, pero no iba a dejarla abandonada a su suerte. Ni tampoco a la baronesa viuda, dicho sea de paso.

Llegó a Hartford Park a media mañana. Cuando descendió del caballo en los establos, pensó que quizás debería haber anunciado su visita. No estaba bien presentarse sin avisar, aunque fuera el dueño *de facto* de todo cuanto allí había.

En esa ocasión le abrió la puerta el mayordomo y se descubrió experimentando una decepción totalmente fuera de lugar. En su fuero interno había acariciado la

idea de que fuera otra persona la que abriera aquella puerta. El hombre pareció reconocerle y lo saludó con cortesía, tomando su sombrero y su abrigo. Derek se alisó la ropa y se dirigió al pequeño salón, donde el hombre le indicó que se encontraba su tía.

—Vaya, vaya, ¡mira a quién tenemos aquí! —Lady Hamilton estaba bordando junto a la ventana, y alzó la vista cuando la puerta se abrió. Su semblante era serio, y no mostró ningún tipo de entusiasmo al ver allí a su sobrino.

—Buenos días, tía. Me alegra verla en tan buen estado —saludó él aproximándose para besarla en la mejilla.

—Seguro que sí —ironizó ella.

—¿Cómo se encuentra, tía?

—¿Cómo te parece que puedo estar, querido? —contestó glacial—. Mi hermano ha fallecido y me encuentro sola en el mundo.

—Según tengo entendido eso no es del todo cierto —replicó él tomando asiento de forma despreocupada.

—¿Hablas de esa advenediza? —preguntó ella entrecerrando los ojos—. Te juro que no sé qué veía mi hermano en ella. No sirve para nada. Se limita a ir de un lado a otro como un fantasma. A veces, ni siquiera me doy cuenta de que está en la misma habitación que yo. No sé qué va a ser de mí en los próximos años.

—Vamos, tía. Es usted una mujer fuerte, sin duda podrá arreglárselas.

—Por supuesto que sí, porque es evidente que contigo no puedo contar —añadió con dureza—. ¿Y a qué has venido, si puede saberse?

—Solo quería asegurarme de que todo iba bien —respondió él, no queriendo involucrar a Casper, el administrador.

—Desde luego que todo va bien. ¿Acaso no me crees capaz de sacar adelante las tierras de la familia?

—No albergó ninguna duda acerca de sus capacidades, tía —dijo en tono conciliador—. Es solo que todo debe ser muy nuevo para usted, y la pérdida que ha sufrido es algo de lo que cuesta recuperarse.

—Imagino que lo dices por propia experiencia. —El tono cínico era evidente.

—Créame, tía, yo también lamento su muerte.

Ella lo miró durante unos instantes, como si quisiera asomarse al interior de su alma. Y Derek le mantuvo la mirada, imperturbable. Finalmente, fue ella quien la desvió y dejó que se perdiera más allá del ventanal.

—Casper me ha hablado de los arrendatarios —dijo la mujer al fin—. Imagino que por eso estás aquí.

—Tía, yo...

—No me interrumpas. Es cierto que he estado un poco... un poco distraída estas últimas semanas. Pero justo esta mañana me he reunido con él y hemos decidido renovarlos todos, sin excepción. Supongo que él sabe más que yo de estas cosas.

—En efecto, tía, debe usted confiar en él. El señor Jenkins y yo mismo estaremos a su disposición si necesita algo en el futuro, pero debe confiar en Casper.

—¿Acaso vas a permanecer en Inglaterra? —preguntó ella con curiosidad.

Derek creyó vislumbrar un atisbo de interés en su mirada, pero fue tan fugaz que decidió que lo había imaginado.

—Me es imposible —respondió—. Mis negocios están en Boston, lo sabe bien. No puedo abandonarlos.

—Claro, claro. Tus negocios...

Derek no quiso añadir nada más. Ni siquiera se atrevió a preguntar por la viuda de su padre, aunque su bordado permanecía junto a otro de los sillones de la estancia. Supuso que no andaría lejos.

Unos minutos después unos golpes sonaron en la puerta y acto seguido allí estaba ella. Se sorprendió al verlo allí y se detuvo en el umbral. Era evidente que había acudido a decirle algo a su tía y que había cambiado de idea al verlo en la habitación. Derek se giró hacia lady Hamilton, que le lanzó una mirada reprobatoria a la joven. Derek volvió a observarla y solo entonces se dio cuenta. Marian Fillmore llevaba un delantal, como si fuese una de las criadas de la casa.

—Tía, ¿se puede saber qué está ocurriendo aquí? —le preguntó él con dureza.

—No es asunto tuyo, Derek. Esta es mi casa —le respondió ella.

El hombre se levantó y se dirigió hacia Marian.

—Encantado de verla de nuevo, lady Hartford. —Le tendió la mano.

Ella miró primero en dirección a lady Hamilton, y luego a él, como si no supiera cómo responder al gesto. Finalmente extendió la suya, que el hombre estrechó con fuerza. Un calambre le recorrió todo el brazo.

—¿Qué demonios...? —preguntó él. Era la segunda vez que le pasaba algo similar con ella y era incapaz de encontrar un motivo que sirviera de explicación. Su padre llevaba muerto más de tres meses.

Le tomó las manos a la fuerza, pues ella quiso resistirse. Derek se colocó de tal modo que su tía no podía ver lo que estaba haciendo. Tenía las palmas llenas de ampollas, seguro que no llevaba mucho tiempo haciéndose cargo de las tareas de la casa, que parecía ser su nuevo cometido. Una rabia sorda se había ido instalando en su pecho, y estaba a punto de estallar.

Cuando dio la vuelta a las manos, para observar el dorso, apretó las mandíbulas con tanta fuerza que los dientes rechinaron. Una de ellas estaba completamente amoratada y, cuando pasó un dedo con suavidad por encima de ella, la joven dio un respingo. La miró a los ojos, donde había aparecido una lágrima furtiva.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Derek? —preguntó su tía desde el sillón.

—¿Se puede saber qué está haciendo USTED, tía?! —Se volvió y le lanzó la pregunta con toda la furia que ardía en su interior.

—¡No tolero que se me hable así en mi propia casa!

—Le recuerdo que esta casa es MÍA, tía. Usted solo disfruta de ella mientras viva, pero es de MI propiedad —señaló, remarcando las palabras.

—Eres un bastardo —le espetó ella fulminándolo con la mirada.

—Creo que viene de familia —replicó él.

—¿Cómo te atreves a venir aquí a insultarme?

—¿Cómo me atrevo? ¿Y cómo se atreve usted a convertir a la viuda de su hermano en una criada?

—Tendrá que ganarse la vida, ¿no? ¡No esperarás que la mantenga a cambio de nada!

—Que yo sepa, en el testamento de mi padre no figuraba nada sobre eso.

—Tu padre me otorgó plenos poderes sobre sus propiedades, y sobre ella.

—Creo que no incluía esa cláusula, y tampoco que pudiera golpearla cuando se le antojara.

—Un golpe dado a tiempo ayuda a formar el carácter de las personas —masculló ella—. Si tú hubieras recibido alguno más siendo niño, las cosas serían muy distintas.

—Créame, recibí más de los necesarios. Y no voy a tolerar que esta mujer reciba los que yo me perdí.

—Querido, eso no está en tu mano. —El tono frío y calculador de aquella bruja lo dejó clavado en el sitio.

—Oh, desde luego que lo está —dijo él, y se giró en dirección a Marian. Ella no se había movido de su sitio, aunque era evidente que seguía la conversación con interés mal disimulado, pero también con cierta turbación. Comprendió que temía las represalias que pudiera sufrir cuando él ya se hubiera marchado—. Lady Hartford, prepare su equipaje. Se viene conmigo.

5

—¿Pero es que te has vuelto loco?! —Lady Hamilton se incorporó, dejando caer al suelo el bordado que un momento antes descansaba sobre su regazo.

—Creo que jamás me he sentido tan cuerdo —respondió él, totalmente sereno.

Lady Hamilton dirigió una mirada torva en dirección a Marian, que a su vez miraba a Derek con los ojos muy abiertos.

—Seguro que esto es cosa tuya —ladró la mujer.

—Yo no... —trató de contestar Marian antes de ser interrumpida por Derek.

—Se equivoca, tía Ellen. En realidad es cosa mía. Uno de mis impulsos. Ya sabe lo rebelde que puedo llegar a ser.

—Jovencito, no te atrevas a faltarme al respeto.

—¿Y qué piensa hacer al respecto? ¿Encerrarme en algún armario? ¿Azotarme el trasero? ¿Castigarme sin postre? —Sintió una enorme satisfacción al recordarle las pequeñas mezquindades que le había proporcionado durante su infancia.

Lady Hamilton apretó los labios hasta formar una fina línea pálida, mientras sus mejillas se teñían de rubor. Estaba furiosa, era evidente.

—No se marchará contigo, Derek —le dijo al fin, con una sonrisa sardónica.

—Eso deberá decidirlo ella.

—Puedes preguntárselo si quieres.

Derek se giró para observar a Marian y la expresión de su rostro fue toda la respuesta que necesitaba. ¿Por qué? ¿Por qué prefería quedarse allí, siendo humillada a diario, en lugar de marcharse con él? Debía reconocer que no había valorado la propuesta en serio y que, en realidad, había sido un impulso, tal y como acababa de afirmar. También intuyó que la propuesta era poco clara y que tal vez la mujer pensara que no podía irse con él así, por las buenas.

—Lady Hartford, me gustaría hablar con usted en privado, si no tiene inconveniente —le dijo al fin, indicando la puerta por la que había entrado minutos antes—. Será mejor que vayamos a la biblioteca.

—Pierdes el tiempo, querido —dijo lady Hamilton volviendo a ocupar su

asiento, con una satisfacción mal disimulada que le hizo hervir la sangre.

—Eso ya lo veremos.

Marian no podía creer lo que había sucedido. ¿En qué momento las cosas habían dado un vuelco tan drástico? ¿Y qué pretendía aquel hombre con una propuesta tan estrambótica? A pesar de su nueva situación en aquella casa, que lady Hamilton había impuesto solo el día anterior, no podía marcharse de allí, bajo ninguna circunstancia. Y eso era lo que iba a decirle a ese hombre que caminaba un paso por delante de ella en dirección a la biblioteca.

Entraron en la estancia y el frío los golpeó sin misericordia.

—¿Quiere que encienda el fuego? —preguntó ella.

—¡Por supuesto que no! En todo caso, sería yo el que lo hiciera —respondió—. ¿Tiene frío?

—Sí, pero no importa. No creo que vayamos a estar aquí el tiempo suficiente como para que la habitación se caldee.

El hombre la miró con detenimiento y Marian volvió a sentir aquel extraño cosquilleo en las rodillas y en el bajo vientre, y una sensación de mareo de lo más inoportuna. ¿Pero qué le ocurría con aquel hombre? ¿Acaso usaba algún tipo de perfume que anulaba su capacidad de razonamiento? Decidió alejarse un poco y se retiró un par de pasos. Él no dijo nada, pero enarcó una de sus cejas.

—¿Me tiene miedo? —preguntó él.

—No, en absoluto —mintió.

—Imagino que mi propuesta la habrá desconcertado, y créame que lo entiendo. Pero hablaba totalmente en serio.

—Se lo agradezco mucho, señor Hamilton, pero no sé qué pretendía al hacérmela.

—No pretendía más que sacarla de esta casa.

—Estoy bien aquí, gracias.

—¿De veras? ¿Limpiando como cualquier criada y sufriendo los arranques de mi tía?

—Eso fue un accidente. Ayer me di un golpe en la cocina y...

—No es necesario que me mienta —la interrumpió—. Yo he vivido aquí, ¿recuerda?

Ella asintió. No podía hacer otra cosa.

—Me gustaría volver a insistir. Venga conmigo a Londres.

—¿Para hacer qué?

—¿Cómo dice?

—¿Qué haría yo en Londres? —aclaró ella.

—Bueno, aún no lo he decidido —reconoció el hombre—. De momento sacarla de aquí, eso ya me parece suficiente.

—Se lo agradezco mucho, milord, pero prefiero quedarme.

—¿Por qué?

—Tengo mis razones.

—No pueden ser las cincuenta libras que recibiré sabe Dios cuándo, una vez mi tía haya fallecido.

—¿Sabe usted eso? —inquirió un tanto perpleja.

—Por supuesto que sí —contestó—. No olvide que soy el actual barón.

—¿Y qué más sabe? —entrecerró los ojos, calibrándolo con la mirada.

—¿Qué más hay que saber? —Ladeó la cabeza y Marian supo que había cometido un desliz. Había despertado su curiosidad.

Derek trató de pensar con rapidez en algún punto de aquel maldito testamento, pero fue incapaz de encontrar una respuesta coherente.

—¿Qué más hay que saber, lady Hartford? —volvió a preguntar él aproximándose un paso.

—Nada en absoluto. Ya conoce las condiciones. Seré la acompañante de lady Hamilton hasta su muerte.

—No trate de engañarme, milady. —Su voz sonó dura—. Hago negocios con tipos que se la merendarían en un santiamén.

—Por favor, no insista —rogó ella, mirándolo con aflicción.

—¿Por qué no quiere venir conmigo a Londres? —volvió a preguntar.

—Estoy bien aquí. Y no entiendo por qué se empeña en que lo acompañe. Para empezar, me parece una propuesta poco decente.

—No pretendo convertirla en mi amante, lady Hartford, ni transformar su vida en una sucesión de escándalos —le aseguró él con rotundidad—. Solo deseo sacarla de aquí, luego ya pensaremos en un futuro mejor que el que le aguarda entre estas paredes.

—¿Y si no quiero? ¿Y si me gusta estar aquí?

—¡Maldita sea! —bramó él echándose las manos a la cabeza.

Pero el brusco gesto hizo que Marian retrocediera un paso. Durante un breve instante pensó que iba a abofetearla, y a él no le pasó desapercibido el gesto, ni el miedo que había cruzado su mirada y que ella había tratado en vano de contener.

—No voy a golpearla, lady Hartford —dijo él con ternura—. Quiero pensar

que no soy como mi padre, ni como mi tía.

Había tal convicción en su mirada que a Marian no le costó ningún esfuerzo creerle y sus músculos se relajaron.

—Me gustaría que se sentara un momento, si es tan amable —añadió, indicándole una de las dos butacas situadas frente a la chimenea apagada.

—No veo el motivo.

—Complázcame, se lo ruego.

Marian lo miró un instante y asintió. Ocupó el borde del asiento y mantuvo la espalda rígida.

—Relájese, por Dios —le dijo él—. No voy a hacerle daño.

—Lo sé.

El hombre le dedicó una mirada de aprobación, como si su respuesta le hubiera satisfecho de algún modo que se le escapaba.

—Ahora cuénteme, por favor, qué motivos la obligan a permanecer aquí cuando resulta evidente que desearía encontrarse en cualquier otro lugar.

—¿Qué le hace pensar eso? —le preguntó, tratando de sonar convincente. ¿Es que aquel interrogatorio no iba a finalizar nunca?

—Créame, conozco a las personas.

—A mí no me conoce de nada.

—Tal vez, pero he estado en su situación.

—¿Por eso se marchó hace tantos años? —inquirió ella, curiosa.

—Exactamente por eso —respondió él.

Ella lo miró durante mucho rato, tratando de encontrar bajo aquella mandíbula cuadrada y aquel rostro duro y anguloso al niño que una vez debió haber sido, y fue incapaz de hallarlo.

—Lo lamento por usted —reconoció al fin—. Pero le aseguro que yo estoy muy bien aquí.

—Lady Hartford, tengo todo el día —le comunicó—. Y toda la noche si es necesario. Ninguno de los dos abandonará este cuarto hasta que no haya obtenido lo que quiero.

Para demostrarle que hablaba en serio se levantó y fue hasta la puerta. Giró la llave y luego la sacó de la cerradura para guardarla en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Pero qué es lo que está haciendo? —Se incorporó, presa de un súbito ataque de pánico—. ¿No se da cuenta de lo inapropiado de su conducta?

—Desde luego que sí —contestó él—. Espero con ello obtener resultados en un plazo mucho menor.

No podía creerlo. Aquel individuo iba a poner en juego su reputación con tal

de obtener lo que quería. Reconoció que, a esas alturas, su reputación era la menor de sus preocupaciones, pero no deseaba añadir más problemas a los que ya tenía. Valoró la posibilidad de explicarle los motivos. Era muy probable que, si tenía acceso al testamento, acabara enterándose tarde o temprano. ¿Qué iba a cambiar, en realidad, si era ella quien se los contaba?

—Está bien, como quiera. —Se rindió al fin y él esbozó una sonrisa de autosuficiencia, seguramente muy ufano de haber logrado su objetivo—. Pero borre de inmediato esa sonrisa de su cara.

—Discúlpeme. —Pillado en falta, el hombre recompuso el semblante serio y se dispuso a escuchar.

—La historia es un poco larga, espero no aburrirle —comenzó ella, temiendo que lo que iba a decirle careciera por completo de interés para el hombre, lo que, por otro lado, también podía jugar en su favor. Cuando comprendiera las razones que la mantenían allí, se olvidaría del asunto y ella podría retomar su vida.

—Ya le he dicho que dispongo de tiempo.

Marian se concentró en sus manos, que tenía colocadas sobre el regazo. El hematoma destacaba como una bandera sobre su piel blanca y durante un breve lapso de tiempo calibró la idea de no contarle nada en absoluto y aceptar la descabellada propuesta.

—Cuando yo tenía trece años, mi madre tuvo un hijo, Richard, pero ella murió tras el parto y yo me hice cargo de él. Mi padre estaba ausente casi siempre y yo no quería que lo educara ninguna institutriz, así es que me convertí en poco menos que en su madre. Pasaba todo mi tiempo con él, y se llevó la tristeza que la muerte de mi madre había dejado en mí. ¿Tiene usted hijos?

—No, no tengo —respondió el hombre, visiblemente interesado en su relato.

—Richard fue como un hijo para mí. Comprenda usted que estábamos solos la mayor parte del tiempo. Yo le bañaba, le daba de comer, le ayudé a dar sus primeros pasos y a hablar... y le quería tanto como imagino que una madre debe de querer a sus hijos. Pasó el tiempo y, cuando alcancé los diecisiete, mi padre me dijo que había concertado mi matrimonio con el barón. Que ya era hora de que me convirtiera en una esposa y que era el candidato más apropiado para mí.

—Eso lo dudo mucho —apuntó el hombre.

Marian asintió, no quiso explicar los verdaderos motivos por los que su padre había tomado aquella decisión.

—El caso es que me convertí en la baronesa de Hartford, a pesar de que no tenía ningún interés en ello. De hecho, traté de negarme, pero fue inútil. Tuve que separarme de Richard con todo el dolor de mi corazón, e instalarme en esta

casa. No paré de llorar durante días y me escapé en dos ocasiones. —Decidió no añadir tampoco los detalles que la habían conducido a ello—. En ambas fui devuelta a esta casa, hasta que el barón encontró un modo de mantenerme aquí por propia voluntad. Me ofreció costear la educación de Richard en Eton, que como sabe es el mejor colegio de Inglaterra, a cambio de que mi comportamiento fuese ejemplar. Mientras yo permaneciera en esta casa y me comportara de manera correcta, mi hermano disfrutaría de la mejor educación que se pueda comprar con dinero.

—Comprendo —dijo el hombre.

—En realidad no sé si es así del todo, milord —aclaró ella—. Debo añadir que mi padre no es precisamente un ejemplo a seguir y yo no estaba dispuesta a que mi hermano se criara con él, para que aprendiera una serie de hábitos que considero deleznable y que lo habrían convertido en un adulto carente por completo de principios. La educación que está recibiendo ahora hará de él un hombre íntegro y capaz.

—No lo pongo en duda —reconoció él—. De hecho, yo también estudié allí y puedo dar fe de la calidad de su enseñanza.

—¿De veras? —inquirió ella con los ojos brillantes—. Tal vez en alguna otra ocasión pueda usted contarme cosas sobre Eton, Richard no se muestra muy pródigo en sus cartas.

—¿Y tampoco le ha contado nada en persona?

—Verá, en realidad el trato estipulaba que no podía volver a ver a mi hermano hasta que hubiera finalizado sus estudios y fuera mayor de edad. Creo que su padre temía que, de hacerlo, hubiera intentado escapar de nuevo.

—¿Y usted se avino a ello? —El hombre parecía escandalizado.

—Era por su bien, compréndalo —respondió con un hilo de voz. Le estaba costando mantener el control mientras hablaba de su hermano con aquel desconocido.

—No me lo puedo creer. —Él se mesó los cabellos en un gesto de frustración tan evidente que ella no pudo evitar sentir una oleada de simpatía por aquel hombre que parecía tan afectado por su historia. De repente alzó la cabeza—. ¿Y ahora qué sucede? Mi padre ha muerto, ¿quién paga ahora la escuela?

—Lady Hamilton, por supuesto —respondió ella.

—Ya veo. Y uno de los requisitos para que siga haciéndolo, supongo, es que usted permanezca con ella hasta el día de su muerte —dijo con una evidente mueca de disgusto.

—Es usted perspicaz, señor Hamilton.

—Soy muchas cosas, señora. Y en este momento soy un hombre lleno de rabia, puedo asegurárselo.

Marian contempló cómo retorció las manos, con los antebrazos apoyados en las rodillas y el cuerpo inclinado hacia delante. Había prestado suma atención a su relato, que no había sido tan largo después de todo. Ahora que le había explicado cuál era la situación, podía volver a su trabajo. Estaba limpiando los cuartos del piso de arriba y ya había perdido mucho tiempo. Hizo ademán de incorporarse, pero un gesto de él la detuvo y volvió a tomar asiento. ¿Y ahora qué?

—Reitero mi propuesta, lady Hartford.

—¿Cómo dice?!

—Ya me ha oído. El trato que hizo usted con mi padre, que espero esté ardiendo en los infiernos, me parece repugnante, y el que mantiene con mi tía no es mucho mejor. No consentiré que permanezca ni un minuto más en esta casa.

—Pero usted no lo entiende, yo...

—Yo pagaré los estudios de su hermano, no tema por eso.

—¿Qué?!

—¿Es usted dura de oído? —inquirió él con rudeza.

—Desde luego que no, pero no entiendo por qué...

—Yo también tengo mis razones, lady Hartford —volvió a interrumpirla, algo que se estaba convirtiendo ya en una costumbre.

—Entiéndame, milord. Es imposible que acepte su propuesta. No puedo marcharme con usted. No sería apropiado, como tampoco lo sería aceptar su dinero. Un dinero que yo no podría devolverle jamás. Es evidente que buscaría un trabajo, pero no creo que obtuviera un puesto muy apropiado. Carezco de educación suficiente para ser institutriz, y no tengo dotes para la música. Coso muy bien, eso es cierto, pero dudo mucho que eso me permitiera pagar la deuda que contrajera con usted y...

—¿Siempre habla usted tanto? —volvió a interrumpirla—. Y, por favor, no me conteste con otra pregunta.

—No, en realidad suelo hablar muy poco —reconoció ella al punto, bajando la mirada. Aquel hombre era insufrible y, al mismo tiempo, una de esas personas en las que intuía se podía confiar. De repente, su verborrea le pareció inadecuada y falta de gusto—. Lo siento.

—No se disculpe, por favor. Pero permítame que arroje un poco de luz sobre la situación. Antes de conocer el contenido del testamento de mi padre, estaba decidido a legar las propiedades a mi tía, suponiendo que usted recibiría también

su parte, como manda la costumbre. Solo que descubrí que mi padre tenía otros planes en mente. Tengo intención de invalidar su testamento para que usted pueda recibir lo que le corresponde, aunque me temo que eso llevará algo de tiempo. Así es que considere la educación del joven Richard como un préstamo, que podrá usted devolverme en cuanto cobre la herencia que por derecho le pertenece.

¿Aquel hombre estaba hablando en serio? Su expresión así lo indicaba, pero aún albergaba dudas.

—¿Y mientras tanto? —inquirió, imaginando que también tendría respuesta para ello.

—Mientras tanto yo correré con todos sus gastos, de nuevo como adelanto de sus futuros ingresos, para que no se sienta obligada hacia mí de ningún modo — aclaró él.

—Milord, es muy generoso por su parte, pero me temo que no puedo aceptar.

—Señora, es usted la baronesa viuda de Hartford, ¿cree que voy a consentir que mancille el título que poseo convirtiéndose en una criada o en una costurera?

Así es que era eso, pensó Marian. A pesar de sentirse ofendida, sus razones eran por completo lógicas. Nadie tenía por qué saber que no disponía de dinero propio, y una baronesa, aunque fuese viuda, se suponía que debía haber heredado gran parte de las rentas de su difunto marido. Por primera vez en años le pareció ver una luz al final del túnel.

—Milord, imagino que está usted hablando en serio, ¿me equivoco al suponerlo?

—¿Cree que bromearía con algo así? —preguntó él volviendo a alzar la ceja, un gesto que ya empezaba a asociar con él.

—No, imagino que no.

Marian volvió a mirarse las manos. Sintió cómo sus ojos se empañaban. No estaba soñando, estaba segura de ello. Tragó saliva y volvió a enfrentar su mirada.

—Antes de tomar una decisión, me gustaría conocer los términos de su acuerdo.

—¿Qué términos? Me temo que no la sigo.

—Quiero saber cuántas cartas al mes puedo escribir a mi hermano y si podré verle alguna vez, aunque solo sean unos minutos —dijo al fin, apretando con fuerza la mandíbula.

—Lady Hartford, podrá escribir a su hermano todas las veces que desee, y podrá ir a visitarlo siempre que quiera. Es más, en cuanto salgamos de aquí será

una de las primeras cosas que haremos.

Ya no pudo contenerlas. Las lágrimas se desbordaron como un torrente y a ellas le siguieron los sollozos. El hombre se levantó y posó una mano sobre su hombro en señal de consuelo.

—Será mejor que la deje a solas —le dijo—. Ordenaré que preparen su equipaje.

6

Cuando Derek cerró aquella puerta a su espalda tuvo que apoyarse en ella. No sabía si estaba más horrorizado que aliviado, o al revés. Lo que sí estaba era tremendamente furioso. ¿Qué clase de monstruo había sido su padre? ¿Y qué clase de monstruo era también su tía? Asqueado consigo mismo por pertenecer a una familia como aquella, se dirigió en busca del mayordomo, al que dio las instrucciones oportunas, y luego regresó junto a su tía. Estaba deseando ver la expresión de su rostro cuando comprobara que había logrado su propósito. Aquella joven ya no volvería a estar a su alcance.

—No has tardado mucho en regresar —le dijo la mujer echándole un rápido vistazo y volviendo a concentrarse en su bordado.

—Solo he venido a despedirme —dijo él en tono seco.

—¿Ya te marchas? —Alzó de nuevo los ojos y lo que vio en el rostro de su sobrino no le gustó nada en absoluto.

—Y no lo haré solo.

La mujer apretó los labios y le lanzó una de aquellas miradas que de niño le habían provocado pesadillas y que ahora ya no le causaban ni un ligero cosquilleo.

—No puedo creer lo que han hecho con esa joven —dijo él, dándole una oportunidad para que le diera una explicación, algo que mitigara un poco el sinsentido de todo aquello.

—¿En serio? —El tono mordaz era como un látigo—. Esa mujer se escapó dos veces de esta casa, querido, y eso es algo impensable. ¿Qué habría dicho la gente si hubiera abandonado a tu padre, a un barón?

—¿Que no le gustaba que la azotaran? —preguntó sardónico.

—Oh, vamos, no me hagas reír. No conoces las malas artes de esa mujer, ni cómo manipuló a tu padre para que se casara con él.

—¡Pero si solo era una cría!

—Ya, claro, una cría que se pavoneaba delante de él, como si su sola belleza fuese dote suficiente para conquistar a un noble del reino. Su padre es un simple

caballero, Derek. Y veo que a ti también ha conseguido engatusarte. Esa mujer solo te traerá el escándalo y el oprobio.

—Me temo que no soy tan importante como para eso. Ni ella tampoco.

—Pero yo sí.

—¿Me está amenazando, tía? —Derek entrecerró los ojos.

—Si te la llevas, el escándalo os perseguirá allá adonde vayáis, te lo garantizo.

Derek había sospechado que su tía no se tomaría bien que le hubiera ganado la partida, pero jamás habría imaginado que pudiera albergar tanto rencor y tanto odio.

—¿Por qué? —preguntó al fin, deseando entenderlo.

—Porque tu padre así lo estipuló. Porque ella debe permanecer aquí, conmigo.

—Puede usted contratar una dama de compañía.

Ella enarcó las cejas, como si le pareciera una solución de lo más estúpida. Entones comprendió que su tía disfrutaba humillando a aquella mujer por alguna razón que escapaba a su entendimiento, y que nadie se avendría a sufrir ese tipo de vejaciones, ni siquiera por un buen salario.

—Creo que ya no tenemos nada más que hablar —dijo él, volviéndose en dirección a la puerta.

—¡Derek! —lo llamó ella—. Si te la llevas, no vuelvas jamás a esta casa.

—No pensaba hacerlo.

Cerró la puerta a sus espaldas y se dirigió a los establos, donde estaban preparando el carruaje. Cuando llegaran a Londres haría que el vehículo fuese devuelto a su lugar, y ese sería el último contacto que esperaba mantener con la familia de su padre.

Marian echó un rápido vistazo a su habitación. Era sorprendente lo poco que poseía después de seis años viviendo allí. Su marido no había sido muy pródigo, ni en vestimenta ni en joyas, como si le pareciera innecesario gastar ni un penique de más en ella. No poseía más que un par de vestidos de noche, que había usado en muy contadas ocasiones. El barón no había celebrado más fiesta que la que dio después de la boda, y asistía a muy pocas, la mayoría de las veces solo.

Tampoco disponía de libros propios, ni de artículos de tocador, ni recuerdos que quisiera llevarse con ella, excepto el puñado de cartas que Richard le había ido escribiendo en los últimos cinco años, su mayor tesoro. Empacó también la caja del señor Hamilton con los objetos que habían pertenecido a su madre. La

última vez que había estado allí se había marchado sin ella.

En un par de baúles medianos habían cabido todas sus pertenencias, sombreros y zapatos incluidos. No recordaba sentir apego por nada de lo que había en aquella casa, ni nada que quisiera llevarse con ella.

Los criados los recogieron y ella se sentó frente al tocador vacío. Se miró en el espejo. Tenía el rostro pálido y un tanto crispado, pero los ojos le brillaban como hacía tiempo no veía. Su situación no era la idónea: iba a depender de la generosidad de su hijastro, y no sabía si verdaderamente la ley le otorgaría una parte de la herencia de su marido, aunque él hubiera estipulado lo contrario. Pero, por pequeña que fuese esa esperanza, era suficiente para ella. Se propuso que, si el señor Hamilton no conseguía finalmente arreglar el asunto, trabajaría en lo que fuese y le devolvería hasta el último centavo que invirtiera en Richard y en ella.

Inspiró con fuerza y se levantó, dispuesta a abandonar aquel cuarto para siempre. Cerró la puerta con cuidado y no sintió ni una punzada de nostalgia, ni un atisbo de pena. Bajó las escaleras apoyada en la barandilla, observando a su paso los cuadros que colgaban de la pared, esos antepasados Hartford que tanto miedo le habían causado en los primeros tiempos.

Al pie de la escalera la esperaba lady Hamilton.

—Así es que te vas —le dijo con desdén.

—En efecto, así es.

—Eres una perdida, siempre lo has sido. Has conseguido embaucar a mi sobrino igual que hiciste con mi hermano.

—Se equivoca, milady. Yo jamás he querido estar aquí ni demostré ningún interés en el difunto barón.

La mujer guardó silencio, atravesándola con la mirada y con un rictus de amargura en la comisura de los labios, que era su sello característico.

—Imagino que ahora, por fin, podrás ver a tu hermano —le dijo con todo el veneno que pudo imprimirle a su voz.

—Así lo espero.

—Tampoco ese crío merece ni un penique de lo que se ha invertido en él. Es un niño malcriado, estúpido, ignorante y rebelde.

—No le consiento que hable así de Richard —le dijo ella alzándole la voz por primera vez en su vida—. Es solo un niño, y usted no le conoce.

—Oh, ya lo creo que sí. Hemos estado recibiendo informes mensuales sobre su rendimiento en la escuela y, créeme, no es muy brillante. Igual que tú.

—Él será mucho mejor que yo, se lo aseguro. Será un buen hombre, un

hombre justo y honrado.

—Un don nadie —le espetó la mujer.

—Tener un título no lo convierte a uno en una persona honorable —le dijo con toda la rabia que había acumulado durante años—. El barón era una buena prueba de ello.

Lady Hamilton la abofeteó con tanta intensidad que Marian cayó al suelo.

—No te atrevas a hablar así de mi difunto hermano —le escupió—. Valía mil veces más de lo que valéis tú y el tuyo juntos.

Sin añadir nada más, lady Hamilton irguió la espalda, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, caminando como una reina.

Marian se incorporó y se llevó la mano al rostro. Le dolía terriblemente la mejilla. Siempre olvidaba la fuerza que poseía aquella mujer. Descubrió que le había partido el labio y que la sangre había manchado su vestido. Afortunadamente, era de un tono marrón oscuro, por lo que pasaría desapercibida. Decidió que no quería que el señor Hamilton lo viera, así es que entró rápidamente en la cocina, inesperadamente vacía a esas horas, y se lavó la cara lo mejor que pudo.

Cuando salió al exterior, se tropezó con Derek Hamilton, que había ido en su busca.

—¿Ya está todo listo? —le preguntó él.

Ella asintió, incapaz de pronunciar palabra. Sentía las lágrimas quemándole tras los párpados y no quería echarse a llorar.

—¿Se encuentra bien? —volvió a preguntar el hombre, mirándola con aprensión.

—Sí —balbuceó ella—. Vámonos ya, por favor.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada.

El hombre se quedó allí parado, aguardando una explicación. Supuso que intuía que se había producido algún tipo de enfrentamiento entre ambas mujeres, pero ella no estaba dispuesta a alargar aquello más de lo necesario, y tampoco deseaba que él se enfrentara a lady Hamilton. A fin de cuentas, era su tía, la hermana de su padre.

Se aproximó hasta el carruaje, que estaba listo para partir. Las buenas costumbres dictaban que él debería abrirla la puerta y ayudarla a subir, pero prefirió saltárselas y entrar ella misma en el vehículo. Unos instantes después él hacía lo propio y tomaba asiento frente a ella. Con un gesto indicó al cochero que se pusiera en marcha.

Mientras se alejaban de la mansión Hartford, ni una sola vez echó la vista atrás.

Marian permaneció inmóvil durante el primer tramo del camino, sentada junto a la ventana por la que veía arrastrarse el paisaje. Aunque tenía la cabeza girada en dirección al cristal, podía ver a su compañero de reojo. Al principio pareció concentrarse en ella pero, viendo que no tenía ganas de conversación, se arrellanó en el asiento y abrió un periódico.

El traqueteo del carruaje logró adormecerla un poco y la tensión de los últimos minutos fue desapareciendo a medida que las millas los separaban del que había sido su hogar. Solo había estado en Londres una vez, cuando era niña, y no recordaba la distancia que debían recorrer.

—¿A qué hora llegaremos a la ciudad? —preguntó, arrancando al hombre de su lectura.

—He pensado que podríamos hacer noche en una buena posada que hay a medio camino —contestó él.

Ella giró la cabeza en su dirección.

—¿Es absolutamente necesario? —inquirió ella, deseosa de poner tierra de por medio con su pasado.

—No, en realidad no es... ¡¿Pero qué demonios le ha sucedido?!

Marian se sobresaltó al oír el exabrupto y recordó el golpe en su mejilla. Trató de cubrírsele con la mano, pero fue demasiado tarde. El hombre había abandonado su asiento y la tomó por la barbilla para poder observarla mejor. Sintió la calidez de sus dedos y percibió cómo el dolor desaparecía de repente.

—Tiene la mejilla completamente hinchada y de color rojo intenso —decía él con el ceño fruncido, mientras ladeaba su rostro un poco más—. Y sangre seca en la comisura de los labios. Fue ella, ¿verdad? ¡Y no se le ocurra decirme que se cayó por la escalera!

Marian cerró la boca. Había estado a punto de decir eso exactamente. Su mirada se encontró con la de él, y de repente sintió que se hundía dentro de aquellos ojos oscuros, como si no hubiera nada más en el mundo que el abismo que se abría tras sus pupilas. Temió incluso parpadear para no perder la sensación de calor que la embargaba.

Él la miraba a su vez, preso de aquella tormenta, con el pulso acelerado. Al tomarle la barbilla, había sentido la tibieza y la suavidad de su piel, y la furia que había sentido al ver cómo la habían mancillado lo invadió como una oleada.

Luego se encontró con su mirada temblorosa, y la furia se esfumó igual que había llegado. Sus ojos volaron a sus labios, hinchados y con restos de sangre seca, y quiso limpiárselos con los suyos, adueñarse de aquella boca y bajarle la inflamación a besos. Retornó a sus ojos, tan fijos en él que temió caerse dentro de ellos.

Recuperando la compostura, volvió a ocupar su asiento, tratando de disimular la erección que palpitaba bajo sus pantalones. ¿Pero qué le pasaba con aquella mujer? Era la viuda de su padre, ¡por Dios! Ella desvió la mirada de nuevo hacia la ventanilla, como si a su vez tratara de recuperar el control. Derek había sentido el corazón de aquella mujer latir bajo sus dedos, mientras la sujetaba por el mentón. Ahora los notaba como adormecidos, inútiles...

—Será mejor que se limpie la boca —le dijo tendiéndole su pañuelo. Carraspeó ligeramente. La voz le había salido estrangulada.

Ella lo cogió, lo humedeció ligeramente con saliva y se lo pasó por los labios, emitiendo un gemido de dolor.

—¿Le duele mucho? —preguntó, preocupado.

—Se me pasará —susurró ella, incapaz de mirarlo a los ojos.

En ese momento, Derek volvió a sentir la necesidad de golpear a alguien, en concreto a una estirada mujer de pelo canoso que en ese momento, por fortuna para ella, se encontraba ya a una buena distancia. Aunque jamás habría golpeado a una mujer, y menos a una de esa edad, habría estado dispuesto a hacer una excepción.

No dijeron nada durante varios minutos. Él trató de volver a concentrarse en el periódico, y ella, en el paisaje. Ninguno de los dos era capaz de poner palabras al extraño momento que habían compartido, y ambos lo achacaron a la tensión de las últimas horas.

—Prefiero no hacer noche en el camino —dijo ella al fin, con timidez.

—Entonces llegaremos a Londres pasada la medianoche.

—¿Eso representa algún problema? —inquirió ella.

—Bueno... no, en realidad no.

—¿Dónde voy a hospedarme?

—No he tenido tiempo de valorar las posibles alternativas, pero creo que mi tía Charlotte la acogerá con mucho gusto hasta que encontremos una casa para usted.

—¿Una casa para mí sola? —Abrió los ojos por la sorpresa.

—Bueno, puede usted vivir con quien quiera, aunque le sugiero moderación. Demasiados invitados permanentes pueden acabar con la paciencia de

cualquiera, créame.

Ella sonrió, y al hacerlo no pudo reprimir una mueca. Había vuelto a olvidar su herida en el labio. Cuando estaba junto a ese hombre, el dolor parecía retirarse a un lugar más profundo.

—¿Cree que su tía me aceptará en su casa? —preguntó con cierto temor.

—La condesa de Bridgeport es una mujer encantadora, ya lo verá —la tranquilizó él.

—¿Es condesa? —Su temor pareció aumentar aún más, si eso era posible.

—Sí, ¿no se lo había dicho?

—La verdad, ahora mismo no lo recuerdo.

—¿Supone algún problema?

—El problema soy yo, señor Hamilton —reconoció ella con pesar—. No quisiera ser motivo de escándalo ni causarle ningún contratiempo a su familia.

—No debe preocuparse por eso, milady. Mi tía está muy por encima de esas cuestiones.

—He vivido toda mi vida en el campo, milord, pero hasta yo sé que nadie está por encima de eso.

—Es cierto, perdóneme —se disculpó él—. Confío en que sean solo unos días, hasta que le encontremos un lugar apropiado.

Ella asintió y se concentró en sus manos, recogidas en el regazo. Se dio cuenta de que uno de sus guantes tenía un pequeño agujero en el dedo meñique y sintió vergüenza. Las reacomodó para que no fuera visible y no pudo evitar hundir los hombros. ¿Qué iba a hacer una mujer como ella en la ciudad? No sabía si sus modales eran lo bastante refinados, ni si su dicción era adecuada, ni siquiera sabía cómo vestían las damas ahora. Ella no poseía más que un par de viejos vestidos y un montón de ropa cómoda que podía ponerse sin ayuda de nadie. Lo mejor sería que permaneciera encerrada en su casa, sin ver a nadie. Estaba de luto, no resultaría extraño. Y nadie la conocía, por lo que no se vería obligada a recibir visitas.

Derek percibió el cambio de actitud, pero no supo a qué era debido. Sospechaba que, ahora que su libertad era un hecho, no sabía qué hacer con ella, ni cómo iba a encajar en el nuevo futuro que la aguardaba. No podía ni imaginar lo cerca que estaba de los pensamientos que navegaban tras aquellos ojos que se empeñaban en evitarlo.

7

El sonido del carruaje rodando sobre los adoquines reverberaba en la calle desierta. Era casi medianoche y ni un alma en las calles de Londres. Marian se había adormilado, con la frente apoyada contra la ventanilla. Derek le había colocado una manta por encima para que no cogiera frío y la observaba en silencio, sumido en sus pensamientos. ¿Qué iba a hacer con aquella mujer? ¿Y si su tía Charlotte se negaba a acogerla? Londres podía ser una ciudad cruel para alguien tan inocente como parecía ser ella. A pesar de su primera impresión, estaba convencido de que no era ninguna advenediza, como su tía Ellen le había hecho creer, aunque con las mujeres nunca se sabía. Por lo pronto, él se encontraba allí con ella, ofreciéndole una importante suma de dinero que le permitiría mantenerse sin problemas. Durante la última hora se había preguntado si había hecho bien dejándose llevar por sus impulsos, y la respuesta siempre era afirmativa. Solo había que observarla dormir para que las dudas acabaran despejándose.

El vehículo comenzó a aminorar la marcha y ella se despertó, un tanto desorientada.

—¿Ya hemos llegado? —inquirió, escondiendo un bostezo tras su mano.

—Casi. No tardaremos mucho —contestó él con voz suave.

—¿Su tía nos recibirá a estas horas? Debe de ser muy tarde.

—Casi medianoche —respondió—. Y no vamos a casa de mi tía.

—Pero usted me dijo...

—Sí, sé lo que le dije —la interrumpió alzando una de sus manos para detener sus palabras—. Estas no son horas de presentarse en casa de nadie. Y menos sin avisar.

—Deberíamos haber parado a pasar la noche, ¿verdad?

—Sin duda habría sido lo más conveniente, pero no se apure. Vamos a mi casa.

—¿A su casa? —La mujer se echó hacia atrás en el asiento, huyendo instintivamente de él.

—No tema, no pienso abalanzarme sobre usted. La dejaré allí y luego me iré a dormir a alguno de los clubs. En esta ciudad no faltan lugares para pasar la noche.

—Ya lo imagino —respondió ella y Derek supuso que sus mejillas se habían ruborizado, aunque, con la escasa iluminación que se colaba por las ventanillas, no podía estar seguro—. Siento mucho causarle tantas molestias.

—No se preocupe, de verdad. No sería la primera vez que duermo fuera.

Ella guardó silencio y volvió la mirada hacia el cristal. En ese momento pasaban junto a Hyde Park, solo una mancha oscura en medio de la noche, y en unos minutos habrían llegado a su destino. Fue entonces cuando ella se percató de que estaba cubierta por la manta, que se había deslizado hasta su regazo, y le dirigió una mirada de agradecimiento.

Cuando el carruaje finalmente se detuvo, Derek descendió del vehículo y le pidió que permaneciera en el interior todavía unos minutos, mientras avisaba al servicio.

Marian lo observó alejarse en dirección a la puerta de una casa bastante modesta. Recordó que él le había dicho que vivía en América, así es que era probable que no fuese suya. Se preguntó por qué no se habría alojado en la que su padre poseía en Londres, que ella no había visto jamás, pero cuya existencia conocía. Supuso, con acierto, que no quería deberle ningún favor al barón e, intuyendo cómo había sido la relación entre ambos, no pudo estar más de acuerdo.

A través de la ventanilla vio cómo las luces de la vivienda comenzaban a encenderse una detrás de otra. Una vez iluminada, no resultaba tan pequeña como había supuesto. El cochero ya había descargado los baúles y, antes de que se diera cuenta, Derek la había ayudado a descender y la había acompañado al interior.

Un hombre en ropa de dormir la observó de arriba abajo pero no hizo ningún comentario. Se limitó a despertar a algunos de los sirvientes para que se hicieran cargo del equipaje y prepararan una cena rápida para los recién llegados. Marian se sintió mortificada al interrumpir el sueño de aquellas personas, pero Derek se comportaba con una naturalidad que no tardó en disipar sus reservas. Les sirvieron queso, fiambres y un poco de pan en el comedor, y ambos comieron con cierta prisa, casi sin mirarse.

—Creo que no es necesario que vuelva usted a salir —le dijo ella una vez

terminaron ambos.

—¿Cómo dice? —inquirió él, no muy seguro de a dónde quería llegar la mujer.

—No me parece justo que deba usted abandonar su hogar solo porque yo estoy en él.

—Lady Hartford, no es ninguna molestia. Pasar la noche en la misma casa que usted podría ser motivo de escándalo.

—A estas alturas, créame, es el menor de mis problemas —reconoció ella con cierto pesar.

—Pero podría perjudicarla en el futuro.

—Es posible, pero estoy dispuesta a arriesgarme. Hace frío, está lloviznando y creo que nadie me ha visto entrar en esta casa y, de haberlo hecho, dudo mucho que me hayan reconocido.

—No puedo dejar de darle la razón en ese punto.

—La casa es grande, seguro que cuenta con habitaciones de sobra.

—También es cierto.

—No se hable más entonces —añadió ella incorporándose—. Si me hace el favor de indicarme dónde están mis aposentos, creo que me retiraré a descansar.

Derek la miró, un tanto perplejo. ¿Debía hacer caso a aquella mujer y pasar la noche en su casa o debía escuchar a su sentido común y marcharse en busca de algún club? Estaba tan cansado que decidió optar por la primera opción y acompañó a la mujer arriba, tras dar algunas instrucciones al mayordomo.

La dejó frente a la puerta de una de las habitaciones de invitados, adonde había hecho trasladar su equipaje y, tras darle las buenas noches, se retiró a su dormitorio. Mientras se desvestía para meterse en la cama no pudo evitar imaginársela haciendo lo mismo que él, descubriendo su suave y pálida piel a medida que se desprendía de aquellas prendas tan poco favorecedoras que, sin embargo, no lograban eclipsar su belleza. Notó de nuevo un hormigueo en los dedos ante las ganas de sumergirlos en aquella sedosa melena.

«Como no solucione esto pronto, voy a volverme loco» se dijo mientras cubría su cuerpo desnudo con la sábana. Fue incapaz de desarrollar el pensamiento. El sueño le venció casi al instante.

Marian no sabía qué hacer. Se había despertado a las ocho y, en cuanto comprobó la hora, se incorporó y se vistió con rapidez. Le habría encantado permanecer un rato más en la cama, se sentía terriblemente cansada, pero tenía

por costumbre levantarse temprano y no quería que pensarán que era una perezosa.

Cuando se sentó frente al espejo para peinarse después de asearse un poco, comprobó con aflicción que su mejilla estaba aún enrojecida y que un hematoma se había formado junto a la comisura de los labios, donde la herida resultaba bien visible. Se la rozó con los dedos y refrenó un gemido de dolor. Las lágrimas acudieron a la llamada con presteza, pero se obligó a reprimirlas. Aquella sería la última señal que marcara su cuerpo. Nadie más iba a ponerle la mano encima. Jamás.

Cuando se hubo vestido con uno de sus sencillos atuendos no supo qué hacer. ¿Debía bajar a tomar el desayuno? ¿Sería correcto? ¿O debía aguardar a que alguien acudiera en su busca? Decidió que esto último era lo mejor y tomó asiento en una de las butacas. No deseaba deambular a solas por aquella casa, dando lugar a más habladurías. Seguro que los criados ya tenían suficiente material para ello.

Una hora después había relajado su postura y se había reclinado sobre el respaldo. Tal vez se habían olvidado de ella. Buscó con la mirada el tirador de la campanilla y se preguntó si sería apropiado llamar al servicio. A fin de cuentas era una invitada, ¿verdad? Pero no se atrevió a moverse y, poco a poco, comenzó a adormilarse.

Unos golpes en la puerta la despertaron. Eran casi las diez. Se aclaró la voz, volvió a erguirse y dio permiso. Una joven entró con una bandeja en las manos y se quedó parada a pocos pasos en el umbral, contemplando sorprendida la cama perfectamente hecha. Luego la miró a ella, sentada en el sillón.

—Buenos días, señora —la saludó con una pequeña reverencia—. Le traigo el desayuno.

Marian asintió y la chica dejó la bandeja sobre la mesita auxiliar. No pudo evitar cierta decepción al comprender que el señor Hamilton había decidido mantenerla escondida. Sabía que era por su bien, pero incluso así se sintió desilusionada.

—El señor me dijo que no la despertara antes de las diez —aclaró la joven—. Dijo que debíamos dejarla descansar.

—Muchas gracias...

—Mildred, señora. Me llamo Mildred.

—Muchas gracias, Mildred. Ha sido muy amable por su parte —dijo ella.

—El señor ha dejado dicho que podía usted desayunar en el comedor si lo prefería, pero yo he pensado que estaría más a gusto aquí... en fin... creí que un

desayuno en la cama le sentaría bien después del viaje.

—Está bien, Mildred. —Así es que no estaba prisionera después de todo. Tal vez se había apresurado en juzgarlo—. ¿Está el señor en casa?

—No, milady. Ha salido hace poco más de una hora, pero ha dejado dicho que estaría aquí a mediodía, por si quería acompañarle durante el almuerzo.

—Gracias, así lo haré.

—He pensado que le apetecería tomar un baño.

Solo la idea le pareció tan placentera que un escalofrío le recorrió la espalda.

La joven levantó la campana y dejó al descubierto lo que le había traído.

—No sabía muy bien qué le apetecería tomar. Si desea alguna otra cosa, la cocinera se la preparará con mucho gusto.

Té caliente, tostadas, mantequilla, bizcocho, huevos revueltos, salchichas..., a lady Hamilton le habría dado un ataque, seguro.

—Está bien, muchas gracias. Todo tiene una pinta estupenda, felicite a la cocinera de mi parte. Y, si es tan amable, me encantaría tomar ese baño después.

—Por supuesto, señora —respondió la joven con una sonrisa.

Marian comió con apetito, preguntándose cómo le estaría yendo al señor Hamilton con su tía.

Derek se había despertado poco después de las ocho y se había puesto en marcha. Se vistió, bajó a desayunar, impartió las instrucciones oportunas y se echó a la calle. Visitó primero a un abogado. Quería que revisara el testamento de su padre, y que, mientras tanto, estableciera una generosa asignación a lady Hartford de sus propios fondos. Le encargó también la búsqueda de una vivienda en un buen barrio, no demasiado ostentosa, pero acorde al estatus de la que iba a ser su inquilina.

Luego se dirigió a casa de su tía Charlotte, preparando por el camino su discurso. Reconocía que estaba más nervioso de lo que había pensado y durante un instante se preguntó si ella era la mujer que él creía que era. No iba a tardar en averiguarlo.

Charlotte y su primo Lionel desayunaban en el comedor. Sin duda, Thomas aún estaría durmiendo. Lo invitaron a acompañarles y aceptó solo una taza de té.

—¿Cómo está todo en Hartford Park? —le preguntó su tía.

—De eso quería hablarle, tía.

—Por supuesto, querido —le dijo la mujer tomando un sorbo de su bebida.

—Hubo... complicaciones.

—¿Qué tipo de complicaciones? —inquirió ella, un tanto recelosa.

—Me traje conmigo a lady Hartford.

—¿Que hiciste qué? —preguntó su primo, perplejo.

Su tía, en cambio, no pronunció palabra. Se limitó a mirarlo de esa forma extraña que lo ponía tan nervioso, con los ojos entrecerrados y la taza a medio camino del plato.

—Querido, me temo que va a ser necesario que nos expliques eso —dijo al fin.

—Estoy deseando oírlo —añadió Lionel con sorna.

Derek le lanzó una mirada rápida, con el ceño fruncido, y este se echó hacia atrás, levantando las manos como si quisiera evitar un ataque.

—No pude evitarlo, tía Charlotte. Cuando llegué allí, descubrí que lady Hamilton había convertido a lady Hartford en una de las criadas.

—Derek, esta no será una de tus bromas, ¿verdad? —La mujer parecía escandalizada.

—Por supuesto, pensé que esta era una mañana tan buena como cualquier otra para venir a amargaros el desayuno.

—Está bien, está bien —lo tranquilizó la mujer, posando la mano en el antebrazo de su sobrino.

—Aunque me temo que eso no es lo peor. Parece que el gusto por golpear a los demás es un rasgo familiar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó lady Bridgeport.

Incluso Lionel parecía conmovido.

—Al parecer, mi tía no es muy diferente a como fue mi padre —reconoció el joven—. No podía dejarla allí, en aquellas condiciones. Ya sabéis las cláusulas que estableció el barón en su testamento, no puede marcharse de allí, no dispone de ningún tipo de ingreso.

—¿Y no puede regresar con su familia? —preguntó la mujer.

—Tiene padre, pero al parecer no sería muy bien recibida en su casa. Y existe un motivo por el que no podía marcharse de allí.

Derek les habló entonces del pequeño Richard y de cómo habían chantajeado a su hermana para que permaneciera en aquel lugar, sufriendo todo tipo de vejaciones a cambio de que él recibiera una buena educación. Vio cómo su tía trataba de controlar las emociones. Incluso su primo Lionel parecía conmovido.

—¿Qué has hecho con ella, Derek? —preguntó la mujer cuando finalizó su historia.

—Está alojada conmigo —respondió casi en un murmullo.

—¿Pero es que te has vuelto loco? —inquirió Lionel con énfasis.

—Llegamos a medianoche, no sabía muy bien qué hacer con ella —reconoció casi avergonzado.

—¿Y no se te ocurrió otra idea que meterla en tu casa?

—Basta ya, Lionel. Seguro que tu primo comprende el escándalo que podría derivarse de su actuación, no es necesario que se lo recuerdes. Estas cosas pasan cuando se toman decisiones de forma precipitada, sin tener en cuenta las consecuencias.

—Lo siento, tía, la verdad es que no me dio tiempo a pensar. Solo quería liarme a golpes con alguien, con mi padre para ser más precisos, aunque lady Hamilton era también una excelente candidata.

Lionel soltó una risita y volvió a adoptar un semblante serio en cuanto su madre le lanzó una mirada reprobatoria.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó su tía.

—He hablado esta mañana con el abogado —respondió Derek, que a continuación les puso al día de sus últimos pasos—. En cuanto le encuentre una casa apropiada, se instalará allí.

—Me parece muy generoso por tu parte, sobrino —reconoció lady Bridgeport—, sobre todo si tenemos en cuenta que es muy posible que no puedas invalidar el testamento de tu padre.

—Eso no me preocupa. Tengo dinero suficiente para mantenerla a ella y a otras dos como ella sin que mi bolsillo se resienta.

—No se trata de eso, y lo sabes bien.

—Tía, solo estoy tratando de arreglar el desastre que ha dejado mi padre tras su muerte. Sabes tan bien como yo que su viuda merece una parte de la herencia. No puede vivir en la miseria; es una baronesa, por el amor de Dios.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —reconoció ella—. Pero, si esa mujer es como imagino, será mejor que no descubra de dónde proceden sus ingresos. No consentirá ser tu mantenida ni estar en deuda contigo.

—Yo también lo creo.

—Por nosotros no lo sabrá, no temas por eso —le dijo ella en tono tranquilizador, y Lionel asintió, dando también su parecer.

—¿Y qué vas a hacer con ella mientras no encuentras una casa apropiada? Porque está claro que en la tuya no puede quedarse.

—Había pensado instalarla en un hotel —mintió Derek. En realidad no quería pedirle a su tía que acogiera a la joven viuda y ponerla en ese compromiso. Prefería que fuese ella quien se ofreciese a hacerlo.

—¡Eso ni pensarlo! —exclamó ella—. Una mujer sola, en un hotel..., por

Dios, Derek, no sé dónde tienes la cabeza, de verdad.

—Podría buscarle una dama de compañía —añadió el joven.

—Oh, sí, desde luego que podrías, no me cabe la menor duda.

—No tengo muchas más opciones.

—Nos tienes a nosotros, Derek —le dijo ella con dulzura, tomándole de la mano—. Si a ti te parece bien, nos encantaría alojarla aquí hasta que le hayas encontrado un lugar apropiado.

Derek sonrió, aliviado, y besó la mano de aquella increíble mujer. Sospechaba que se había dado cuenta de su pequeño juego y que había decidido seguirle la corriente.

Unos minutos después, un somnoliento Thomas apareció en el comedor.

—Buenos días —saludó mirándolos a todos alternativamente—. ¿Qué sucede? Os veo muy serios.

—Nada, querido —respondió su madre—. Vamos a tener una invitada durante unos días.

—Vaya, ¡qué bien! —respondió el joven con picardía—. Espero que sea bonita.

Tres pares de ojos lo fulminaron con la mirada.

Como había prometido, Derek acudió a mediodía y lo hizo con buenas noticias. Informó a Marian de su visita al abogado —obviando algunos detalles — y de la conversación con su tía —obviando otros tantos. Esa misma tarde se instalaría en casa de los Bridgeport.

Marian no podía evitar sentir cierta aprensión. ¿Sería bien recibida? No quería ser una carga para nadie ni causar ningún perjuicio a quienes la iban a acoger con tanta generosidad.

Solucionado lo más inmediato, el señor Hamilton le comunicó que iba a escribir una carta al director de Eton para comunicarle quién pagaría los estudios de Richard a partir de ese momento, preguntándole por el muchacho y cuándo era el mejor momento para poder hacerle una visita. A Marian se le iluminó la mirada al pensar en que muy pronto iba a poder encontrarse con Richard, después de más de cinco años sin verse. Ya habría cumplido los nueve, y seguramente estaría muy alto. Aún recordaba a aquel pequeño de mofletes sonrosados y voz cantarina que la seguía a todas partes y que se dormía abrazado a ella, y a la que obligaba a mirar todas las noches debajo de la cama, por si algún monstruo se ocultaba bajo ella. ¿Quién habría hecho eso por él allí en

Eton?

Un rayo le atravesó el pecho, como si la abriera en canal. ¡Era tan pequeño cuando se marchó! Durante los últimos años había procurado evitar ese tipo de recuerdos, sabiendo que no le hacían ningún bien. Pero ahora, ahora estaba tan cerca de poder abrazarlo de nuevo, de poder oír su voz... No se dio cuenta de que se había quedado absorta hasta que volvió a oír la voz del señor Hamilton.

—Imagino que no la estoy aburriendo, ya que el tema es de su interés —observó él con una ligera sonrisa.

—Discúlpeme, por favor —dijo ella con la voz un tanto apagada—. De repente me han asaltado los recuerdos, de cuando mi hermano y yo estábamos juntos.

—Habrán sido años muy difíciles, para ambos —reconoció él.

—Jamás podré pagarle lo que está haciendo, señor Hamilton.

—No me debe nada, milady. Nadie puede arrebatarse lo que es suyo, ni siquiera un barón inglés.

—No me refería solo al dinero, lo sabe bien.

—He hecho lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar. No le dé mayor importancia.

Marian no entendía por qué aquel hombre se empeñaba en no reconocer el mérito de sus acciones, pero decidió no insistir en ello. Tal vez le incomodaba, y tenía demasiado que agradecerle.

La joven se retiró a descansar después de la comida, aunque estaba tan nerviosa que no paró de dar vueltas por la habitación. Mientras tanto, Derek Hamilton escribía aquella carta, con la que esperaba cerrar otro capítulo de aquella truculenta historia. Conocía bien al señor Monroe, el director de Eton; había pisado su despacho en innumerables ocasiones mientras permaneció allí. Sin duda él también se acordaría de aquel joven rebelde que andaba siempre en busca de pelea. Sonrió al pensar en cómo era a los ocho años, a los diez, a los trece..., siempre furioso, siempre deseando descargar en alguien toda la rabia que acumulaba. Pero fue justo. Jamás se metió con los que eran más débiles que él, le recordaban a sí mismo cuando estaba frente a su padre. Elegía a sus contrincantes entre los chicos mayores y más fuertes, como si necesitara demostrar continuamente que no estaba roto, que aún podía hacerle frente a la vida. La mayoría de las veces terminaba perdiendo, con un ojo morado o un labio partido. En una ocasión incluso le rompieron la nariz. Pero ninguno de aquellos golpes le dolió nunca ni la mitad de los que recibía en su casa.

El señor Monroe lo sometía a duros castigos para domar su impetuoso carácter

y, con el tiempo, llegó a tomarle verdadero afecto. Derek era uno de los pocos niños que vivía en Eton casi todo el año, excepto una semana en Navidad, y acabaron compartiendo muchos almuerzos y muchas cenas. Fue él quien le inculcó el amor por los números y por las letras, quien le enseñó los nombres de las estrellas y quien le cuidó cuando se puso enfermo. Recordaba que, muchas veces, había soñado con que aquel hombre era su verdadero padre y que ambos vivían juntos en Eton, mientras él daba clases a otros chicos que envidiaban su buena suerte. ¿Qué tipo de niño sería Richard Fillmore? ¿Sería tan rebelde como lo fue él? ¿Mantendría una buena relación con el señor Monroe?

A lo largo de los años habían mantenido el contacto con esporádicas cartas en las que le ponía al corriente de su vida, y ahora, mientras escribía aquella, se daba cuenta de que hacía al menos dos que no lo había hecho, y se sintió culpable. ¿Qué había estado haciendo que fuera más importante que recordar al hombre que lo había convertido en lo que era?

Cuando finalizó había transcurrido buena parte de la tarde. Pensó que lady Hartford estaría furiosa por haberla hecho esperar y salió al pasillo con la intención de bajar al comedor y pedir a alguna de las criadas que fuera a llamarla. Pero, una vez allí, a escasos metros de la puerta de su habitación, decidió saltarse las normas y llamar él mismo a la puerta.

La encontró sentada en una butaca junto a la ventana, contemplando el jardín.

—Siento haberme retrasado —le dijo.

—No tiene por qué disculparse, señor Hamilton —le dijo ella con dulzura—. Entiendo que tiene usted obligaciones y no me gustaría que las descuidara por mi causa.

—En realidad estaba escribiendo una carta al director de Eton —la informó, satisfecho de que ella no mostrara rastro de mal humor.

—¿De verdad? —Su rostro se iluminó. Jamás le había parecido tan hermosa—. ¡Muchas gracias, señor Hamilton! Espero que tengamos noticias muy pronto.

—No creo que se demoren mucho. He informado al señor Monroe de que había cierta prisa en mi petición.

—¡Qué considerado es usted!

Derek se sintió de repente un tanto intimidado y decidió cambiar de tema.

—Cuando quiera podemos marcharnos. Lady Bridgeport nos estará aguardando.

—Solo tengo que ponerme el abrigo y los guantes —anunció ella.

—¿Va a ir usted así vestida? —inquirió él, sabiendo al instante que había cometido una terrible falta de tacto—. Discúlpeme, por favor, no quería ser

descortés.

La joven se miró el vestido y no encontró en él ninguna mancha ni arruga.

—¿No es apropiado? —preguntó, completamente ruborizada.

—Bueno, digamos que sería perfecto si fuera usted a limpiarle la chimenea —le dijo con sorna—. Será mejor que se ponga algo más elegante, ya no es la criada de nadie.

—Este es el vestido más elegante que tengo —reconoció ella, con un esfuerzo evidente por controlar las lágrimas.

Derek se sintió tan miserable que deseó que la tierra se lo tragase.

—Perdóneme, lady Hartford. Yo... —No encontraba las palabras apropiadas—. Yo no sé qué decirle. Pensé que se había vestido así para esperar cómodamente la hora de partir. Ahora entiendo que la he ofendido, y le ruego que disculpe mi falta de modales. Es imperdonable.

La mujer carraspeó antes de volver a hablar, como si no fuera capaz de encontrar su propia voz.

—Por favor, no, no se disculpe. Ha sido culpa mía.

Derek se quedó perplejo ante la reacción de aquella mujer que no dejaba de sorprenderle. La vio dirigirse a los dos baúles que había en la habitación. Solo entonces fue consciente del escaso equipaje que había traído consigo. La mujer los abrió y sacó un par de prendas más de dudoso gusto y dos trajes de noche que habían estado de moda más de un lustro atrás. Le mostró uno, interrogándole con la mirada, y él negó con la cabeza. Realmente, aquel vestido gris oscuro que llevaba puesto era lo más elegante que poseía.

Recordó fugazmente el interior del armario de su última amante, tan lleno de prendas que difícilmente habrían cabido dentro de aquel cuarto. Lady Hartford ni siquiera parecía una doncella así vestida. Los ropajes tampoco eran de buena calidad, exceptuando la seda salvaje de uno de los dos trajes de noche, que imaginó habría lucido en la fiesta de su boda.

—Por favor, no se moleste, milady —le dijo con amabilidad.

Ella dejó caer los vestidos en el interior del baúl y se mordió los labios.

—¡Estoy tan avergonzada!

—¿Usted está avergonzada? —inquirió él.

—¡Por supuesto que sí! ¡No puedo presentarme en casa de su tía vestida de esta manera! ¿Qué va a pensar de mí? ¿Qué va a pensar de su difunto padre?

—¿Le preocupa a usted lo que tía Charlotte piense del barón?

—Desde luego que sí. ¿A usted no?

Derek no pudo evitar soltar una carcajada.

—No, en absoluto. Y, créame, ella ya conoce el tipo de persona que era. La mujer palideció, visiblemente contrariada.

—¿Acaso le ha contado usted...?

—No, no —mintió—. No la pondría a usted en esa tesitura. Pero conocía mi relación con él.

Se sintió mal por mentirle, pero tanto su tía como él habían acordado no mencionar el asunto con ella, para no avergonzarla ni incomodarla, y la mujer había decidido no tocar el tema a menos que ella lo sacara a colación.

—Necesito pedirle un favor —rogó ella, incapaz de sostenerle la mirada—. ¿Podría usted prestarme unas libras?

—¿Unas libras? Por supuesto, ¿qué cantidad?

—Pues, no lo sé... ¿Cuánto... cuánto vale un vestido nuevo?

Derek la miró, con el deseo por abrazarla corriendo abrasador por sus venas. En ese momento habría tomado a la mujer en brazos y se la habría llevado a una isla desierta, donde nadie pudiera volver a lastimarla jamás.

—Haremos una cosa —le dijo al fin—. Antes de ir a casa de lady Bridgeport haremos una parada y renovaremos un poco su vestuario.

—No es necesario tanto, yo me puedo arreglar con un par de prendas y...

—No discuta conmigo, por favor —la cortó él—. Ahora dispone usted de una generosa asignación, un dinero que se ha ganado con creces. Mañana arreglaremos los trámites necesarios para que pueda usted disponer de ella de inmediato.

—¿Tan rápido?

—Bueno, espero que el asunto del testamento esté arreglado en unos días. De momento, es solo un adelanto que podrá devolverme muy pronto.

—De acuerdo entonces, gracias de nuevo, pero hay un problema. —Volvió a morderse los labios en un gesto que él comenzaba a asociar a su estado de ánimo cuando estaba nerviosa o confusa—. Yo... yo necesito el vestido hoy —reconoció con pesar.

—Hoy, milady..., invito yo.

8

A Derek Hamilton nunca le había parecido divertido acompañar a ninguna mujer a comprar ropa, a pesar de que se había visto obligado en un buen puñado de ocasiones. Le parecía tedioso y debía obligarse a mostrar cierto interés en las prendas que le mostraban, como si a él le importase lo más mínimo si el ruedo de la falda era lo bastante elegante o si el corpiño realizaba las curvas femeninas. El juego le resultaba frívolo y banal, aunque luego acostumbraba a resarcirse con la amante de turno.

Pero aquel día todo era muy distinto. Lady Hartford parecía una niña abrumada por la cantidad de juguetes que había a su disposición. Se asombraba con guantes y sombreros, con plumas y adornos, y con el sinfín de modelos que podían confeccionarle en solo unos cuantos días. A través de los ojos de aquella mujer él acababa de descubrir un mundo nuevo y fascinante de telas y texturas, y disfrutó recomendándole algunas de ellas.

La joven se mostraba tan entusiasmada que incluso se probó estrambóticos modelos solo para que ambos pudieran reírse un poco. Tenía las mejillas arreboladas y su risa era profunda y auténtica, lo que escandalizó a la dependienta. Una dama jamás se reía de esa forma en público. Derek fue consciente de ello pero no le comentó nada a lady Hartford, estaba disfrutando demasiado viendo su diversión.

En aquel momento no necesitaba ningún traje de noche, aún no podía acudir a ninguna fiesta, pero era imperativo que tuviera al menos media docena de vestidos de diario para empezar, y debía salir de aquella tienda con uno puesto. Afortunadamente, siempre había algunos modelos ya preparados y solo hubo que hacer algunos retoques a uno de ellos para que su entrada en casa de lady Bridgeport no comenzara con una grave falta de etiqueta. A petición de Derek, añadieron otro más, amén de guantes, pañuelos, ropa interior y un bonito sombrero con el que la mujer se contempló largo rato frente al espejo. La verdad era que estaba irreconocible.

—Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien —reconoció ella una vez

regresaron al carruaje—. Muchas gracias.

—Soy yo quien debe dárselas —apostilló Derek—. Nunca había disfrutado tanto en una casa de modas.

—¿Viene usted con frecuencia? —preguntó ella, curiosa.

—Más de lo que quisiera —respondió él con un suspiro.

Marian lo observó con atención, como si no comprendiera qué necesidad tenía él de visitar un local como aquel, allí o en América, hasta que al fin lo comprendió y sus mejillas se encendieron. Bajó la vista, un tanto avergonzada, y la concentró en sus guantes nuevos, tan suaves que solo quería rozar con ellos su rostro una y otra vez. Jamás había tenido una prenda de aquella calidad, por no hablar del vestido, el sombrero o los botines. Hasta la ropa interior era sedosa y agradable, como si la hubieran envuelto en nubes de algodón. La sensación era tan maravillosa que fue consciente de que le costaría muy poco acostumbrarse a todas esas novedades. Tal vez la asignación que iba a recibir de la herencia de su marido le permitiera comprar ropa como aquella de vez en cuando, aunque estaba decidida a no malgastar el dinero que pudiera recibir. Los últimos años le habían demostrado que la fortuna es caprichosa y no pensaba volver a sentirse desprotegida nunca más. Richard y ella podrían necesitarlo en el futuro y no pensaba malgastarlo en fruslerías, por muy especial que la hicieran sentir.

Sintió cómo el pulso se le aceleraba a medida que el tiempo de presentarse en el que iba a ser su nuevo hogar se aproximaba. Era consciente de que no era una dama en el amplio sentido de la palabra, ni siquiera con el título que la acompañaba. Había visto las miradas que le dirigía la dependienta de la tienda, aunque había preferido no dejarse intimidar. Se lo estaba pasando demasiado bien. Pero en casa de lady Bridgeport sería muy diferente. Para empezar, estaría sola. Y ya comenzaba a echar de menos al señor Hamilton.

Resulta curioso lo poco que nos cuesta acostumbrarnos a las cosas que nos hacen bien, a las personas con las que congeniamos. En las horas que habían transcurrido desde que saliera de Hartford Park, el señor Hamilton se había convertido en la persona más importante de su vida después de su hermano, Richard. Se había preocupado por ella, la había sacado de un lugar horrible y la iba a ayudar a conseguir lo que, según él, le pertenecía por derecho. Le brindaba una nueva oportunidad en la vida, y nunca iba a poder agradecerse bastante.

¿Qué pasaría a partir de ese día? ¿Volvería a verle? De repente tuvo miedo. De no encajar, de echarlo todo a perder, de no sentirse cómoda en casa de la condesa y no saber cómo contárselo a él, de no poder lidiar con todo lo que se le venía encima.

—No tema nada. Todo saldrá bien —le dijo él, leyendo sus pensamientos.

Ella se sobresaltó un poco ante el sonido inesperado de su voz, pero su afirmación no logró calmar sus nervios.

—Lady Bridgeport es una mujer encantadora, igual que sus dos hijos, Lionel y Thomas. —Ya le había hablado anteriormente de la familia y de lo que iba a encontrarse allí, pero no estaba de más que se lo recordara antes de llegar a la mansión—. Allí se sentirá usted muy a gusto, créame. Y recuerde que serán solo unos días. Espero poder encontrar una casa para usted muy pronto.

—¿Y si no es así? ¿Y si no encajo? ¿Y si hago algo que los ofenda?

—Dudo mucho que eso llegue a ocurrir, lady Hartford. Aún no la conozco mucho, pero me parece que sería usted incapaz de ofender a nadie.

—Agradezco sus palabras, milord, pero recuerde que no dispongo de muchas referencias y que es muy probable que no sepa comportarme como se espera de mí.

—¿Promete usted no golpear a mi amada tía ni a ninguno de mis primos?

Ella sonrió muy a su pesar.

—Bueno, le doy permiso para darle algún cachete a Thomas, es incorregible.

Marian no pudo evitar una risita y sus hombros se relajaron un poco.

—Además —continuó él—, vendré de visita con frecuencia y, si surge algún problema, puede usted enviarme recado y acudiré tan pronto me sea posible.

—¿De verdad?

—Por supuesto, querida. ¡No pensaría que la iba a abandonar!

En realidad, esa idea había pasado por la mente de Marian en más de una ocasión. Suponía que, una vez lograra desembarazarse del problema que ella representaba, regresaría a sus quehaceres, cualesquiera que estos fuesen, y ella no sería más que una anécdota de su visita a Londres. Eso le hizo pensar también en otra cosa. Tarde o temprano aquel hombre debería regresar a su hogar, a más de tres mil millas de distancia. Después del entierro del barón había consultado un atlas en la biblioteca y había descubierto que un gran océano separaba ambos continentes, amén de una gran porción de territorio.

Sintió un aguijónazo en el estómago al comprender que no deseaba que aquel hombre desapareciera de su vida. El pensamiento hizo que sus mejillas volvieran a ruborizarse. Por fortuna, él parecía contemplar el paisaje que se sucedía al otro lado de la ventanilla y ella trató de controlar los latidos de su desbocado corazón.

Lady Bridgeport resultó ser tan encantadora como el señor Hamilton le había

descrito. Los recibió con efusividad y abrazó a Marian con calidez, como si de verdad le importara, como si fueran viejas amigas en lugar de dos completas desconocidas. Le asignó una habitación espaciosa y muy cómoda, tan bonita que Marian se descalzó nada más entrar para no manchar la preciosa alfombra ni la brillante madera de los suelos. Temió incluso sentarse sobre la cama, por si el polvo de la calle que llevaba consigo estropeaba el magnífico cobertor.

Deshizo su escaso equipaje en persona, y cuando llegó la doncella que le habían asignado ya tenía sus pertenencias debidamente guardadas. Apenas había ocupado un par de cajones y un pequeño rincón del vestidor, pero se sentía satisfecha. Se cambió de vestido y se puso el otro que habían elegido en la tienda. Esa era la primera noche que iba a cenar con la familia y, aunque el señor Hamilton iba a estar presente, quería causar buena impresión.

Era una prenda confeccionada en lana y algodón, de color negro como mandaba el luto, elegante y discreta. Hacía años que Marian no usaba corsé, porque los primeros intentos de colocárselo ella sola habían fracasado estrepitosamente, así es que estuvo lista en pocos minutos. Se miró al espejo y le gustó lo que vio. Si no fuera por las marcas que llevaba en la cara, y que le recordaban de dónde procedía, no se habría reconocido.

Bajó la escalera con cuidado y se dirigió al salón, de donde provenían voces y risas. Se llevó una mano al pecho para tratar de calmarse y recorrió los escasos metros que la separaban de la puerta.

En el interior vio a lady Brigdeport y a Derek Hamilton, ambos cómodamente sentados y tomando una copa de licor. Junto a la mujer había un atractivo hombre, muy parecido al propio Hamilton, que supuso era su primo Lionel. Y acodado en la chimenea, un joven apuesto que en ese momento contaba algún tipo de anécdota que hacía reír a sus compañeros. Fue el primero que la vio y se quedó callado de repente, con la sonrisa aún bailando en su rostro.

Dejó la copa sobre la repisa y caminó en su dirección, mientras los otros dos caballeros se levantaban para darle la bienvenida.

—Usted debe de ser lady Hartford —le dijo él besando con elegancia su mano enguantada. Marian tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar el dolor que le había producido aquel sencillo gesto en la herida que palpitaba con fuerza justo en aquella zona.

—Encantada, milord —contestó ella haciendo una breve reverencia.

El joven se mostró cortés, pero le fue imposible obviar las marcas que llevaba en el rostro, aunque se abstuvo de hacer ningún comentario. Abochornada, supuso que todos los presentes en aquella habitación estaban al tanto de lo que le

había sucedido. Como si Hamilton hubiese captado su reticencia, se apresuró a colocarse a su lado y, tomándola gentilmente del brazo, le presentó a Lionel, el actual conde de Bridgeport. Marian se relajó al sentir el contacto y forzó una sonrisa que no llegó a sus ojos pero que pareció contentar a los presentes.

Todos se mostraron amables y la cena se desarrolló con cierta normalidad. Evitaron hacerle preguntas directas y se limitaron a comentar las últimas noticias y chismes de la ciudad. Ella pudo intervenir poco, no estaba al tanto de lo que sucedía en el mundo, lo que le produjo una sensación extraña. Ser consciente de la propia ignorancia era otro de los muchos escollos que debería superar en el futuro inmediato. De todos modos, agradeció que la atención no se centrara en ella y así pudo observar a sus anfitriones con cierta libertad.

Lionel Wates ocupaba la cabecera de la mesa y era un hombre jovial, aunque marcado por una seriedad que rara vez abandonaba su mirada. Supuso que, como primogénito, estaba sometido a ciertas presiones sociales que no siempre eran de su agrado.

Thomas, en cambio, era bullicioso y divertido. Estaba sentado a la izquierda de su hermano y aprovechaba cualquier oportunidad para introducir algún comentario jocoso. Marian se dio cuenta de que, la mayor parte del tiempo, trataba de representar un papel, de ocupar un lugar destacable en la familia. Derek se había sentado al lado de su primo, y cuando hablaba siempre procuraba dirigirle una mirada, para que ella no se sintiera tan fuera de la conversación.

A la derecha de Lionel estaba sentada lady Bridgeport, manteniendo la serenidad e interviniendo cuando los ánimos se acaloraban o cuando la conversación subía de tono. No hablaba mucho, pero su presencia se dejaba sentir. Y ella estaba sentada a su lado, tratando de imitar su modo de coger los cubiertos o de llevarse la comida a la boca sin que los demás se percatasen de ello. Aquella mujer representaba el modelo de una dama por excelencia y ansiaba poder parecerse a ella. La miraba de reojo y no perdía detalle de sus palabras, de la cadencia de su voz, de la forma en que mantenía la espalda erguida o se dirigía a su familia o a los criados. Marian fue consciente de que un título no era suficiente para convertir a una mujer en una dama, igual que no lo era para hacer de un hombre un caballero.

Derek, pese a su relajada apariencia, estaba pendiente de ella en todo momento, tratando de disimular su ansiedad. Se descubrió deseando que encajara allí, que encontrara un lugar entre aquellas personas que tanto

significaban para él. Sabía que su regreso a Boston no podía demorarse indefinidamente y se sentía en la obligación de dejar a aquella mujer lo mejor preparada posible. Por qué le importaba tanto era algo que aún no había conseguido dilucidar aunque sospechaba que, de algún modo, sentía que se lo debía. Por todo lo que su padre le había hecho, por todo lo que ella había perdido por su causa.

Procuró que no se sintiera excluida de la conversación general, y comprobó con satisfacción que tanto sus primos como su tía la incluían en ella. También fue consciente de cómo trataba de imitar los ademanes de su tía, e incluso la forma de comer, aunque procuraba disimularlo. Sus modales no eran malos, ya había tenido ocasión de comprobarlo, pero estaba muy lejos del refinamiento de lady Bridgeport y, por lo que parecía, pensaba ponerle remedio. Era una mujer inteligente, de eso no cabía duda.

La cena transcurrió con normalidad, y percibió cómo ella abría los ojos como platos ante cada nuevo manjar servido. Recordó la frugalidad de lady Hamilton y lo mucho que odiaba desperdiciar la comida, pero aquello era Londres y ella era una invitada. Si hubiera sospechado siquiera que aquel despliegue de platos era solo en su honor se habría sentido mortificada. En realidad, tampoco su tía Charlotte era proclive a los dispendios innecesarios, aunque estaba muy lejos de la tacañería de su otra rama de la familia.

Después de cenar se reunieron en el saloncito y ella no tardó en retirarse. Derek era consciente de que habían sido demasiadas emociones para un solo día, aunque le habría gustado disfrutar un rato más de su compañía.

—Derek, dime que las marcas que lleva en la cara no se las hizo tu tía Ellen —masculló Thomas cuando se encontraron a solas, borrando de un plumazo la sonrisa que había mantenido toda la noche.

—Lamento no poder darte el gusto, primo —contestó pesaroso.

—¡Maldita sea! —exclamó el joven, con las mejillas arrojadas.

—Thomas, por favor —le pidió su madre, con voz suave.

—Pero, madre, ¿la ha visto usted?

—Desde luego que sí, hijo. Yo misma la recibí esta tarde a su llegada.

—¿Y?

—Con gusto le habría arrancado los pelos a esa arpía —reconoció la madre, tapándose la boca de inmediato, como si no creyera lo que acababa de decir.

—Lady Bridgeport, no conocía yo esa faceta suya —le dijo su hijo mayor, admirado.

—Hay muchas cosas de mí que no conoces, hijo —le respondió ella,

enigmática.

—Es una mujer preciosa —reconoció Thomas con un suspiro—. A pesar de ese moratón y de la hinchazón de la boca. Y sus ojos, son como...

—... una tarde de tormenta —terminó su primo, Derek, por él.

Los tres le miraron y Derek se sintió repentinamente incómodo, como si hubiera desvelado algo que no pretendía decir.

—Cierto, primo, muy observador —añadió Thomas con cierta sorna.

—He tenido más tiempo que tú para verlos, es todo —aclaró él aparentando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—¿Qué va a pasar con ella ahora? —preguntó Lionel.

—Bueno, ya os conté que he hablado con un abogado para que le busque una casa donde pueda instalarse y...

—No me refiero a eso —le cortó su primo—. En esta ciudad es una desconocida, sin contactos y con un pasado, digamos..., un tanto turbio. Nadie sabe de dónde viene. Ahora está de luto, pero cuando ese periodo haya pasado no sé si alguien querrá recibirla en sus salones.

—No creo que eso le importe demasiado.

—Pues deberá importarle si espera volver a casarse —añadió Lionel.

—¿Y qué te hace pensar que podría querer algo así? —preguntó en un tono demasiado seco.

—Es joven, Derek, joven y hermosa —reconoció su tía entonces—. Es probable que surja algún pretendiente.

—Y ese pretendiente esperará una dote —dijo Lionel—. ¿Qué pasará cuando descubra que en realidad no posee ninguna de las rentas de su difunto esposo y que eres tú quien le está suministrando esa asignación tan generosa?

Derek se pasó las manos por el cabello.

—Espero que para entonces el tema del testamento esté arreglado.

—No albergues muchas esperanzas —le dijo entonces su tía—. Si ella le hubiera dado un heredero al barón, la cuestión sería muy distinta. La ley no la dejaría desprotegida. Ahora, en cambio, está a merced de lo que él estipulara en sus últimas voluntades, por muy injusto que eso sea.

—¿Creéis que no soy consciente? —preguntó él, vencido por los argumentos—. Aún tengo confianza en que las cosas se arreglen, no puedo evitarlo.

—Bueno, mientras tanto la bruja de lady Hamilton podría fallecer —expuso Thomas con vehemencia—. Es posible que sufra algún tipo de accidente en el próximo aquelarre que presida.

La broma les hizo reír y distendió un poco el ambiente. Todas las dudas y

reservas que habían expuesto sus familiares ya se las había planteado Derek en las últimas horas, sin haber hallado una posible solución. Había obrado movido por un impulso y estaba tratando de salir a flote como podía, arreglando un problema cada vez. Confiaba en que la suerte no le fuera adversa y lograra llevar a buen puerto todos sus propósitos.

—¿Te quedas a pasar la noche? —le preguntó su tía transcurridos unos minutos.

—No vivo tan lejos, querida tía —le respondió él con dulzura.

—Lo sé, querido, pero es muy posible que a nuestra invitada le agrade ver una cara conocida a la hora del desayuno.

Derek la miró con cariño. Aquella extraordinaria mujer estaba en todo y ese era uno de los muchos motivos por los que la quería tanto. Accedió de buena gana y, cuando se retiró al cuarto de invitados, se descubrió sonriendo ante la perspectiva de volver a ver a lady Hartford a la mañana siguiente.

Marian tardó en conciliar el sueño. Los nervios de las últimas horas le habían provocado un terrible dolor de cabeza, y se removía inquieta en la cama, repasando los últimos acontecimientos. Había sido testigo de cómo vivían y se comportaban las personas de su rango, aunque ella estaba muy lejos de pertenecer a él, al menos por su origen, mucho más modesto. No obstante, su título ahora la colocaba en una situación no demasiado lejana y se daba cuenta de que no disponía de preparación suficiente para comportarse en sociedad. No es que le importara mucho, pero debía pensar en Richard. El día de mañana iba a necesitar de todos los contactos que ella pudiera hacer hasta entonces, y se esforzaría en convertirse en una dama, en ser respetada por los miembros más relevantes de la sociedad. Era consciente de que su hermano no dispondría de ningún título nobiliario, pero tampoco aspiraba a que se casara con una dama de alcurnia; con que encontrara una mujer decente de buena familia que lo hiciera feliz y que lo amara como se merecía, se daría por satisfecha.

Londres ofrecía un millar de posibilidades y ella estaba dispuesta a aprovecharlas. Quería conocer los lugares más emblemáticos, visitar los museos, asistir al teatro y ampliar su cultura. Había asistido a una escuela de señoritas hasta que su madre murió, y luego había recibido algo de instrucción en su hogar cuando se hizo cargo de su hermano y de la casa; pero las obligaciones que por entonces la acuciaban habían impedido que profundizara en sus estudios, pese a sus aptitudes. Una mujer no necesitaba instruirse más de lo necesario, había sido

el argumento de su padre. Y a ella no le había quedado más remedio que plegarse a sus deseos. Ahora, tal vez, podría ponerle remedio, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo. ¿Existirían escuelas para mujeres? ¿Podría contratar a alguna institutriz para ella misma? Pensó en consultarlo con lady Bridgeport, pero luego le dio vergüenza. No quería que aquella mujer descubriera otra más de sus muchas carencias. De nuevo, el señor Hamilton parecía ser el único candidato posible. Aquel hombre se estaba convirtiendo en una pieza clave en su vida, y aún no sabía cómo manejar aquello. Le producía vértigo tenerlo cerca, y un extraño vacío en la boca del estómago cuando no lo tenía a la vista. Odiaba sentirse tan dependiente, porque estaba convencida de que era eso lo que le sucedía. No quería volver a sentirse tan atada a nadie nunca más y, cuando hubiera retomado las riendas de su vida, cuando fuera capaz de valerse por sí misma, cortaría los lazos. Él no tenía por qué cargar con ella, por muy en deuda que se sintiera al ser hijo de quien era.

Con ese propósito logró por fin conciliar el sueño.

—Buenos días, lady Hartford —la saludó cortésmente Thomas Wates, levantándose de la mesa del desayuno y acompañándola a su asiento.

—Buenos días, milord —le dijo ella con cierta timidez.

Era temprano, y en el comedor solo estaban ellos dos.

—¿Le apetece una taza de té, o prefiere café o chocolate? —preguntó él solícito mientras se dirigía al bien surtido aparador.

—Vaya, Thomas, no me lo puedo creer —sonó una voz a sus espaldas—. ¿Te has caído de la cama?

—Buenos días, Derek —saludó el joven refunfuñando.

—Buenos días, lady Hartford. —Derek la saludó con una sonrisa y se dirigió también al aparador—. ¿Ha descansado bien?

—Sí, muchas gracias —reconoció ella respondiendo a su sonrisa—. No sabía que usted iba a pasar la noche aquí.

—Mi tía fue muy amable y me convenció para que me quedara —le dijo mientras se servía una humeante taza de café, que aderezó con un par de terrones de azúcar.

Como si hubiera sido convocada, hizo su aparición la anfitriona del brazo de su hijo mayor, perfectamente vestida y acicalada. Los saludó a todos con afecto, incluida Marian, y todos tomaron asiento. El hijo mayor le sirvió a su madre una taza de té y un plato con tostadas. Mientras, Thomas había hecho lo propio con

Marian, abrumada por tanta atención.

—Vaya, hermanito —dijo Lionel con retintín—. ¿Le ha pasado algo hoy a tu cama?

—Bueno, basta ya —resopló el aludido—. ¿Es que uno no puede levantarse temprano para ocuparse de sus asuntos?

—¿Y qué asuntos son esos, si puede saberse? —volvió a preguntar su hermano.

—Asuntos que no te conciernen —respondió él, concentrándose en su plato.

Marian asistía al diálogo divertida. Al parecer, Thomas no solía ser muy madrugador y su familia estaba bromeando al respecto. Aunque él no se lo tomaba muy bien, a ella le parecía encantador, demostraba lo unidos que estaban y lo mucho que se apreciaban.

No charlaron mucho, pero Marian se sintió bastante cómoda. Cuando estaban a punto de finalizar el desayuno, Derek anunció que tenía unos negocios que atender y que pasaría el día fuera, lo que a ella le produjo cierta pesadumbre. ¿Qué iba a hacer sola todo el día? Como si el joven Thomas hubiera estado aguardando el momento, le preguntó si le apetecería visitar alguna de las muchas posibilidades que ofrecía la ciudad.

Derek le lanzó a su primo una mirada aviesa.

—No sé si sería apropiado —contestó ella con un susurro, sintiendo cómo sus mejillas se teñían de rubor. Buscó la mirada del señor Hamilton, que estaba centrado en su primo, con la taza a medio camino de sus labios.

—Había pensado en que podría usted acompañarnos —insistió el joven con una franca sonrisa.

—¿Acompañarnos? —inquirió Derek, un tanto molesto.

—Sí, esta mañana había quedado en salir a dar un paseo con Robert y su hermana Lucy —dijo muy ufano.

—Con el vizconde de Surrey, querrás decir —le dijo su madre.

—Bueno, para mí es Robert, siempre lo ha sido. Es un amigo de la infancia —le aclaró a Marian—. Prometí acompañarlos y pensé que le gustaría salir a dar un paseo y conocer mejor la ciudad.

Marian no supo qué decir. Dirigió de nuevo la mirada al señor Hamilton, que esta vez sí la observaba, pendiente de sus palabras.

—Se lo agradezco mucho, milord —dijo al fin—. Pero, si no le importa, preferiría quedarme en casa. Aún estoy un poco cansada...

—Por supuesto —se apresuró a añadir el joven—. Perdone mi falta de tacto. ¿En otra ocasión, quizás?

—Me encantaría —sonrió ella, agradecida.

Unos minutos después, todos se retiraron. Marian subió de nuevo a su habitación, no sabía qué hacer con su tiempo. Le habría encantado poder salir y disfrutar de un poco de aire fresco, pero temía enfrentarse a otra tanda de desconocidos en tan poco tiempo, al menos mientras su cara siguiera siendo una paleta de colores.

9

Derek no podía explicarse por qué la negativa de lady Hartford de acompañar a Thomas le había colocado una sonrisa idiota en el rostro. Ni siquiera era consciente de que la llevaba puesta hasta que se dio cuenta de que todo el mundo le sonreía por la calle, respondiendo a su gesto. Un tanto avergonzado, volvió a ponerse su máscara de siempre, dura y sin fisuras, que tan buenos resultados le había reportado hasta el momento.

Dejó de preguntarse por los motivos cuando llegó al despacho de su abogado. Sus negocios requirieron toda su atención y pasó allí gran parte de la mañana. El letrado, además, había conseguido localizar un par de casas que fue a ver en cuanto salió de allí. Una era amplia y casi majestuosa. La otra, algo más retirada de los barrios más elegantes, era más modesta, aunque también distinguida. Cualquiera de las dos serviría a sus propósitos y lady Hartford podría mudarse enseguida. Notaba que se sentía algo más cómoda en compañía de su familia, pero era mejor no alargar la visita más de lo estrictamente necesario. En cuanto dispusiera de un lugar que pudiera llamar suyo, podría rehacer su vida. Y él continuar con sus asuntos.

Ese pensamiento, tampoco pudo explicarse muy bien el porqué —o no quiso siquiera planteárselo—, le produjo cierta desazón. De repente, su vida en Boston se le antojaba anodina, carente de significado.

Por la tarde se reunió con un par de empresarios de Newport y luego fue a cambiarse para la cena en casa de lady Bridgeport. Tenía intención de llegar temprano y poder charlar unos minutos con lady Hartford: debía ponerla al corriente del asunto de la vivienda. Estaba convencido de que la noticia la haría feliz.

Cuando llegó a la mansión ya había caído la noche. Le comunicaron que la joven se encontraba en la terraza cubierta, un espacio que lady Bridgeport usaba con frecuencia, a resguardo de las frías temperaturas y adornado con plantas y flores. No hubiera podido escoger un lugar mejor. Pero, al aproximarse, se dio cuenta de que no solo él había tenido la idea de pasar unos minutos con la mujer.

Su primo Thomas estaba allí, charlando amigablemente con ella como si fueran viejos conocidos. Ella estaba preciosa, con la luz de las lámparas reflejándose en su cabello castaño y su delicado rostro. Desde su posición no se apreciaba el hematoma que tenía junto a la boca. De repente sintió una irritación que se esforzó en dominar.

—Buenas noches —saludó al entrar.

—Buenas noches, señor Hamilton —respondió ella con una tibia sonrisa.

—Vaya, hola, primo. ¿Ya estás aquí? —Su aparición parecía contrariar al joven, como si hubiese sido pillado en falta. Se levantó de su asiento, demasiado cerca de lady Hartford según las normas de etiqueta, y se aproximó a una mesita auxiliar para servirse una copa de oporto—. ¿Quieres tomar algo?

—Lo mismo que tú —respondió un tanto seco—. ¿Qué tal están el vizconde y su hermana?

—Bien, bien —respondió sin demasiado entusiasmo.

—¿Dónde habéis estado? —inquirió tomando la copa que le ofrecía.

—Bueno, en realidad hubo cambio de planes y solo pasé un rato con Robert en el club. Volví temprano.

—Vaya, ¡cuánto lo siento! —le dijo con cierta acritud.

Thomas lo miró y enarcó una ceja. No entendía qué le pasaba a Derek esa noche, parecía de mal humor. Supuso que se debía a los negocios que lo habían llevado a Londres y en los que, hasta el momento, no había demostrado gran interés. Y, desde luego, no iba a empezar ahora. Tenía cosas más interesantes a las que dedicar su atención, como a la preciosa y tierna joven que estaba sentada allí mismo.

—Lady Hartford, necesitaría hablar con usted unos minutos —dijo Derek.

—Por supuesto, milord. ¿Ocurre algo?

—Hoy he visitado a mi abogado y debo comentar con usted algunas cuestiones. A solas.

Thomas se dio por enterado y se retiró, no sin antes lanzarle a su primo una mirada de reprobación. ¿No podría haber esperado un rato? Lady Hartford había permanecido en su cuarto casi todo el día y solo hacía unos minutos que había bajado y que él había podido disfrutar, al fin, de su compañía.

Por supuesto, Derek podría haber esperado hasta después de la cena, pero simplemente no quiso hacerlo. Conocía a su primo demasiado bien, y su afición por las mujeres hermosas, y aquella lo era, mucho. No poseía una belleza convencional, pero era delicada y exquisita. No deseaba que las cosas se complicaran más de lo que ya estaban.

—Usted dirá, milord —le dijo la joven, evidentemente inquieta—. ¿Se trata de mi hermano? ¿Del asunto del testamento, tal vez?

—Me temo que es todavía demasiado pronto para tener noticias de ninguno de esos asuntos, pero mi abogado me ha informado de la existencia de dos viviendas en alquiler y me he tomado la libertad de ir a verlas.

—Oh, esa es una buena noticia —reconoció ella, un tanto decepcionada y, al mismo tiempo, aliviada porque su estancia allí no fuese a alargarse demasiado.

—Había pensado que podríamos ir a verlas mañana, para que usted pueda decidir cuál le gusta más.

—¿No lo ha hecho usted?

—Por supuesto que no, milady. Esa decisión no me pertenece.

—Pero a fin de cuentas es usted quien va a pagarla, ¿no es cierto?

—Solo temporalmente —aclaró él tras un carraspeo—. En cuanto el tema de la herencia se haya arreglado podrá usted reembolsarme el alquiler.

—Tiene usted mucha confianza en que el asunto vaya a resolverse a mi favor.

¿Era suspicacia lo que brillaba en aquella mirada? Derek no lo habría podido asegurar, pero era consciente de que ella no era estúpida. A su favor contaba con que no conocía las leyes y que confiaba en él. Lamentaba tener que mentirle, pero era necesario. De eso estaba totalmente convencido.

—Mi abogado se muestra esperanzado —le dijo.

—Me alegra saberlo —asintió ella con una breve sonrisa.

—¿Qué le parece entonces ir a verlas mañana?

—Por supuesto, cuanto antes mejor —dijo ella, y al momento el rubor tiñó sus mejillas—. Por favor, no me malinterprete. Su familia es muy amable y me encuentro muy a gusto aquí, pero soy solo una visita, una visita inoportuna, todo hay que decirlo.

—Lady Hartford...

—No, por favor, no trate de convencerme de lo contrario. Ambos sabemos cómo he llegado aquí y en qué condiciones. Se lo agradezco mucho, de verdad, a usted y a lady Bridgeport; pero cuanto antes pueda instalarme por mi cuenta, mucho mejor para todos.

Derek se limitó a asentir, no tenía argumentos para rebatirla. Durante unos minutos ninguno de los dos supo qué decir y el silencio se tornó un tanto incómodo. Por fortuna, la anfitriona no tardó en aparecer y unirse a ellos, lo que le permitió relajarse.

La cena fue algo más distendida que la anterior, aunque lady Hartford se mostró tan tímida como la primera noche. Ninguno de los dos mencionó nada

sobre las casas que irían a ver por la mañana, por si acaso. Aunque no lo hubieran acordado así, ambos parecían estar en sintonía.

Después de cenar, Derek se retiró. No podía quedarse a dormir otra noche, a pesar de la insistencia de su tía. Pero cuando salió por la puerta no llevaba ninguna sonrisa puesta.

Marian estaba nerviosa. Apenas había conseguido conciliar el sueño. ¿De verdad podía ser cierto? ¿De verdad iba a comenzar una nueva vida, disfrutando de ciertas comodidades, en una casa que sería suya, de la que nadie podría echarla ni nadie que no fuera ella podría imponer sus reglas? La sola posibilidad la aterraba. De repente, ante ella se desplegaba un futuro incierto que le producía cierto vértigo. Nunca había vivido sola, ni había dispuesto de su propio dinero.

El miedo la tenía atenazada y se le había asentado una bola en el estómago que era incapaz de deshacer. A la mañana siguiente desayunó en silencio, en compañía de los Bridgeport y del señor Hamilton, y apenas probó bocado. Cuando finalizaron, Derek les dijo que ella debía acompañarlo a realizar algunas gestiones, aunque no especificó cuáles y su tía se mostró reacia a dejarlos salir solos, sin una carabina adecuada. Derek le aseguró que no se dejarían ver en público y que irían en un carruaje cubierto. Finalmente, viendo que no entraba en razón, lady Bridgeport se dio por vencida. Marian se alegró. Se sentía demasiado inquieta como para tener que lidiar con sus modales en compañía de aquella dama, y agradeció en silencio a Derek su insistencia.

Se puso su capa nueva y sus guantes de cabritilla, cuyo tacto hizo que fuese de nuevo consciente de lo mucho que había cambiado su vida en los últimos días. Salieron al exterior y entraron en el vehículo, estacionado en la puerta.

Ninguno de los dos dijo nada durante el trayecto. Ella iba concentrada en lo que sucedía más allá de la ventanilla. Magníficas mansiones, criadas paseando a niños o haciendo las compras, mujeres caminando bajo el tímido sol... todo parecía nuevo y reluciente.

Cuando el carruaje se detuvo apenas habían transcurrido unos minutos. Derek la ayudó a descender y acudió al encuentro del abogado, que lo esperaba pacientemente en la entrada. Pero Marian se quedó allí parada, contemplando aquella enorme mansión, con la barbilla temblándole.

—¿Le ocurre algo? —le preguntó Derek viendo que no lo seguía.

—Es demasiado.

—¿Cómo dice?

—Esta casa. Es demasiado —respondió ella en un susurro apenas audible.

—¿Demasiado qué?

—Demasiado ostentosa, demasiado grande.

—Es usted una baronesa, milady. Cuanto antes lo acepte, mejor será.

—No me siento como una baronesa, milord.

—Pues debe parecerlo —le dijo él en un susurro—. Si esta casa no le gusta no se la quede, pero no debe mostrarse débil, ni humilde. El mundo está lleno de leones y se la comerán al menor signo de flaqueza.

Ella asintió, sabiendo que él tenía razón. Y eso le produjo aún más miedo. Él pareció darse cuenta, porque la tomó suavemente del brazo y volvió a acompañarla al interior del carruaje. Intercambió unas palabras con el abogado y subió a su vez. Marian no se atrevía a mirarle, se sentía expuesta, avergonzada. Iba a costarle un mundo acostumbrarse a su nueva vida.

—No pretendía mostrarme así de duro. Le ruego que me disculpe —le dijo él con voz suave.

—No tiene por qué disculparse —reconoció ella—. Solo ha dicho la verdad. Es solo que tengo que habituarme a todo esto.

—Le resultará más fácil de lo que imagina.

—Eso espero —respondió ella con una sonrisa un tanto triste.

El coche volvió a ponerse en marcha y ella se concentró en lo que sucedía al otro lado del cristal. Poco después fue consciente de que habían cambiado de barrio. Era más modesto, aunque también elegante, y le pareció más adecuado. Se detuvieron frente a otra vivienda, de casi la mitad de tamaño que la anterior. Seguía siendo muy grande, pero era hermosa. Desde su posición se apreciaba un generoso jardín en la parte trasera.

Permanecieron un rato en el interior del vehículo, haciendo tiempo hasta que el abogado llegara. Marian se contentó con admirarla por fuera.

—¿Qué le parece esta? —le preguntó el señor Hamilton.

—También es muy grande, pero me gusta mucho. Es preciosa —respondió ella.

—Me alegro. A mí también.

Ella le sonrió y él respondió a su gesto.

—El dueño es un terrateniente de Essex, ya mayor, que ha decidido retirarse a su propiedad en el campo y que, según parece, no va a volver a usarla —aclaró él—. A diferencia de la otra, esta dispone de muebles y servicio. Una de las condiciones del alquiler estipula que no puede despedir a nadie. Al parecer, el personal lleva mucho tiempo con el dueño y no desea perjudicarles.

—De acuerdo. Me parece bien —dijo ella, que no sentía ningún deseo de arruinarle la vida a nadie.

—Necesitará contratar una doncella, por supuesto.

—¿Una doncella? —preguntó con cierta aprensión.

—Milady, es inaudito que no tenga usted una, y no puedo imaginar cuál puede ser el motivo, pues hasta mi padre y mi tía lo hubieran aprobado.

Marian se vio incapaz de explicarle los motivos y sus mejillas se arrebolaron. De repente, él pareció caer en la cuenta de cuál podía ser la razón y su mandíbula se tensó.

—No, no quiero saberlo —reconoció, pasándose una mano por el pelo y agachando la cabeza—. Creo que empiezo a imaginarlo.

Ella no dijo nada, bajó la vista hasta sus manos y permaneció en esa postura hasta que oyó a otro vehículo acercarse. El abogado había llegado también.

Descendieron del carruaje y recorrieron los escasos metros que los separaban de la puerta principal. Abrió un mayordomo perfectamente ataviado, con el semblante serio pero con una mirada amable que conquistó a Marian. En cuanto pisó el vestíbulo supo que esa casa sería su hogar.

Transcurrieron unos días en los que apenas se vieron y, en vista de que no había surgido ninguna propiedad más acorde, el señor Hamilton la acompañó de nuevo a ver al abogado. Allí firmó los papeles que la convertían en la nueva inquilina, tratando de que el pulso no le temblara. Aún debía esperar la decisión del dueño, pero avalada por Derek Hamilton eso solo suponría una formalidad. Su nueva vida acababa de comenzar.

Regresaron a casa de lady Bridgeport cerca del mediodía. Marian se sentía mucho más relajada ahora que ese asunto se había resuelto. Aún quedaban muchos temas que arreglar, pero tenía confianza en el señor Hamilton. Le lanzó una mirada de soslayo, pero el hombre parecía muy concentrado en mirar a través de la ventanilla. ¿Qué le movía a comportarse de ese modo con ella? ¿Por qué tanto interés? Entendía que quisiera proteger su apellido, pero podría haberle encargado esas tareas a algún administrador o a algún abogado; no tenía por qué haberse implicado tanto. Fuese como fuera, le estaba tan agradecida que no sabía si se habían inventado palabras suficientes para expresarlo.

—No sé cómo darle las gracias, milord —le dijo al fin.

El hombre pareció emerger de sus pensamientos y la miró, tan fijamente que, de no haber estado sentada, no podía asegurar que las rodillas la hubieran

sostenido en pie. Sentía un vacío en el estómago que solo podía ser hambre. No había comido casi nada en el desayuno. Y un calor subiéndole por la espalda que solo podía atribuir a su nueva capa, tan mullida y cálida que habría pasado todo el día con ella puesta. ¿Y los latidos de su corazón, que parecía querer librar una batalla él solo? Bueno, seguro que también había una explicación para eso, aunque en ese momento no se le ocurriera ninguna.

—Ha sido un placer, milady —le dijo él, en un tono de voz que le puso la piel de gallina. Seguro que el carruaje tenía alguna corriente de aire.

Las mejillas le ardían, ¿tendría fiebre? Le dio apuro quitarse el guante y comprobar la temperatura de su frente, que descendió bruscamente cuando él volvió a concentrarse en la ventanilla. La respiración volvió a su ritmo normal, aunque ni siquiera había sido consciente de que había variado. Estaba enferma, seguro, todos aquellos síntomas no podían deberse a nada más. Y justo entonces, que tan cerca estaba de tener una vida de verdad...

Cuando llegaron a casa de lady Bridgeport, el mayordomo la informó de que, durante su ausencia, habían llegado una serie de paquetes desde la casa de modas, que habían subido a su habitación. Serían algunos de los vestidos nuevos, pensó con deleite. La posibilidad de poder cambiarse de ropa con más frecuencia la hizo sentirse bien. Recordó que, de jovencita, había sido bastante presumida, y le encantaba estrenar ropa nueva. Tras la muerte de su madre, eso no había sucedido con mucha frecuencia, pero añoraba aquella sensación. Cierto que las prendas que la esperaban arriba eran todas de color negro, pero aun así sería agradable.

—Con respecto a eso, milady, he de comentarle algo —le dijo el señor Hamilton mientras se dirigían al salón, donde les habían comunicado que se hallaba la familia.

—¿En cuanto a qué, milord?

—En cuanto al pedido que ha recibido.

Ella se quedó quieta en medio del pasillo. No entendía qué estaba sucediendo. ¿Iba a pedirle que le pagara ya la factura? En el despacho del abogado, junto al contrato de alquiler, había firmado también el de su asignación, que le sería ingresada en una cuenta bancaria en la que también figuraba el señor Hamilton. Una mujer no podía disponer de una cuenta solo a su nombre. No obstante, él le aseguró que se trataba de una mera formalidad y que jamás tocaría ni un centavo ni le pediría cuentas sobre lo que ella gastara o dejara de gastar. Quizás, ahora que ya disponía de sus propios ingresos, él esperaba que asumiera sus propios gastos.

—Por supuesto, milord, le abonaré esa cantidad enseguida —le dijo, un tanto incómoda.

—¿Qué? ¡¡No!! Ya le dije que era un regalo.

Ella enarcó las cejas, totalmente desorientada. ¿Qué sucedía entonces?

—Se trata de otro asunto —añadió él—. Verá, me tomé la libertad de encargar algunas prendas que, lamentablemente, no podrá usted lucir en público.

Marian se sonrojó hasta la raíz del cabello. ¿Había oído bien?

—No, por Dios, no es lo que está usted pensando —se apresuró a aclarar—. Me he explicado mal, lo siento. —Ella no dijo nada, se limitó a mirarlo, aguardando lo que tuviera que decirle y temiendo, al mismo tiempo, lo que pudiera oír—. Sé que la costumbre dicta que guarde usted luto durante una temporada, por lo que solo podrá vestir prendas de tonos oscuros. Pero pensé que le apetecería, aunque fuese para estar cómodamente en su casa, algo de color más alegre.

—¿Más alegre? —preguntó ella, sin comprender del todo a qué se refería.

—Milady, me tomé la libertad de solicitar algunos vestidos en otros tonos, creo recordar que lavanda, azul y crema.

Ella lo miró, atónita. No sabía qué decirle, aunque en ese momento le hubiera gustado abrazarse a ese hombre y... ¿y qué? No podía pensar con claridad, de nuevo habían regresado los síntomas.

—Usted y yo sabemos que la muerte de mi padre no la ha dejado sumida en la aflicción, y él no se merece que le guarde usted luto, al menos en la intimidad de su hogar —aclaró.

—Milord, no sé qué decirle —comenzó a decir ella—. Me ha dejado usted sin palabras. Es el gesto más considerado y...

Unos gritos desde el interior del salón interrumpieron las palabras de Marian. Estaban a pocos metros de la puerta, que Derek abrió con cuidado. Nunca había oído a su tía reñir a sus primos en aquellos términos, y era algo que no quería perderse.

Pero quien había en el salón era Anne Meadows, hija del conde de Devonshire y prometida de Lionel, en compañía de su madre. Su tía Charlotte ocupaba uno de los sillones y su primo parecía tan ofuscado que daba pena mirarlo. ¿Qué estaba sucediendo allí?

—Es inconcebible que esa mujer se hospede en esta casa, lo repito una vez más —chillaba la madre de la joven—. ¿Se dan cuenta de lo que eso podría suponer para la reputación de mi hija, de mi familia?

—Lady Hartford es una joven encantadora —la defendió su tía.

—Tiene razón, milady —intervino Lionel, tratando de calmar los ánimos de su furiosa suegra. A su lado, una pálida y mortificada Anne se retorció las manos sobre el regazo.

—¿También a usted le ha engañado, milord? ¿Acaso ya se ha metido también en su cama, como hizo en la del barón y en la de su hijo?

—¡¡Milady!! —exclamó Lionel—. Ya le he dicho que está muy equivocada con respecto a esa mujer.

—Tengo información de primera mano, joven —añadió la condesa de Devonshire—. Esto tiene que acabar hoy mismo. O no habrá boda. No voy a consentir que mi hija sea el hazmerreír de Londres después de que esa mujer haya vivido bajo el mismo techo que su futuro marido.

—Milady, no creo que sea necesario llegar a esos extremos. —Su tía trató de apaciguar los ánimos.

Derek se había quedado petrificado en el umbral, con ganas de irrumpir en aquel cuarto y zarandear a aquella bruja. Aquello era, sin duda, obra de lady Hamilton, que no había tardado en difundir rumores maliciosos entre sus amistades, que, aunque escasas, estaban bien situadas socialmente para que los hicieran circular con la debida rapidez. Debería haberlo supuesto. Si hasta entonces lady Hartford había vivido un infierno, la sociedad londinense no se lo iba a poner nada fácil tampoco. De repente se dio cuenta de que ella estaba con él, a su espalda. Se había olvidado por completo.

Se volvió bruscamente, cerrando la puerta con tosquedad. El ruido hizo que los presentes en el salón giraran de inmediato la cabeza, pero solo le dio tiempo a vislumbrar el rostro descompuesto de su primo. Lady Hartford se había quedado completamente inmóvil. Le temblaba la barbilla y las lágrimas, silenciosas y amargas, se deslizaban por sus mejillas.

—Lo siento mucho, yo... —comenzó a decir él, incapaz de encontrar las palabras apropiadas. ¿Qué podía decirle?

Ella se limitó a alzar una mano, con la palma a escasos centímetros del pecho masculino, tratando con ese gesto de interrumpir cualquier cosa que él fuese a decir. Sin mirarlo siquiera, se dio media vuelta y se alejó, con paso digno, hacia la escalera.

Derek permaneció allí de pie, incapaz de reaccionar. Aquello había sido lo más bajo y ruin que había contemplado en su vida. Y que ella lo hubiese escuchado le partía el alma en dos.

La puerta a su espalda se abrió y lady Bridgeport apareció en el umbral, cerrándola tras ella.

—Derek, querido, lo siento mucho. —Posó una de sus manos en el brazo de su sobrino. Él sabía que era sincera.

—Ella estaba aquí, tía Charlotte —anunció con la voz ronca.

—Oh, Dios mío. —La mujer se llevó la mano a la boca, compungida—. Oh, Señor. No sabía que iban a venir, Derek, ni qué intenciones tenían. Creí que querían comentar algo sobre el enlace, aunque aún queden bastantes meses.

—Aunque lo hubiera sabido no habría podido hacer nada —reconoció él, apesadumbrado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Los ojos de su tía se llenaron de lágrimas—. Pobre muchacha. Subiré inmediatamente a hablar con ella, no quiero que piense que no la tenemos en consideración, ni que las opiniones de esa mujer son las nuestras.

—Habíamos venido a decirle que ya había encontrado una casa. Iba a trasladarse en breve. Lástima que mi tía Ellen no haya podido esperarse un par de días más.

—¿Tu tía Ellen?

—¿Quién cree que ha hecho circular esos rumores?

—Dios mío, Derek. Esto es horrible...

—No es culpa suya, tía. Yo la he colocado a usted en esta situación y créame que lo lamento, lo lamento profundamente. Nunca he querido perjudicarlos.

—No digas tonterías, querido. Esto se pasará, hablaré con la condesa y le diré que en unos días ella se habrá marchado y que es una mujer buena y decente. Todo se arreglará.

—Sabe tan bien como yo que no será así —aseguró él—. Y Lionel no puede arriesgar ese enlace, es demasiado importante.

—Pero entonces...

—Me la llevaré de aquí ahora mismo.

—¿A dónde?

—A donde sea, pero no dejaré que se quede aquí.

—Derek...

—Tía, a ojos de la sociedad londinense, que tan puritana es para algunas cuestiones y tan permisiva para otras, ella ya es una mujer perdida. ¿Cree que van a cambiar mucho las cosas si la saco ahora de aquí?

—Dios mío, Derek, lo siento tanto...

—No se disculpe más, tía.

Sin añadir una palabra más, enfiló el mismo camino que lady Hartford había seguido unos minutos antes, sintiendo dentro de su pecho librarse todas las

batallas.

10

Jamás en toda su vida se había sentido tan humillada ni tan rota, ni siquiera cuando el barón le partió la espalda con un cinturón y tuvo que dormir dos semanas boca abajo, mientras la herida cicatrizaba. Al menos con él sabía a qué se enfrentaba y qué podía esperar. Lo que había sucedido en el piso de abajo no tenía nombre, no sabía cómo enfrentarse al odio de unas personas a las que no conocía y que no la conocían a ella.

En cuanto cerró la puerta se echó a llorar, con unos sollozos que le desgarraban el pecho. Ansiaba poder tumbarse sobre la cama y dejar que su dolor se ahogara en la almohada, pero tenía que marcharse de allí. En ese mismo momento.

No sabía a dónde podía ir, pero no le importaba. Los Bridgeport la habían acogido con cariño y comprensión y no iba a ser ella quien destruyera las posibilidades del conde, por muy injustas que le parecieran las opiniones de su futura familia política.

Por fortuna, no tenía mucho que empacar. Las cajas provenientes de la tienda de modas estaban perfectamente apiladas en un rincón, y no tardó más de cinco minutos en volver a llenar sus baúles. Por segunda vez en menos de quince días.

No se dio cuenta de que no había parado de llorar hasta que sonaron unos golpes en la puerta. Se llevó la mano al pecho, temiendo quién pudiera haber al otro lado. ¿La iban a echar de allí? Seguramente lo harían con delicadeza, pero el resultado sería el mismo. Trató de controlar los hipidos y dio permiso a quienquiera que hubiera al otro lado.

Esperaba a lady Bridgeport, pero quien entró fue el propio señor Hamilton, que barrió la habitación con la mirada y comprendió en el acto lo que estaba haciendo. Era indecoroso que un hombre entrara solo en su dormitorio, pero en ese momento no le importó un ardite. Él la miró con una ternura que la hizo temblar y, antes de darse cuenta, se había refugiado en sus brazos. Sabía que estaba mal, que no era apropiado, que si alguien los sorprendía de esa guisa no habría lugar en Inglaterra en el que pudiera ocultarse. Pero, ¡necesitaba tanto un

poco de calor humano! ¿Era eso mucho pedir? Hacía años que nadie la abrazaba, que nadie le dirigía un gesto de afecto, y en ese momento se sentía tan perdida y tan triste que con gusto habría entregado diez veces su reputación por un abrazo como aquel. Porque él la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho, en el que ella hundió el rostro. Una de las manos masculinas subió hasta su cabello y le susurró palabras de consuelo, que fue incapaz de discernir. Sus sollozos e hipidos eran tan ruidosos que no habría podido escuchar ni el sonido de un tambor a su lado.

Poco a poco fue recobrando la compostura, pero permaneció un rato más en esa postura. Era tan agradable, tan reconfortante... Los síntomas de su enfermedad habían regresado con fuerza, ahora sentía todo el cuerpo ardiendo y un extraño cosquilleo en el vientre, como si algo húmedo y viscoso navegara por su interior. El disgusto que acababa de recibir había agravado los síntomas, era evidente.

—Tranquila, no se preocupe —le decía él, y entonces sí pudo oírlo. Su voz era suave y la sentía tan cerca que todo su cuerpo se erizó.

Deshizo el abrazo con desgana, evitando mirarlo a los ojos. De repente se sentía terriblemente avergonzada.

—No debería estar aquí —le dijo en un susurro, con la vista fija en las botas perfectamente pulidas de aquel hombre que le sacaba más de una cabeza.

—Tampoco usted —le dijo él.

—Pero gracias por haber venido —le agradeció ella. Su presencia le había proporcionado un consuelo que necesitaba con desesperación. Ese hombre parecía estar siempre que lo necesitaba.

—Veo que ya está haciendo el equipaje —observó.

—No puedo permanecer en esta casa, después de lo que ha pasado ahí abajo.

—Respecto a eso...

—No, por favor, no quiero hablar de ello. Solo quiero salir de aquí, cuanto antes.

—Por eso he venido —dijo él—. He avisado al mayordomo y los criados subirán a por el equipaje.

—Aún no he decidido a dónde iré —reconoció tensa—, solo sé que tengo que marcharme ahora mismo.

—Se vendrá usted conmigo —dijo él, tan convencido que ella se quedó perpleja.

—¿Con usted? ¿A su casa?

—Desde luego —respondió él con naturalidad—. No la voy a dejar en la calle.

Al menos hasta que disponga usted de su propia vivienda.

—Si eso llega a suceder —añadió ella, venciendo los hombros—. No sé si el caballero de Essex se avendrá ahora a alquilarle la casa a una persona como yo.

—¿Una persona como usted? —Su tono de voz sonó un tanto agrio—. Por favor, lady Hartford, usted y yo sabemos que esos rumores son solo el veneno que lady Hamilton ha esparcido por ahí y que no tienen ningún fundamento. No puede permitir que ella salga ganando.

—Parece usted no darse cuenta de que esos rumores han acabado con cualquier posibilidad de establecer mi residencia en Londres. No temo solo por mi reputación, milord, que a estas alturas ya me importa bien poco, pero he de pensar en mi hermano, Richard. Dentro de unos años podría ser importante.

—Inglaterra es muy grande, milady. Ya encontraremos otro sitio donde pueda usted rehacer su vida de forma digna.

Ella asintió. Era cierto, no tenía por qué permanecer en aquella ciudad que parecía que no iba a acogerla de buen grado. De repente pensó que tal vez podría alquilar alguna casita en las cercanías de Eton, para poder ver a Richard con mayor frecuencia. La idea de pronto la hizo feliz y se dio prisa en recoger lo que quedaba de sus pertenencias, bajo la atenta mirada del señor Hamilton. Le rogó que avisara a su tía de la inminente partida y le pidió que le transmitiera su más sentido agradecimiento por haberla acogido en su casa y sus disculpas por haber puesto en entredicho la reputación de la familia. No deseaba despedirse en persona, le habría resultado demasiado doloroso, y el señor Hamilton estuvo de acuerdo.

Un rato después, el hombre regresó en compañía del servicio para hacerse cargo del equipaje, y le ofreció el brazo para bajar la escalera. Ella colocó su mano sobre él, y percibió los músculos bajo los guantes. La envergadura de aquel hombre la intimidaba y al mismo tiempo la atraía. El calor que traspasaba la tela viajaba a través de su brazo, llenándole todo el cuerpo de tibieza.

—Señor Hamilton —le dijo en un susurro, tratando de encontrar su voz entre los recovecos de su pecho—. Le agradecería mucho si, cuando lleguemos a su casa, puede usted avisar a un médico. Creo que estoy enferma.

A la hora de la verdad parecía encontrarse perfectamente sana, al menos el médico no pudo encontrar ninguna causa de enfermedad. Cuando ella le explicó los síntomas, él se limitó a sonreírle de forma condescendiente, lo que a ella le pareció por completo carente de profesionalidad. Seguramente pensaba que

había sufrido alguno de esos ataques de histeria que tanto parecían afectar a las mujeres, y hasta ella misma se preguntó si no había sido así. Los síntomas no encajaban, al menos hasta donde ella sabía, pero la experta no era ella. El médico le recomendó que se distrajera, que tomara un poco el aire en el jardín o que saliera a pasear, y que buscara ocupaciones que le mantuvieran la mente ocupada. Como si su cabeza no estuviera ya bastante llena. Se limitó a asentir como una niña buena y el hombre se marchó, dejándola aún más confundida, si eso era posible.

El señor Hamilton la había instalado en la misma habitación que ocupara la primera vez y la dejó descansar toda la tarde. Lo cierto es que no se atrevía a bajar al salón, por miedo a tropezarse con él. Aún sentía sobre su piel el contacto con aquel cuerpo vigoroso y cálido, y no se atrevía a mirarlo a los ojos sin volver a recordarse en sus brazos. El solo pensamiento hizo que todo su cuerpo se tensara y se relajara al mismo tiempo, y que el estómago le diera un vuelco. ¿Y aquel médico decía que no le pasaba nada? «¡Sandeces!», masculló.

A la hora de la cena le pareció mal no presentarse, y bajó al comedor, donde el hombre la aguardaba. Ambos se sentaron y comieron en silencio, aunque ella apenas probó bocado. Se dio cuenta de que, si no se esforzaba por ingerir algo, su enfermedad podría agravarse de forma alarmante, y aún tenía que hacer muchas cosas. No podía abandonar a Richard, no ahora que estaba tan cerca de recuperarlo.

—Siento mucho no haber pensado en una solución más apropiada para su hospedaje —le dijo él en los postres—. No se me ocurrió otro lugar al que llevarla, dadas las circunstancias.

—Señor Hamilton, le agradezco que me haya acogido en su casa, una vez más. No tema por mi reputación, ya no creo que pueda empeorar. Solo deseo que esto acabe de una vez. Reencontrarme con mi hermano e iniciar una nueva vida en cualquier otro lugar.

—Lo comprendo, espero que finalmente todo se solucione y que ambos puedan disfrutar de la felicidad que merecen.

Marian tragó saliva en un intento por controlar las nuevas lágrimas que venían a tomar el relevo de las muchas que había derramado esa tarde, pero logró tragárselas y se concentró en su plato, donde un delicioso bizcocho bañado en licor reclamaba su atención.

Después de cenar le dio las buenas noches y se retiró a su habitación. De repente se sentía tan cansada que era incapaz de mantenerse en pie. El señor Hamilton la acompañó hasta el pie de la escalera y ella sintió sobre su espalda la

mirada penetrante de aquel hombre mientras ascendía por ella. Cuando llegó al final, estaba sin aliento.

Derek se retiró a la biblioteca, se sirvió un vaso de whisky y se encendió un cigarro. No fumaba con frecuencia, pero esa noche lo necesitaba. Aquella mujer estaba de nuevo bajo su techo. ¿Cómo demonios habían regresado al principio? Cuando parecía que las cosas comenzaban a mejorar, un nuevo contratiempo se interponía en el camino. ¿Y por qué no la había instalado en un hotel, o en una casa de huéspedes respetable? Sabía de algunas en Londres en las que podría haberse sentido muy a gusto, pero solo imaginarla sola en la ciudad, expuesta, le anudaba el estómago.

No podía negar que se sentía atraído por aquella mujer, había que estar muerto para no hacerlo, o ser ciego y sordo. Y él no era nada de eso, ni tampoco estaba muerto. Su corazón, la última vez que lo había comprobado, latía con normalidad. Su necesidad de protegerla iba más allá de su responsabilidad como hijastro, era consciente de ello. Era solo que no podía evitarlo.

¿Cómo podía uno sentirse atraído por la viuda de su propio padre? ¿No iba eso contra natura? ¿No había ninguna ley o mandato divino que lo prohibiera? Estaba convencido de ello, pero era algo que tampoco podía evitar. Solo imaginarla bajo el cuerpo de su padre, solo pensar en su piel siendo recorrida por aquellas manos que él tan bien conocía, le producía náuseas. Se bebió de un trago el contenido de su copa y se levantó para servirse otra. Trataba de no conjurar ese tipo de imágenes, de no pensar en ella como la esposa de quien había sido, pero no siempre era capaz de dominar sus pensamientos.

La campanilla de la puerta anunció una visita y comprobó en el reloj de la repisa que eran las nueve pasadas. Intuía quién había acudido a visitarle y descubrió que tenía razón en cuanto su primo Lionel entró en la estancia, seguido de cerca por el mayordomo, que no había tenido tiempo de anunciarlo como era debido.

—Está bien, Charles —le dijo. Y el hombre se retiró con un leve asentimiento.

—¿Dónde está? —preguntó su primo, con el rostro descompuesto.

—Buenas noches a ti también, primo —le dijo Derek sin levantarse de su asiento.

—Derek, por favor, dime dónde está. ¿Se encuentra bien?

—Está arriba, descansando.

—¿La has traído a tu casa? —inquirió Lionel, atónito.

—¿Preferías que la dejara en la tuya? —preguntó a su vez, en tono mordaz.

—Eso no es justo.

—Tal vez no, Lionel, pero en este momento estoy demasiado furioso como para que me importe.

—Yo no he tenido la culpa —dijo, dejándose caer pesadamente sobre uno de los sillones.

—No, en efecto. La ha tenido esa arpía que pronto será tu suegra.

—Derek, estás hablando de la familia de mi prometida.

—Soy plenamente consciente —le espetó—. Tal vez te convendría considerar con qué tipo de mujer vas a contraer matrimonio.

—No te consiento que...

—¿No me consientes? —Se puso de pie con presteza y se encaró con él—. Esta es mi casa, Lionel, y has sido tú quien ha venido a ella. Si no te gusta escuchar unas cuantas verdades, ya sabes dónde está la puerta.

El conde de Bridgeport le sostuvo la mirada durante unos instantes y luego se levantó, con una calma que estaba muy lejos de sentir.

—Lo siento de veras, Derek. Jamás he pretendido hacerle daño a esa mujer, ni yo ni nadie de mi familia.

—Lo sé, Lionel, lo sé —reconoció, volviendo a ocupar su asiento con desgana—. La acogisteis sin conocerla, solo porque yo os lo pedí. Nunca os lo he agradecido lo suficiente.

—En realidad no pediste nada, fue mamá quien se ofreció —dijo su primo, volviendo a ocupar el sillón.

—¿Tú crees? —le preguntó con un brillo malicioso en la mirada.

—Derek Hamilton, eres el mismo diablo —le respondió con una sonrisa.

—Pues sírvete una copa, primo, y ardamos un rato los dos en el infierno.

Durante los días siguientes reinó la tranquilidad, y luego todo volvió a precipitarse. En ese lapso de tiempo, lady Bridgeport acudió a casa de Derek y habló con una llorosa Marian, que no tenía nada que reprocharle y que lamentaba profundamente todos los problemas que le había causado.

Derek pasó la mayor parte del tiempo fuera, para que ella dispusiera de la casa a su antojo. No le gustaba que estuviera todo el tiempo encerrada en su cuarto, que era donde pasaba la mayor parte del tiempo cuando él se encontraba allí. Ella trataba de evitarlo, de resguardar lo que quedaba de su reputación de una forma tan ingenua que no podía provocarle sino ternura. Pero él le daba el gusto,

aunque ya no fuera mucho lo que le quedaba por hacer. De hecho, había concluido con lo que le había llevado hasta Londres, solo que no podía marcharse hasta que aquel asunto estuviera solucionado.

Cada vez resultaba más evidente que lady Hartford no encontraría un marido decente, al menos en Londres. Los rumores se habían extendido sin control, y a punto estuvo de llegar a las manos con un par de caballeros en uno de los clubs, cuando bromearon sobre el hecho de que el padre y el hijo hubieran compartido a la misma mujer. El pensamiento le había producido tal repulsión que luego, en la cena, fue incapaz de mirarla a la cara.

Haría todo lo posible para que quedara instalada en alguna pequeña ciudad del norte o el oeste, bien lejos de Londres. Tal vez allí, con el paso del tiempo, todo quedara relegado al olvido y pudiera rehacer su vida. Sabía Dios que lo merecía.

Tras ese lapso de tiempo estéril, las noticias llegaron de forma escalonada a lo largo de una misma mañana. En primer lugar, la negativa por parte del terrateniente de Essex de alquilarle la casa, algo que no lo pilló por sorpresa. En segundo lugar, su abogado le hizo saber que el tema del testamento no prosperaría, algo que también esperaba. No importaba, ya había decidido que esa asignación saldría de sus propios fondos y acordó con el letrado que no se lo comunicarían, que la dejarían creer que provenía de su parte de la herencia. Con un poco de suerte, y si finalmente se instalaba lejos de Londres, era poco probable que lo descubriera. Lo que sí le pilló totalmente desprevenido fue la carta que recibió del señor Monroe, el director de Eton. En ella le comunicaba que no tenían a ningún alumno con ese nombre, y que jamás había estudiado allí. Tuvo que leer dos veces la misiva para cerciorarse de que había leído correctamente. Si Richard Fillmore no estaba en Eton... ¿dónde demonios lo habían metido?

En ese momento se encontraba en la biblioteca, ultimando los detalles de una serie de contratos para sus negocios, y allí le había llevado el correo el mayordomo. En cuanto lo revisó y vio la carta del señor Monroe dejó lo que estaba haciendo y se dispuso a leerla. Se dejó caer sobre la silla y apoyó los codos en el escritorio, ocultando el rostro entre las manos. ¿Qué más le podía suceder a aquella mujer, por Dios bendito?

Llamó a Charles y le rogó que comunicara a lady Hartford que la esperaba en la biblioteca y que era un asunto urgente. Unos minutos después apareció ella, con el semblante lívido.

—¿Ocurre algo, milord? —El pánico en su voz era evidente.

—Aún no lo sé, milady. Le ruego que tome asiento, por favor —le dijo,

indicándole uno de los sillones junto a la chimenea.

—Me está usted asustando.

—No sé si hay motivo de alarma, pero tenemos que charlar de un asunto. — Hizo una pausa, no sabía cómo hablarle del tema—. He recibido carta desde Eton.

—¿Se trata de Richard? ¿Está bien? —La mujer se inclinó hacia delante, presa de los nervios.

—No lo sé. El señor Monroe, el director del centro, me comunica que no tienen a ningún estudiante con ese nombre.

—¡¿Qué?! ¡Pero eso no puede ser!

—Aquí tiene la carta, puede comprobarlo usted misma —le dijo tendiéndole el papel.

Ella lo cogió y lo leyó con avidez. Dos veces.

—No lo entiendo —dijo, dejando caer los brazos. Sus dedos parecían haber perdido toda su fuerza y la carta se deslizó hasta el suelo. Ninguno de los dos hizo ademán de recogerla.

—Tampoco yo —reconoció el hombre, que aún no se había recuperado de la sorpresa—. ¿Tiene usted sus cartas?

—¿Qué cartas? —le preguntó ella, que había permanecido abstraída.

—Las que le escribió su hermano. Tendrán algunas señas, ¿no? Y ¿a dónde le escribía usted exactamente?

—Sí, las tengo todas, por supuesto. Pero no me escribía a mí directamente. Ni yo a él. El abogado del barón hacía de intermediario. Él me traía las de mi hermano y yo le entregaba las que había escrito para él. Solo me estaba permitido escribirle una vez al mes.

—¿Archibald Jenkins era quien traía y se llevaba las cartas? —preguntó Derek con una voz tan fría que la piel de la mujer pareció cubrirse de escarcha.

—Sí —reconoció bajando la vista.

Marian siempre había sospechado que aquella manera de actuar había sido idea del barón, para mantener controlado el contacto entre los hermanos. Aunque al comienzo se había puesto furiosa, al final se había resignado. Eso era mejor que no tener noticias en absoluto, así es que se plegó a sus deseos, una vez más. La angustia comenzó a treparle por el pecho.

—¿Desde cuándo no recibe usted noticias suyas? —preguntó Derek.

—La última carta me fue entregada el día antes de salir de Hartford Park, y él se llevó a su vez la mía. Con la muerte de su padre la costumbre no cambió.

—Comprendo. —Derek cerró las manos, mientras trataba de controlar la rabia

que bullía en su interior.

—En ella me decía que se encontraba bien. Nunca se ha mostrado muy expresivo en sus misivas, y no me contaba muchas cosas de la escuela. De hecho, sus cartas son bastante breves. Se las puedo mostrar si lo desea.

—No será necesario. Pero tiene sentido, no podía contarle detalles de algo que no conocía.

—De todos modos yo tampoco lo habría sabido, no conozco Eton, y mi trato con otros miembros de la sociedad era bastante escaso, pero imagino que la posibilidad estaba ahí. ¡Dios mío! ¿Cómo he podido ser tan ingenua?

—La culpa no es suya, milady.

—¿Y de quién sino? Yo debía velar por él. De hecho, ¡todo lo que hice fue precisamente por él! —le espetó, con las lágrimas bailando sobre sus pestañas.

—La culpa no fue suya, repito. Fue de mi padre, maldito sea. Y de mi tía Ellen, que espero arda en el infierno con él.

—¡Señor Hamilton!

—Oh, vamos, no se merecen menos —le dijo levantándose—. Iré ahora mismo a ver a Jenkins y averiguaré dónde está Richard. Al menos sabemos que se encuentra bien, y que no ha sufrido ningún mal.

Eso la tranquilizó un tanto. Era cierto. Durante los últimos cinco años había estado recibiendo sus cartas de forma regular, viendo cómo la letra de su hermano iba mejorando y cómo cada vez se expresaba con mayor claridad, lo que la hacía sentirse tremendamente orgullosa. No entendía por qué el barón le había dicho que estudiaba en Eton si era mentira. Imaginó, y en ese momento supo que tenía razón, que había considerado aquella escuela demasiado cara para alguien de su condición, y que una más modesta serviría igual a sus propósitos: mantenerlos alejados y cumplir con su promesa.

De repente, la necesidad de ver a su hermano, de comprobar con sus propios ojos que se encontraba bien, se hizo tan apremiante que tuvo ganas de levantarse y salir corriendo en su busca. El problema era que no sabía por dónde comenzar. Y allí estaba de nuevo el señor Hamilton, que se había convertido en uno de esos caballeros de brillante armadura que poblaban las leyendas medievales. La saliva se le quedó atascada en la garganta ante ese pensamiento, y sufrió un ataque de tos muy poco glamuroso.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó él aproximándose—. ¿Quiere un poco de agua?

Ella alzó la vista y de repente lo vio enfundado en una armadura dorada que refulgía bajo la luz que proyectaba las llamas de la chimenea. Los contornos

estaban un poco borrosos, pero era él. Cerró los ojos un instante y, cuando volvió a abrirlos, se encontró el rostro del señor Hamilton muy cerca del suyo. Había recuperado su aspecto normal, lo que la tranquilizó de inmediato. Pero ¿qué diantres le pasaba?

—Estoy bien, estoy bien —dijo al fin, cuando pudo volver a encontrar su voz.

—Me marcho ahora mismo. Volveré lo antes posible con noticias.

—Quiero ir con usted —le dijo, levantándose.

—No.

—¿No? —inquirió

—Sé que su oído funciona perfectamente, ya se lo pregunté el otro día —le contestó burlón.

—Es mi hermano, señor Hamilton.

—De sobra lo sé, milady.

—Creo que tengo derecho a ir con usted.

—Oh, probablemente sí.

—¿Entonces?

—No.

—Pero... —Notaba las mejillas ardiendo y un enfado de proporciones descomunales abriéndose paso a dentelladas por su pecho.

—Milady, es muy probable que el señor Jenkins no se avenga a proporcionarme esa información por las buenas. Si es así, no me gustaría que estuviera usted allí.

—¡Dios mío! ¡¿No pensará usted matarlo?!

—Le prometo que no lo haré... si no me da motivos para ello.

Y, sin añadir nada más, abandonó la habitación, dejándola allí parada, con el rostro nuevamente lívido y el pulso desbocado. El señor Hamilton no hablaba en serio, ¿verdad?

¡¿Verdad?!

Dos horas más tarde, Marian se había mordido los labios hasta hacerlos sangrar, se había deshecho totalmente el sencillo peinado a fuerza de tirar de sus mechones y había dibujado un surco sobre la alfombra, o al menos eso le parecía dado el tiempo que llevaba recorriéndola de un lado a otro. Cuando oyó el sonido de la puerta de la calle estuvo a punto de echar a correr en busca del señor Hamilton. Se obligó a permanecer quieta junto a la mesa, tan rígida que la espalda se quejó, y con la respiración contenida. Cuando él abrió la puerta, dejó

escapar el aire de una vez.

—Dígame que no ha cometido ninguna locura, por favor —le pidió ella.

—¿Se preocupa usted por mí, lady Hartford? —inquirió él con sorna.

—No me gustaría verlo preso, después de todo lo que ha hecho por mí.

—Espero que, al menos, acudiera usted a visitarme de vez en cuando.

—Por favor, señor Hamilton. Me desagrada mucho que bromeé con esas cuestiones.

—Mis disculpas, milady —dijo él inclinando la cabeza y borrando la sonrisa de su cara.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—He averiguado dónde está su hermano.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella, aliviada—. Ahora dígame que no ha cometido ningún delito para obtener esa información.

—Bueno, digamos que al señor Jenkins le costará respirar con normalidad durante unos días —respondió frotándose los nudillos.

—¡Oh, Señor! ¿Y qué pasará si le denuncia? —preguntó ella, presa de una nueva inquietud.

—No creo que tengamos nada que temer en ese sentido. Él saldría perdiendo más que yo, le ha quedado bastante claro.

Marian lo miró y lo que vio en la mirada de aquel hombre imponente no le gustó ni un ápice. Rogó para que jamás se convirtiera en su enemigo, se daba cuenta de que podría ser terrible.

—Y ahora, ¿quiere saber qué he averiguado o va a continuar interrogándome?

Ella no dijo nada, se limitó a asentir y a cruzar las manos a la altura del vientre, aguardando las noticias.

—Su hermano está en la escuela St. Joseph's, en las proximidades de Nottingham, a casi ciento treinta millas de Londres.

—¿Ciento treinta millas? —preguntó atónita. Sus piernas de repente se negaron a sostener su peso y se dejó caer sobre una de las butacas—. Ciento treinta millas...

—Según el señor Jenkins, su padre no estaba dispuesto a gastar una fortuna en la educación del muchacho y buscó una escuela que estuviera lo bastante lejos para evitar la tentación de que el chico escapara de ella y regresara a por usted —continuó el hombre—. Al parecer se encuentra bien. Jenkins se limitaba a recibir y enviar las cartas, y hacer efectivos los pagos.

—Ahora no lamento en absoluto lo de su nariz —reconoció ella con pesar—. De hecho, me habría gustado ser yo quien se la rompiera.

Derek Hamilton soltó una risotada.

—Es usted una caja de sorpresas, milady —reconoció en tono apreciativo.

La mujer no dijo nada, aunque una sonrisa bailó un momento sobre su rostro.

—Prepararé algo de equipaje y saldré mañana mismo —anunció él.

—Iré con usted —añadió ella, irguiendo la cabeza y retándole con la mirada.

—No.

—Señor Hamilton...

—Esto no es negociable, milady —la cortó él—. Son al menos tres días de viaje y no puede acompañarme. Hemos de intentar no dañar su reputación más de lo que ya está, y, créame, un viaje los dos solos, durante tantos días, la destruirá por completo. Debe usted pensar en Richard.

La mujer le sostuvo la mirada durante varios segundos. Al final asintió, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Tráigalo pronto, señor Hamilton. Por favor.

—Lo haré.

Cuando ella hubo abandonado la habitación, él se sirvió un vaso de whisky. En los últimos días había bebido más que en todo el año anterior de su vida en América. Aquella mujer le iba a costar su hígado.

Derek acabó de empaquetar sus cosas. Había preferido hacerlo personalmente, necesitaba tener la mente ocupada. Aún no había amanecido del todo, pero lo cierto era que apenas había podido pegar ojo. Todo aquello era tan extraño que le provocaba dolor de cabeza.

No había vuelto a ver a lady Hartford, que cenó a solas en su habitación. Supuso que estaría molesta, y no podía reprochárselo. Él, en su lugar, habría montado sobre el primer caballo que hubiera encontrado en el establo y habría cabalgado en dirección a Nottingham hasta reventarlo. De hecho, había necesitado recurrir a todo su autocontrol para no hacer precisamente eso, que de poco habría servido. Necesitaba viajar en el carruaje, para traer al muchacho de vuelta con él.

Bajó y desayunó frugalmente. El mayordomo le dijo que había colocado una cesta con provisiones en el vehículo. Se vería obligado a hacer noche y a detenerse con cierta frecuencia, pero nunca estaba de más poder tomar algo durante el viaje. El cochero estaba listo. Cuando salía por la puerta, lanzó una mirada en dirección a la escalera, lamentando no haber podido despedirse de lady Hartford. Descubrió que durante esos días la iba a echar de menos, y ese

pensamiento no le hizo precisamente feliz.

La iba a estrangular. Debería haberlo supuesto. Allí estaba ella, cómodamente instalada en el interior del carruaje, sosteniéndole la mirada mientras él permanecía con un pie sobre la escalerilla de acceso.

—¿Qué cree usted que está haciendo? —le preguntó mordaz—. Haga el favor de bajarse ahora mismo.

—Tendrá que sacarme usted, milord —le respondió con una determinación férrea.

—No dude que lo haré. No me obligue a ello.

—Si lo hace, alquilaré el próximo vehículo que pase por la calle y saldré detrás de usted.

Él la contempló y supo que hablaba totalmente en serio.

—Es mi hermano, señor Hamilton. —Suavizó el tono de su voz—. Y solo tiene nueve años. Trate usted de comprenderme.

—Sabe perfectamente lo que arriesga con esto, milady. Los rumores, con suerte, habrían desaparecido en unos meses. Si sigue adelante es posible que no haya marcha atrás.

—Lo he considerado, en efecto. Apenas he logrado dormir. Tengo un mal presentimiento y siento que mi hermano me necesita, que debo ser yo quien vaya en su busca. Lo haré con su ayuda o sin ella, puede creerme.

—La creo —reconoció él, admirando su temple.

—En cuanto a mi reputación, ya le dije que es algo que ha dejado de preocuparme. Me iré a vivir lejos, y si no puede ser en Inglaterra será en Francia, o en Italia. Siempre he deseado ver Roma.

Acompañó sus últimas palabras con una sonrisa, una sonrisa un tanto triste que no llegó a sus ojos de tormenta. Derek asintió. Aquella mujer acababa de ganarle la partida.

—Está bien, que sea como usted quiere —concedió al fin ingresando en el vehículo y tomando asiento frente a ella—. El viaje será largo y tedioso, procure tomárselo con calma.

—Será largo para los dos, milord —dijo ella.

—Pero yo estoy acostumbrado, milady. He cruzado el Atlántico dos veces, y mis negocios me han obligado a recorrer cientos de millas. Los caballos no irán más rápidos por mucho que uno lo desee, ni el vehículo dejará de zarandearse por mucho empeño que uno ponga.

—Lo he comprendido.

Derek asintió y ordenó al cochero que se pusiera en marcha. El alba despuntaba sobre los tejados de las casas mientras el carruaje recorría las calles de la ciudad, aún desiertas y húmedas de rocío.

11

A media mañana Marian tenía la espalda como si fuera una tabla, por no hablar de sus nalgas, que ya ni suyas le parecían. El vehículo iba a buen ritmo y el señor Hamilton tenía razón: se zarandeaba. Más de lo que ella hubiera creído posible. Al principio sintió náuseas y se vio forzada a abrir la ventanilla para tomar un poco de aire. No había desayunado, pensando que, de hacerlo, él la descubriría antes de que ella pudiera colarse en el carruaje. Ahora lo lamentaba. El estómago vacío no paraba de saltar desde su garganta hasta sus pies, y viceversa.

El hombre, en cambio, parecía muy tranquilo. Se había reclinado en el respaldo, cruzado los brazos sobre el pecho y cerrado los ojos. No sabía si dormía o solo descansaba, pero era evidente que se encontraba bastante cómodo. Ojalá ella pudiera viajar de esa forma tan relajada.

—Cuanto menos piense en ello, mejor —dijo entonces el señor Hamilton, sin abrir siquiera los ojos.

—¿Cómo dice? —preguntó ella, que se había sobresaltado al oír su voz.

—En el viaje. No piense en ello. Procure ocupar su mente en otras cosas, relájese, duerma un poco si quiere. Tenemos muchas horas por delante.

—Ya —respondió ella, lacónica.

Entonces sí la miró. Abrió los ojos y aquellas oscuras pupilas registraron cada detalle en unos pocos segundos.

—¿Ha comido algo antes de salir?

—En realidad no he tenido tiempo —reconoció ella, ruborizándose.

—Ya veo. Su plan no era perfecto, después de todo.

—No pretendía que lo fuera —respondió irritada—. Lo único que quería era que no se marchara sin mí.

Él volvió a clavarle la mirada y ella se la mantuvo, aguardando alguna otra crítica, que no llegó. Sí que volvió a sentir, en cambio, esos síntomas a los que ya comenzaba a acostumbrarse y que, comprendió de repente, siempre se producían cuando el señor Hamilton se hallaba cerca. Frunció el ceño, tratando

de discernir qué podía significar eso, pero sus pensamientos no llegaron más allá. Él se incorporó, levantó el asiento sobre el que había permanecido reclinado y dejó al descubierto una especie de arcón. Introdujo la mano en él y sacó una cesta de mimbre, que colocó a su lado.

—Coma algo —le dijo—. No demasiado, no llene su estómago. Elija algo fresco, tal vez un poco de fruta. Se sentirá mejor de inmediato.

Ella asintió. De nuevo, había acudido en su rescate. ¿Realmente era ella tan inútil? ¿De verdad necesitaba que un hombre la salvara continuamente de su vida? «Lamentablemente —se dijo— parece que así es». Deseaba que todo aquello acabara, poder instalarse por su cuenta y tomar las riendas de su vida al fin. «Aguanta un poco más. Solo unos días y todo habrá terminado», se consoló, mientras extraída de la cesta una jugosa manzana. El señor Hamilton tenía razón, como siempre. Unos minutos después las náuseas habían remitido.

Procuró centrar sus pensamientos en algo agradable, en algo que la hiciera olvidar dónde se encontraba. Por desgracia, no había mucho donde elegir. Los últimos años no habían estado precisamente llenos de recuerdos memorables. Tuvo que viajar hasta su adolescencia, cuando Richard era poco más que un bebé y comenzaba a balbucear y a gatear detrás de ella. Esos recuerdos la hicieron sonreír. Supo que había hecho bien acompañando al señor Hamilton, fueran cuales fuesen las consecuencias. Necesitaba ver a su hermano, abrazarlo, asegurarse de que estaba bien y no volver a separarse de él.

El traqueteo del vehículo acabó por transformarse en un movimiento soportable y cadencioso y no tardó en adormilarse.

El día se hizo largo, muy largo. Ninguno de los dos estaba muy hablador, ni siquiera cuando pararon a almorzar o a refrescar los caballos, momentos que Marian aprovechó para estirar las piernas. Llegaron a Broughton cuando ya caía la tarde y se alojaron en una posada bastante limpia, donde un grupo de parroquianos charlaba amigablemente junto al fuego.

Marian se sentía tan terriblemente cansada que se retiró a sus aposentos y pidió algo de cenar. Se aseó un poco y se metió en la cama. Pensó que le costaría trabajo dormirse debido a los nervios que le atenazaban el estómago, pero se equivocó.

A la mañana siguiente se sentía fresca y despejada y esa vez se aseguró de tomar su desayuno. Se reunió con el señor Hamilton en el comedor, cuyo aspecto también mostraba que había descansado. Tampoco hablaron mucho, pero Marian

descubrió que la situación no era incómoda en absoluto. Al parecer no necesitaban llenar las horas de charla insustancial, y eso la hacía sentirse relajada.

En la posada les proporcionaron víveres con los que volvieron a llenar la cesta y se pusieron de nuevo en camino. Según el señor Hamilton, ese día debían recorrer la distancia que los separaba de Leicester, a más de cuarenta millas. La última parada antes de llegar a Nottingham.

Los dedos le hormigueaban ante la necesidad de volver a tocar a su hermano, de abrazarlo y besarlo. Imaginó que, a esas alturas, ya sería un hombrecito y no recibiría con agrado sus muestras de cariño, pero le daba exactamente igual. Trató de imaginar su rostro, su cabello ondulado y sus ojos azules, iguales que los de su madre; los labios finos pero bien delineados, y aquellas mejillas mofletudas que tanto le gustaba pellizcar. Cayó en la cuenta de que era muy posible que él no conservara tantos recuerdos de ella, aún no había cumplido los cuatro años cuando se habían visto por última vez. Ese tiempo, en la vida de un niño, era poco menos que la eternidad.

—¿Qué le ocurre? —La voz del señor Hamilton resonó en el interior del vehículo—. Se ha puesto triste de repente.

—¿Me estaba usted observando? —inquirió ella, un tanto molesta.

—No hay mucho más que hacer —respondió él—. Pero si la incomoda puedo intentar leer el periódico.

—Lo siento, no pretendía ser grosera —reconoció ella, contrita—. Estaba pensando en Richard.

—Eso debería ser motivo de alegría, mañana podrá verle.

—Sí.

—Y eso no la hace feliz porque...

—Oh, sí, me hace muy feliz, de verdad que sí. No hay nada en el mundo que pudiera alegrarme más que eso —dijo ella rápidamente—. Es solo que pensaba, en fin, es una tontería... déjelo.

—Por favor...

—Me preguntaba si él se acordará de mí —dijo casi en un murmullo, para centrar su vista en el paisaje a través de la ventanilla.

—¿Cuántos años tenía cuando se marchó?

—Faltaban pocas semanas para que cumpliera los cuatro años —respondió ella.

—Era muy pequeño. Es razonable que albergue esa inquietud —le dijo—. No obstante, me atrevo a asegurar que no la habrá olvidado. Usted es para él como

una madre.

Ella sonrió.

—Sí, es cierto.

—Y eso nunca se olvida, por más años que pasen.

—¿Usted recuerda a la suya? —preguntó ella.

—Sí. Yo tenía ocho años cuando murió, pero sí. Tal vez no con detalle, no recuerdo por ejemplo si tenía las cejas finas o gruesas, o la forma exacta de sus labios, pero puedo evocar sin esfuerzo el sonido de su voz, el tacto de sus manos o su olor. Estoy convencido de que en cuanto Richard se acerque a usted, todo eso volverá. Tal vez no reconozca del todo su aspecto, aunque le resulte familiar, pero me juego mi mejor caballo a que, en cuanto la oiga hablar, o pueda aspirar su aroma... no tendrá ninguna duda de quién es usted.

—Seguramente tenga razón —reconoció ella, con el corazón más ligero.

—Por supuesto que la tengo —dijo muy ufano.

Marian volvió a sonreír. Aquel hombre era tan arrogante...

—¿Siempre es usted tan arrogante? —preguntó, y al momento se tapó la boca con la mano, incapaz de creer que hubiera expresado su pensamiento en voz alta.

Hamilton soltó una carcajada.

—Me temo que sí, la mayoría de las veces —reconoció—. Al menos en cuanto a los temas que conozco.

—Y por lo que parece conoce usted muchos —añadió ella con retintín, otra vez atónita. ¿Desde cuándo se mostraba tan descortés con alguien que la había ayudado tanto? Las palabras huían de su boca como si fuera incapaz de contenerlas.

—Lady Hartford, ¿está tratando de insultarme? —le dijo él sonriente.

—No, yo no... oh, por favor, le ruego que me perdone. No sé qué me sucede.

—Le sucede que está nerviosa, que se siente enjaulada metida en este carruaje sin nada que hacer y que las horas transcurren con una lentitud pasmosa.

Ella arqueó las cejas.

—Ya le dicho que sé sobre muchas cosas —añadió él con otra sonrisa.

Marian sintió que el corazón se le agarraba a la garganta y que el pulso se concentraba en las muñecas mientras observaba la sonrisa de aquel hombre. «¿Sabrá lo guapo que está cuando sonrío?», se preguntó.

—Creo que me lo han dicho en alguna ocasión, sí —dijo él, alzando una ceja.

—Oh, Dios mío, ¿lo he dicho en voz alta? —Las mejillas le ardían como si se hubiera comido dos teas ardiendo.

—Me temo que sí —contestó él, riendo con ganas.

—Le ruego que me perdone. —Si en ese instante hubieran estado fuera del carruaje, habría sido un momento perfecto para salir huyendo y no parar hasta Escocia. No sabía a dónde dirigir la mirada.

—Usted también es preciosa —le dijo entonces él, con un tono de voz tan suave que la sintió casi como una caricia.

Todos sus síntomas se dispararon: fiebre, falta de aliento, pulso acelerado, miembros laxos... Dios mío, ¿se iba a morir dentro de aquel carruaje, a falta de pocas horas de reencontrarse con su hermano?

—¿Se encuentra bien? —le preguntó él, con el ceño fruncido.

—Creo que hace mucho calor aquí dentro, ¿no? —preguntó ella, tratando de aflojarse un poco el cuello del vestido.

—Milady, no creo que superemos los diez o doce grados ahí fuera.

—¿De verdad? —preguntó ella, sofocada.

—¿Siempre reacciona así cuando alguien es galante con usted?

—No lo sé —reconoció—. Creo que estoy enferma, aunque el médico aseguró que no me ocurría nada malo.

El hombre la miró con fijeza y aquellos ojos, centrados en los suyos, volvieron a alterarla. Y entonces, como una revelación, la verdad se asomó a su mente y la dejó atónita. De repente, le pareció que se ahogaba.

—Por favor, ¿podría decirle al cochero que pare? Necesito tomar el aire...

—Pero milady, estamos en medio de la campiña y...

—¡Ahora!

El hombre se sobresaltó ante su exabrupto, pero Marian era incapaz de enhebrar un solo pensamiento para pedirle disculpas. Él tenía la culpa de lo que le estaba sucediendo, él y su brillante armadura.

Hamilton ordenó al cochero que se detuviera y, en cuanto lo hizo, Marian no esperó a que él la ayudara a bajar. En un momento se encontró fuera del vehículo, en medio de ninguna parte, rodeada de campos verdes salpicados de árboles hasta donde alcanzaba la vista. Caminó durante un rato, sin rumbo fijo, tratando de controlarse, alejándose del carruaje para volver sobre sus pasos, y luego de derecha a izquierda, con la mano sobre el pecho, tratando de recobrar la respiración.

¿Era posible que sintiera algo por ese hombre, por el hijo de su difunto marido?

Derek creía que lady Hartford se había vuelto loca, que los nervios de los

últimos días habían podido con ella. Aunque se mostraba cuerda e ingeniosa, y lo había mirado con algo parecido a... ¿a qué?

No había dejado de observarla durante todo el camino. La suave curva de su mandíbula, la delicadeza de sus manos, la longitud de sus pestañas, aquel cabello castaño tan sedoso, y esos ojos, esos ojos que lo perseguían en cuanto cerraba los suyos. Se dio cuenta de que su salud mental peligraba junto a aquella mujer, tan accesible y al mismo tiempo tan lejana.

Volvió a observarla. Caminaba de un lado a otro y movía los labios sin cesar, aunque no podía oír qué estaba diciendo. ¿Rezaba tal vez? Miró al cochero, que no perdía detalle de aquellos paseos erráticos con los ojos como platos, aunque el hombre se abstuvo de hacer ningún comentario.

¿Acaso sus palabras la habían incomodado? Era lo que parecía. Tal vez no estaba acostumbrada a que nadie se mostrara galante, o le resultaba indecoroso que fuese él quien lo hiciera. «Es la viuda de tu padre, maldita sea. Haz el favor de no olvidarlo», se dijo, convencido de que esa era la razón. Había cruzado una peligrosa línea y por nada del mundo deseaba herirla, ni que se sintiera ofendida.

De repente, la mujer se detuvo en medio del prado y alzó la cabeza. Sus miradas se encontraron. La de ella brillaba con una intensidad que le provocó un extraño calor en el pecho y una rara sensación de náuseas.

Ella bajó la vista y volvió a dirigirse al vehículo, aunque no pronunció palabra. Aceptó su ayuda para subir al carruaje y él sintió un escalofrío cuando sintió la calidez de la mano enguantada sobre la suya. ¿Estaría poniéndose enfermo él también?

—¿Qué quiere decir con que no tiene habitaciones libres? —preguntó, alzando la voz, al posadero.

—Es la feria del condado, milord. Ya se lo he dicho. Solo me queda un cuarto libre para usted y su... eh... ¿esposa?

Derek giró la cabeza y vio a lady Hartford junto al carruaje.

Desde el episodio de la mañana apenas habían vuelto a dirigirse la palabra, y casi lo prefería. En algún momento la había sorprendido mirándolo con intensidad, para desviar rápidamente la mirada con las mejillas del color de las amapolas. No sabía qué rondaba por aquella cabecita, pero intuía que era mejor no averiguarlo.

—Sí, en efecto —respondió con presteza. Aquel hombre no necesitaba saber la relación que mantenían ellos dos—. Pero mi esposa y yo preferimos cuartos

separados.

—Lo lamento mucho, milord. Pero de aquí hasta Loughborough no quedan habitaciones libres.

En ese momento un nuevo vehículo entraba en el patio y Derek supo que, si no se decidía rápido, era muy probable que se vieran obligados a dormir en los establos.

—Está bien, me la quedo —dijo al fin, entregándole unas monedas—. Tanto la señora como yo necesitaremos un baño, ¿es posible? —La necesidad de asearse tras tantas horas encerrados era perentoria, y suponía que ella era del mismo parecer.

—Por supuesto, milord. Durante estos días contratamos personal extra y tanto usted como su esposa serán atendidos de inmediato.

Derek asintió y dejó que el hombre se alejara en dirección al interior para dar las órdenes oportunas. «Ahora tengo que contárselo a ella», se dijo, temiendo su reacción.

Una vez más, ella le sorprendió. Al principio se mostró reacia, como era natural, pero resultaba evidente que él no había podido inventarse algo así con algún oscuro propósito: la posada estaba a rebosar. Él le propuso dormir en el establo para que ella pudiera disponer del cuarto, pero ella se negó en redondo. Cuando finalmente le dijo que le había dicho al posadero que eran marido y mujer, para evitar un escándalo, ella se mostró de acuerdo.

—Ha sido usted muy inteligente —le dijo—. Y rápido de reflejos.

—Fue lo primero que se me ocurrió —dijo él—. Por cierto, me he tomado la libertad de pedir que le preparen un baño. En realidad, he pedido que nos lo preparen a los dos.

—No a la vez, espero —se apresuró ella a añadir.

—No, por supuesto.

—Bien, bien.

—He pensado que podría usted permanecer un rato más en el carruaje, hasta que yo me haya aseado. Luego podrá disponer de la habitación para usted sola, a no ser que prefiera que lo hagamos al revés.

—No, no. Muchas gracias, es usted muy considerado.

Derek asintió por toda respuesta y volvió al interior del edificio tras dejarla acomodada en el interior del vehículo.

Marian se dejó caer sobre el respaldo, presa de un ataque de nervios. ¿Iban a

compartir la misma habitación, como marido y mujer? Cuando él le había comunicado la noticia había sentido deseos de meterse en el carruaje y pasar la noche en su interior, fuera como fuese. Pero el hombre había parecido tan incómodo, y había visto cómo discutía con el mesonero, que se vio incapaz de recriminarle nada. ¿Con qué derecho, además? Si estaban allí, si todo aquello estaba sucediendo, era gracias a él. Dormiría vestida sobre su cama y él debería hacer lo propio sobre la suya, de ese modo no quebrantarían ninguna norma.

Al día siguiente se encontraría al fin con Richard, eso era lo único que importaba.

Su determinación flaqueó en cuanto subió al piso superior y entró en la habitación. Había una sola cama en el cuarto. Muy grande, cierto. Pero solo UNA. ¿Cómo iba a dormir junto a aquel hombre? ¡Pero si ni siquiera era capaz de mantener la serenidad cuando lo tenía a un metro de distancia! Se quedó inmóvil en el umbral, observando la estancia: la cama, la mesa con dos sillas, el aparador, la chimenea con la bañera humeante frente a ella, la alfombra... Era una habitación espaciosa y elegante, y estaba muy limpia.

—Yo dormiré en el suelo —anunció él a su espalda—. Sobre la alfombra.

Hamilton pasó junto a ella con su bolsa de viaje, que dejó a los pies de la cama. Luego se volvió en su dirección.

—El comedor está lleno —le dijo—. ¿Le apetecería que cenásemos aquí?

—Sí, claro, me parece bien —contestó ella, regresando de sus pensamientos.

—Milady, no se preocupe. Solo es una noche.

—No estoy preocupada.

—Está a punto de salir corriendo —le dijo él con media sonrisa.

Ella le lanzó una mirada furibunda, que no hizo sino aumentar la mueca de aquel.

—Prometo no tocarla —le dijo él, colocándose la mano derecha sobre el corazón.

—¡Oh, por Dios! ¡Ni siquiera había pensado en ello!

—Bien, porque debo confesarle que yo no he pensado en otra cosa desde que he entrado en este cuarto.

Y, sin añadir nada más, abandonó la habitación, dejándola perpleja y temblorosa.

Derek se apoyó sobre la puerta cerrada. ¿De verdad había sido capaz de decirle eso? Era cierto, desde luego, pero ella no tenía ninguna necesidad de saberlo,

¿no? Se comportaba como un jovencito en pos de una nueva amante, como si anduviera buscando cualquier oportunidad de estar a solas con una mujer.

«Tranquilo, muchacho, tranquilo. Mañana todo esto habrá terminado», se dijo mientras recorría el pasillo en dirección a la escalera. Encargaría la cena, comerían, tal vez charlarían un rato, descansarían como pudieran y por la mañana continuarían el viaje.

Marian se sentía relajada después del baño. Les habían subido un jugoso asado y unas exquisitas verduras, y el vino estaba delicioso. Ella no acostumbraba a beber, pero se sentía tan nerviosa que pensó que un poco de alcohol la calmaría. Sin embargo, el efecto había sido exactamente el contrario.

Estaba parlanchina y se reía por cualquier nimiedad. Se sentía liviana, casi como si pudiera abrir la ventana y echar a volar.

—Será mejor que no beba más —le dijo él retirándole la copa.

—Oh, ¿por qué? —Hizo un mohín con la boca—. ¡Está delicioso!

—Me doy cuenta, pero está usted un poco... achispada.

—¿Siempre es usted tan aburrido?

—Solo cuando debo encargarme de una dama agarrada a una botella.

—A veces es usted muy gracioso, ¿lo sabía?

—¿Solo a veces? —inquirió él con una sonrisa. La verdad es que esa nueva lady Hartford era sumamente refrescante.

—¿Está usted casado? —le preguntó ella de repente, cambiando de conversación.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no siento ningún deseo de contraer matrimonio.

—¡Yo tampoco! —anunció ella, dando un golpe sobre la mesa.

—Es usted muy joven —le dijo él—. Algún día encontrará a un hombre que la merezca.

—¡Jamás! —volvió a exclamar—. Jamás seré de otro hombre, ya he tenido suficiente para toda una vida.

El semblante se cubrió con un velo de tristeza y Derek lamentó que la alegría del vino le hubiera durado tan poco. Un segundo después se vio obligado a rectificar.

—Me gustan los vestidos que encargó para mí —le dijo, colocando su mano, cálida y suave, sobre la de él.

—Me alegro —dijo él, observando aquellos largos y delgados dedos sobre su dorso. Trató de no mover la mano, porque su primer impulso había sido girarla y enlazar sus dedos con los de ella.

—Mañana me pondré uno —anunció la mujer, poniéndose en pie.

Se dirigió un tanto tambaleante a uno de los baúles y sacó uno de color lavanda y otro de color crema, y los sostuvo en alto frente a él.

—¿Cuál le gusta más? —preguntó—. No quiero que Richard me vea vestida con esa ropa tan negra.

—Los dos son preciosos, y le quedarán estupendamente.

—Oh, vamos, ayúdeme. —Hizo un puchero con los labios de lo más sensual, y Derek tuvo que agarrarse a la silla para no levantarse e ir en su dirección, a cubrir con sus labios aquel gesto.

—Creo que el de color lavanda es un poco más alegre.

—Sí, ¡¡yo también lo creo!! —dijo ella dando saltitos, como una niña pequeña. Derek no pudo evitar una sonrisa.

Ella se lo quedó mirando fijamente, con el ceño un poco fruncido, como si tratara de concentrarse.

—¿Sabe una cosa? —le preguntó ella.

—¿Qué?

—Usted me gusta —anunció, dejando caer los brazos—. Hasta hoy no me había dado cuenta de cuánto.

—¿Por eso pidió que detuviera el carruaje?

—¡¡Sí!! Necesitaba pensar, ¿sabe?

—Claro. —La bebida le soltaba la lengua. Sabía que no estaba bien aprovecharse de esa circunstancia, pero era incapaz de hacer caso a su conciencia—. ¿Y a qué conclusión ha llegado?

—¿Sobre qué? —preguntó ella, como si no supiera de qué hablaba.

—Sobre lo que ha estado pensando.

—Ah, a ninguna. No sabía que debía alcanzar una —reconoció con un gesto de contrariedad.

—No importa.

—¿Y sabe otra cosa?

—No, ¿el qué?

—Creo que yo también le gusto.

—¿Usted cree? —preguntó, con el pulso de repente acelerado.

—Sí, lo sé por la forma en que me mira.

—Es usted alguien digno de mirar.

—No, no se trata de eso. Me mira como si yo fuera hermosa.

—Es usted hermosa.

—Oh, no, qué va. —Movi6 en6rgicamente la cabeza de lado a lado, y un par de mechones escaparon de su improvisado peinado.

—Si se viera a s6 misma con mis ojos, como ahora mismo, ah6 de pie, con el reflejo del fuego sobre su cabello, pensar6a igual que yo —dijo con voz ronca.

—Hace usted que me sienta enferma, ¿lo sab6a?

—No, no lo sab6a.

—Cuando estoy con usted siento que me falta el aire, y que la temperatura de mi cuerpo se eleva y... —Trastabill6 con el borde de uno de los vestidos que a6n sosten6a entre las manos y Derek se levant6 de un salto para impedir que se cayera al suelo. Ella hab6a recuperado el equilibrio enseguida, pero 6l ya estaba all6 sujet6ndola por la cintura.

Estaban tan cerca que pod6a sentir los latidos del coraz6n de la mujer. Ella hab6a elevado la cabeza y lo miraba con intensidad. Sus ojos brillaban. Ten6a las mejillas arreboladas y los labios entreabiertos.

—Milady, creo que voy a besarla.

—¿Cu6ndo? —pregunt6 ella, en un hilo de voz.

—Ahora mismo —anunci6 6l, aunque permaneci6 inm6vil, buceando en aquellos ojos tormentosos, d6ndole tiempo a asimilar la informaci6n y a negarse. Ella no hab6a bebido tanto como para no discernir.

—¿Cu6ndo es *ahora mismo*? —pregunt6 ella, viendo que 6l no se mov6a.

—¿Est6 impaciente? —inquiri6 6l con una sonrisa de medio lado.

—Me encanta cuando sonr6e, ¿se lo hab6a dicho ya?

—S6, algo me coment6 hoy en el carruaje.

—Oh, es cierto. Lo hab6a olvidado.

—Yo no.

—Milord, ¿va a besarme ya?

—¿De verdad quiere que lo haga?

—¿Necesito repetirlo? Porque puedo...

Derek cubri6 los labios femeninos con los suyos en un movimiento r6pido que la pill6 totalmente desprevenida. Ella abri6 los labios ante el contacto y 6l se hundi6 en ella, con una pasi6n arrolladora, mientras la pegaba a su cuerpo duro y encendido. La mujer alz6 los brazos y le rode6 el cuello. Una de sus manos se intern6 en su cabello, atray6ndolo m6s a ella si eso era posible. Pegaba su torso al de 6l, y el hombre pod6a sentir los senos bajo la ropa. Sin cors6, solo algunas capas de tela los separaban.

Ella comenzó a emitir una serie de gemidos mientras temblaba entre sus brazos, abrasada por aquel beso que la estaba derritiendo por dentro. Jamás habría imaginado que un beso pudiera ser así, tan dulce y al mismo tiempo tan intenso. Sentía toda su piel erizada y el pulso a una velocidad que habría creído imposible. Deseó, con una pequeña porción de cerebro aún en funcionamiento, que aquel momento no acabase nunca. Las lenguas se encontraban y se rodeaban, se enlazaban y se perdían. Él mordisqueaba sus labios y le daba una sucesión de besos cortos y húmedos para volver a internarse en su boca. Si él no la hubiera tenido bien sujeta, si ella no estuviera agarrada a él, se habría caído al suelo. Sus rodillas no la sostenían.

Él se separó un poco y comenzó a besar su mandíbula, el cuello, el lóbulo de la oreja, las mejillas... y ella trató de hacer lo propio. No tenía bastantes manos para abarcar todo lo que anhelaba de repente, ni bastantes labios para cubrir aquella piel caliente que la llamaba y la encendía.

Las manos de él recorrieron su espalda y llegaron al nacimiento de sus nalgas. Apretó sus caderas contra las de él y ella sintió su poderosa erección, lo que no hizo sino aumentar su deseo. Jamás, en toda su vida, había sentido algo parecido e intuía que iba a ser muy distinto a cuando había vivido hasta ese momento. Sin previo aviso, una imagen fugaz pasó por su mente: el barón yaciendo sobre ella, tratando de besarla del mismo modo en que lo hacía su hijo, apretando sus delicados pechos hasta hacerle daño...

Él se dio cuenta de que algo pasaba. Ella se envaró, perdió de pronto toda la pasión que la había dominado y trató de separarse de él. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para respetar sus deseos. Se quedaron los dos con las frentes unidas, tratando de recuperar el aliento.

—Lo siento, milady —dijo él.

—¿Qué es lo que siente? —le preguntó ella, con los ojos cerrados.

—Esto no debería haber pasado —respondió él, con un pesar que se le asentó en el pecho.

—Tal vez no —dijo ella retirándose un poco y mirándolo a los ojos—. Pero no lo lamento.

—Tampoco yo —dijo él con una leve sonrisa.

—Será mejor que vayamos a descansar —anunció ella, retirándose definitivamente y tratando de recuperar el control sobre su cuerpo, no muy dispuesto a obedecerla.

—Saldré fuera para que pueda usted arreglarse —le dijo él.

La soltó y de inmediato sintió el frío que su ausencia le provocaba. Sin volver

a mirarla, abandonó la habitación.

Marian se apoyó sobre la cama. ¿Qué era lo que había ocurrido? Ese hombre, el hijo de su difunto marido, la había besado como jamás nadie lo había hecho. Se llevó los dedos a los labios, hinchados y temblorosos. Aún sentía su calor sobre ellos, aquella lengua que la había enloquecido. ¿Qué le pasaba? ¿Era realmente una pérdida, como lady Hamilton le había dicho en más de una ocasión? Hasta ese momento no lo había creído posible. Pensó en Lionel y en Thomas Wates y descubrió que no sentía ningún deseo de besar a ninguno de ellos, ni de compartir el momento de intimidad que había tenido con Derek Hamilton.

Aún notaba en su espalda el calor que sus palmas le habían transmitido mientras la pegaba contra su cuerpo, un cuerpo que en ese momento extrañaba hasta el dolor. Se llevó las manos a la cara y ahogó un sollozo de frustración. No podía, no debía, sentirse atraída por aquel hombre, era indecoroso e indecente. La realidad le causó una profunda tristeza y tuvo que morderse los labios, aún doloridos, mientras se desvestía y se preparaba para acostarse.

El recuerdo del barón, que había irrumpido en su mente unos minutos antes, había quedado completamente borrado. Ahora solo era capaz de conjurar el rostro de su hijo, su fuerte mandíbula, sus ojos expresivos, la forma de sus labios, su sabor, su olor... Notó cómo el pulso volvía a acelerarse.

Aguardó a que él regresara a la habitación, con la vista fija en el techo. Transcurrían los minutos y él no volvía. Necesitaba que estuviera allí, necesitaba tenerlo cerca de nuevo, oír el sonido de su voz, la fuerza de su presencia...

Nunca había sentido nada parecido, y comenzaba a sospechar que se había enamorado de Derek Hamilton.

El causante de sus desvelos bajó al comedor en cuanto disminuyó su erección. Pidió una botella de whisky y tomó asiento a una de las mesas más apartadas, dispuesto a emborracharse y a borrar de su mente y de su piel a aquella mujer. Si ella no se hubiera detenido, ahora mismo podría haberla tenido bajo él, aguantando sus embestidas y disfrutando —con toda probabilidad— del primer orgasmo de su vida. Descubrió que le habría encantado ser el hombre que se lo proporcionase, el hombre que la hiciera descubrir lo que eran el deseo y la pasión.

Se sirvió otra copa. Mientras la besaba, ni siquiera había pensado en quién era ella, ni en quién había besado esos mismos labios antes que él. Toda su mente estaba concentrada en Marian Fillmore, una joven dulce y hermosa que se ofrecía a él con todo el ímpetu de su inocencia, sin dobleces, sin juegos. Cuando se sirvió el tercer vaso, decidió que no era buena idea regresar al cuarto. En cuanto volviera a verla, era muy posible que se abalanzara sobre ella para arrancarle la ropa y llevarla al éxtasis. Todas las veces que su cuerpo le permitiera.

Un rato más tarde salió al exterior, donde el frío de la noche despejó parte de su embotada cabeza. Con el paso un tanto vacilante, se dirigió a los establos y se metió dentro del carruaje aparcado fuera, dispuesto a pasar una de las peores noches de su vida.

12

No supo cuándo había logrado al fin dormirse, pero cuando despertó estaba sola en la habitación y todo permanecía tal y como lo había dejado. El señor Hamilton no había regresado, y no sabía si alegrarse por ello.

Acarició de nuevo sus labios. Ya no quedaba en ellos ningún rastro de lo que había ocurrido la noche anterior. Solo la sensación, esa maravillosa dulzura que la había embriagado y que casi había conseguido hacerle perder la cabeza. «Olvídalo», se dijo.

Ese era un día importante, sin duda el más importante que había tenido desde hacía años. Su hermano, Richard, estaba a menos de treinta millas de distancia y en unas pocas horas volverían a estar juntos de nuevo. Mientras se aseaba y se vestía trató de eliminar de su mente al señor Hamilton, con bastante éxito. Todos sus pensamientos se centraron en su hermano, al menos hasta que bajó al comedor y se lo encontró allí, con el cabello un tanto revuelto y la ropa arrugada.

Se quedó parada en el umbral, observando la mesa donde estaba sentado. En el salón había más gente, pero era incapaz de discernir si eran muchos o pocos, solo le llegaba amortiguado el sonido de varias voces. Se agarró al vano de la puerta, tratando de controlar sus rodillas.

Sus miradas se prendieron durante unos segundos y al poco él se levantó y acudió a su encuentro.

—¿Ha dormido bien? —preguntó él tendiéndole el brazo para acompañarla a su asiento.

—Eh, sí, gracias —contestó ella, con las mejillas encendidas—. ¿Y usted?

—He tenido noches mejores.

—Yo, siento mucho lo...

—Por favor, no. Olvidemos lo que ocurrió anoche, de todos modos no volverá a repetirse. Achaquémoslo al vino y a los nervios. ¿Le parece bien?

—Sí, claro —contestó con timidez, sabiendo que jamás iba a poder olvidar un beso como aquel. Pero el hombre tenía razón: no debía volver a ocurrir.

Tomó asiento y desayunó con desgana, con un nudo en el estómago difícil de

soltar. Él parecía enfrascado en la lectura de un periódico y apenas le prestó atención. Cuando ella hubo finalizado, él la acompañó arriba para que pudiera preparar su equipaje. Derek aguardó fuera, y cuando ella salió, la condujo al carruaje. La dejó allí mientras él subía a cambiarse de ropa y a refrescarse un poco.

Cuando entró en el cuarto, los recuerdos de la noche anterior lo asaltaron. Aún estaban allí los restos de la cena y la botella medio vacía. El fuego se había apagado hacía rato, pero no le costó imaginárselo de nuevo encendido, iluminando los cabellos de la mujer. Carraspeó en un intento de recuperar la concentración y se quitó la ropa arrugada. La cama estaba deshecha y no pudo evitar llevarse uno de los almohadones a la cara y aspirar el aroma que ella había dejado en él. «Estás enfermo», pensó.

Lanzó el cojín sobre la cama y se aseó con el agua que había traído una de las criadas. Se afeitó y se puso ropa limpia, y, unos minutos después, estaba cómodamente instalado en el interior del vehículo, dispuesto a cubrir la última etapa de aquel viaje.

Procuró concentrarse en la prensa local que había cogido en la posada, pero no podía evitar observarla de reojo. Ella, a su vez, contemplaba el paisaje a través de la ventanilla, evitando que sus ojos se encontraran. El silencio entre ambos era tenso, muy distinto al que habían mantenido el día anterior.

Llegaron a Nottingham a última hora de la mañana y el cochero tuvo que pedir indicaciones para encontrar la escuela St. Joseph's. La mujer estaba cada vez más alterada, incapaz de permanecer quieta ni un segundo. De vez en cuando lo miraba, esperando tal vez que él dijera algo.

—Ya casi hemos llegado —anunció al fin.

—Sí, lo sé. Estoy...

—¿Nerviosa?

—Y asustada. Y feliz. —Le regaló una de sus sonrisas, que iluminó el gris de sus ojos. Derek sintió un palpito en la entrepierna y otro unos palmos más arriba. ¡Estaba tan hermosa!

El vehículo se alejó del centro de la urbe, lo que extrañó a ambos. Derek consultó con el cochero, que le dijo que seguía las indicaciones de uno de los vecinos, y se internaron por un camino mal delimitado que discurría por el interior de un bosquecillo. No tuvieron que recorrer mucha distancia. A unos cientos de yardas se vislumbraban un conjunto de tejados.

—Oh, ¡Dios mío! —exclamó la mujer llevándose una mano a la boca.

Derek miró también por la ventanilla de la derecha, ya que él iba situado de

espaldas, y sintió que el alma se le caía a los pies. El edificio, que ahora se mostraba en toda su magnitud, era un viejo caserón lleno de desconchones y rodeado de jardines descuidados. Era evidente el estado de deterioro, y rogó porque al menos el interior estuviera en buen estado. Por el bien de quien fuese quien regentase aquel tugurio, de verdad lo esperaba.

—Creo que será mejor que se quede aquí —le dijo él con voz dura—. Aún no sabemos si este es el lugar, ni si hay niños dentro.

—¿Usted cree que...?

—Lo averiguaré en unos minutos. Por favor, permanezca tranquila. Seguro que se trata de un error.

La mujer se retorció las manos, presa de un estado de inquietud que él comprendía muy bien. Sin pensárselo, acarició su mejilla con el dorso de los dedos, tratando de transmitirle cierta calma. Ella reclinó la cara contra su mano, agradeciendo el gesto y dedicándole una mirada de súplica que lo llenó de desazón.

Se bajó del carruaje y recorrió a grandes zancadas los escasos metros que lo separaban de la puerta. Tiró de una cadena que había junto al marco, con tanta insistencia que acabó quedándose con ella en la mano. Al poco la puerta se abrió, y un hombre alto y nervudo lo recibió en el umbral. En cuanto se dio cuenta de que se trataba de un caballero, le dedicó una sonrisa meliflua y una ligera inclinación de cabeza.

—Buenos días, milord. ¿En qué puedo servirle?

Derek no podía apartar la vista de aquella nariz ganchuda.

—Me temo que nos hemos equivocado de dirección. Buscábamos la escuela St. Joseph's.

—Pues ha llegado usted a ella, milord.

El hombre acompañó las palabras con un gesto del brazo, invitándole a pasar.

—¿A quién tenemos el placer de recibir en nuestra humilde casa? —inquirió solícito.

—Soy el barón de Hartford —anunció irguiéndose en toda su estatura, tratando de mostrarse aún más señorial.

—Oh, señor barón, es una gran alegría conocerle al fin —dijo el hombre con una sonrisa, dirigiéndole a un despacho situado a la derecha de la entrada—. Aunque, si me permite que se lo diga, es usted mucho más joven de lo que esperaba.

Hamilton estuvo tentado de decirle que en realidad él no era quien suponía, pero cerró la boca en el último momento. ¿Y si eso representaba algún

impedimento para poder sacar al muchacho de allí?

—Siempre me lo dicen, señor...

—Sanders, Jeremiah Sanders. Comprendo que no recuerde mi nombre, no se preocupe... apenas hemos intercambiado un par de misivas. —Entrecerró sus ojillos, de un azul desvaído—. ¿Y a qué debemos el honor de su visita, milord? ¿Viene acaso a interesarse por su pupilo?

—Así es, en efecto.

—Esto es un tanto... irregular, si me permite decirlo. —Hizo una breve pausa, esperando una aclaración que no llegó—. Los alumnos que tenemos aquí... en fin, ya sabe usted que la mayoría son huérfanos o fruto de relaciones adúlteras, no acostumbramos a recibir visitas.

Derek sintió que la angustia le carcomía por dentro.

—¿Y con cuántos alumnos cuenta ahora la escuela? —preguntó, vivamente interesado.

—Bueno, en este momento alojamos a cuarenta y dos alumnos, de edades comprendidas entre los seis y los doce años.

Echó un vistazo rápido alrededor.

—Veo que el edificio no está en muy buenas condiciones.

—Comprenda usted que son muchos gastos. Esos críos comen mucho, están en edad de crecer, ya sabe...

—Sí, por supuesto —contestó, con los dientes apretados.

—Y no son muchos los benefactores del centro, entre los que tenemos el honor de contarle. El municipio nos asignó una cantidad anual para los huérfanos, pero siempre es insuficiente —aclaró soltando un aparatoso suspiro que a Derek le sonó completamente falso.

—No quisiera hacerle perder más tiempo, señor Sanderson, pero...

—Sanders.

—¿Cómo? —preguntó, molesto por la interrupción.

—Soy el señor Sanders —respondió el hombre, de nuevo con aquella sonrisa que le revolvió las tripas.

—Señor Sanders, de acuerdo. Le decía que no quería hacerle perder más tiempo y que he venido a llevarme al muchacho.

—¡Pero eso no puede ser, milord!

—Creo que no lo he entendido bien, señor Sanders. O tal vez ha sido usted quien no me ha entendido a mí.

—Oh, he escuchado perfectamente, milord —explicó el hombre, con el rostro serio—. Pero no puede llevarse al chico de aquí, está en medio de una clase.

Además, estamos a mitad de curso y esto es muy irregular. ¿Y quién me dice a mí que es usted realmente quien dice ser?

—¿Acaso duda de mi palabra? —inquirió con el ceño fruncido y avanzando un paso en su dirección.

—Señor, Dios me libre, pero entienda que yo debo velar por la seguridad de estos niños, muchos de los cuales están solos en el mundo. No puedo entregárselos al primero que venga a buscarlos.

—Aquí tiene una carta de Archibald Jenkins, el abogado... mi abogado. Supongo que reconocerá su letra, ¿verdad?

El hombre echó un vistazo al papel que le tendía y asintió enérgicamente.

—Sí, por supuesto. Disculpe usted, milord, pero comprenda que debía asegurarme.

—Lo comprendo, y le agradezco el *interés* que demuestra por esos niños.

—Bien, entonces ha venido usted a llevarse al jovencito.

—En efecto.

—Vuelvo a insistir en que esto es del todo irregular.

—Señor Sanders, he traído conmigo una importante cantidad de dinero, que pagará con creces el curso completo e incluso alguno más.

Los ojillos del hombre resplandecieron. «No hay nada como el dinero para abrir unas cuantas puertas», se dijo.

—Es usted muy considerado, milord —le dijo el hombrecillo.

Derek sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo entregó. El hombre no esperó a estar a solas para comprobar su contenido, que, a juzgar por la sonrisa que le iluminó la cara, era más que suficiente.

—Muchas gracias, milord, en mi nombre y en el de todos los que formamos esta gran familia que...

—¿Dónde está? —preguntó, harto ya de tantos rodeos.

—Me temo que no podemos interrumpir la lección, milord. Perjudicaría al resto de los alumnos. Puede usted regresar esta tarde y el muchacho estará listo para marcharse con usted.

—No.

—¿Cómo dice?

—He dicho que no. —Hamilton tensó la mandíbula hasta que le rechinaron los dientes.

—Pero...

—Señor Sanders, voy a salir de aquí ahora mismo con ese chico, por las buenas o por las malas. ¿Cómo prefiere usted que sea?

El hombre palideció y retrocedió un paso, intimidado por aquella mirada dura como el acero.

—Yo, no puedo...

—Está bien.

Derek se dio media vuelta y salió del despacho al recibidor. De allí partía una escalera al piso superior, donde suponía que estaban los dormitorios. A la izquierda de la puerta se abría un pasillo que giraba hacia la derecha. Se dirigía en aquella dirección cuando la mano de Sanders lo agarró del brazo.

—¡Milord! —Derek se zafó y se enfrentó a él.

—¿Por dónde?! —bramó, con la cara a escasos centímetros de aquel rostro—. No me obligue a repetir la pregunta —siseó.

El hombre no añadió palabra, pero señaló la segunda puerta, y hacia allí dirigió Hamilton sus pasos. La abrió con fuerza y la madera se estrelló contra la pared, haciendo que todas las miradas convergieran en él.

En la clase había un par de mesas largas y unos bancos corridos, tan llenos de mugre como aquellos desharrapados que ocupaban los asientos, al menos una docena de niños que lo miraron con espanto. Su vista se dirigió hacia el entarimado, donde un profesor bajito y regordete, con un poblado bigote, golpeaba en ese momento con una regla las manos extendidas de un pequeño, con la cara llena de lágrimas y de mocos. «Que no sea él, por favor», pensó, para maldecirse un instante después. No importaba quién fuera aquel pequeño, ni qué falta hubiera cometido.

Recorrió con la vista a los presentes, hasta detenerse en un pequeño con la cara llena de churretes y el pelo de punta, tan corto que se le veía el cuero cabelludo. Sus rasgos le resultaron familiares.

—¿Eres Richard Fillmore? —preguntó, sin darse cuenta de lo fuerte que había sonado su voz.

El chico se encogió en el asiento y las lágrimas acudieron a sus ojos mientras asentía con timidez.

—¿Qué quiere de él? —preguntó otro niño que estaba a su lado poniéndose en pie de un salto. Se colocó delante del joven Richard, como si tratara de defenderlo, a pesar de que era mucho más menudo—. No ha hecho nada malo.

—Lo sé —contestó Derek en un tono mucho más suave—. He venido a llevármelo.

—¡¡No!! —exclamó el pequeño con los ojos cargados de rabia.

—¿Qué es lo que está sucediendo aquí? —intervino entonces el profesor, recuperado de la sorpresa inicial—. ¿Quién es usted y qué desea?

Derek miró hacia la puerta y vio que el señor Sanders no lo había seguido hasta allí.

—Soy el barón de Hartford —contestó Derek en un tono que no admitía réplica—. Y he venido a llevarme al niño.

—¡¡No!! —Volvió a chillar el pequeño, que corrió hacia él y comenzó a golpear sus piernas con furia—. ¡¡Usted le metió aquí!! ¡¡Es un maldito desgraciado!!

—¡Michael! —gritó el profesor tratando de poner orden, mientras el chiquillo no paraba de golpear, chillar y llorar a moco tendido.

Derek sentía una opresión en el pecho que le impedía respirar con normalidad. Aquellos puñitos apenas eran un leve cosquilleo sobre sus recios músculos, pero la imagen lo golpeaba como una maza. Se inclinó un poco y agarró los brazos de aquel mocoso.

—No voy a hacerle daño —le dijo en voz baja y suave—. He venido a llevarlo con su familia.

—¿Con qué familia? —preguntó el niño, desconfiado.

—Con su hermana.

—¿Lo va a llevar con Marian? —La sonrisa del niño iluminó toda la estancia.

Fue entonces cuando Richard se levantó. Parecía haber recuperado el habla.

—¿De verdad me va a llevar con mi hermana? —La expresión anhelante de su rostro, con aquellos ojos azules abiertos de par en par, era más de lo que podía soportar.

—Está fuera, esperándote.

El niño abrió aún más los ojos, si eso era posible, y, sin encomendarse a nadie, salió corriendo de la habitación, seguido a poca distancia por el pequeño Michael, que no hacía caso de los gritos del profesor, ni de la algarabía que se había formado en la sala. Derek echó un último vistazo al aula y los siguió al exterior.

Marian comenzaba a impacientarse. Hacía ya mucho rato que el señor Hamilton había entrado en aquella casa. Se dijo que, si se hubiera tratado de un error, habría salido hacía ya tiempo. Así es que aquel parecía ser el lugar correcto. Observó las ventanas sucias, los muros grises de hollín y la dejadez que impregnaba todo el lugar. Apenas era capaz de contener las lágrimas, tratando de imaginar qué tipo de vida habría llevado allí su hermano. «William Hamilton, si no estuvieras ya muerto, juro que te mataría con mis propias manos», masculló,

tuteando por primera vez al que había sido su marido. El pensamiento le hizo gracia y soltó una risita nerviosa.

Se reclinó en el asiento y cerró un instante los ojos. Comenzaba a sentir un incipiente dolor de cabeza, producto de la inquietud y la espera. ¿Y si Richard no estaba allí? ¿Y si era otra mentira, otra trampa? Unos ruidos en la puerta principal atrajeron su atención y se asomó a la ventanilla. En el umbral había un niño pequeño, no tendría más de ocho años, vestido con unos pantalones que le quedaban cortos y con un calcetín de cada color, que asomaban por encima de los gastados zapatos, sin duda más grandes de lo que le correspondían.

El niño miró fijamente el carruaje y a Marian le dio un vuelco el corazón. ¿Podía ser? ¿Aquel niño *podía ser* Richard? No estaba segura, la distancia no le permitía apreciar sus rasgos. Junto a él se colocó en ese momento otro pequeño, de menor estatura, con el cabello rubio como el oro y con la ropa tan ajada como la de su compañero. Ambos miraban en su dirección.

Marian bajó del vehículo con lentitud, no sabiendo cómo comportarse, ni cómo preguntarles a aquellos niños por su hermano. Entonces, el mayor de los dos dio un paso al frente y ella vio sus ojos, de un azul cielo tan hermoso que todo el cuerpo se le descompuso. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Richard... Richard...

El niño bajó los escalones de dos en dos y se dirigió hacia ella, mientras Marian corría en su dirección. Él se echó a sus brazos y ella lo abrazó, con tanta fuerza que temió romperle los huesecillos que se adivinaban bajo la escasa capa de piel. El niño lloraba, ella lloraba...; ninguno de los dos era capaz de entender lo que decía el otro. Ella acabó arrodillada en el suelo, incapaz de sostenerse, con aquel hombrecito entre los brazos, llenando su cara de besos húmedos, de lágrimas y de promesas.

Cuando al fin pudo Marian recuperar un poco su compostura, se echó hacia atrás para observar mejor a su hermano. ¡Estaba tan delgado! La ropa era áspera y olía a humedad, y la camisa, que en otro tiempo había sido blanca, lucía ahora un color grisáceo. El niño la miraba también con intensidad.

—¿De verdad eres tú? —le preguntó, tocando una de sus mejillas con un dedo índice lleno de suciedad, como tratando de cerciorarse de que realmente ella estaba allí, en aquel jardín.

—Sí, claro que soy yo.

—Creí que nunca vendrías a visitarme —dijo el pequeño, con el ceño fruncido.

—Lo siento, Richard, lo siento muchísimo. Yo... no podía.

—¿Por qué? He estado aquí solo mucho tiempo.

—Ya sabes por qué: el barón no me dejaba.

El niño ladeó la cabeza y clavó sus ojos en Derek Hamilton, situado a varios pasos de distancia. En su mirada brillaba un odio feroz.

—Richard, no *ese* barón. El hombre con el que me casé, el hombre que no dejaba que nos viéramos, está muerto. Muerto.

—¿De verdad? ¿Cuándo? ¿Ayer?

—No, ayer no —contestó ella, temiendo contarle que hacía ya varios meses de aquello. ¿Cómo podía explicarle que había transcurrido todo ese tiempo y que ella no había hecho nada? ¿Cómo hacerle entender el motivo por el que no había salido corriendo en su busca?—. No importa cuándo, ¿de acuerdo?

—Vale. ¿Y ahora qué? —preguntó el niño.

Con el rabillo del ojo, Marian vio cómo otro pequeño se acercaba hasta ellos tímidamente. Era el mismo que había visto junto a su hermano en la puerta. Dos o tres años menor, la miraba con una adoración que la hizo flaquear.

—¿Tú eres Marian? —le dijo posando una mano sobre su precioso vestido color lavanda y acariciando la fina seda.

—Sí, ¿tú eres Michael? —le preguntó ella con una sonrisa.

—¿Me conoces? —La sonrisa del niño iluminó todo su rostro.

—Richard te mencionó en alguna de sus cartas, aunque no me habló mucho de ti.

—No podía —reconoció su hermano, bajando la vista al suelo—. El señor Sanders leía todo lo que escribía. A veces tenía que repetirlas una docena de veces, hasta que a él le parecían bien.

Marian tragó saliva y recordó que sus propias palabras las había leído el difunto barón.

—Yo también sé quién eres tú —dijo el pequeño Michael en voz baja, como si compartiera un secreto.

—Ah, ¿sí? —inquirió ella.

—Sí, Richard leía una de tus cartas todas las noches, antes de dormirnos.

Marian tuvo que contener las lágrimas. Observó al pequeño y luego a Richard, cuyas mejillas se habían arrebolado.

—Muchas gracias por cuidar de él todo este tiempo, Michael —le dijo ella, acariciando el rostro del pequeño.

—Nos hemos *cuidao* los dos. —Los hombros del pequeño se hundieron un poco—. Richard es como mi hermano.

—Ya veo —dijo Marian, que comenzaba a intuir cómo iba a afectarle al pequeño que se llevara a Richard de allí.

Alzó la mirada y se encontró con los ojos de Derek, que no perdían detalle. El pequeño Michael se retiró, como si intuyera que aquello no iba con él, y se colocó al lado del hombre, al que lanzó una mirada cómplice. Ambos se alejaron unos metros.

—Richard, he venido a llevarte conmigo —dijo entonces Marian, temiendo que, de pasar más tiempo allí, algo pudiera torcer sus planes.

—¿¿De verdad?? —preguntó su hermano con los ojos como platos—. ¿Para siempre?

—Sí, para siempre —respondió con una sonrisa.

Richard la abrazó con fuerza, dándole besos en las mejillas y llorando con un sentimiento que le cortaba la respiración.

Unos segundos después se separó de ella, con el semblante serio y cubierto de lágrimas.

—Nos llevaremos a Michael, ¿verdad?

—Richard, no podemos. Seguramente tu amigo también tiene padres y...

—Es huérfano —aclaró de inmediato.

—Aun así no podemos llevárnoslo sin más, eso sería un secuestro.

—¡Pero no puede quedarse aquí! ¿Con quién va a dormir si yo no estoy? —preguntó alterado—. Pasará frío, y es el único amigo que tengo en el mundo...

Richard lloraba desconsolado, lanzando miradas en dirección a su compañero, que fruncía el ceño, incapaz de adivinar qué lo ponía tan triste de repente.

—Oh, Richard —le dijo Marian volviendo a abrazarlo—. Te prometo que buscaremos alguna solución, ¿de acuerdo? Pero ahora mismo tenemos que marcharnos.

—¿De verdad me lo prometes?

—Pues claro que sí. Seguro que encontraremos el modo de ayudar a Michael.

Richard pareció conformarse, aunque no fue capaz de volver a alzar la cabeza y enfrentarse a su amigo. Se acercó a él a pequeños pasos, como si llevara un peso enorme sobre los hombros. Marian sentía que el corazón se le desgarraba y maldijo otra vez al maldito barón, que los había puesto en aquella situación.

—Tengo que irme con mi hermana, Michael —le dijo, limpiándose la cara con la manga y sorbiéndose los mocos.

—¿Ahora? —preguntó el otro, con el rostro lívido.

—Sí, ahora.

—¿Y cuándo vuelves?

—Creo que nunca.

—¿Nunca es igual que para siempre? —preguntó el otro niño, con los ojos brillantes.

—Sí, nunca es igual que para siempre —contestó Richard con un suspiro.

El pequeño Michael se abalanzó sobre él con mucha fuerza y ambos se abrazaron. Era evidente que ambos trataban de contener las emociones, como si fuesen hombres adultos obligados a esconderlas, y aquella templanza hizo que a Derek Hamilton se le pusiera la piel de gallina. Se alejó unos pasos y los dejó a solas, mientras oía las palabras de Richard, aconsejando al pequeño cómo comportarse a partir de ese momento.

Ya desde lejos, observaba cómo el joven Fillmore instruía al pequeño y cómo este asentía, conforme. Luego volvieron a abrazarse durante un largo rato. Marian no podía contener el llanto y Hamilton debía hacer un esfuerzo para que su coraza no se resquebrajara. Aquellos dos personajillos eran lo más puro que había contemplado jamás.

Con la cabeza gacha y volviendo a limpiarse la cara con la manga, Richard se acercó hasta ellos.

—Ya podemos irnos.

—¿No quieres hacer tu equipaje? —preguntó Marian, perpleja.

—No tengo nada que quiera llevarme.

—¿Ni siquiera las cartas que te escribí?

—Se las he dejado a Michael —respondió el niño—. Él las va a necesitar más que yo.

Sin añadir nada más, subió al carruaje y se sentó, o más bien se hundió en él, con las manos cruzadas entre las piernas y mirando hacia el suelo. Marian se colocó a su lado, y le dio un beso en la cabeza.

—Todo irá bien ahora, Richard. Ya lo verás.

—Sí, todo irá bien —dijo el niño, alzando la mirada y sonriéndole con dulzura.

Hamilton subió también al carruaje y se pusieron en marcha. Richard iba envarado, hasta que les llegaron los gritos del exterior. Se asomó a la ventanilla y vio al pequeño Michael corriendo detrás del vehículo, llamándolo y despidiéndose a gritos, y jurándole que no lo olvidaría jamás.

Aquello fue más de lo que Derek pudo soportar. Dio un golpe en el techo que sobresaltó a los ocupantes del vehículo, y que hizo que el cochero se detuviera. Se bajó del carruaje y contempló al pequeño Michael, que se había quedado

parado en medio del camino, a unas cien yardas de distancia. No pronunció ni una palabra, pero le sostuvo la mirada lo que le parecieron varios minutos, como si entre ellos se hubiera establecido un diálogo silencioso. Entonces echó a correr en su dirección y Michael, al principio atónito, hizo lo mismo. Al fondo, Derek podía ver al señor Sanders y al profesor dirigiéndose en dirección al pequeño, intuyendo lo que estaba ocurriendo. Pero él fue más rápido. Llegó hasta Michael, lo alzó en brazos y se dio la vuelta. Desde el carruaje, un sonriente Richard los jaleaba, con la cabeza por fuera de la ventanilla. De un salto ambos se metieron dentro del vehículo.

Los niños se abrazaron, riendo y llorando al mismo tiempo. Hamilton ordenó al cochero que se pusiera en marcha de inmediato, mientras los gritos de Sanders y el profesor se perdían con la distancia.

—Ya nos ocuparemos cuando estemos en la ciudad —le dijo Derek a Marian, que lo observaba con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas.

Luego se reclinó en su asiento y se concentró en el paisaje que desfilaba al otro lado del cristal, mientras la algarabía de los niños iba en aumento.

Jamás se había sentido tan vivo como en ese instante.

—¿Ahora también tú eres mi hermana? —preguntó Michael al cabo de unos minutos.

—Eso parece, al menos hasta que podamos arreglar todo esto —le contestó Marian.

—Nunca he tenido una hermana —reconoció el niño, muy ufano.

—¿Cuánto tiempo llevabas en la escuela, Michael? —le preguntó ella con dulzura.

—No lo sé. ¿Siempre?

—Hmm, no lo creo. ¿Cuántos años tienes?

—Me parece que seis, pero no estoy seguro.

Marian se atragantó y prefirió no continuar preguntándole al chico sobre su pasado.

—¿A dónde vamos? —preguntó Richard mirando por la ventanilla.

—En primer lugar vamos a ir a una tienda, a compraros ropa y zapatos. Luego nos alojaremos en un buen hotel, donde ustedes, jovencitos, se darán un merecido baño.

—¿Y comeremos? —preguntó Michael con una gran sonrisa.

—¡Por supuesto que sí! —respondió Marian.

Los dos niños intercambiaron una mirada cómplice y luego Richard centró sus ojos en el señor Hamilton, sentado en un rincón.

—Señor barón, muchas gracias por traer a mi amigo —le dijo muy serio, extendiéndole una mano.

—Ha sido un placer, señor Fillmore —respondió Hamilton estrechándosela con delicadeza pero con firmeza.

—Sí, muchas gracias, señor barón —repitió el pequeño haciendo el mismo gesto.

El hombre sonrió abiertamente. Sin duda, iban a pasar unos días muy divertidos con aquellos pilluelos.

El carruaje los dejó en el centro de la ciudad, junto a una tienda de ropa en la que entraron Marian y los dos niños.

—Yo voy a ver al magistrado de la ciudad —le dijo Hamilton en voz baja—. Es una barbaridad lo que están haciendo en aquella escuela. Me informaré también de qué podemos hacer con el pequeño Michael, tal vez puedan encontrarle una buena familia.

—Michael ya tiene una familia, señor Hamilton —le dijo ella con convicción—. Richard es su familia. Yo soy su familia.

El hombre la miró con una mezcla de respeto y adoración que hizo que sus rodillas temblaran, para no perder la costumbre. Hamilton asintió, satisfecho, y prometió volver en cuanto le fuera posible. Dio instrucciones al cochero acerca del hotel al que debía llevarlos y desapareció calle abajo.

Marian gastó casi todo el dinero que llevaba encima en adquirir todo tipo de prendas, suficientes para que los niños fueran bien vestidos y abrigados. Luego se dirigieron al hotel y tomaron tres habitaciones, los pequeños se empeñaron en compartir un cuarto, como habían hecho en los últimos años. Marian se mostró conforme y pidió que les prepararan un baño.

Cuando contempló sus cuerpecitos desnudos tuvo que aguantarse las ganas de llorar. Estaban delgados y las costillas se marcaban bajo la piel. Ambos tenían cicatrices y algunas marcas de golpes recientes, señales que ella reconocía a la perfección. No quiso preguntar en ese momento, ambos estaban disfrutando mucho de aquel baño de agua caliente. Una vez aseados y vestidos con sus ropas nuevas, nadie los habría reconocido.

Ordenó que les sirvieran la comida en la habitación, y encargó una gran variedad de platos, porque no sabía qué les apetecería comer. Un rato después, dos camareros llegaron con sendos carritos repletos de todo tipo de manjares: carnes, pescados, verduras, ensaladas, varios postres y dos jarras grandes de

leche. Cuando se marchaban, entraba Hamilton por la puerta.

Ella le interrogó con la mirada y él le hizo un gesto que indicaba que hablarían más tarde. Marian asintió y se concentró en los pequeños, que no despegaban sus ojos de aquellas viandas.

—¿Qué podemos comer? —preguntó Michael.

—Lo que quieras —respondió la mujer.

—¿Todo lo que quiera? —Los ojos parecieron salirse de sus órbitas.

—Para eso lo han traído —aclaró la mujer.

Ambos niños miraban asombrados aquel sinfín de bandejas, sin saber por cuál decidirse. Hamilton, viendo su indecisión, se adelantó. Cogió un plato limpio y se sirvió de dos o tres de ellas, procurando que los pequeños vieran cómo lo hacía. No tardaron en imitarle y ocuparon sus asientos en la mesa. Mientras, Marian había llenado sus vasos de leche fresca.

Michael cogió el suyo y dio un buen sorbo pero, al dejarlo sobre la mesa, el vaso se cayó y derramó su contenido.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! —se disculpó, con el rostro lívido y volviéndose hacia Richard, que se había quedado muy serio a su lado, mirando alternativamente a su hermana y al barón.

—No pasa nada, Michael —le aseguró Hamilton—. Procura tener más cuidado la próxima vez, ¿de acuerdo?

—Sí, sí señor —respondió el pequeño concentrándose en su plato, con los ojos empañados y una evidente muestra de alivio en el rostro.

Hamilton y ella intercambiaron una elocuente mirada. Ninguno de los dos se atrevía a imaginar qué tipo de vida habrían llevado aquellos niños en St. Joseph's, y Hamilton se prometió que haría demoler aquel caserón, aunque tuviera que hacerlo él solo, piedra a piedra.

13

—No habrá problema en cuanto a la tutela de Michael —le dijo Hamilton cuando se hallaron a solas—. Tendrá que rellenar un buen número de papeles, pero menos de los que había supuesto. Al parecer, hay una gran cantidad de niños huérfanos en Inglaterra sin nadie que los reclame. Que usted quiera hacerse cargo de uno parece ser un alivio para las arcas municipales.

—Me alegro por ello —dijo Marian.

—Sé que la he puesto en una situación comprometida y estoy dispuesto a adoptarlo yo mismo si...

—Señor Hamilton, lo que usted hizo es digno de admiración. En realidad yo misma pensaba hacer algo con Michael, no pretendía dejarlo allí para siempre. Usted solo ha adelantado mis planes.

—¿Habla en serio?

—¿Cree que bromearía con algo como eso?

—No, desde luego que no —respondió él sin titubear.

—¿Y en cuanto a la escuela?

—Bueno, el magistrado me dijo que no hay gran cosa que pueda hacer, no hay fondos suficientes para construir una nueva, ni para contratar a personal adecuado.

—Oh, Dios, ¿y todos aquellos niños? ¿Qué va a ser de ellos? —Marian se llevó la mano al pecho.

—El magistrado no tiene los fondos, milady. Pero yo sí. Haré derruir el edificio y construiré uno nuevo en su lugar, y contrataré a profesores y personal de servicio para atenderlos como es debido.

—Milord, ¿es consciente de lo increíble que es usted? —le dijo ella, con el corazón dando volteretas en su pecho.

—Es solo dinero, no me otorgue méritos que no me corresponden.

—Por favor, no sea modesto. ¿Cuántos hombres de su posición habrían hecho algo semejante?

—Eso carece por completo de relevancia.

—¿Usted cree? —inquirió ella alzando una ceja.

—Por supuesto, milady. Un hombre no debe medirse por sus semejantes, debe medirse por sí mismo.

—Eso no lo aprendió de su padre, seguro —reconoció ella con amargura.

—Por desgracia, no. Lo aprendí del señor Monroe, el director de Eton.

Ambos guardaron silencio y se concentraron en el crepitar de las llamas, como si de repente fuese lo más maravilloso que hubiesen visto nunca.

—Será mejor que me retire —anunció él, levantándose de la butaca.

—Sí, ha sido un día muy largo —dijo, ella imitándole.

Quedaron frente a frente, y Marian sintió que su pulso volvía a acelerarse y que un cálido burbujeo recorría su vientre.

—No le he dado las gracias, milord —dijo ella en un susurro—. Jamás podría haber hecho esto sola y...

Él no la dejó terminar. Se acercó, le rodeó la cintura con una mano, envolvió su nuca con la otra, y atrapó sus palabras en un beso devastador. Marian se agarró a las solapas de su chaqueta, temiendo caerse redonda allí mismo, con la piel hormigueándole y la cabeza dándole vueltas. Un día de esos, aquel hombre la iba a matar de un exceso de emociones.

Derek profundizó el beso, satisfecho por cómo ella respondía. Era dulce y cálida, y se amoldaba tan bien a su cuerpo que se preguntó cómo podía caminar por la vida sin llevarla pegada continuamente a él. Ella no era consciente, pero cuando la besaba emitía una serie de gemidos entrecortados que le alborotaban los sentidos, y no ansiaba más que sumergirse en ella y quedarse allí a vivir, hasta el fin de los tiempos y los mundos.

—Me vuelve usted loco, milady —le dijo él cuando sus labios por fin se separaron—. Y si no me retiro ahora mismo, juro que voy a ser incapaz de contenerme.

Ella no atinó a decir nada. Respiraba de forma entrecortada y los ojos, clavados en él, brillaban como estrellas.

—Ahora voy a soltarla —anunció él—. ¿Cree que será capaz de sostenerse?

—Hmmm —fue su única respuesta.

Derek sonrió, complacido por la reacción que provocaba en ella, y la soltó con delicadeza. La mujer se tambaleó un poco, pero recuperó el equilibrio enseguida. Él le dio un beso suave en la punta de la nariz y abandonó la estancia. Solo entonces Marian se dejó caer sobre la butaca, hecha un manojito de nervios y con tres capas de ropa de más sobre la piel ardiente.

Permanecieron en Nottingham unos días más, hasta que los papeles de la tutela de Michael estuvieron listos y Hamilton llevó a cabo sus planes para cerrar aquella escuela y construir otra. Marian lo observaba cuando él revisaba papeles para el nuevo centro o cuando jugaba con los pequeños, que trataban de imitarlo todo el tiempo. Les enseñó a usar de forma correcta los cubiertos, a vestirse con propiedad y a comportarse con delicadeza con las damas. Y ella era, por supuesto, con quien practicaban los pequeños, que casi siempre acababan muertos de risa por el suelo.

Los niños eran inseparables, Marian no tardó en comprobarlo, y dio gracias al cielo porque Richard hubiera encontrado a un hermano en aquel inhóspito lugar, del que ninguno de los dos hablaba nunca. Por la noche, dormían en la misma cama y no hubo manera de convencerlos para que se separaran. Ahora podían disponer de una habitación cada uno, pero ni ella ni el señor Hamilton hicieron ningún avance. «Ya habrá tiempo para eso», se dijo ella.

Cada día descubría una nueva faceta en aquel hombre, cariñoso y tierno, con una base moral impecable y con un sentido del honor muy desarrollado. ¿Cómo no iba a sentirse atraída por él? Y viéndolo jugar con los pequeños se preguntaba por qué aquel hombre maravilloso no estaba ya casado y era padre de media docena de pequeños.

Cuando todo estuvo listo, partieron de regreso a Londres. El viaje se les hizo mucho más corto, y es que Richard y Michael eran grandes conversadores, y cuanto más se alejaban de Nottingham más relajados se mostraban, como si en el fondo hubieran temido regresar a aquel lugar.

El señor Hamilton no volvió a acercarse a ella y no volvieron a compartir ningún otro momento de intimidad, pero no era raro que la tomara cariñosamente del brazo, o que rozara su mano de forma casual. En cada ocasión ella contenía el aliento y enseguida le nacía una sonrisilla que luego llevaba puesta durante largo rato.

Llegaron a Londres casi de noche. Los niños habían acabado durmiéndose, Richard con la cabeza sobre su muslo y Michael en la misma posición, en el asiento de Hamilton. Ella acariciaba aquel cabello corto, echando de menos los rizos que lucía siendo niño. Su cara parecía un poco más llena y las ojeras bajo sus ojos habían desaparecido. Dentro de unas semanas, no se parecería en nada al niño que había ido a buscar, lo que la llenó de alegría.

Conforme el carruaje disminuía la velocidad, los pequeños se fueron espabilando.

—¿Ya hemos llegado a casa? —preguntó Richard, frotándose los ojos.

—Sí, cielo —contestó ella—. Bueno, en realidad es la casa del barón, nosotros aún no tenemos una propia.

—¿Y vamos a vivir con él? —preguntó, alzando las cejas.

—Sí, no tenemos otro sitio donde...

—No tenéis otro sitio donde vayáis a estar mejor —interrumpió Hamilton con una gran sonrisa—. Pronto encontraremos el lugar perfecto, pero, mientras tanto, sois mis invitados.

Marian le dirigió una mirada de agradecimiento.

—¿Voy a ser el invitado de un señor barón? —preguntó Michael con los ojos muy abiertos.

—Sí, vas a ser el invitado de un barón —contestó Hamilton revolviéndole el pelo, que llevaba tan corto como su amigo.

—¡Vaya! —contestó el niño, irguiéndose orgulloso y mirando por la ventanilla con curiosidad.

No tardaron en llegar a la vivienda. Antes de salir de viaje, Hamilton había dado instrucciones para que prepararan otra de las habitaciones de invitados; al día siguiente debería añadir una más, si es que conseguían separar a aquellos diablillos.

Los niños entraron como una tromba en la casa, asustando a Charles, e inspeccionaron corriendo todas las habitaciones de la primera planta. Hasta los adultos, aún en el umbral, llegaba el sonido de las exclamaciones y los correteos.

—¿Cuánta gente vive aquí, señor barón? —preguntó Michael cuando regresó a la puerta.

—Michael, ya te he dicho al menos una docena de veces que no hace falta que me llames así. Señor Hamilton, o Hamilton a secas, estará bien.

—¿Cuánta gente vive aquí, señor barón Hamilton? —volvió a preguntar el pequeño.

Derek puso los ojos en blanco y Marian se aguantó la risa disimulando un repentino ataque de tos.

—Pues ahora nosotros y los criados —respondió él con paciencia.

—¿Cuántos criados?

—Seis.

El niño alzó las manos y contó con los dedos.

—¿En esta casa tan grandiosa solo vamos a vivir diez personas? —La sorpresa del niño era mayúscula.

—Así es, Michael —respondió Hamilton.

El niño lanzó un silbido de admiración, que le valió una mirada reprobatoria de los dos adultos. Ya le habían dicho en varias ocasiones que no era de buena educación emitir ese tipo de sonidos, pero las viejas costumbres se resisten a desaparecer.

Marian acompañó a los dos niños al piso de arriba mientras Hamilton intercambiaba unas palabras con el mayordomo. Durante su ausencia había recibido la visita de su tía y de sus dos primos. No pensó en avisarles de su partida. También ojeó por encima el correo, donde apenas había un par de invitaciones para actos sociales. Sonrió con sarcasmo. Antes de la aparición de la baronesa, recibía varias tarjetas al día y era consciente de que las matronas lo consideraban un buen partido para sus hijas casaderas. Eso, al parecer, se había terminado. Y no lo lamentaba.

Subió también al piso superior, con ganas de asearse y cambiarse de ropa para la cena. Bien, ya habían regresado a Londres, una cosa menos en su lista de tareas pendientes antes de regresar a América. Comenzaba a sospechar que en esa lista aún tendría que incluir algunas cosas más.

Los cuatro cenaron en el comedor como una verdadera familia. Marian estaba exultante. Se había puesto un vestido color azul que resaltaba la palidez de su piel. Mientras cenaban, él no podía dejar de observar la vena de su cuello, que latía de forma regular y que parecía un tam-tam que lo llamara para la guerra.

Los niños, cosa extraña, no estaban muy habladores, el cansancio tras un viaje tan largo les había pasado factura. Comían en silencio, sentados frente a frente.

—¿Hace mucho que vive aquí, señor Hamilton? —preguntó Richard con educación.

—No, en realidad esta casa no es mía. Solo estoy aquí de forma temporal.

—¿Y dónde vive usted? —preguntó Michael, curioso.

—En Boston.

—¿Eso está muy lejos? —preguntó entonces Richard.

—Dios, no quiero ni pensar en lo que no os han enseñado en esa escuela —se lamentó Derek—. Boston es una de las ciudades más importantes de Norteamérica.

—Esto está al otro lado del mar, ¿a que sí? —dijo Richard.

—En efecto, al otro lado del océano Atlántico.

—¿Y se tarda mucho en llegar? —preguntó Michael.

—Unas semanas.

—¿Y cuándo nos vamos?

Derek cruzó una mirada con lady Hartford, que hasta ese momento había seguido la conversación con interés. Vio cómo sus mejillas se sonrojaban.

—Nosotros no vamos a América, Michael —le dijo con voz dulce.

—¿Por qué no?

—Porque el señor Hamilton tiene su vida allí, y nosotros en Inglaterra. Buscaremos un lugar bonito donde podamos vivir los tres juntos.

El pequeño asintió, sin añadir nada más, pero con los ojos llenos de desilusión. Hundió los hombros y se concentró en su plato, aunque no hizo otra cosa que mover la comida de un sitio a otro. Richard tampoco reaccionó muy bien. El gesto de sorpresa al conocer la noticia dio paso a otro mucho más compungido y no tardó en imitar a su amigo. De repente, el ambiente feliz se había disipado.

—No os pongáis tristes, chicos —dijo Derek tras un breve carraspeo—. Aún no tengo que marcharme, y hay muchas cosas interesantes que hacer en esta ciudad antes de que la abandonemos.

Los niños asintieron con escaso entusiasmo, y la cena terminó antes de lo previsto. Marian los acompañó al piso superior tras darle las buenas noches y Derek se refugió en la biblioteca. Sentía el estómago revuelto, y no se debía ni a la cena ni al viaje. Esa mujer y esos niños se estaban metiendo bajo su piel y no sabía cómo iba a ser capaz de sacarlos de allí sin desollarse vivo.

—Hay que buscarles una institutriz —le dijo el señor Hamilton tras el desayuno.

Los niños habían salido al jardín, aprovechando que el día era soleado, aunque fresco. Corrían felices, ajenos a las preocupaciones de los mayores. «Como debe ser», se dijo el hombre.

—Lo sé, no podemos... no puedo descuidar su educación —corroboró ella—. Es solo que me gustaría que disfrutaran de unos días más de diversión, después de lo que deben de haber vivido en Nottingham.

—¿Richard no le ha contado nada todavía? —preguntó él, de pie junto a la ventana, observando a los pequeños.

—Ni una palabra. Le he preguntado en un par de ocasiones, pero desvía el tema con extraordinaria pericia.

—Es un niño inteligente —reconoció Hamilton—, aunque me temo que poco instruido. Por fortuna, eso tiene arreglo.

—De todos modos, no sé si es conveniente buscar a una institutriz ahora,

teniendo en cuenta que no tardaremos en mudarnos.

—¿Ya ha decidido dónde quiere instalarse? —preguntó él girando la cabeza en su dirección, en un movimiento que se le antojó demasiado brusco. El comentario le había sorprendido, más de lo que deseaba reconocer.

—No, aún no, pero no podemos seguir abusando de su hospitalidad, señor Hamilton.

—Para mí es un verdadero placer alojarlos en mi casa —reconoció con una sonrisa.

—Me consta, y no imagina cuánto se lo agradezco. Pero cuanto más tiempo pasemos aquí, más cariño le tomarán los niños y más difícil será luego la separación. —Marian bajó la mirada, un tanto ruborizada.

—¿Solo los niños? —inquirió él con picardía.

—Sabe perfectamente que no —respondió ella, sin mirarle aún—. Para mí también será difícil hacerlo.

Él no respondió nada, y ella sintió una punzada de decepción. No esperaba que él le declarase su amor incondicional, sabía que no le inspiraba tal tipo de sentimientos, pero sí habría deseado que le dijera que también iba a resultar duro para él.

Hamilton volvió a colocarse de cara a la ventana, incapaz de encontrar las palabras que sabía que ella estaba aguardando. ¿La iba a echar de menos? Por supuesto que sí. ¿La despedida sería difícil? Sin duda alguna. ¿Por qué, entonces, no era capaz de decírselo? Cuando se volvió de nuevo hacia ella, la butaca estaba vacía y solo atinó a ver el ruedo de la falda saliendo de la habitación.

Esa misma tarde, Hamilton reunió a los dos niños en la biblioteca y se dispuso a comprobar cuál era el estado real de la educación que habían recibido. Marian ocupaba un sillón junto a la ventana, y bordaba mientras él les preguntaba a sus improvisados alumnos sobre historia, geografía, literatura o ciencias. No tardó en darse cuenta de que habían recibido una instrucción muy pobre.

Fue a la biblioteca, trajo una bola del mundo y les estuvo enseñando dónde estaban los diferentes países.

—América no está tan lejos como pensaba —dijo Michael, recorriendo con su dedo índice la distancia que separaba los dos puntos—. Podríamos visitarle de vez en cuando, ¿no?

—No seas tonto, Michael —le reprochó su hermano—. El mundo es mucho

más grande que esta bola, un millón de veces por lo menos.

—¿Un millón? —Los ojos del pequeño se abrieron como platos—. Eso es mentira, ¿a que sí, señor barón?

—Es posible que sean diez millones —aclaró el hombre con una sonrisa.

—¿¿Tanto??

—¿Qué distancia hay de aquí a Boston? —preguntó Richard.

—Algo más de tres mil millas.

—¿Eso es mucho? —Michael, sentado sobre la alfombra, había apoyado la cabeza sobre las manos, acodadas en una de las mesitas auxiliares, y sus ojos azules eran todo curiosidad.

—Para que te hagas una idea, Michael —respondió Hamilton—, hay casi ciento treinta millas de aquí a Nottingham.

—¡Y hemos tardado casi tres días en recorrerlas! —exclamó Richard.

—Eso quiere decir que no podremos ir a visitarle —reconoció el pequeño.

—Pero podremos escribirnos —se apresuró a contestar Hamilton.

—¿Como hacían Richard y Marian?

—Exacto.

—¿Y yo tendré mis propias cartas?

—¡Claro que sí! Os escribiré una a cada uno, así cada cual tendrá la suya.

La idea pareció satisfacer a los pequeños, que se concentraron en la bola del mundo y le pidieron que les mostrara dónde estaban otros países. Marian, que no había perdido detalle, tuvo que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas. Sentía el corazón agrietándose por la mitad y trataba en vano de mantener los dos pedazos unidos. La idea de separarse de ese hombre, que se había colado en su vida casi sin darse cuenta, la estaba matando.

Esa noche Hamilton anunció que iba a cenar a casa de su tía, lady Bridgeport, y Marian y los niños se quedaron en casa. La invitación se había hecho extensiva a la joven, pero rehusó ir, alegando que ya había provocado suficientes escándalos por una temporada y que no quería perjudicar aún más a sus amigos.

Derek partió con pocas ganas. Le habría gustado quedarse en casa, con ellos. Esa tarde les había leído algunos fragmentos de Shakespeare y les había contado algo de la historia de Inglaterra, que había mantenido a los tres pendientes de sus palabras. Siempre había tenido aptitudes para el teatro y escenificó las batallas y las intrigas de la corte de los Tudor como un verdadero bardo.

La admiración en los ojos de los pequeños, e incluso en los de la propia

Marian, le había calentado el corazón. Se vistió con desgana y acudió a la cita de un humor sombrío.

—Buena la has liado esta vez, primo —fueron las primeras palabras que le dedicó Lionel en cuanto se encontraron.

—Ya sabes que no me gusta hacer las cosas a medias —replicó él—. ¿Dónde está tu madre?

—Ahora baja —respondió sirviéndose un oporto y ofreciéndole una copa, que aceptó encantado—. Prepárate, porque está muy enfadada.

—Ya lo imagino.

—¡Derek! —La mujer apareció en ese momento y él se acercó a darle un beso en la mejilla—. Dime que no es verdad lo que he oído.

—Bueno, tía, si no me dice qué le han contado esta vez, dudo mucho que pueda corroborar o negar nada —dijo él.

—Será mejor que no bromees conmigo, jovencito —le reprochó la mujer—. ¿Es cierto que te fuiste de viaje con la baronesa, en mitad de la noche, y que habéis estado casi quince días fuera?

—Sí, es cierto.

—Oh, Jesús. ¿Pero qué es lo que te ocurre, muchacho?

—Fuimos a buscar a su hermano a Nottingham.

—¿Y debíais hacer el viaje los dos, a solas? —inquirió ella con el ceño fruncido.

Derek echó un rápido vistazo a Lionel, acodado sobre la repisa de la chimenea y con evidentes muestras de estar pasándoselo en grande.

—La verdad es que mi intención era hacer ese viaje en solitario, pero ella se empeñó en acompañarme y no pude negarme.

—¿Y no pudiste mostrarte firme al respecto?

—En realidad le dije que no podía venir. Dos veces.

—¿Y?

—No me hizo caso, se coló en el carruaje y no hubo forma de sacarla de allí.

—Dios mío, esa mujer ha perdido el juicio —se lamentó lady Bridgeport.

—Trate usted de entenderla, tía. No conoce las normas sociales y, a estas alturas, después de todo lo que ha ocurrido, lo cierto es que parecen importarles aún menos. El niño solo tiene nueve años y la verdad es que, al final, fue una suerte que ella viniera.

—¿Una suerte para quién? —preguntó con hosquedad.

—Para el pequeño, por supuesto. No se imagina en el tipo de lugar en el que lo había encerrado mi padre.

El comentario dulcificó de inmediato los rasgos de la mujer.

—Pobrecito. ¿Se encuentra bien?

—Sí, ambos están bien.

—¿Ambos? Imagino que te refieres a lady Hartford.

—No, en realidad me refiero a Michael, el otro niño que hemos traído de allí.

—¿Marian tenía dos hermanos? —preguntó Lionel con una ceja alzada.

—En realidad no, aunque ahora sí.

—Querido, será mejor que te expliques, porque no estoy entendiendo nada de lo que nos cuentas.

Derek les puso al corriente de lo que se habían encontrado al llegar a St. Joseph's y de lo que había sucedido allí. Mientras hablaba, Thomas se incorporó a la reunión.

—Así es que lady Hartford ha adoptado a un niño huérfano —dijo su tía.

—Exacto.

—Bien, eso sin duda ayudará a mejorar en algo su reputación.

—Dudo mucho que lo haya hecho por eso, tía Charlotte —dijo él, molesto.

—Ya imagino que no, pero aun así no la perjudicará. Y menos después del escándalo que ha supuesto vuestro viajecito. Como si esa joven no tuviera ya bastantes problemas.

—Déjeme que le recuerde que no ha sido ella quien los ha provocado. —Su tono de voz era mordaz, más de lo que había pretendido.

—Vamos, querido, no te enfades conmigo —le pidió la mujer, posando una de sus manos sobre su brazo—. Trato de pensar en lo mejor para ti y, ahora mismo, la relación con ella no te favorece en absoluto.

Derek se dispuso a contestar, incapaz de creer que su tía, una mujer a la que veneraba, estuviera hablándole en aquellos términos. Lionel, que no había perdido detalle, se adelantó y le colocó una mano con firmeza sobre el hombro.

—Supongo que ya te habrás enterado de la muerte de la hija del duque de Clarence, el hermano del rey.

Derek le lanzó una mirada furibunda, sabiendo que su primo había cambiado de conversación para tratar de impedir que los ánimos se caldearan más de lo que ya estaban. No sabía si agradecersele o si levantarse y romperle la nariz.

—¿Qué?

—Llevas muchos días fuera, querido primo —respondió Lionel—. La pequeña murió el mismo día de tu partida, y la enterraron en la capilla de St. George, en el castillo de Windsor. Todos estuvimos allí.

—Sí, algo leí en los periódicos.

—La pobre duquesa está destrozada —intervino lady Bridgeport, llevándose una mano al pecho.

En realidad, Derek solo había visto a los duques de Clarence en una ocasión, hacía unas semanas, en una fiesta en casa de alguno de los amigos de su tía, ahora no recordaba cuál. Y lo lamentaba mucho por la pequeña, e incluso por sus padres, pero en ese momento aquel tema no le interesaba lo más mínimo.

No obstante, se abstuvo de realizar ningún comentario al respecto y dejó que su familia continuara hablando sobre el entierro y sobre quiénes habían acudido al acto, aparentando un interés que estaba muy lejos de sentir.

Durante la cena hablaron de política y de chismes, nadie volvió a mencionar a lady Hartford. Derek se sentía inquieto y bebió un poco más de la cuenta. No veía la hora de retirarse. Aun así, aceptó la invitación de sus primos de tomar una última copa en la biblioteca antes de marcharse, unos minutos que se le hicieron interminables.

Marian se sentía un poco inquieta. Pasaba la medianoche y el señor Hamilton aún no había regresado. No creía que le hubiera sucedido nada malo —se habría enterado de inmediato— pero tampoco contaba con que fuera a pasar tantas horas fuera de casa. ¿Se encontraría bien? ¿Habría discutido con su familia? Era consciente de que ella representaba un problema para los Bridgeport y eso la reconcomía por dentro.

Se había puesto el camisón y una gruesa bata por encima. Había tomado prestado uno de los libros de la biblioteca y se había encerrado en su cuarto. Estaba a punto de apagar la luz e irse a dormir, cansada de esperar, cuando oyó el ruido de la puerta de la calle y unas voces en el piso inferior. Un rato después, unos pasos en la escalera. Entreabrió la puerta, solo un poco, para cerciorarse de que era quien debía ser, y vio al señor Hamilton llegando al descansillo. Traía el semblante serio y el lazo del corbatín un poco deshecho. Se pasó la mano por el pelo, un tanto alborotado, y su mirada se lanzó hacia su habitación. Los ojos de ambos se encontraron y lo que Marian vio en ellos no le gustó de forma especial. Bajó la mirada y se dispuso a cerrar la puerta, pero antes de que hubiera podido hacerlo él estaba allí, con un pie en la jamba.

—Veo que me ha estado esperando —susurró él, con el aliento apestando a whisky.

—¿Está usted borracho? —inquirió ella, sorprendida.

—No tanto como me gustaría —reconoció él, clavándole aquellos ojos oscuros

que parecían comérsela a dentelladas.

—Será mejor que se vaya a dormir. —Ella hizo otro intento de cerrar la puerta.

—No tengo sueño. —Hamilton sujetó la madera con una de sus manos.

—Bueno, pues yo sí. Y sabe perfectamente que no es apropiado que entre en mi cuarto.

—Pues a mí no se me ocurre nada más apropiado en este momento.

La sangre de Marian comenzó a correr a tal velocidad que sintió que se mareaba. No se atrevía a mirarlo fijamente, temía perderse para siempre en la profundidad de aquella mirada. Pero no le quedó otro remedio. Debía mostrarse firme si quería mantener algo de su dignidad.

—Por favor, señor Hamilton —suplicó ella.

—Derek, llámame Derek —susurró él, tan cerca de su boca que su nombre se quedó reverberando sobre sus labios.

—Derek, será mejor que se vaya a dormir.

—¿Me estabas esperando? —volvió a preguntar él, posando una mano de fuego sobre su cintura.

—Eh... no, creo que no —respondió ella, aturdida.

—¿Crees que no? —Soltó una risita ronca y se acercó más a ella. Entre sus cuerpos no cabía en ese momento ni un suspiro—. Eres deliciosa, ¿lo sabías?

Bajó su cabeza y depositó un beso húmedo y más corto de lo que ella hubiera deseado sobre su mejilla.

—Deliciosa y apetitosa —continuó él, mientras posaba otro beso junto a su oreja—. Y muy muy deseable. —Mordisqueó su lóbulo, haciendo que todas las terminaciones nerviosas se revolucionaran a un tiempo.

Derek, con ella bien pegada a su cuerpo, dio un paso, y luego otro, hasta que entró por completo en la habitación. Con la mano libre cerró la puerta con suavidad. Centró sus ojos en los de Marian, donde se desataba una tormenta de deseo que no era menor a la que le sacudía a él mismo.

Sus ojos bajaron hasta los labios de la mujer, húmedos y anhelantes. Volvió a mirarla a los ojos y de nuevo a los labios, como si le pidiera permiso. Notaba el cuerpo de ella tembloroso de anticipación y, sin más preámbulos, unió sus labios a los de ella, que dejó escapar un gemido que encontró el camino hasta su entrepierna.

Apretó contra él aquel cuerpo tibio y la besó con ardor, con una pasión desmedida. Habría sido incapaz de detenerse aunque la casa se le hubiera caído encima. Y ella respondió con ímpetu, como si hubiera estado aguardando fundirse en su boca. Derek le mordió los labios y la punta de la lengua, jugueteó

con ella mientras la sujetaba por la nuca y con la otra mano, justo encima de sus nalgas, la apretaba contra su protuberante erección.

Sin dejar de besarla, bajó la mano que la mantenía por el cuello y con los nudillos recorrió su costado. La pasó entre ambos, desató el cinturón de la bata y la metió bajo la tela. Solo una ligera capa de algodón lo separaba de aquella piel tan ardiente como la suya. Repitió el gesto y ella soltó otro gemido. La mano que la sujetaba por la cintura se internó también bajo la prenda. Ahora la sentía más cerca, y aun así no era suficiente.

Una de sus manos volvió a recorrer el costado y el contorno de uno de sus pechos, y repitió el gesto una vez más hasta que cogió uno de aquellos pequeños senos y lo arrulló con la palma, sintiendo en el centro la dureza del pezón enhiesto y sensible. Ella suspiró y gimió al tiempo, y echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndole su pálido cuello, donde una de sus venas palpitaba, salvaje. La mordisqueó con delicadeza, mientras ella se aferraba a las solapas de su chaqueta, como si estuviera a punto de desvanecerse.

Marian sentía mil fuegos recorriéndole la piel, arrastrándola a un mar de lava líquida del que no deseaba escapar. Cuando sintió los dedos masculinos pellizcando suavemente uno de sus pezones creyó que se moriría allí mismo de puro placer. ¿Era eso lo que había estado aguardando? ¿Por eso no se había acostado? ¿Por eso había abierto la puerta cuando lo oyó llegar? No era capaz de hallar respuesta a esas preguntas, y su mente era incapaz siquiera de plantearlas correctamente. Dejó de importarle todo, el mundo y todo lo que contenía, bajo las manos de aquel hombre que la estaba llevando a la locura.

—Pídemelo y pararé —dijo él con la voz ronca, sin abandonar su cuello.

¿Pedirle que parase? ¿Por qué demonios iba a hacer algo semejante?, pensó ella. No había nada que ella quisiera más en ese instante que tenerlo allí, junto a ella, haciendo exactamente lo que estaba haciendo.

Ante su tácita respuesta, Derek se aventuró a ir un poco más allá. Con delicadeza le subió la tela del vestido, y recorrió el suave y tembloroso muslo con la mano, para rodear a continuación una de las nalgas y apretarla más contra él, si eso era posible. Comenzaba a sobrarle toda la ropa y, sin dejar de besarla, se quitó la chaqueta y el chaleco. Ella posó sus manos sobre la suave tela de la camisa, y sintió los músculos firmes y duros bajo sus dedos, lo que aún la enardecía más.

—Pídemelo y pararé —dijo ella, apenas sin voz.

Él rio quedamente y volvió a atrapar su boca.

—Jamás, mujer —respondió, alzándola en volandas. Marian rodeó su cintura

con las piernas y él la sujetó por las nalgas, apoyándola en su entrepierna. Ella se arqueó ligeramente, dejándole vía libre para atrapar uno de sus pezones a través del camisón. Marian emitió un grito en cuanto sintió el calor de aquella boca sobre una parte tan íntima y sensible, y cuando la lengua de él comenzó a jugar con aquel pequeño botón creyó desfallecer.

Derek la alzaba y la bajaba siguiendo el contorno de su erección, en un movimiento sensual que conseguía erizarle todos los poros del cuerpo. Lo necesitaba, necesitaba sentir a aquel hombre dentro de ella. Intuía, sabía que él le haría sentir algo que jamás habría imaginado y que borraría de un plumazo los últimos seis años de su vida.

Hamilton dio unos pasos más y ambos cayeron sobre el lecho. Ella quedó con las piernas al descubierto, que él se ocupó de acariciar, desde el tobillo hasta la parte alta de sus muslos, sin dejar de besarla. Cuando pasó la mano por la húmeda entrepierna, el cuerpo de Marian se tensó de pura anticipación, deseando que se detuviera allí, que la tocara, que la explorara y la llenara.

—Estás preparada, mi amor —susurró él, acariciando con sus dedos aquellos pliegues húmedos y suaves.

Ella fue incapaz de responder, ahogada en las sensaciones que aquellos dedos expertos le transmitían. Cuando él introdujo uno en su estrecho interior, su cuerpo se arqueó de nuevo, buscando un contacto más íntimo y profundo.

—No tengas prisa, preciosa —le dijo—. Tenemos toda la noche.

—No... no puedo... —trató de decir ella, sintiendo todo su cuerpo arder cuando él utilizó el pulgar para estimular el centro mismo de su ser.

—¿Qué es lo que no puedes? —preguntó él atrapando con los dientes su labio inferior y recorriéndolo con la lengua.

—Yo... no...

Y de repente estalló, se quebró como un junco bajo una tempestad y Derek atrapó en su boca los gemidos de aquel cuerpo que temblaba bajo su mano. Siguió durante unos segundos más, hasta que ella se derrumbó sobre el lecho, con la respiración entrecortada, los ojos cerrados y los labios húmedos e hinchados.

Se incorporó con suavidad y se quitó ropa y botas en unos segundos, mientras ella trataba de recuperar el aliento. Volvió a tumbarse sobre ella y, con delicadeza, como si solo fuera una niña, le quitó las capas de ropa que los separaban. ¡Dios, era preciosa! Su pálida piel reflejaba la luz tenue de la lámpara, y sus pezones, de un rosado oscuro, destacaban sobre su piel como dos faros en un mar proceloso.

Ella abrió los ojos y lo contempló desnudo, aquel cuerpo vibrante y musculoso que la había llevado más allá de abismos y tormentas. Lo miró a los ojos y sintió un deseo tan arrollador que las llamas volvieron a incendiarle la piel. Descubrió que no sentía vergüenza de que él la contemplase como lo estaba haciendo. Nadie, jamás, la había mirado de esa manera.

Él no dijo nada. La miró un instante antes de que sus bocas volvieran a unirse, y ella se aferró a él, buscando el contacto de su piel. Derek colocó su miembro en la entrada de aquella cueva secreta y húmeda y se quedó un instante suspendido en el tiempo, pidiéndole permiso con la mirada. Ella alzó ligeramente las caderas en muda respuesta y él se hundió en ella lentamente, llenándola por completo, acompañándola en sus gemidos. Se incorporó sobre las manos y la observó, mientras se hundía en ella una y otra vez. Marian se mordía los labios, intentando ahogar los gemidos de placer que la invadían a oleadas cada vez que él la embestía. Cuando el ritmo se aceleró, él descendió hasta ella para atrapar de nuevo su boca y beberse sus gritos de placer, una y otra vez.

Finalmente ya no pudo más y se hundió en ella hasta el fondo, para retirarse en el último momento y derramar su semilla sobre aquel terso y tembloroso vientre. Se dejó caer junto a ella y la arrastró con él, pegándola a su cuerpo, tan satisfecho con la vida como solo puede estarlo quien ha muerto y resucitado.

14

Abrió los ojos con desgana y se dio cuenta de dos cosas: aquella no era su habitación y había una mujer a su lado. Con rapidez, los recuerdos de la noche pasada se atropellaron en su cabeza. No estaba tan borracho como para no acordarse, solo había bebido un par de copas, tal vez más, pero no lo suficiente como para perder el sentido. Giró la cabeza y allí estaba ella, dándole la espalda, con las nalgas pegadas a su cadera.

Después de la primera vez, cuando creyó que ella se hallaba recuperada, disfrutaron de una segunda vez, e incluso de una tercera antes de quedarse profundamente dormidos. Retiró un poco las sábanas para apreciar la delicadeza de aquella piel. Una gruesa cicatriz le cruzaba la espalda de lado a lado, y toda la lujuria que había sentido unos segundos antes se esfumó. No necesitaba preguntarle cómo se la había hecho. Sabía perfectamente el nombre y el apellido del causante de aquella marca.

Su cuerpo se envaró y solo entonces se dio cuenta de la magnitud de lo que había sucedido entre ambos. Se había acostado con la viuda de su padre, y por Dios que lo había disfrutado. No pudo evitar cierta sensación de triunfo al comprender que había sido el primer hombre que le había provocado un orgasmo. Le resultó evidente cuando ella lo miró, sorprendida y arrobada, la primera vez. E incluso la segunda, como si fuera incapaz de asimilar que no había sido una sensación aislada. Rememoró la profunda satisfacción que ese hecho le había causado. Aquella cicatriz, no obstante, era un recordatorio de que aquel cuerpo, hermoso y dulce, había pertenecido antes al hombre que más había odiado en toda su vida.

Se había dejado dominar por sus pasiones, y se había colado en aquella habitación, sabiendo el deseo que ella sentía por él. ¿Había sido justo con ella? ¿Se había aprovechado de su posición en aquella casa para seducirla sin contemplaciones? Con un repentino asco de sí mismo se levantó, procurando que ella no se despertara. Se vistió de prisa y abandonó el cuarto. No tardaría en amanecer y los criados comenzarían a pulular por la casa. No deseaba que lo

encontraran allí.

Cuando se metió en su propia cama, la sintió fría. Ni siquiera le consoló el olor de aquella mujer, que aún llevaba cosido a la piel.

Abrió los ojos con desgana y se dio cuenta de dos cosas: estaba desnuda y estaba sola. Los rayos de sol se colaban por la rendija de las cortinas, iluminando tenuemente la habitación. Se incorporó, buscando al hombre al que se había entregado la noche anterior, pero no había ni rastro de él. Se dejó caer sobre las almohadas, sin poder contener una sonrisa. Le dolían partes del cuerpo que hasta esa noche no había descubierto, y se sentía llena y pletórica. Así es que eso era hacer el amor, por eso se perdían países, se dilapidaban fortunas y se escribían poemas.

Derek Hamilton le había dado más en una sola noche que su padre en más de seis años de convivencia. Ese pensamiento le congeló la sonrisa. «Su padre —se dijo—. Dios mío, me he acostado con el hijo de mi marido.» A menudo olvidaba que entre ambos hombres existía algún tipo de parentesco, porque no podían ser más diferentes. Pero la realidad era la que era, y ni ella ni nadie podían hacer nada al respecto.

El estómago se le contrajo de pura aprensión, preguntándose qué pensaría él de ella, qué pensaría lady Hamilton si algún día llegaba a enterarse, qué pensaría de ella lady Bridgeport... Se tapó la boca con la mano, ahogando una exclamación. «Esto no puede volver a suceder», se dijo.

Se levantó de la cama y se aseó con esmero, borrando de su piel cada huella que él había dejado en ella, luchando contra las ganas de llorar. «¿Y ahora qué», se preguntó, ahogando un sollozo. ¿Cómo se comportaba una con un hombre al que había conocido en la intimidad cuando volvía a encontrarse con él? ¿Cómo se manejaría él? ¿La trataría con más familiaridad? ¿Se mostraría más distante que de costumbre? Decidió que lo último sería lo mejor, porque no se encontraba con ánimos para andar jugueteando por la casa, tratando de interpretar sus gestos, sus palabras o sus miradas.

Un rato más tarde, cuando se encontraron en el comedor para el desayuno, sus preguntas hallaron la respuesta. El señor Hamilton se comportaba como si no hubiera sucedido nada entre ellos, y así se lo habría parecido si no fuera por la primera mirada que intercambiaron, tan cálida que le calentó hasta el tuétano.

Richard y Michael se mostraron especialmente activos, preguntando un millar de cosas y contándole a Hamilton lo que habían hecho la noche anterior,

mientras él estaba ausente. Las voces infantiles, que acaparaban la atención de ambos, lograron distender el ambiente y consiguieron arrancarle al hombre la promesa de que ese día los llevaría de paseo por la ciudad.

—Iremos al Museo Británico —les dijo.

—¿Qué es un museo? —preguntó Michael.

—Ha dicho museo —respondió Richard—. Es un lugar donde se guardan obras de arte, como cuadros o esculturas. ¿Verdad que sí, señor Hamilton?

—En efecto. Muy bien, Richard. —El niño se puso colorado de satisfacción.

—¡Pero eso será aburrido! —exclamó el pequeño.

—De ninguna manera, Michael —dijo Hamilton—. Allí está parte de la historia de la humanidad. ¿Recordáis que ayer os hablé de Egipto?

—¡Sí! Los que construyeron las pirámides, ¿no? —preguntó Richard, con los ojos brillantes. Había disfrutado especialmente con aquella parte de la historia.

—Exacto. Pues allí hay algunas piezas que provienen de ese país y son muy, muy antiguas.

—¿Cómo de antiguas? —preguntó Michael, curioso—. ¿Tan viejas como el señor Sanders?

—Mucho, mucho más —contestó el hombre—. Tienen miles de años, y allí está también la Piedra Rosetta, que está siendo estudiada para descifrar los jeroglíficos, que es la lengua en la que escribían los antiguos egipcios.

—¿Una piedra servirá para aprender un idioma? —preguntó Michael con los ojos muy abiertos—. ¡Yo encontré ayer una muy bonita en el jardín!

Derek no pudo evitar soltar una carcajada, a la que Marian se sumó. Michael se mostró un tanto ofendido.

—No es una piedra cualquiera, Michael —le aclaró—. Es una especie de losa en la que hay escritas un montón de palabras. Con ellas se podrá descubrir qué significaban los símbolos, y gracias a ella se podrán leer todos los demás documentos. Es como una clave, ¿comprendes?

—Hmm, creo que sí —contestó el pequeño—. ¿Y vamos a ir a verla hoy?

—Si lady Hartford no tiene inconveniente... —Él la miró por primera vez desde que se habían sentado y ella fue incapaz de negarse. Les iría bien, a todos, salir de casa durante unas horas.

Los niños se mostraron entusiasmados y corrieron al piso de arriba a cambiarse. Marian se levantó, dispuesta a hacer lo mismo.

—Lady Hartford... —La voz de él la detuvo.

Ambos se miraron, sin decir nada, al parecer incapaces de encontrar las palabras adecuadas. Y aun así se entendieron. Ambos estaban de acuerdo en que

lo de la noche anterior había sido maravilloso, pero que no podía pasar de ahí.

Marian abandonó la habitación y subió la escalera con un nudo en la garganta. Si ambos parecían estar conformes, ¿por qué le dolía tanto?

La visita al museo resultó ser muy instructiva, y tanto los niños como Marian la disfrutaron con ilusión. A ella le parecía increíble lo que los seres humanos, a menudo tan crueles y depravados, eran capaces de crear, y se quedó extasiada contemplando las pinturas y las esculturas. Hasta ese momento solo había podido apreciar el arte a través de los escasos libros que habían caído en sus manos, y su falta de instrucción le pesó más que nunca cuando no fue capaz de identificar ninguno de ellos. Por fortuna, el señor Hamilton fue un guía estupendo y los tres se esforzaron por no perder detalle de cuanto les contaba.

—Veo que es usted un entendido en arte —le dijo ella, una vez hubieron salido al exterior.

—Es una de mis aficiones —contestó él.

—Le envidio, ¿sabe?

—¿A mí? —Se paró y la miró con las cejas alzadas.

—Sí, por haber disfrutado de la oportunidad de recibir una educación completa, por poder moverse con libertad por donde quiera y acceder a cualquier tipo de conocimiento que le plazca. Supongo que es consciente de su suerte, después de todo.

—En ese aspecto no me puedo quejar, es evidente —convino él—. Y lo que no aprendí en Eton lo estudié yo solo. Usted podría hacer lo mismo, si lo desea.

—No sabría ni por dónde comenzar —reconoció ella ruborizándose.

—Bueno, puede usted hacerlo por los libros que hay en mi biblioteca.

—Sí, claro. De hecho, ya he tomado alguno prestado. Cuando me instale en mi nuevo hogar, tengo intención de adquirir unos cuantos.

—Es una excelente decisión. A los niños también les serán de utilidad —añadió él señalando a los pequeños, que correteaban unos metros más adelante.

—Vaya, pero si es el señor Hamilton —sonó una voz a su derecha, y ambos giraron la cabeza.

Una pareja de mujeres, de elevada posición a juzgar por sus ropajes, se aproximaban hacia ellos. La mayor, una gruesa matrona con una abundante papada, extendía la mano en su dirección, que Hamilton tomó y besó con respeto.

—Condesa, qué placer verla por aquí —la saludó él, volviéndose hacia la otra,

que tenía la mirada clavada en Marian—. Vizcondesa...

—Hace mucho tiempo que no se deja usted ver por los salones, milord —dijo la primera, sin dirigir ni una sola mirada a su acompañante.

—Me temo que he estado muy ocupado. Mis negocios me ocupan mucho tiempo.

—Ya, sus negocios —replicó ella con retintín—. Según lo que he oído hay otros asuntos que lo mantienen lejos de nosotros.

—Permítanme que les presente a lady Marian, baronesa de Hartford —dijo él, volviéndose entonces en dirección a la aludida.

Marian sonrió con moderación e inclinó ligeramente la cabeza. Las mujeres le echaron un vistazo rápido y respondieron a su gesto de forma seca y cortante.

—Milord, debería usted rodearse de jóvenes hermosas y decentes, que con gusto lo acompañarían en sus paseos.

—Eso es justamente lo que estoy haciendo, milady —contestó él con dureza.

—Tal vez usted, siendo tan joven, no sea capaz de distinguir la condición de las mujeres a simple vista, pero creo que es mi deber poner en su conocimiento que sus recientes amistades no son del gusto de la alta sociedad londinense, a la que me complace pertenecer.

—Es una suerte entonces que yo no forme parte de ella, milady. Buenos días.

Derek tomó a Marian por el codo y se alejó con paso medido, como si continuara con su paseo, dejando a las dos mujeres plantadas en medio de la calle y con el rostro agriado.

—Como le iba diciendo, milady, una buena biblioteca siempre es una buena inversión. —El tono era dulce, pero Marian sabía que por dentro ese hombre estaba furioso y que trataba de mitigar el enorme bochorno que había resultado para ella ese encuentro. Se lo agradeció infinitamente, porque notaba las lágrimas a punto de salir y no quería hacer una escena en medio de la calle—. Con gusto le recomendaré unos cuantos títulos imprescindibles, y la pondré en contacto con un par de librerías serias y muy profesionales que la ayudarán con sumo placer.

Marian no respondió, era incapaz de articular palabra. Siguió caminando como si tal cosa, deseando llegar a casa.

—Por favor, no se ponga triste —le dijo él, con la vista al frente, batallando con las inmensas ganas que tenía de abrazarla—. No debe hacer caso de ese tipo de comentarios maliciosos.

Ella asintió y se tragó las lágrimas.

—Había pensado que podíamos ir un rato al parque, pero tal vez preferiría

usted regresar a casa.

—Sí, por favor —dijo ella con un hilo de voz.

Derek llamó a los niños, que acudieron de inmediato. Observaron extrañados el rostro ceniciento de Marian, pero no hicieron ningún comentario. Michael la tomó de la mano, como si hubiera comprendido que ella lo necesitaba, y Richard se situó a su otro lado, pasándole un brazo por la cintura. Era imposible que hubieran oído nada de aquella extraña y humillante conversación, pero ambos intuían que algo había ocurrido. Derek se colocó al lado de Michael y los cuatro se dirigieron hacia el carruaje, como una familia bien avenida.

—Es muy posible que lady Hartford pierda su título, Derek —le dijo su tía mientras tomaban un oporto antes de la cena.

Habían transcurrido un par de días desde el episodio a la salida del museo, en los que Marian se mostró un tanto ausente y muy pensativa. Le dolía verla así y no poder hacer nada. Sus manos querían volar a cada instante hasta ella, acariciarla, reconfortarla...; pero sabía que si las hubiera dejado libres no habría podido recuperarlas. Por las noches era incapaz de conciliar el sueño, dando vueltas en la cama, pensando en esa mujer que dormía a escasos metros de su cuarto; en su piel de porcelana; en sus ojos de tormenta, que chispeaban cuando el placer viajaba como lava por su cuerpo.

—¿Me estás escuchando, querido? —inquirió su tía.

—¿Qué? —preguntó él, saliendo de su ensimismamiento.

—Ya veo que no —respondió ella a su propia pregunta—. Te he dicho que es muy posible que lady Hartford pierda su título.

Derek se incorporó en el sillón como si le hubiera picado un escorpión.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Pues... ahora mismo no lo recuerdo. Se comentaba ayer, en casa de lady Deaver. Al parecer, tu tía Ellen ha presentado un recurso ante los pares del reino para que le sea retirado el título a tu madrastra.

Derek odiaba que se refiriera a ella con esa palabra, por muy apropiada que fuera. Sobre todo después de haber tenido a aquella mujer en sus brazos.

—No puede hacer eso —replicó él.

—Me temo que ya lo ha hecho. Lady Hartford no ha tenido descendencia, y que se haya «fugado» contigo no la va a ayudar precisamente.

—¡Ella no se ha fugado conmigo! —exclamó él, levantándose de golpe.

—Querido, no es necesario que me grites —le reprendió la mujer—. Sé

perfectamente cómo ocurrieron los hechos, tú mismo me lo contaste. Pero no puedes negar que la situación es... bastante inusual.

—No lo consentiré. —Paseaba de un lado a otro de la habitación, como un león enjaulado.

—Llevas demasiados años alejado de Londres, sobrino, y no posees muchos contactos que puedan ayudarte en esto.

—Tampoco ella los tiene —replicó mordaz.

—Oh, creo que en eso andas errado. Tu tía no ha salido mucho, pero siempre fue un peso pesado en la sociedad londinense y durante estos años ha procurado mantener el contacto con las personas adecuadas.

—¡Dios! ¿Y ahora qué? —Derek se dejó caer sobre la butaca, se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza sobre las palmas de sus manos.

—Me temo que no hay mucho que puedas hacer. Después de lo que ha ocurrido, tampoco tu reputación es intachable, y si tratas de defenderla a toda costa, aún parecerá más sospechoso. Confiemos en que su petición no prospere. Mientras tanto, sería conveniente que le fueras buscando una casa, bien lejos de Londres, donde pueda instalarse, porque esto va a ser la comidilla de toda la ciudad durante semanas.

—Pero aún no está preparada. Los niños acaban de salir de un infierno y necesitan algo de tiempo para adaptarse y...

—Todo eso son excusas, Derek —le dijo su tía—. Tienes que arreglar este asunto cuanto antes. Si todo esto estalla, y ella pierde finalmente su título, los ingresos que está recibiendo ahora no tendrán ninguna justificación y descubrirá que eres tú quien la estás manteniendo. ¿Es eso lo que quieres?

—No, por supuesto que no —reconoció él.

—Hay otra opción, no obstante —añadió lady Bridgeport.

—¿Otra opción? —Derek alzó la cabeza, dispuesto a escuchar cualquier solución que pudieran ofrecerle.

—Podrías buscarle un nuevo marido, rápido.

—¿Esa es su solución? ¿Un nuevo esposo?

—No sé por qué te sorprendes tanto —respondió ella frunciendo el ceño—. No es la primera viuda que debe volver a casarse para mantener su posición.

—Ya lo sé, tía, disculpe mi mal humor. Es que este asunto no para de complicarse más cada día.

—Sé de buena tinta que existe al menos un pretendiente.

—¿Cómo? —Derek la miró perplejo—. ¿Quién?

—Sir Edward Cronin.

—¿Cronin? —preguntó, frunciendo el ceño—. Me temo que no lo conozco.

—Oh, sí, sí que lo conoces. Estuvo en la fiesta de compromiso de tu primo Lionel, con el grupo del barón Cransford.

—Ya lo recuerdo. ¡No puede estar hablando en serio! —le dijo—. ¡Pero si tiene al menos cincuenta años!

—Querido, me temo que lady Hartford no está en disposición de elegir.

—Puede vivir cómodamente en algún bonito lugar, con sus dos hermanos y...

—Y tú la seguirás manteniendo, ya veo.

—Es mi obligación, tía, lo sabe bien.

—Comprendo. Pero piénsalo un poco, al menos. Si todo este asunto estalla, no tardará en descubrir que el dinero proviene de tu bolsillo, y es muy posible que entonces lo rechace. ¿Dónde la dejará eso?

—Sé que lo mejor para ella es que encuentre un marido, un hombre que la aprecie y cuide de ella y de los niños —reconoció él, sintiendo cómo las palabras le quemaban la lengua—. Pero había pensado en alguien, no sé, más cercano a su edad, alguien que supiera ver sus muchas cualidades.

—¿Alguien como tú, por ejemplo? —preguntó la mujer mirándolo con intensidad.

—No, yo no, por supuesto —respondió con prontitud—. No tengo ninguna intención de contraer matrimonio, ni con ella ni con nadie.

—¿Por qué no? —inquirió la mujer—. Nunca he entendido tus recelos con respecto a ese tema.

—No quiero hablar de ello.

—Está bien, de acuerdo, como deseas. Pero tendrás que pensar en algo rápido, porque me temo que no dispones de mucho tiempo.

Derek se recostó en la butaca y fijó la mirada en las llamas de la chimenea. Ni siquiera fue consciente de que sus primos entraron unos minutos después, charlando animadamente. La cena se convirtió en un suplicio, todo le sabía a arena.

Cuando se retiró, al fin, y regresó a la casa, se descubrió anhelando que ella volviera a recibirlo en camión, poder fundirse de nuevo en aquel cuerpo cuya ausencia le estaba llenando la piel de soledad.

Marian se sorprendió al saber que Hamilton quería reunirse con ella en la biblioteca, a solas. La noche anterior lo había oído llegar, pero no se atrevió a abrir la puerta para comprobarlo. Temía volver a dejarse llevar por sus impulsos.

Y lo deseaba, lo deseaba mucho más ahora que había probado el sabor de sus besos. Por las noches le costaba conciliar el sueño, recordando el placer que le había proporcionado, la complicidad que habían compartido, los suspiros, los gemidos y los besos. Cada vez que lo recordaba, notaba cómo su cuerpo se acaloraba y volvía a sentir aquellos síntomas que tanto le habían preocupado unas semanas atrás y que ahora tenían nombre propio: Derek.

Le gustaba pronunciar su nombre de pila, sentir cómo llenaba su boca, cómo su lengua se pegaba a los dientes para formarlos, y en la intimidad de su cuarto lo llamaba tratando de conjurarlo y al mismo tiempo temiendo que él pudiera oír la llamada de su deseo.

Y ahora quería verla. No creía que tuviera nada que ver con lo que había sucedido entre ambos, eso de lo que ninguno de ellos había vuelto a hablar, pero que seguía ahí, flotando entre ellos cada vez que sus miradas se encontraban o que él rozaba su piel como sin querer. Su corazón estaba aprendiendo nuevos ritmos al lado de ese hombre magnético y embriagador.

—Pase, por favor, lady Hartford —dijo él levantándose y acudiendo a la puerta en cuanto ella la abrió.

La tomó por el codo y la acompañó hasta una de las butacas situadas frente a la chimenea. Ella temió que él pudiera escuchar sus latidos, de tan fuerte que retumbaban en su pecho, pero el rostro del hombre era una máscara imperturbable. Ni siquiera la miró a los ojos. Ocupó el otro sillón, cruzó las piernas y juntó los dedos de las manos. Su mirada se centró en el ruedo de su falda, como si ahí hubiera algo importante. Marian comenzó a inquietarse.

—Quería usted verme —le dijo, viendo que él no decía nada.

—Sí, sí, en efecto —respondió él, regresando de donde quiera que hubiera estado—. Deseaba comentar con usted sus planes sobre el futuro.

—¿Sobre el futuro? —No entendía muy bien a qué se refería.

—Sí, ¿ya ha decidido dónde quiere instalarse? —le preguntó él, cruzando una rápida mirada con ella y volviendo a desviar la vista, en esa ocasión hacia los ventanales que había tras ella.

«Así es que era eso —se dijo, un tanto mortificada—. Me está echando de su casa».

Carraspeó, tratando de ocultar la tristeza que la había embargado de pronto.

—No, aún no. Cualquier lugar me serviría, aunque me temo que no conozco el país en profundidad. Quizás usted pudiera orientarme.

—Bueno, yo pensaría tal vez en el Este, en algún lugar tranquilo de Somerset o de Dorset, ¿qué opina?

—No lo sé; me parece bien, supongo.

—Perfecto, entonces hablaré con mi abogado para que busque alguna propiedad por la región, seguro que encontrará algo adecuado. —Su tono de voz estaba desprovisto de cualquier tipo de emoción, como si ella fuera solo un negocio más que acabara de concluir.

—Si no requiere nada más... —dijo ella levantándose. Ansiaba marcharse de aquella habitación, alejarse de ese hombre que acababa de herirla, tal vez sin saberlo.

—Eh, no, no, nada más —respondió, incorporándose también.

—Dígale a su abogado que cualquier cosa nos servirá. No quisiera entorpecer más sus planes. —Imprimió a su voz toda la intención que pudo reunir.

—Por favor, le ruego que no se moleste —le dijo él, mirándola de pronto—. Créame que me encanta tenerla a usted aquí, y a los niños. Pero yo... debo regresar a América.

—Oh, así es que se trata de eso —dijo ella.

—Sí, por supuesto. ¿Qué otro motivo podría haber? —inquirió él, centrando la vista en sus labios, que de pronto ella sintió sublevarse, ansiosos por encontrarse con sus iguales.

—Creí que... en fin, no importa —reconoció ella.

—Nada me gustaría más que permanecer aquí, con usted... con ustedes. Pero ya hace casi un mes que debería haber regresado a Boston.

—Siento mucho todos los inconvenientes que le hemos causado, milord.

—Yo no —dijo él, acercándose un poco más—. De hecho, estaría dispuesto a asumir algunos más.

Ella echó la cabeza hacia atrás. Ahora lo tenía tan cerca que solo así podía mirarlo a los ojos, y lo que vio en ellos la hizo palpar por completo.

—Milady, ¿puedo besarla? —susurró él, acariciando su mejilla con el aliento.

—Sería mejor que no —respondió ella con un hilo de voz—. Pero...

Hamilton cortó sus palabras con sus labios, atrapando aquella boca que sabía a lo que saben las cosas dulces y prohibidas, y la encerró entre sus brazos, pegando su cuerpo al de la mujer. Marian se olvidó de respirar y de pensar, toda la piel le ardía en llamas. Emitió un gemido suave mientras aquella lengua la seducía y aquellas manos la recorrían, hambrientas.

—Vas a volverme loco —le susurró él, una vez que sus labios se despegaron—. Te llevo metida bajo la piel y no hay noche que no desee derribar tu puerta.

Marian trataba de recuperar el aliento, con la frente apoyada en la barbilla de él y las manos sujetando aquellos brazos fuertes y musculosos, tensos bajo sus

palmas. Todo su cuerpo temblaba de excitación.

—No hay noche que yo no desee dejarla abierta —reconoció ella, ruborizándose en cuanto la confesión escapó de sus labios.

—¿De verdad? —Él se retiró y la miró a los ojos.

Ella solo fue capaz de asentir, y él volvió a inclinarse y a besarla con la misma pasión. De repente sonaron unos golpes en la puerta y ambos se separaron, con la respiración agitada. Ella se dejó caer en la butaca, incapaz de sostenerse por sus propios medios. Hamilton se pasó las manos por el pelo, buscando serenarse, y se dirigió a la puerta.

—¿Está Marian aquí? —preguntó el pequeño Michael cuando él abrió.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Nos prometió que saldría al jardín con nosotros —respondió el pequeño.

—Iría en unos minutos —dijo el hombre.

El niño pareció conformarse y salió corriendo por el pasillo. Derek volvió a cerrar y se apoyó en la madera.

—Será mejor que vaya con los niños —dijo Marian levantándose.

—Sí.

—¿Nos veremos a la hora de comer?

—Por supuesto.

Ella caminó unos pasos hacia él, que aún no se había retirado de la puerta y le impedía el paso. Se quedó parada frente a él, sujeta a aquella mirada que le robaba toda la cordura.

—Esto no cambia nada —dijo él con voz ronca—. Lo que siento por usted no tiene nada que ver con lo que ambos debemos hacer.

—Lo sé —reconoció ella.

—Que desee besarla todo el tiempo no puede impedir que usted rehaga su vida ni que yo regrese a mi casa.

—Lo sé —volvió a decir ella—. A veces resulta usted encantador —le dijo, y se acercó para posar su mano en la mejilla masculina. La sintió cálida y palpitante.

El gesto, tan tierno e íntimo, tocó alguna fibra en el corazón de Derek. Cubrió aquella mano con la suya y la apretó ligeramente, hundiéndose en aquellos ojos de tormenta que le calentaban todos los vacíos del alma.

Se retiró con pesar y abrió la puerta para que ella saliera. Cuando la mujer abandonó la habitación aún permaneció un rato sintiendo aquel reconfortante calor en el rostro.

Marian pasó todo el día rememorando ese beso, perdida en sus pensamientos. Era evidente que él se sentía atraído por ella, lo mismo que ella por él, pero eso en realidad no cambiaba las cosas, como muy bien había dicho él. Ella debía marcharse con los niños, iniciar una nueva vida. Y él debía regresar a Boston, a retomar la suya. Eso había estado claro desde el principio, antes de que todo cambiara, antes de que se enamorara perdidamente de él. Porque no existía otra explicación para lo que sentía por ese hombre. Solo ansiaba estar cerca de él, oír el sonido de su voz, sentir la tibieza de su contacto y besarlo hasta morir. Todas las mañanas se levantaba con una sonrisa, ansiando el momento de volver a encontrarse con él, aunque fuera fugazmente, aunque en ocasiones él no le prestara atención.

Ahora sabía que él también sentía algo por ella, aunque solo fuese una atracción física difícil de controlar, lo que le producía una gran satisfacción. La mayoría de las relaciones se basaban en mucho menos que eso. Supo que jamás habría otro hombre en su vida, y hasta que el tiempo acabara con ella, recordaría los momentos que había compartido con él, los atesoraría y la acompañarían en los años que estuvieran por venir.

Mientras se cepillaba el pelo frente al espejo, preparándose para irse a dormir, fue consciente de que solo habían compartido una noche. Que esas horas serían las únicas que él dejaría atrás cuando volviera a Boston. La mano que sostenía el cepillo se quedó suspendida en el aire. Se miró en el espejo y se encontró hermosa, por primera vez en años. Sonrió a su imagen y tomó una decisión.

Se levantó con calma, se puso una bata y salió al pasillo. Recorrió los escasos metros que separaban ambos dormitorios y llamó a la puerta con suavidad. Al instante él abrió, vestido solo con los pantalones y una camisa blanca, abierta hasta medio pecho, por la que asomaba su vello oscuro.

—¿Sucede algo? —preguntó él, sacando la cabeza y mirando a ambos lados del pasillo.

—No —respondió ella, con las mejillas encendidas.

Él la miró de arriba abajo y comprendió en el acto el motivo de su visita. Ella vio desfilas por su mirada una sombra de duda y de repente se sintió vulnerable. No había contado con que él pudiera rechazarla. Se giró para volver a su habitación antes de que nadie se diera cuenta de que estaba allí, pero él la cogió por la muñeca.

—Ahora no vas a escaparte —le dijo él, pegándola a su cuerpo y cerrando la puerta.

—He tenido la sensación de que no le parecía buena idea.

—Oh, sin duda no lo es —dijo él, mordisqueando su mentón.

—Puedo marcharme si lo desea. —Inclinó un poco la cabeza hacia atrás, facilitándole el acceso a su cuello.

—Podrías, en efecto —dijo él entre beso y beso—. Si yo estuviera dispuesto a dejarte hacerlo.

Y ya no hablaron más.

15

—¿Por qué sonríes? —preguntó Michael.

Marian se encontró a los dos pequeños, sentados frente a ella, con los codos sobre la mesa y la cabeza apoyada sobre las manos. ¿Cuánto rato llevaban observándola sin que se hubiera dado cuenta?

—Por nada, Michael —respondió ella, ruborizándose.

—¿Es algo divertido? —preguntó Richard mirándola con atención.

—No, no. —El rubor se hizo más intenso. Había estado pensando en la noche que había pasado con Derek, aún más increíble que la primera vez. No había abandonado su habitación hasta la madrugada, con todos los músculos doloridos y el corazón con un nuevo sonido—. Es solo que hoy hace un día fantástico, ¿verdad?

Los niños miraron hacia el ventanal, donde las gruesas gotas de lluvia trazaban regueros sobre los cristales y retumbaban con los truenos. Ambos intercambiaron una mirada extrañada antes de volver a centrarse en ella.

—¿Estás enferma? —le preguntó Richard, visiblemente preocupado.

—¡No! —exclamó—. ¿Por qué iba a estar enferma?

—Porque está lloviendo —respondió Michael muy serio.

—¿Y la lluvia es un motivo para estar enferma? —No entendía qué les pasaba a los pequeños.

—Estás muy rara hoy —reconoció Richard, frunciendo el ceño.

—Estoy bien, no pasa nada —los tranquilizó ella, con una amplia sonrisa.

—¿Es por el hombre ese que está en el despacho del señor Hamilton? —preguntó Richard.

—¿Qué hombre?

—No lo sé, uno que ha venido hace un rato, cuando estabas arriba. Creo que ha dicho que era su abogado.

—Oh. —La sonrisa se borró de su rostro. Sin duda ahora estarían hablando de su inminente marcha de Londres. Tal vez en unos pocos días todo hubiera acabado.

—Seguro que estás enferma —dijo Richard levantándose y acercándose hasta ella—. Ahora parece que estás a punto de llorar. ¿Quieres que avise al señor Hamilton?

—No, no, estoy bien, de verdad que sí. —Rodeó la cintura de su hermano y le dio un beso en la mejilla—. Muchas gracias por preocuparte por mí, señorito Fillmore.

—Siempre me preocuparé por ti, Marian —dijo el niño rodeando su cuello con sus menudos bracitos—. Eres mi hermana y te quiero. Tú nos salvaste.

Michael se levantó y se acercó por el otro lado, uniéndose al abrazo.

—Yo también me preocuparé siempre por ti —añadió—. Y te salvaré siempre que lo necesites, aunque te guste la lluvia.

Marian rio y lloró al mismo tiempo, abrazando a aquellas dos criaturas tan fuertes y tiernas, con el corazón henchido de un amor tan puro que dolía. Ni siquiera se dio cuenta de que el señor Hamilton se asomaba y los veía así, a los tres abrazados, y que se retiraba con un rictus de dolor en el rostro.

—Hay una visita en la entrada, milady —anunció Charles a primera hora de la tarde.

Marian estaba en el salón, bordando, mientras Derek daba clases a los pequeños en la biblioteca.

—¿Una visita? —preguntó inquieta.

—El señor Thomas Wates.

—Oh, hágalo pasar, por favor.

Se levantó y recompuso un poco su vestido y su peinado. Era la primera vez que la visitaba desde que había abandonado su casa y guardaba muy buen recuerdo del joven, que apareció unos segundos más tarde. Iba vestido con gran esmero y perfumado en exceso, y mostraba una sonrisa abierta y sincera que le produjo gran placer.

—Milady, está usted tan hermosa como siempre —le dijo él.

—Es usted muy galante, señor Wates.

—Thomas, por favor —le dijo él besando su mano con galantería.

—Muy bien, Thomas. —Sonrió—. ¿Le apetece un poco de té?

—Con mucho gusto, milady.

Marian dio las órdenes oportunas y ambos ocuparon un par de cómodas butacas.

—Puedo hacer llamar al señor Hamilton —dijo ella.

—Oh, en realidad he venido a verla a usted.

—¿A mí? —preguntó sorprendida.

—Sí, no tuve tiempo de despedirme de usted cuando... en fin, cuando se marchó.

—Lo lamento mucho, créame. Pero dadas las circunstancias era imposible que permaneciera en su casa por más tiempo.

—Sí, la madre de mi futura cuñada suele causar ese efecto en las personas.

—¿Qué efecto?

—El de desear salir corriendo, naturalmente —respondió con una sonrisa.

Ella soltó una risita. Sin duda aquel joven era ingenioso y tenía un gran sentido del humor, ya había podido comprobarlo durante su estancia en la mansión familiar.

—Derek nos ha contado que fueron a buscar a su hermano pequeño —continuó—. Y que volvió con un hermano de más.

—Era imposible separarlos. Si se queda un rato más podrá conocerlos. Son encantadores.

—No lo dudo. ¿Y qué piensa hacer ahora?

El semblante de Marian se ensombreció y trató rápidamente de recuperar la compostura.

—El señor Hamilton me está ayudando a encontrar una nueva casa —respondió.

—Oh, eso está muy bien. Espero que me permita visitarla de vez en cuando.

—Desde luego, será usted siempre bien recibido. Cada vez que vaya al Este espero que se pase a saludarnos.

—¿Al Este?

—Sí, aún no sé si será en Somerset o en Dorset.

—¿Tan lejos? —El joven parecía sinceramente consternado.

—Bueno, tampoco a mí me hace muy feliz, créame. Pero comprenda que no puedo quedarme en Londres, después de todo lo que ha ocurrido.

—Sí, claro —reconoció el joven, inclinando la cabeza.

Un silencio un tanto tenso se instaló entre ambos.

—Milady, espero que no me considere demasiado atrevido, pero me gustaría exponerle una cuestión... un tanto delicada.

Marian se envaró de forma involuntaria.

—Usted dirá, Thomas.

—Sé que apenas nos conocemos, pero quiero que sepa que causó usted una honda impresión en mí y me gustaría mucho conocerla un poco mejor.

—No sé si entiendo a dónde quiere llegar.

—Me gustaría cortejarla de manera formal —aclaró él mirándola fijamente.

—Pero...

—Lo sé, soy consciente de que el tiempo de luto aún no ha vencido y le prometo que aguardaré pacientemente hasta que haya concluido. Lo cierto es que no pensaba plantearle este asunto hoy, pero, ante su posible marcha, me veo en la obligación de que conozca mis sentimientos. Podría usted buscar un lugar más próximo. De hecho, yo dispongo de una propiedad no muy lejos de aquí que pondría gustosamente a su disposición hasta que...

—Espero que no estés hablando en serio, Thomas. —La voz de Derek sonó desde la puerta, que había cruzado en silencio en cuanto le habían anunciado la visita de su primo una vez concluidas las lecciones. Solo había oído las últimas palabras y el deseo de romperle todos los huesos le estaba resultando muy difícil de controlar.

Thomas se incorporó de un salto y miró a su primo, sosteniéndole la mirada con aplomo.

—No creo que sea de tu incumbencia, Derek.

—Ya lo creo que sí.

—¿Acaso no te parezco un pretendiente adecuado?

—¿Pretendiente? —La sorpresa era genuina.

—Por supuesto, ¿qué creías? —Su primo frunció el ceño—. Oh, Dios, no pensarás que le he ofrecido mi casa para... ¡para convertirla en mi amante!

—Bueno, tus últimas palabras así lo habían dado a entender —reconoció.

—Si hubieras escuchado la conversación entera sabrías que acabo de pedirle a lady Hartford permiso para cortejarla de manera formal una vez haya finalizado el período de luto.

—Y supongo que pensabas comentarlo conmigo.

—Por supuesto. Pero antes necesitaba saber si existe alguna posibilidad...

—¿Qué dice tu madre al respecto?

—Aún no le he mencionado nada, pero seguro que se mostrará encantada. —Derek lo dudaba mucho, pero se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto.

—Saben que estoy aquí, ¿verdad? —preguntó entonces Marian, que aún permanecía sentada en el sillón, asistiendo al duelo verbal de los dos hombres, que se giraron de inmediato hacia ella.

—Por supuesto, milady. —Thomas inclinó ligeramente la cabeza a modo de disculpa—. Sería imposible obviar su presencia.

Derek soltó un bufido, que su primo decidió ignorar. Lo cierto era que Thomas

sería un candidato más que adecuado para Marian. Era joven, apuesto, cariñoso, divertido y su fortuna no era nada desdeñable. Pero solo imaginarla en sus brazos le provocaba un lacerante dolor en el estómago que le subía hasta las orejas.

—Me temo que lady Hartford no está en condiciones en este momento de plantearse un asunto de tal envergadura —apuntó en tono seco.

—En realidad lo único que necesito saber es si está dispuesta a considerarlo —reconoció su primo.

—Aún es pronto para...

—Ya han pasado varios meses —le interrumpió Thomas—. Y me consta que no le profesaba un gran afecto a tu padre.

—Nadie que yo conozca lo hacía, si exceptuamos a mi tía Ellen.

—Creo que está más que preparada para plantearse su futuro.

—Lo mejor para ella es que se instale en el Este, al menos hasta que el escándalo se haya olvidado o mi tía olvide el asunto.

—Eso no va a suceder en breve. Pero me parecería bien siempre y cuando fuera de forma temporal. Luego debería regresar a Londres e instalarse aquí.

—Bueno, visto que ustedes se apañan bastante bien resolviendo mi vida, será mejor que vaya a ver cómo se encuentran los niños —anunció Marian poniéndose en pie.

—Milady, le ruego que nos perdone, una vez más —se disculpó Thomas—. Creo que será mejor que me marche ahora. ¿Me promete que, al menos, pensará en lo que le he dicho?

—Lo haré, milord —respondió ella con una tímida sonrisa.

Thomas saludó a su primo con la cabeza y abandonó la habitación. Derek y ella permanecieron allí de pie, mirándose fijamente.

—¿De verdad lo vas a considerar? —le preguntó él dando un paso en su dirección y temiendo la respuesta.

—No puedo negar que eso resolvería gran parte de mis problemas —reconoció ella.

—¿Entonces?

—No, no lo haré.

—¿Por qué no? —Aunque su respuesta le había parecido más que satisfactoria, necesitaba conocer la razón.

—Porque no volveré a contraer matrimonio con alguien a quien no ame, al menos mientras pueda evitarlo.

—Pero Thomas es un buen hombre, con el tiempo podrías llegar a quererle. —

No podía creer que estuviera apoyando las pretensiones de su primo. ¿Qué diablos le ocurría?

—No lo dudo. Es joven, bien parecido y muy amable. Pero, como muy bien has dicho, aún no estoy preparada. Ni creo que vaya a estarlo en mucho tiempo. —Marian llegó a su altura en su camino hacia la puerta—. Señor Hamilton, su huella va a ser muy difícil de borrar.

Sin añadir nada más, abandonó la habitación, dejándolo con una sonrisa boba iluminando su rostro.

Esa noche, Derek tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para no cruzar el pasillo y colarse en la habitación de Marian. No dudaba que podría vencer cualquier resistencia que ella pudiera presentar, el modo en que ella respondía a sus besos y sus caricias resultaba de lo más elocuente. Eran otras las razones que lo impelían a permanecer lejos de ella, y todas perfectamente válidas por sí mismas. Juntas... parecían un muro infranqueable.

En primer lugar no podía olvidar quién era: la viuda de su propio padre. La sociedad los despellejaría vivos si su relación llegase a hacerse pública.

En segundo lugar estaba la visita de Thomas. No era que la proposición de su primo le resultara descabellada, ni mucho menos, pero era consciente de que en el futuro ella recibiría alguna más, y no le parecía justo arrebatarse la posibilidad de ser feliz con alguien, porque sin duda lo merecía. Las palabras que le había dirigido al abandonar la habitación aún revoloteaban entre su pecho y sus tobillos: «Su huella va a ser muy difícil de borrar». Era consciente de que cuanto más intimaran, más difícil iba a resultar para ambos la separación, y más profunda podía ser esa huella que dejara en ella.

En tercer lugar existía la posibilidad de que ella se quedara embarazada. Había sido muy cuidadoso al respecto, pero podía producirse un accidente, podía no retirarse a tiempo, y bien sabía Dios lo que le costaba salir de ese cuerpo adorable cada vez que lo poseía.

Todas esas razones, y algunas más que iban y venían a su antojo, lo mantuvieron pegado primero al sillón de la biblioteca y luego a su lecho vacío, hasta que el sueño lo encontró, cerca de la madrugada.

Marian, por su parte, llevaba a cabo razonamientos muy similares que también le impedían volver a llamar a su puerta, aunque en su fuero interno rezaba para que fuera él quien tomara la iniciativa, porque era consciente de que no iba a presentar resistencia alguna en cuanto lo tuviera frente a ella. Los minutos se

fueron alargando lánguidos y perezosos, y cada vez que oía el crujir de una madera se tensaba y aguzaba el oído, esperando oír los ansiados golpes en la puerta. Los minutos se convirtieron en una hora, y luego en dos, y cuando se transformaron en tres se dio por vencida y se metió en la cama, con una honda tristeza alojada en el lugar que antes había ocupado su estómago.

En los días siguientes la situación no varió. Ambos se evitaban y, al mismo tiempo, buscaban cualquier pretexto para propiciar un roce de manos o una mirada cargada de significados. Derek procuró pasar más tiempo fuera de casa, visitó al abogado en un par de ocasiones, hasta que el hombre le aseguró que se pondría en contacto con él en cuanto tuviera noticias que comunicarle. Fue al club, dio largos paseos, mantuvo charlas insustanciales con sus iguales... y ni un solo momento fue capaz de apartar aquellos ojos de su pensamiento. No recordaba haber sentido algo parecido por nadie, jamás. Había tenido unas cuantas amantes, y a algunas les había profesado un cariño sincero, pero nunca invadían sus pensamientos cuando se hallaba ocupado en otros menesteres, ni las echaba de menos hasta el delirio, ni soñaba con reventar puertas y conciencias para disfrutar de ellas.

«Su huella también va a ser muy difícil de borrar, lady Hartford», se dijo, ya en el carruaje que lo llevaba a su casa. La idea de no volver a verla, de abandonar Inglaterra para no regresar, le estaba carcomiendo el alma.

Cuando por fin se halló en su biblioteca, sin haberse cruzado con ella —dio gracias a Dios—, se concentró en el correo. Había una nota de su tía, que abrió de inmediato. Era una invitación para cenar, dirigida a ambos. Frunció el ceño. Sospechaba que el evento tendría que ver con la petición de Thomas de días atrás. Tal vez su tía, después de todo, sí que veía con buenos ojos una posible unión entre ambos. De pronto, aquella mujer a la que hasta hacía poco había admirado e idolatrado, se había convertido en su enemiga. Sacudió la cabeza en un intento de alejar pensamientos tan poco caritativos y se dispuso a responder. La cena estaba prevista para el día siguiente. Acudirían, por supuesto. Necesitaba saber qué se estaba cocinando. Y con qué armas podía defender lo que era suyo.

Estaba preciosa. Arrebatadora. Cuando la vio descender por la escalera, ataviada con un vestido negro, escotado y elegante, brillando sobre su piel de

marfil, se le secó la boca y su entrepierna se despertó de golpe, saludando a aquella magnífica mujer. En las últimas semanas había ganado algo de peso, por fortuna, y llenaba a la perfección aquella prenda que se ceñía a su cuerpo como un guante.

—Está preciosa, milady —le dijo, besándole la mano enguantada.

—Usted también está muy atractivo, milord —le dijo ella con los ojos brillantes.

Derek le colocó la capa sobre los hombros, tomó su abrigo y la acompañó hasta el carruaje, detenido junto a la puerta. Cuando ocuparon el interior, entrelazó las manos. Le hubiera gustado anudar sus dedos entre sí, para impedir que salieran volando hacia ella. Procuró concentrarse en cualquier otra cosa, y contó los botones de terciopelo que adornaban el respaldo del asiento que tenía delante, abrió y cerró la cortinilla media docena de veces, como si no se decidiera a mirar por la ventanilla, se recolocó las mangas de la camisa, cruzó y descruzó las piernas... y no la miró ni una sola vez. Porque si lo hacía, ninguno de ellos iba a llegar a la cena esa noche.

Marian se sentía inquieta. Era consciente de la turbación que experimentaba Derek, sentado en diagonal frente a ella, no muy distinta a la que ella misma padecía. Temía lo que pudiera encontrarse al llegar a casa de lady Bridgeport, y que Thomas le preguntara sobre su proposición. Tenía muy clara la respuesta, desde luego, pero odiaba la idea de que él pudiera sentirse ofendido, después de lo que su familia había hecho por ella. Si no fuera por lo que iba a significar alejarse para siempre de Derek, le habría gustado estar ya instalada en su nuevo hogar, lejos de todas las preocupaciones que la acuciaban.

Cuando el vehículo se detuvo, Derek la ayudó a bajar y ambos recorrieron la distancia hasta la puerta principal, que se abrió de inmediato, como si el mayordomo hubiera estado espionando su llegada desde la ventana.

Fueron conducidos hasta el saloncito, donde ya se encontraban los tres miembros de la familia, que los saludaron con cariño. Lady Bridgeport, en especial, se mostró dulce y amigable, como cuando la había conocido, y Marian no tardó en sentirse bastante cómoda. Echó alguna mirada de reojo en dirección a Thomas, que parecía encantado con la idea de tenerla allí.

Derek, por su parte, se mostraba un tanto frío. Adoraba a su familia, eso estaba fuera de dudas, pero sentía como si hubiera caído en una encerrona, y la sensación no le resultaba especialmente grata. Se mostró tenso casi todo el

tiempo, contestando con monosílabos y situándose cerca de Marian cada vez que Thomas hacía un amago por aproximarse más a ella. En un par de ocasiones sorprendió a su tía mirándole con curiosidad, alzando una ceja, en un gesto muy suyo cuando pretendía preguntar algo sin pronunciar palabra alguna. Supuso que en ese instante la cuestión sería algo parecida a «¿Se puede saber qué diablos te ocurre esta noche?».

La cena se hizo eterna para ambos, aunque por distintos motivos. Marian se sintió aliviada cuando ninguno de los presentes hizo alusión a la proposición de Thomas y se interesaron en cambio por sus planes de futuro. Derek, con desgana, les contó su intención de buscarle una propiedad adecuada en el Este para que pudiera instalarse con los niños, y lady Bridgeport hizo alguna sugerencia al respecto. Había viajado a Dorset siendo joven y recordaba algunas zonas con agrado.

Después de la cena volvieron a reunirse en el salón y se sirvieron algunas copas. Derek se sentó junto a la chimenea, y desde allí disponía de una agradable vista. Marian ocupaba un sofá con su tía, y estaba tan hermosa que le dolía contemplarla. Su primo Lionel le estaba contando algo en ese momento, y él solo podía asentir, sin que las palabras lograsen traspasar la nebulosa en que se había convertido su cabeza. Tenía localizado a Thomas, de pie junto al fuego, en el rincón de los hombres, y no parecía lanzar a Marian más miradas de las estrictamente corteses, lo que no dejaba de resultar curioso, un detalle que habría podido apreciar si su mente no hubiera estado convertida en un *pudding*.

Cada vez que ella movía la cabeza, el fuego arrancaba destellos de su melena castaña, y la piel del cuello se tornaba casi traslúcida. El nacimiento de los senos se movía de forma sensual cuando hablaba, un movimiento hipnótico directamente relacionado con el de su entrepierna, que esa noche parecía tener vida propia.

Cuando por fin se retiraron, pasadas las once de la noche, a Derek le dolía cada músculo del cuerpo. Y en cuanto ambos se hallaron dentro del carruaje, y el vehículo comenzó a moverse, se abalanzó sobre ella como si se tratara del único oasis en un desierto colosal.

Sus bocas se encontraron primero con torpeza, hasta que recordaron lo bien que se amoldaban la una a la otra. Él bebió de ella con fruición, maldiciéndose por todos los segundos malgastados en los últimos días, segundos en los que no la había tenido pegada a sus labios.

Marian, pillada inicialmente por sorpresa, respondió a su avance en el acto, dejándose seducir por aquella boca experta que se bebía sus gemidos y le ofrecía

nuevos motivos para regalarle otros pocos.

—Esta noche estás preciosa —le dijo él cuando comenzó a besarle la línea del mentón—. Me he pasado la velada deseando hacer esto.

Ella se estremeció y volvió a ofrecerle los labios, mientras rodeaba su cuello con los brazos, ansiando estar más cerca de él. Derek metió la mano por debajo de la falda y esquivó las capas de tela hasta encontrar el centro de su femineidad, húmedo y preparado para recibirle. Cómo respondía esa mujer a un simple beso era algo que lo traía completamente loco. Sin dejar de devorarla, introdujo el pulgar en su interior. Ella dio un pequeño respingo y abrió un poco más las piernas para facilitarle el acceso. Él continuó haciéndole el amor con el dedo, mientras su boca descendía por su cuello y su escote. Con la barbilla bajó la tela y dejó al descubierto uno de los senos, cuyo pezón atrapó entre sus dientes y su lengua para ofrecerle una deliciosa sesión de tortura.

A Marian la cabeza le daba vueltas. Se sentía flotar a la deriva, sujeta a algo que la mantenía a flote y que le producía oleadas de intenso placer. Cuando él sacó su dedo de su interior se sintió inexplicablemente vacía, hasta que introdujo el índice y el corazón, y comenzó a acariciar con el pulgar aquel delicado botón que la llevaba al éxtasis. Apenas tardó un minuto en alcanzar el clímax y en derramarse en la mano de aquel hombre capaz de enardecerla en tan poco tiempo. Exhausta y sin aliento, se recostó contra el respaldo, con los ojos cerrados. Él continuaba depositando suaves besos sobre su rostro y cuello.

—Yo quiero hacer lo mismo —le susurró cuando logró recuperar el ritmo respiratorio.

—Podemos esperar a llegar a casa —le dijo él.

—No, quiero hacerlo ahora —insistió ella, llevando su mano hasta la entrepierna y recorriendo la extensión de su miembro, que amenazaba con romper los pantalones.

Marian se quitó los guantes y desabrochó la prenda. En unos segundos, aquel miembro duro y erecto estaba en su mano. Comenzó un movimiento suave, ascendiendo y descendiendo, y acariciando la punta con el pulgar, lo que arrancó una serie de gemidos entrecortados del hombre, que se había echado hacia atrás, sin soltarla.

Derek alargó una de sus manos y acarició uno de los pechos con maestría, consiguiendo que el pezón volviera a endurecerse. Atrapó de nuevo la boca femenina y hundió la lengua en su interior, deseando poseerla entera, allí mismo, en medio de las calles de la ciudad.

Ella perdió el ritmo y él rodeó la mano de Marian con la suya para guiar la

cadencia, hasta que ella dio muestras de haber comprendido. A pesar de lo excitante de la situación, ansiaba sumergirse en ella y, tomándola por la cintura, la colocó a horcajadas sobre él. Sin dejar de besarla, retiró las capas de tela y se hundió en ella de un solo golpe, lo que provocó un largo y gutural gemido en ambos. La tomó por las nalgas y comenzó a moverla y a moverse bajo ella.

Marian creía estar al borde del desmayo. Aquella postura, en la que ella podía tener algo más de control, resultaba de lo más placentera. El hombre la llenaba por completo y el vello púbico acariciaba su delicado sexo, haciéndola estremecer. No se reconocía a sí misma, allí, cabalgando a un hombre hasta el delirio, alcanzando el orgasmo más intenso que había experimentado jamás y sintiendo cómo él la abandonaba justo antes del final para derramarse sobre su propia mano. Siempre la asombraba la capacidad de aquel hombre para hacer siempre lo correcto, incluso en las situaciones más extremas. Ambos, jadeantes, se dejaron caer sobre el asiento.

—Ha sido... —comenzó ella, incapaz de encontrar la palabra adecuada.

—¿Un buen comienzo?

Ella alzó una ceja, mirándolo divertida.

—La noche solo acaba de empezar, querida —anunció él, como una promesa.

Lloviznaba aquella mañana y Richard estaba aburrido. Se había despertado con unas décimas de fiebre y dolor de garganta y se había quedado en casa mientras su hermana y Michael salían a hacer unas compras. A través del cristal no podía ver más que otras viviendas, calles arboladas y tejados en la distancia. Todo resultaba muy distinto al paisaje que veía desde St. Joseph's. A pesar del poco tiempo transcurrido, en ocasiones tenía la sensación de que aquello quedaba muy lejos, como si le hubiera ocurrido a otra persona. En otras, en cambio, solo parecía que acabara de abandonar aquellos muros y que se iba a despertar del sueño de un momento a otro.

En su nueva vida no pasaban frío, ni él ni Michael. Habían comprendido que ya no era necesario dormir en la misma cama para darse calor, aunque habían mantenido durante unos días la costumbre. Todo era demasiado nuevo y daba demasiado miedo.

Tampoco pasaban hambre, ni eran golpeados ni castigados, aunque tenía que reconocer que en algún momento habían sido algo traviesos. Pero su hermana era demasiado dulce como para alzarle la mano, y el señor Hamilton... bueno, él era distinto a todos los hombres que había conocido. Era serio pero con sentido del humor, firme aunque no rígido, y era comprensivo y tolerante. No les reñía cuando se equivocaban en las lecciones, ni los obligaba a cumplir con algún terrible castigo por haber infringido alguna norma.

Observó cómo un carruaje enfilaba la calle y pensó que tal vez Marian ya estuviera de vuelta. Pero no reconoció el vehículo. No obstante, este se detuvo frente a la puerta y de él bajó un hombre que se quedó parado en medio de la calle, mirando en una y otra dirección. Algo en él le resultó familiar, aunque no fue capaz de recordar el motivo.

Volvió a mirar a derecha y a izquierda. Richard supuso que pretendía cerciorarse de que nadie lo veía entrar en la casa, y esa actitud le resultó sospechosa. Cuando comenzó a caminar para recorrer los metros que lo separaban de la entrada, recordó. Era su padre: Trevor Fillmore.

Echó la cabeza hacia atrás, tratando de impedir que lo viera si alzaba la vista. En su pequeño pecho se libraba una encarnizada batalla. Por un lado, la alegría por verlo de nuevo, aunque no guardara muy buenos recuerdos de él. Por otro, el rencor porque no hubiera acudido a rescatarlo a Nottingham durante todos aquellos años. Y por último, un miedo atroz a que quisiera llevárselo con él o devolverlo al lugar de donde su hermana lo había sacado. ¿A qué había venido? ¿Y qué diría Marian cuando lo viera?

No sabía qué hacer. De forma inconsciente comenzó a morderse las uñas, una costumbre que su hermana casi había logrado erradicar desde que habían vuelto a encontrarse. Su mente trabajaba deprisa. Esperó unos minutos, por si alguien acudía a buscarlo. Era muy probable que su padre hubiera venido a verle ¿no? Cuando transcurrió un tiempo prudencial, decidió bajar con sigilo y espiar un poco, solo para saber qué estaba pasando.

Abrió la puerta con cuidado y se internó en el corredor. Llegó a la escalera y atisbó por entre los barrotes. En ese momento el mayordomo precedía a su padre hasta el despacho del señor Hamilton, que, al parecer, lo había hecho esperar un rato. Cuando Charles desapareció por la puerta de la cocina, bajó los escalones y se aproximó a la puerta de la biblioteca. Descubrió que no había quedado del todo cerrada y espió por la rendija. No era mucho lo que podía ver, pero los sonidos le llegaban con claridad.

Su padre estaba de espaldas a él y el señor Hamilton le ofrecía asiento en ese instante, además de una copa. Richard contuvo la respiración, rogando para que no lo descubrieran.

La inesperada visita había sorprendido a Hamilton. Pensó en hacerle esperar hasta que Marian volviera, pero el hombre había preguntado expresamente por él. ¿Qué debía hacer? ¿Qué era lo que deseaba? Estuvo calibrando sus opciones durante unos minutos, hasta que decidió recibirle.

Se mostró amable pero distante, hasta que supiera qué lo había traído hasta allí. Marian no le había contado mucho, aunque sí lo suficiente para saber que Trevor Fillmore no era un buen tipo. Su aspecto, en cambio, era pulcro y elegante. El rostro grave, con unas patillas que le cubrían parte de las mejillas y unos labios carnosos que había transmitido a su hija. Sus ojos eran azules, intensos y duros.

—Le agradezco mucho que haya podido recibirme —le dijo tomando asiento y aceptando una copa de oporto.

—No se merecen —contestó él—. ¿Ha venido a ver a sus hijos?

Le parecía el motivo más lógico, a pesar de que ya llevaban varias semanas allí sin que hubiera dado señales de vida.

—En realidad venía a verle a usted —respondió el hombre poniéndose cómodo.

—¿A mí? ¿Y en qué puedo yo ayudarle?

—Al parecer se llevó usted a mi hija de la mansión Hartford.

—Sí, en efecto, aunque ese cometido debería haberle correspondido a usted —replicó Hamilton con acritud.

—Ella era una respetable viuda, ¿qué podía hacer yo? O al menos lo era hasta que usted la instaló aquí...

—Señor Fillmore, yo...

—No me interrumpa, joven. No me importa especialmente la virtud de mi hija, al menos ya no. Hace unos meses acudí a ella pidiéndole un favor y no pudo ayudarme.

—¿Qué tipo de favor? —inquirió Hamilton frunciendo el ceño e imaginando lo que vendría a continuación.

—Solo una pequeña cantidad de dinero, ya sabe —respondió Fillmore con una sonrisilla que le revolvió las tripas—. Pero, al parecer, el padre de usted no la dejó en una situación económica muy favorable.

—Así es que sabe eso.

—Por supuesto, ella misma me lo contó.

—Ya veo.

—No obstante, parece que su suerte ha cambiado, ¿me equivoco?

—No, en efecto, aunque la renta que va a percibir no va a ser muy sustanciosa —respondió con cautela.

—Joven, no pretenda usted tomarme el pelo —le dijo, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas, como si fuera a hacerle una confidencia—. Usted y yo sabemos que no va a poder cambiar el testamento del difunto barón y que ella volverá a estar sin un penique.

Hamilton no dijo nada, no deseaba proporcionarle a aquel indeseable información sobre el futuro de la joven ni sobre el estado de sus finanzas.

—Creo que lady Hamilton está ya maniobrando para que le sea retirado el título, alegando una moral relajada que ensucia el buen nombre que su padre le otorgó.

—Eso son calumnias.

—Es posible, pero no puede negar que mi hija está viviendo bajo el mismo

techo que usted. Y eso, querido amigo, es imperdonable a los ojos de la sociedad, lo sabe tan bien como yo.

—¿Qué es lo que quiere, Fillmore? —ladró Hamilton.

—Vaya, vaya, veo que tiene usted prisa —respondió con sorna—. Sí, tampoco yo dispongo de mucho tiempo. Verá usted, yo podría o no apoyar los argumentos de lady Hamilton, dependiendo de la cuantía que esté dispuesto a pagar por mi silencio.

—¿Esto es una broma? —inquirió Derek, incapaz de creer a aquel tipo.

—¿Le parece un asunto con el que un padre bromearía?

—Créame, el adjetivo de *padre* le viene grande.

—No sea tan rápido a la hora de emitir juicios de valor, querido amigo —replicó con desdén—. Usted no me conoce de nada, ni sabe lo que he sufrido estos últimos años.

—No más que sus hijos, podría asegurarlo.

—Bueno, bueno, no se altere. Esta es solo una conversación de negocios. Volvamos al tema que nos ocupa y en unos minutos me habré marchado de aquí.

—No.

—¿Cómo?

—He dicho que no —contestó Hamilton sin inmutarse—. No le daré ni un centavo, ni Marian tampoco.

—¿Está dispuesto a arrastrar a mi hija por el lodo solo por una cuestión de orgullo?

—Al parecer será usted quien se ocupe de esa tarea.

Fillmore lo miró de hito en hito y se reclinó de nuevo. Cruzó las piernas con parsimonia, como si aún tuviera mucho que decir. Unió las manos y trató de calibrar a aquel hombre que emanaba una fuerza y una seguridad en sí mismo que lo tenían desconcertado.

—Está bien, como desee. En ese caso, pongo en su conocimiento la intención de llevarme a mi hijo Richard conmigo.

—¿Qué? —Hamilton trató de mantener la compostura, pero le estaba costando un mundo. Su único deseo era abalanzarse sobre ese hombre y reventarle la cara a golpes.

—Soy su padre y, por lo tanto, su tutor legal. No puedo consentir que mi pequeño viva con una mujer perdida como es su hermana.

—No le consiento que hable así de su propia hija, no al menos en esta casa.

—Vaya, veo que la mosquita muerta ha conseguido meterse ya en su cama —dijo con una sonrisa de suficiencia.

—Si quiere abandonar esta casa con todos los dientes dentro de la boca, le sugiero que modere sus palabras.

Fillmore mostró cierta sorpresa por el tono duro que utilizó el barón, y descubrió que hablaba totalmente en serio. Nunca había sido muy dado al enfrentamiento físico, y aquel hombre le superaba al menos en una cabeza, su cuerpo era mucho más ancho y tenía treinta años menos.

—Le ruego me disculpe —dijo, tratando de adoptar una expresión contrita—. Atravieso una situación un tanto comprometida y me temo que me he dejado arrastrar por mi mal carácter.

—No se llevará al niño de aquí —dijo Hamilton categórico.

—Es mi hijo, no puede privarme de él. Las leyes no se lo permitirán.

—¿Cuánto dinero necesita?

—¿Cómo?

—¿Cuánto dinero quiere por dejarlos en paz, a ambos?

Fillmore lo calibró con la mirada. Ya lo tenía donde deseaba.

—Dos mil libras —contestó, fijando sus pupilas en él.

—¿Es que ha perdido el juicio? —preguntó Hamilton incorporándose.

—¿Acaso cree que mis hijos valen menos de eso?

—Sus hijos valen diez mil veces esa cantidad, señor Fillmore, pero esa no es la cuestión, lo sabe usted muy bien.

Hamilton se acercó hasta el aparador y se sirvió otra copa, en esa ocasión sin ofrecerle nada a su *invitado*. Dos mil libras era una cifra astronómica, aunque manejable. Lo que le preocupaba era otra cuestión. ¿Qué le impediría en el futuro encontrar a Marian y volver a pedirle dinero, amenazando con llevarse al niño de nuevo? A ella ya no la podía tocar, pero Richard solo tenía nueve años y legalmente su padre podía hacer con él lo que quisiera.

Fillmore tenía la mirada fija en la espalda de aquel hombre que, sin duda, estaba calibrando su propuesta. Cuando había ido a pedirle dinero a Marian meses atrás, y ella no había podido dárselo, había conseguido finalmente un préstamo que ahora tenía que devolver. No necesitaba más que mil cuatrocientas libras, pero la diferencia le iría muy bien para recuperarse un poco económicamente. Últimamente gastaba casi todas sus rentas en el hipódromo y en las cartas, pero la suerte estaba a punto de cambiar. Lo intuía.

—Ahora soy yo quien desea hacerle una propuesta —dijo Hamilton volviéndose.

—Usted dirá. —Tuvo que hacer un esfuerzo para no relamerse.

—Le daré ese dinero solo a cambio de que firme un documento renunciando a

la tutela de su hijo en favor de Marian.

—¡Pero eso es imposible! —Se mostró ofendido, aunque permaneció tranquilamente sentado, preguntándose hasta dónde estaba dispuesto a llegar aquel hombre.

—Pues entonces ya sabe dónde está la puerta. —Hamilton le señaló la entrada de la habitación, y entonces atisbó una figura menuda espiando a través de la rendija.

El alma se le cayó a los pies. Sin duda se trataba de Richard, que debería estar en su cuarto, guardando cama. Esperaba que no hubiera escuchado toda la conversación. Sin cambiar de expresión, le comunicó a Fillmore que debía ausentarse unos segundos, y llegó a la puerta en dos zancadas. La abrió y la cerró tras él de inmediato. Richard había retrocedido un par de pasos y se encontraba apoyado contra la pared opuesta, con los ojos abiertos como platos y un par de lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—Es de mala educación espiar las conversaciones de los mayores, Richard — le dijo en un susurro.

—Ya... ya lo sé —contestó limpiándose la cara con la manga.

—¿Cuánto rato llevas aquí?

—Desde que ha entrado.

—¡Jesús! —exclamó Derek pasándose la mano por el pelo—. Entonces sabes quién es, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Quieres entrar?

—¿Para qué?

—No sé, para verle. Es tu padre.

El niño negó con la cabeza, mientras más lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Hamilton sintió que el estómago se le volvía de piedra.

—No quiero volver a verle, nunca más. Y no quiero irme con él. Si me obliga a hacerlo, me escaparé —dijo de corrido, sorbiéndose los mocos y pasando el antebrazo por la cara, limpiando las lágrimas.

—No volverás con él.

—¿Me lo promete? —preguntó, con una mirada tan cargada de esperanza que Hamilton tuvo que morderse los carrillos.

—Te lo prometo. Ahora vuelve a tu cuarto. En cuanto se haya marchado, subiré a verte. ¿De acuerdo?

Richard asintió y comenzó a alejarse arrastrando los pies y con los hombros hundidos. Cuando Hamilton atisbó sus piernas por entre los barrotes de la

escalera, regresó a la habitación. No importaba cuánto tuviera que pagarle a ese tipo, jamás volvería a ponerles una mano encima a sus hijos.

—Está bien, señor Fillmore. Terminemos con este asunto de una vez. ¿Se ha pensado mi propuesta?

—Está usted loco si piensa que voy a renunciar a mi hijo por ese dinero.

—Tres mil libras, Fillmore. Es mi última oferta. Y le aconsejo que la acepte. Tenerme como enemigo no le conviene, no le conviene en absoluto.

Tres mil libras era muchísimo dinero, pensó Fillmore. Le permitiría llevar una vida holgada y, con un poco de suerte, no tardaría en multiplicar esa cantidad. Valoró rápidamente sus opciones. Hamilton no tardaría en regresar a América, según tenía entendido, así es que no podría volver a sacarle más dinero. Y su hija no estaría en condiciones de ayudarle en caso de apuro. Así pues, las posibilidades de exprimir a cualquiera de ellos en el futuro eran bastante reducidas.

—Está bien —dijo al fin, hundiendo los hombros, como si hubiera sido vencido en una justa.

—Haré que mi abogado redacte los papeles de inmediato. En cuanto los haya firmado, le haré entrega del dinero.

—¿Cuándo cree que será posible?

—Tal vez mañana mismo. Dígame dónde puedo encontrarle y le haré llamar.

Fillmore le dio la dirección de un hotel de la ciudad y se levantó para marcharse.

—¿No quiere esperarse para ver a su hija o a Richard? El niño está en el piso de arriba.

—No dispongo de tiempo —respondió el hombre con una mueca—. Además, resultaría muy triste, y yo odio las despedidas.

—Ya, claro —dijo Hamilton con el asco trepándole por la garganta.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, milord —le dijo el hombre tendiéndole la mano.

—Lamento no poder decir lo mismo —respondió, sin devolverle el saludo.

Llamó al mayordomo y unos segundos más tarde Fillmore abandonaba la casa, esperaba que para siempre.

—¿Cuánto ha tenido que pagar? —preguntó Richard.

Hamilton había subido a su cuarto en cuanto el padre salió por la puerta, para encontrarse al niño sentado en una butaca, con la espalda muy erguida y la cara

limpia. Parecía un hombrecito, aunque intuía que tenía el corazón destrozado.

—No importa cuánto —respondió, tomando asiento frente a él—. Ya no os molestará más. Podrás quedarte con Marian para siempre.

—¿Aún está abajo?

—No, ya se ha marchado.

—¿No ha preguntado por mí? —preguntó el pequeño.

—Por supuesto que sí —mintió—. Pero le he dicho que era mejor que no subiera, que estabas enfermo. Creí que no deseabas verle.

—Está bien.

—Lo siento mucho, Richard.

—¿Qué es lo que siente? —preguntó el niño, con los ojos anegados en lágrimas.

—Siento que tu padre no sea el hombre que a ti te gustaría que fuera.

—Usted no tiene la culpa de eso.

—No, no la tengo, pero lo siento de todos modos.

—Gracias.

—¿Sabes? Mi padre tampoco era un buen hombre.

—Lo sé.

—Sí, es cierto, lo había olvidado —reconoció Hamilton. La verdad era que las figuras masculinas que habían rodeado al pequeño no eran precisamente un modelo a seguir: Fillmore, el barón, el señor Sanders... ¿Qué le depararía el futuro? ¿Qué sería de todos ellos?

—Richard, ¿te gustaría vivir en América? —preguntó, movido por un impulso que fue incapaz de contener.

—¿En América? —Los ojos del pequeño se abrieron de par en par—. ¿Con usted?

—Bueno, no exactamente conmigo. En vuestra propia casa, los tres, pero cerca de mí. ¿Te gustaría? Así podríamos vernos con frecuencia.

—¿De verdad?

—Bueno, aún tengo que hablarlo con tu hermana, claro, pero...

No pudo añadir nada más. El niño se abalanzó sobre él y lo abrazó con tanta fuerza que le cortó la respiración. Le hundió la carita en el hueco de su hombro y se echó a llorar como el niño que era, con una tristeza tan grande que a Hamilton se le quebró el corazón.

—¿América? —preguntó Marian, atónita.

Hamilton la había hecho pasar a la biblioteca en cuanto estuvo de vuelta, y le contó de forma escueta el contenido de la conversación que había mantenido con su padre. Fue incapaz de informarla de todos los pormenores, no deseaba herirla más de lo que ya estaba. Luego le planteó la posibilidad de instalarse en Boston.

Después de hablar con Richard había sopesado las opciones y le parecía una idea excelente. Ella se alejaría de Inglaterra y viviría lejos del escándalo, podría adoptar su nombre de soltera si así le apetecía. Allí él se ocuparía de encontrarle un marido apropiado, aunque le fuera la vida en ello. No podía permitir que su relación se alargase más allá, y convertirla en su amante destrozaría su reputación también al otro lado del océano.

—¿No te parece buena idea? —preguntó él, tuteándola. Hasta ese momento solo lo había hecho en la intimidad del dormitorio, pero ahora parecía casi natural.

Marian lo miró con intensidad. Desde luego, nada le gustaría más que vivir el resto de su vida cerca de aquel hombre increíble, pero su sentido común le dictaba que aquello acabaría con su salud mental. Como si intuyera sus pensamientos, él añadió:

—Por supuesto, no pretendo convertirte en mi amante. De hecho, una vez allí sería conveniente finalizar con nuestra relación, o lo que sea que haya entre nosotros. No me gustaría que los rumores se extendieran también allí. Con el tiempo, podrías encontrar un hombre agradable con el que contraer matrimonio.

Las palabras le supieron a ceniza en cuanto salieron de su boca, pero estaba dispuesto a hacer lo correcto, aunque le matase.

—Ya te he dicho que no pienso volver a casarme.

«Excepto si fuese contigo», pensó ella, sin saber cómo habían aparecido esas palabras en su pensamiento. Antes de ese instante no había contemplado aquella posibilidad en serio ni una sola vez, aunque en los últimos días había fantaseado con ella. ¡Cómo no hacerlo! Hamilton ocupaba demasiado espacio en su mente y en su corazón, era inútil negarlo. Pero, si él tenía las ideas tan claras acerca del matrimonio, vivir cerca de él sin posibilidad de tocarlo, acariciarlo o besarle podría convertirse en una tortura.

—Bueno, si no quieres volver a contraer matrimonio estás en tu derecho. Puedes vivir con los niños y llevar una vida bastante cómoda. Boston te gustaría.

—No lo dudo —reconoció ella.

—¿Entonces?

—Lo pensaré —respondió, aún reacia. Tenía que valorar sus opciones y tampoco podía tomar aquella decisión sin contar con los pequeños.

Él asintió con una sonrisa satisfecha. Descubrió que la idea de tenerla cerca, de poder verla cuando se le antojara, le hacía feliz. Y poder seguir viendo a Richard y a Michael era un aliciente más. Adoraba a aquellos duendecillos.

Marian habló con los niños, que se mostraron encantados con la idea de viajar a América y vivir cerca de Derek. Ella era consciente de que el hombre era una buena influencia para los chiquillos, y que jamás les faltaría de nada. Ni a ella tampoco, lo sabía bien. La perspectiva de marcharse a la otra punta de Inglaterra a vivir no la hacía especialmente feliz, y tampoco tenía la seguridad de que el escándalo no la persiguiera hasta allí. Pero Boston... había un océano de por medio y los rumores no saben nadar, o al menos estaba convencida de ello.

En otras circunstancias, la idea le habría parecido maravillosa. Antes de... bueno, antes de haberse acostado con él. Todo habría resultado más fácil, más llevadero. Ahora, ¿cómo sería vivir en la misma ciudad que él, pero separados por el muro imaginario de la decencia? ¿Sería capaz de encontrarse con él en algún acto social sin importancia y no correr a rodearlo con sus brazos? ¿Podría recibirlo en su casa como a cualquier visita y ofrecerle un té sin caer en la tentación de ofrecerle también su cuerpo y su alma junto a una taza de loza?

Se llevó los dedos a la frente y la masajó, tratando de alejar el incipiente dolor de cabeza que amenazaba con quedarse toda la noche martilleando su cerebro.

Habló poco durante la cena, mientras los niños parloteaban y le preguntaban a Derek cosas sobre Boston, como si la decisión ya hubiese sido tomada. Él les respondía gustoso, lanzándole miradas de soslayo, tal vez presintiendo que ella los interrumpiría en cualquier momento, pero no fue así. Los dejó preguntar a su antojo, porque ella también sentía curiosidad, y todo lo que descubría la conducía a pensar que podría ser un buen sitio para ellos.

Si no fuera porque amaba a ese hombre con cada pulgada de su ser.

Amaba la paciencia que mostraba con los pequeños y con ella misma, amaba su sentido de la responsabilidad y del honor, amaba el modo en que la miraba y cómo el roce de su piel inflamaba la suya, amaba el modo en que ladeaba la cabeza cuando sopesaba una cuestión que no le convencía del todo, y la forma que tenía de enfrentarse a las cosas, sin subterfugios. Y ese amor la estaba matando, porque él jamás sería suyo y ella no quería ser su amante hasta que él se cansara de ella.

Más tarde, cuando él acudió de nuevo a su habitación, ella le abrió la puerta

con la decisión ya tomada. Sucumbió a sus besos y a sus caricias, lo amó con la intensidad de la despedida y se perdió en su cuerpo como un barco a la deriva.

Exhaustos, él la rodeó con un brazo y la atrajo hacia su cuerpo, sin importarle que ambos estuvieran sudorosos. Ella se encajó en su costado con una familiaridad que la hería, y posó su mano sobre el pecho masculino, que subía y bajaba de forma acompasada.

—Ya he tomado una decisión —anunció ella transcurridos unos minutos.

Él giró la cabeza y la contempló con interés, aunque Marian no necesitó pronunciar palabra para que él supiera la respuesta.

—¿Por qué? —preguntó, incorporándose a medias y apoyándose en el codo para poder contemplarla.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Por favor, Derek —dijo ella tratando de darse la vuelta.

—Marian, necesito una respuesta. Creo que es la opción más adecuada, dadas las circunstancias.

—En eso estoy de acuerdo contigo, no puedo negarlo.

—¿Y cuál es el problema entonces?

Marian se desasíó de su mirada y contempló el techo, tratando de contener las lágrimas que de repente habían inundado sus ojos.

—Será mejor que regreses a tu habitación —dijo con un hilo de voz.

—No pienso marcharme de aquí hasta que hables conmigo.

—No hay nada de lo que hablar. He tomado una decisión.

—Quiero saber los motivos.

—No te incumben.

—Ya lo creo que sí.

—No, Derek, tengo mis razones y mi decisión es inamovible.

—Dímelas.

—No.

—¡Dímelas!

—¡Oh, maldito hombre! —bramó ella levantándose de la cama y poniéndose la bata—. ¡Tú, Derek! ¡Tú eres la razón!

—¿Yo? —preguntó él totalmente sorprendido.

—Sí, tú.

—Pero ya te he dicho que, una vez allí, no representaré ningún problema en tu nueva vida, que me mantendré alejado de ti.

—¿Y si yo no quisiera eso?

—¿Qué? —Derek alzó las cejas y luego frunció el ceño.

—Te quiero, Derek —confesó ella, y se limpió una lágrima furtiva con la manga de la bata.

—¿Qué? —Derek se sentó en el borde de la cama, a pocos centímetros de ella.

—Me has oído perfectamente. No puedo irme a vivir a América en la misma ciudad que tú pero separados para siempre. No lo soportaría. —Se llevó la mano al pecho y nuevas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Él alargó el brazo y la atrajo hacia sí. La abrazó con fuerza y la estiró sobre la cama. La acunó mientras ella sollozaba, sin saber qué decirle. ¿Qué se le puede decir a la mujer que acaba de confesarte su amor y por la que sientes algo tan fuerte que podría quebrar el mundo?

—No quería que sucediera esto —le dijo unos minutos más tarde, cuando ella recuperó un poco la calma.

—Lo sé, tampoco yo lo deseaba —reconoció ella—. Ha sucedido sin más.

—Una vez en América podríamos...

—No lo digas, por favor. No quiero convertirme en tu amante y pasar el resto de nuestras vidas escondiéndonos del mundo.

—Cierto, no sería justo. Pero yo... no puedo ofrecerte nada más. Aunque lo deseara, y créeme que lo deseo, me es imposible.

—Supongo que existen razones de peso para ello, aunque nunca me las hayas contado. Lo respeto, de verdad. Pero entiende que yo no podría vivir así.

—Lo comprendo.

—Lo mejor será que te marches, que retomes tu vida en Boston. Y yo seguiré con el plan inicial, es lo mejor. Con el tiempo, tal vez logre olvidarte. —Los ojos de Marian se llenaron de nuevas lágrimas.

Derek sentía que le faltaba el aire, que un peso invisible se había instalado en su pecho, oprimiéndole y cortándole la respiración.

—Esto es una despedida, entonces.

—Sí, me temo que sí.

—Entonces, querida, hagámosla memorable —le dijo él atrapando su boca y hundiendo las manos en aquel cabello sedoso.

Esperaba que ella tuviera suerte en el futuro, porque estaba convencido de que él jamás conseguiría olvidarla.

Durante los días siguientes los acontecimientos parecieron aliarse con Marian, porque todo llegó rodado. Trevor Fillmore firmó los papeles y ella se hizo cargo de la tutela de Richard, sin que su padre hiciera ni siquiera un último intento por volver a verlos. Ella estaba convencida de que, en el fondo, se sentía avergonzado por su comportamiento. Richard no se lo tomó tan mal como ella había supuesto, aunque la decisión de no viajar a América sí que lo hizo. Tanto él como Michael le suplicaron que reconsiderase su decisión, pero ella se mantuvo firme, a pesar de sentir el corazón roto.

Derek y ella se esquivaban, y cuando cruzaban una mirada estaba cargada de tristeza, por ambas partes. Estaba deseando que todo acabara por fin, porque el dolor era tan intenso que apenas podía comer ni dormir.

El abogado encontró una casita en Dorset que encajaba a la perfección con lo que ella andaba buscando y se organizó la mudanza. Por su parte, Derek compró el pasaje para América en un barco que zarpaba dos días después de que Marian y los chicos se hubieran marchado. Él insistió en acompañarla hasta Dorset para ayudarla a instalarse, pero ella declinó su oferta. Era mejor que hiciera aquello por sus propios medios. El abogado le había proporcionado los datos de un colega de la zona que se ocuparía de todos los pormenores.

Las risas de los niños habían desaparecido de la casa y ella pasaba las tardes junto a la ventana, contemplando sin ver a los transeúntes, tratando de tragarse todas las lágrimas que la asaltaban de continuo. Le iba a costar la misma vida marcharse de allí.

Había escrito una nota a Thomas declinando su amable oferta y otra a lady Bridgeport agradeciéndole cuanto había hecho por ella. No se veía con ánimos de visitarlos para una despedida formal. Conforme se aproximaba la fecha de su partida, el ánimo se le tornó más sombrío y los niños lo notaron, porque apenas se dejaban ver.

Derek, por su parte, pasó aún menos tiempo en casa y en un par de ocasiones incluso decidió quedarse a dormir en el club, para evitar la tentación de llamar a su puerta. La idea de la separación lo estaba carcomiendo.

La última noche antes de la partida acudió a casa de su tía, con la intención de quedarse a dormir. No se veía con fuerzas para pasar la noche bajo el mismo techo que Marian sin derribar su puerta de un empujón y amarla hasta el amanecer. Por última vez.

Llegó temprano y encontró a su tía Charlotte en la terraza del invernadero, cortando algunas flores.

—¡Qué pronto vienes, querido! —le dijo ofreciéndole la mejilla para que se la besara.

—¿La molesto? —preguntó él con una sonrisa—. Puedo volver más tarde.

—No digas tonterías —sonrió ella a su vez.

—¿Puedo servirte una copa?

—Por supuesto —contestó ella dejando las tijeras y tomando asiento en uno de los sofás.

Derek se sirvió una generosa ración de whisky, que apuró de un solo trago.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó, preocupada.

—¿Por qué cree que me sucede algo?

—Acabas de beberte medio vaso de licor de un solo trago.

—Tenía sed.

—Y ganas de quemarte el estómago, ya veo.

—Tía, por favor, no estoy de humor.

La mujer entrecerró los ojos y observó con detenimiento a su sobrino. Estaba impecable, como siempre, pero había algo distinto. Una sombra bajo los ojos, los hombros ligeramente caídos y una mirada cargada de, podría jurarlo, tristeza. Intuyó lo que ocurría.

—¿Cómo está lady Hartford?

—Bien.

—¿Solo bien?

—¿Cómo quiere que esté?

—Pues no lo sé, querido, por eso te pregunto. ¿Cómo van sus planes?

—Bien.

—¿Solo bien?

—¿Vamos a repetir el mismo diálogo toda la noche? —preguntó él, quisquilloso.

—Solo si me obligas a hacerlo.

Derek la miró y supo que no podía ocultarle nada a aquella mujer. Se dejó caer en el sofá situado frente a ella, con la segunda copa aún intacta entre las manos.

—Se marcha mañana.

—Oh, querido, lo lamento mucho.

—¿Qué es lo que lamenta? —inquirió—. Esa era la idea desde el principio, desde que comenzó toda esta locura.

—Soy consciente —respondió ella—. Pero también sé lo que sientes por ella.

—Le tengo aprecio, es cierto.

—Derek, a mí no puedes engañarme. A pesar de que hace años que no nos vemos, te conozco. Te conozco muy bien.

Él asintió, sin decir nada.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Con respecto a qué?

—Pues a lady Hartford, por supuesto.

—No hay nada que pueda hacer. Le ofrecí que se viniese a América conmigo, allí podría encontrar un buen marido y se alejaría del escándalo.

—Pero ella no quiere un nuevo marido.

—No, en efecto.

—Ni tampoco un amante.

Derek alzó la vista, que había mantenido fija en sus zapatos. A aquella mujer no se le escapaba nada.

—Querido, soy algo mayor, pero no estoy ciega.

—Yo nunca he pretendido...

—Déjalo, por favor. Resulta evidente lo que sentís el uno por el otro.

Derek enarcó las cejas.

—Oh, vamos, ella está enamorada de ti. Y tú de ella.

El hombre se pasó la mano por el pelo. Sabía que era cierto, que aquella mujer le había robado el alma y que la perspectiva de una vida sin ella lo tenía totalmente desquiciado.

—Aunque eso fuera así, no puedo hacer nada al respecto.

—Podrías casarte con ella.

—¿Está hablando en serio?

—Hijo mío, yo nunca bromeo con esos temas, ya deberías saberlo.

—No puedo hacer eso.

—¿Ni siquiera por amor? —preguntó ella, ladeando la cabeza—. Sé que siempre te has mostrado reacio a la idea del matrimonio, pero creía que tenía que ver con la idea de casarte con alguien solo por compromiso.

—¿Como hará Lionel? —preguntó cáustico.

—No seas impertinente —le reprendió la mujer.

—Lo siento, tía —se disculpó, hundiéndose aún más en el sillón.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Por qué no le propones matrimonio? —volvió a preguntar lady Bridgeport—. Es una joven encantadora. Tal vez no es la elección que yo habría hecho para ti, pero tus sentimientos hacia ella son evidentes, y son correspondidos.

—Lo sé, ella misma me ha confesado su amor.

—Oh, Dios. ¿Y aun así vas a dejarla marchar?

—No tengo otro remedio.

—Derek, ¿qué es lo que sucede? ¿Acaso ya existe una esposa, alguien que te está esperando en Boston?

—No, por supuesto que no.

—Entonces no lo entiendo, querido. De verdad que no —reconoció la mujer, dándose por vencida.

—Creí que usted mejor que nadie lo comprendería.

—¿Comprender el qué?

—¿Y si con el tiempo me convierto en alguien como mi padre? —preguntó él con la voz estrangulada—. ¿Y si he heredado su carácter y se manifiesta de aquí a unos años, convirtiéndome en un monstruo? ¿Y si tengo hijos y los trato igual que él me trató a mí? O, peor aún, ¿y si engendro un vástago que herede su carácter y que en el futuro destroe la vida de cuantos se pongan en su camino?

Lady Bridgeport lo miraba con los ojos abiertos como platos y un gesto de auténtica sorpresa.

—Señor, ¿ese es el motivo por el que jamás has querido casarte?

—¿Le parece una razón poco válida?

La mujer se levantó, con los ojos empañados en lágrimas, y se sentó junto a su sobrino, al que abrazó con fuerza. El hombre se relajó en aquellos brazos maternos y luchó contra el nudo que se había instalado en su garganta.

—Mi pequeño, mi dulce niño —susurraba la mujer mientras le acariciaba el pelo y lloraba.

Derek volvió a sentirse como un chiquillo al que su tía consolaba porque se había hecho daño, solo que esa herida no podría curarla. La mujer se separó de su sobrino y le dio un beso en la frente. Luego se limpió las lágrimas y recuperó un poco la compostura.

—Tú jamás te convertirías en tu padre —le aseguró.

—No podemos estar seguros, tía. Y yo no estoy dispuesto a correr el riesgo —reconoció él.

Lady Bridgeport entrelazó sus manos y las apretó con fuerza en el regazo. Se mordió el labio con la mirada concentrada en la tela de su vestido y carraspeó antes de volver a hablar.

—Derek, querido, hay algo que debo contarte. Algo que juré no desvelar jamás pero que, dadas las circunstancias, es una promesa que ya no puedo mantener.

El hombre la miró, aguardando a que continuara, preso de repente de una extraña inquietud.

La noche había caído sobre Londres como un manto. Una densa niebla recorría las calles perezosamente, descomponiéndose en jirones al paso de algún carruaje tardío. Marian se hallaba sentada junto a la ventana, esperando ver regresar a Derek. «Derek», repitió el nombre una vez más, una costumbre que en los últimos tiempos no la abandonaba. Suponía que en el futuro iba a pronunciarlo con harta frecuencia, hasta que el tiempo se lo llevara al olvido, si eso sucedía algún día.

—¿No puedes dormir? —La voz de su hermano, Richard la apartó de su ensimismamiento con un respingo—. Lo siento, no pretendía asustarte.

—Tranquilo, no pasa nada. ¿Qué haces levantado a estas horas?

—Tengo una cosa aquí. —Posó su menuda mano sobre el pecho y clavó en ella esa mirada azul con la que tanto había soñado—. No me deja respirar.

—Oh, Richard. —Marian abrió los brazos y el niño corrió a refugiarse en ellos, tratando de contener los sollozos—. No pasa nada si lloras, ¿sabes?

—Pero... los hombres... no deberían hacerlo —contestó Richard entre hipidos—. Nos lo dijo el señor Sanders.

—El señor Sanders estaba equivocado en muchas cosas —le dijo ella, tratando a su vez de contener el llanto.

El niño dejó salir la angustia que le estaba devorando por dentro y se aferró a su hermana como si la vida le fuera en ello.

—No lo entiendo —dijo un poco después, cuando lo peor ya había pasado.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Por qué tenemos que separarnos del señor Hamilton? ¿Por qué no podemos irnos con él a América?

—Él tiene una vida en Boston, Richard. Nosotros solo seríamos una carga.

—Pero él nos quiere.

—¿De verdad? —sonrió ella limpiando sus lágrimas con un pañuelo.

—Desde luego que sí. Me mira, me habla y me toca como lo haces tú —respondió el niño—. No me ha querido mucha gente, Marian, por eso lo sé.

Aquellas palabras dolían como espadas. Por desgracia, ninguno de los dos, de los tres si incluía a Michael, había gozado con frecuencia del amor de sus allegados. Y era cierto que Hamilton los quería, de eso no cabía ninguna duda. Por algún extraño motivo no podía ofrecerles más, pero ¿acaso aquello no era suficiente? Por la mente de la mujer pasaron a gran velocidad escenas de su pasado, de su padre, de su marido, de su cuñada... Desde la muerte de su madre, y hasta la llegada de Hamilton, su vida había sido desgraciada. Y ella iba a añadir aún más desgracia, arrastrando con ella a dos niños tan necesitados de amor como ella misma. ¿Qué derecho tenía ella, a fin de cuentas, para privarlos de alguien que iba a estar con ellos para siempre? Porque estaba segura de que, fueran cuales fuesen las circunstancias, Derek Hamilton jamás los abandonaría.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó, tomándole el rostro con las manos.

—¿Qué?

—Tienes toda la razón —respondió ella con una sonrisa—. El señor Hamilton nos quiere y seguro que en América seremos también muy felices.

—¿Lo dices en serio? —El rostro de Richard, con las mejillas llenas de lágrimas y los ojos abiertos de par en par, era la respuesta a todas las dudas que revoloteaban en su interior.

—Totalmente en serio —respondió ella, firmemente convencida—. Esta noche, en cuanto regrese a casa, se lo haré saber.

—¡Oh, Marian, te quiero! —El niño la abrazó con fuerza y nuevas lágrimas borraron las huellas de sus antecesoras—. Gracias, gracias... Voy a decírselo a Michael ahora mismo.

—¡No lo despiertes! —exclamó ella—. Mañana cuando se levante se lo contamos, ¿de acuerdo?

—Vale, vale —aceptó con reticencia.

—¿Me lo prometes?

—Está bien, te lo prometo —contestó con un resoplido.

—Y ahora será mejor que tú también te vayas a dormir.

El niño le dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia la puerta.

—Richard —lo llamó ella cuando estaba a punto de tocar el pomo—. ¿Cómo sientes el pecho?

El pequeño se llevó una mano a la zona y sonrió.

—Ya no me duele.

Marian asintió y él abandonó la estancia. Había vuelto a cambiar de idea, y esta vez de forma definitiva. No le importaba convertirse en la amante de Derek, aunque la sociedad arrastrara su nombre por el fango. Serían discretos y él sería un modelo para esos dos niños que ahora dependían de ella. No se le ocurría ningún otro mejor que él. Había sido una tonta por dudarlo.

En ese momento Derek miraba a su tía Charlotte como si fuera incapaz de asimilar sus últimas palabras.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó con la voz rota.

—Que Dios me perdone, hijo, pero el barón Hartford no era tu legítimo padre.

—Pero eso... eso no puede ser cierto —aseguró.

—Me temo que sí.

—Él jamás se habría casado con mi madre de ser así.

—Entonces aún no lo sabía.

—¿Quiere decir que... que mi madre...?

—Que tu madre ya estaba encinta cuando contrajo matrimonio con él, en efecto.

—Y él lo sabía.

—Lo sospechaba, sin duda.

—Por Dios, ahora todo cobra sentido.

Derek se cubrió el rostro con las manos, que luego se pasó por el cabello. Imágenes de su infancia se superpusieron unas a otras en su memoria, atrapando comentarios, insultos, frases a media voz... cuyo significado no había sido capaz de descifrar hasta ese momento. Sí, desde luego que el barón lo había sospechado, aunque nunca había estado seguro del todo, de eso no cabía duda. De ser así, estaba convencido de que los habría puesto a los dos de patitas en la calle, a su madre y a él.

La idea de ser un bastardo le resultaba demoledora y, al mismo tiempo, de una fuerza liberadora que no habría creído posible. De repente descubría que no tenía nada que ver con el hombre al que había querido y odiado a partes iguales toda su vida, ni con esa tía cruel y vengativa a la que se creía unido por lazos de sangre. Derek habría jurado que, en ese preciso instante, el mundo había dado un traspies y que todo se había cambiado de sitio.

Miró a su tía fijamente, y vio su rostro surcado por una serie de arrugas que, habría jurado, no estaban ahí unos minutos antes. Para ella no habría sido fácil

desvelar un secreto de esa magnitud, que pondría en entredicho la reputación de su fallecida hermana y de toda la familia.

—¿Por qué ahora?

—¿Cómo?

—¿Por qué me lo ha contado ahora?

—Porque no puedo ver cómo destrozas tu vida por culpa de un hombre que nada tiene que ver contigo. Supongo que, en otras circunstancias, es probable que tu madre misma se hubiera ocupado de ponerte al corriente. Pero, ¿eras tan pequeño cuando falleció!

—¿Quién... quién era mi padre? ¿Y por qué no se casó con ella? ¿Por qué el barón aceptó a una mujer que ya había sido de otro? No lo entiendo.

—Sí, lo supongo. Será mejor que te cuente toda la historia. Tu madre estaba enamorada de un capitán del ejército, Horace Worthington, un joven apuesto y de modales exquisitos que nos visitaba con cierta frecuencia. Nuestro padre estaba casi siempre en Londres y no sabía mucho de aquellos encuentros, pero cuando se enteró prohibió a tu madre volver a verle. Tenía en mente un enlace mucho más provechoso, con el barón precisamente.

»Viendo que la situación podía escapársele de las manos, envió a tu madre lejos, a casa de una tía que teníamos en Norfolk, hasta que llegase el momento de la boda. Pero ella burló la vigilancia y envió una carta a Horace, que había acudido a preguntar por ella en varias ocasiones, sin resultado alguno. Él se marchó a buscarla con la intención de fugarse juntos y casarse en secreto. Mi hermana estaba loca por él. Era un hombre maravilloso, puedes creerme.

»Ambos desaparecieron, justo tres meses antes de la boda. Mi padre montó en cólera, pero logró mantener la fuga en secreto y partió en su busca con mi difunto hermano John. Los encontraron, ya lo creo que sí, y mi padre... mi padre le pegó un tiro que acabó con su vida.

—¡Dios santo! —exclamó Derek, con un nudo en la garganta.

—Mi hermana quedó destrozada, te lo puedes imaginar. Mi padre la arrastró hasta casa y la encerró en su cuarto hasta el día de la boda. Ella se negaba a comer, se negaba a vivir. Hasta que descubrió que esperaba un hijo...

—Yo.

—Sí, tú. Un par de semanas después de su llegada había perdido mucho peso y se pasaba el día llorando. Apenas nos permitían verla, pero yo me encargaba casi siempre de llevarle la comida. Un día me la encontré sentada en el sillón, con la mirada perdida y las manos sobre su vientre. Lo supe nada más verla. Estaba demacrada, tenía ojeras y las mejillas hundidas, pero había una luz tan fuerte en

su interior que era capaz de iluminar aquella estancia donde no brillaba ni una sola vela. Me lo confesó todo, y me hizo jurar que jamás le contaría a nadie su secreto. Criaría a ese hijo bajo el apellido del barón y le daría dinero, un título y todo el amor que albergaba su corazón.

»Una vieja comadrona le contó un pequeño truco para hacer que la noche de bodas el barón no sospechara que ya no era virgen, y parece que funcionó, o al menos eso fue lo que me contó ella. Pero justo siete meses después de la boda naciste tú. Todo el mundo creyó que eras sietemesino, a pesar de tu saludable tamaño, pero mi hermana creía que el barón sospechaba algo. Le hacía muchas preguntas sobre los meses previos a la boda, pero ella jamás confesó nada. Juró protegerte y así lo hizo, hasta el final.

Derek no dijo nada. Se limitó a rumiar la historia, a tratar de imaginar cómo hubiera sido su existencia si su maldito abuelo —a quien por fortuna no había llegado a conocer— no hubiera encontrado a sus padres, si no hubiera matado al hombre que le había dado la vida. Probablemente no sería barón, ni dispondría de la educación que su título le había proporcionado, ni de la fortuna de la que ahora era dueño. Todo eso que, no lo dudaba, habría entregado con sumo gusto por una vida sencilla junto a personas que le amarán.

De repente el dulce rostro de Marian ocupó todo su pensamiento, sin dejar ni un resquicio que no fuera para otra cosa que su imagen, su olor, su mirada risueña y ese tono de voz que le congelaba las rodillas.

—Tengo que marcharme, tía —dijo incorporándose de golpe.

—Pero Derek, querido, no puedes irte ahora, en tu estado.

—¿En mi estado? —enarcó las cejas.

—Bueno, no me cabe duda de que estarás abrumado por lo que acabo de contarte y lamento mucho haber tenido que...

—¿Que lo lamenta? —inquirió él con media sonrisa—. Tendremos tiempo de hablar largo y tendido sobre mis padres, querida tía. Pero ahora debo irme, necesito... necesito...

—¿Ver a alguien?

De repente no sabía qué decirle a aquella mujer que acababa de poner patas arriba todo su pasado y al mismo tiempo de llenarlo de esperanza.

Ella se limitó a sonreír, con los ojos llenos de lágrimas.

—Vete ya —le dijo señalando la puerta.

Derek le dio un apresurado abrazo y un fuerte beso en la mejilla y abandonó la habitación a toda prisa. Ni siquiera escuchó la voz de Lionel, que en ese momento bajaba por la escalera y que vio desaparecer a su primo como si la casa

estuviera ardiendo. ¿Qué habría hecho su madre esta vez?, se preguntó.

Marian se había adormecido sentada en el sillón, aguardando el regreso de Derek. Tras la visita de Richard, había estado fantaseando sobre la idea de vivir en América. Pensaba buscar una casa modesta, no muy lejos de donde viviera Derek, para que la relación fuese lo más fluida posible. Esperaba que los visitara con frecuencia y que pasara tiempo con los niños, a los que resultaba evidente que adoraba. Confiaba en que él no hubiera cambiado de opinión.

Su nueva determinación también había aligerado el peso que había anidado en su pecho durante los días previos. Era inútil negarse a lo evidente. No pasaría el resto de su vida lamentando no haberse atrevido a amar a ese hombre maravilloso que llenaba sus días de risas y sus noches de gloria. El precio sería alto, no lo dudaba, pero incluso el ostracismo social era preferible a una vida estéril lejos de él. Estaba deseando que llegase para contárselo todo. Sabía que su decisión le haría feliz.

Pero las emociones de los últimos días habían menguado sus fuerzas y cayó en un ligero sopor, que se vio interrumpido cuando el carruaje enfiló la calle y se detuvo junto a la puerta. Se levantó y se asomó, con los ojos aún empañados por el sueño, para ver a Derek descender del vehículo a toda prisa y entrar en la vivienda como una exhalación. ¿Habría pasado algo? ¿Sería ese un buen momento para hablar con él?

Escuchó la puerta de la calle cerrarse de forma brusca y unos pasos apresurados subiendo los escalones. A juzgar por el ruido, de dos en dos. Y luego silencio. Mucho silencio.

Se llevó las manos al pecho, temiendo lo peor. El corazón latía tan fuerte que le impedía escuchar nada de lo que sucedía en el pasillo. Tres golpes imperiosos sobre la puerta la sacaron de su aturdimiento. Corrió hacia ella con las mejillas arboladas.

Allí estaba él, con el cabello despeinado y la mirada llena de luces. La observó con atención durante un largo rato, recorriendo con la mirada la línea de su mandíbula, el puente de su nariz, la curvatura de sus cejas... como si quisiera grabarla a fuego en su memoria. Marian intuyó que había venido a despedirse.

—Precisamente quería hablar contigo, si tienes un momento —dijo ella, con un hilo de voz. Temió que no la hubiera escuchado, porque no había detenido el escrutinio a la que la estaba sometiendo—. ¿Derek?

—¿Sí? —preguntó él de forma distraída, con las pupilas suspendidas de los

lóbulos de sus orejas.

—¿Es un buen momento ahora?

—¿Para qué?

—Para hablar contigo.

—Sí, claro —respondió él, centrado ahora en el nacimiento de su cabello.

—He estado pensando y he tomado una decisión —empezó ella, incapaz de atraer la atención de aquel hombre. Notó cómo sus mejillas ardían como ascuas —. Me gustaría saber si aún está en pie la oferta para acompañarte a América.

Él siguió sin responder, observando su pálido cuello como si fuera a abalanzarse sobre él.

—Derek, por favor, ¿qué es lo que te ocurre?

—Que te quiero, por todos los dioses, que te quiero más de lo que jamás he querido a nadie y más de lo que hubiera imaginado posible —le dijo, clavando sus ojos por fin en sus pupilas.

Las lágrimas subieron todas de golpe por la garganta de Marian y de repente la imagen de Derek se distorsionó. Los brazos de él la rodearon y la atrajeron contra su pecho, donde la abrazó durante minutos, durante milenios. El tiempo se coló por todas las grietas de los relojes mientras él cubría la boca de la mujer con sus labios y la besaba con una pasión arrebatadora, hasta dejarla literalmente sin aliento.

—No voy a separarme de ti jamás, jamás —le decía él, cubriendo de besos sus sienes, sus mejillas, sus párpados...

—¿Entonces te parece bien que nos vayamos a América contigo?

—¿América? —preguntó él, separándose unos centímetros.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho?

—¿Cuándo?

—¡Cuando has llegado!

—Me temo, querida, que mi corazón hacía demasiado ruido en ese momento. —Se inclinó para volver a atrapar su boca.

—Nos vamos a América contigo, lo he decidido esta noche —le dijo ella separándose un poco más y tratando de captar por completo su atención—. No... no quiero vivir sin ti. No me importa el escándalo, me da igual si no vuelvo a casarme nunca... seré tu amante mientras tú quieras que lo sea.

—Oh, mi amor, pero sí que vas a casarte de nuevo —aseguró él volviendo a acercarla a su cuerpo, que sentía frío lejos de ella.

—No, no deseo volver a casarme con nadie —aseveró ella, rindiéndose al calor de aquellos labios que recorrían su mandíbula con fruición.

—¿Y por amor?

—¿Por amor?

—¿Te casarías de nuevo por amor?

—Sí, claro, yo... oh, Derek, deja de hacer eso... no puedo pensar.

—No quiero que pienses, solo siénteme.

Marian gimió quedamente cuando aquellas manos la sujetaron por la cintura y la acercaron tanto al cuerpo masculino que pensó que se fundiría con él. Derek le levantó la barbilla con uno de sus dedos, hasta que sus miradas se encontraron.

—Entonces cástate conmigo, Marian, porque te juro que no habrá hombre sobre la tierra capaz de amarte como yo.

—¿Qué?

¿Había oído bien? ¿Aquel hombre, el hombre al que amaba y que le había asegurado no poder ofrecerle nada más le había pedido matrimonio?

—Yo... Derek, no es necesario. Ya te he dicho que nos vamos a América contigo, y que seré tu amante y...

—No quiero que seas mi amante, Marian. Quiero que seas mi esposa. Quiero que seas mía desde hoy hasta el fin de todas las cosas.

—Pero yo creía que tú no...

—Yo también lo creía, pero es una historia larga de contar.

—¿Qué historia?

—¿Qué te parece si la dejamos para mañana por la mañana?

Derek volvió a besarla y las rodillas de Marian flaquearon. La sujetó con fuerza y la alzó del suelo para conducirla hasta la cama. La dejó suavemente sobre ella y se elevó unos centímetros para observarla.

Era la mujer más maravillosa que había conocido, dulce y exquisita, entregada y honesta. Y allí, con el pelo alborotado sobre la colcha de raso, los labios hinchados y las mejillas encendidas, supo que la amaría mientras respirara.

—Aún no has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —dijo ella, obnubilada por la pasión.

—¿Querrás ser mi esposa? —preguntó él, con un atisbo de temor en la mirada que a ella le llegó al corazón.

—¿Aún no sabes la respuesta?

Él solo sonrió, antes de cubrir su rostro de besos y de sumergirse en ella para siempre.

Epílogo

Boston, 1822

Derek Hamilton se sentó tras su escritorio, dispuesto a poner en orden la cantidad de papeles acumulados durante los últimos días. Sus negocios prosperaban según lo previsto y había contratado a un par de buenos administradores para que se ocuparan de algunos de ellos.

Escuchó risas al otro lado de la ventana y lamentó no poder estar disfrutando de aquella soleada mañana junto a su familia. No esperaba permanecer mucho rato encerrado en el despacho, había descubierto que existían placeres mucho más satisfactorios que el trabajo, y se empleaba a fondo en disfrutarlos.

Reparó en que una de las cartas que lo aguardaban provenía de su primo Lionel. Habitualmente era su tía Charlotte quien le escribía y sus primos añadían en alguna ocasión un puñado de líneas. Por ella sabía que Lionel se había casado al fin con Anne y que habían tenido un varón hacía escasas semanas. El joven Thomas, por su parte, parecía haber encontrado a una joven de buena familia por la que había decidido abandonar sus hábitos de soltero. Se preguntó cuál podría ser el motivo de la carta de Lionel, y la abrió con cierta aprensión. Esperaba que no fueran malas noticias.

Querido Derek:

Sé que mi madre te escribe con cierta frecuencia, así es que estarás al tanto de los últimos acontecimientos referentes a la familia.

Cuando te marchaste de aquí, de forma un tanto precipitada, me encargaste que te mantuviera informado sobre un par de asuntos y te escribo con la intención de ponerte al corriente sobre ellos.

Tras renunciar a tu título de barón fuiste la comidilla de buena parte de la sociedad, como bien sabes, aunque este tipo de asuntos se olvidan rápido. Siempre hay nuevos chismes para alimentar a las fieras. Un primo lejano tuyo se ha convertido en el nuevo barón de Hartford, y lo primero que ha hecho ha

sido echar a tu tía Ellen de la mansión. Parece que ahora se hospeda en una pequeña propiedad que heredó de tu padre. El resto de fincas han sido reclamadas por el nuevo barón, y parece que la petición prosperará. Imagino que los documentos que le dejaste al abogado no habrán tenido nada que ver con eso, ¿verdad?

En cuanto a Trevor Fillmore, le perdí la pista durante una temporada, pero volvió a aparecer no hace mucho. Ha sido detenido por deudas de juego y está en prisión hasta que pueda liquidar los impagos, que ascienden a la friolera de mil setecientas libras. Sé que me dijiste que, en caso de que eso llegara a suceder, no me involucrara, pero ya me dirás si has cambiado de opinión. A fin de cuentas, se trata de tu suegro.

Te mantendré informado si se producen cambios.

Hasta entonces, recibe un fuerte abrazo y todo mi cariño.

LIONEL WATES,
conde de Bridgeport

Derek volvió a leer la carta y durante unos minutos mantuvo la vista fija en ella, como si calibrara lo que iba a hacer a continuación. Unos golpes en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento.

La figura de Marian se quedó parada en el umbral, sonriéndole de esa manera que le calentaba el corazón. Su avanzado estado de gestación aún la hacía más hermosa a sus ojos.

—Los chicos quieren saber si te apetece acompañarnos a dar un paseo.

—¿Ahora? —preguntó, sonriendo a su vez.

—Si no tienes nada urgente que hacer...

Derek volvió a centrar su mirada en la carta que aún sostenía entre las manos.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella, frunciendo ligeramente el ceño.

—Nada, mi amor. No ocurre nada en absoluto.

Derek plegó la carta y la metió en uno de los cajones. Se levantó y se dirigió a su esposa. Besó su frente y la punta de su nariz y ella soltó una risita cómplice. La tomó de la mano y echó un último vistazo a su despacho antes de abandonarlo.

Su nueva familia lo estaba esperando.